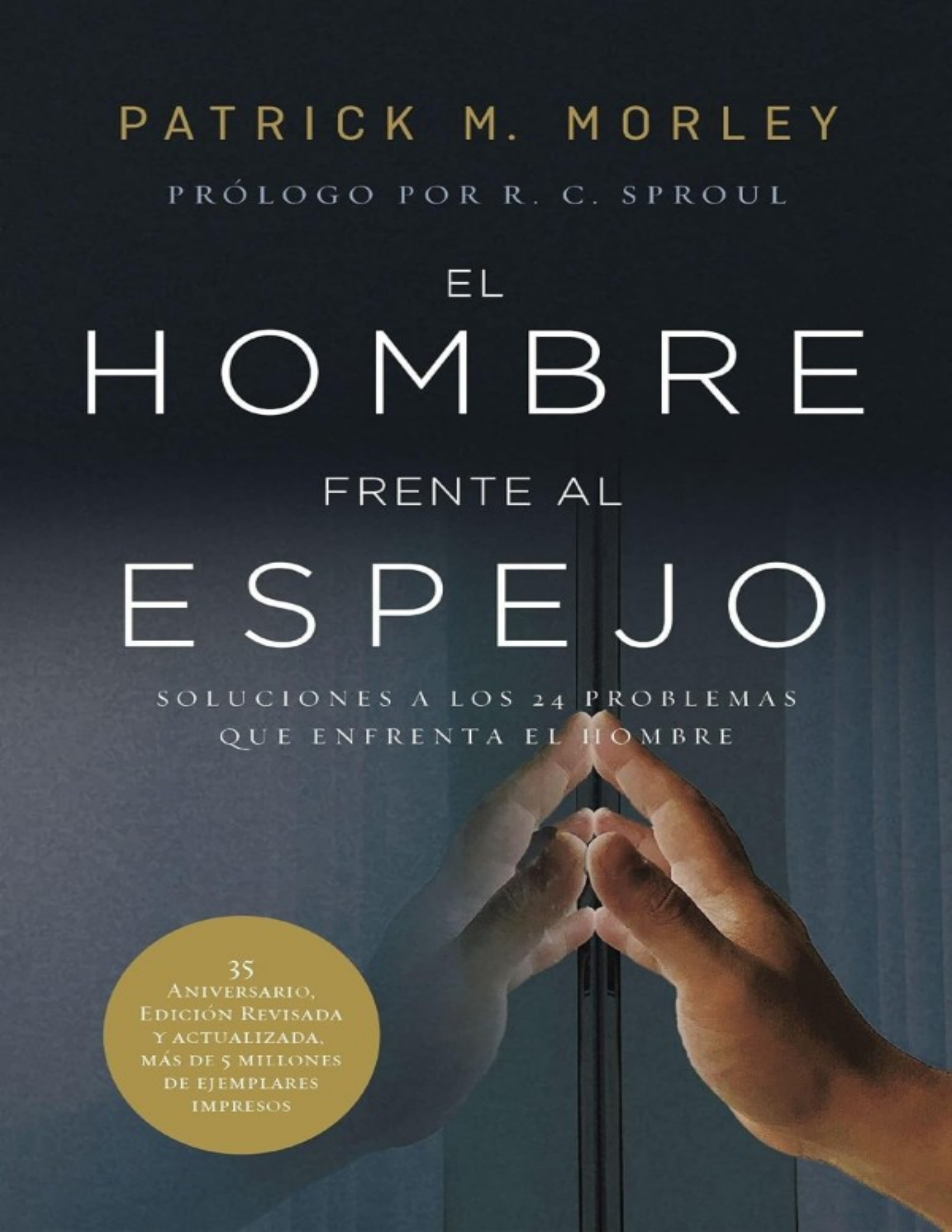
PATRICK M. MORLEY

PRÓLOGO POR R. C. SPROUL

EL HOMBRE FRENTE AL ESPEJO

SOLUCIONES A LOS 24 PROBLEMAS QUE ENFRENTA EL HOMBRE



35 Aniversario, Edición Revisada y actualizada, más de 5 millones de ejemplares impresos

Elogios para *El hombre frente al espejo*

El libro que tienes en tus manos es un verdadero espejo del interior del ser humano después de la caída y, en especial, del sexo masculino. Antes de encontrarse con Dios, el hombre corre por el mundo en busca de un sentido de identidad que le permita sentirse valorado. Y así avanza en su vida procurando alcanzar el éxito, la independencia económica y la seguridad de su futuro. Como consecuencia de esa carrera, no cultivamos nuestro mundo interior, dañamos nuestras relaciones, desperdiciamos el tiempo y, al final, cosechamos los malos frutos de lo que sembramos en el camino. Patrick Morley te habla de todo esto y mucho más para que no tengas que experimentarlo en tu vida, o para que comiences a tomar decisiones ahora, sin perder más tiempo y sin mayores consecuencias.

Miguel Núñez, pastor titular de la Iglesia Bautista Internacional (IBI) en Santo Domingo y fundador de Ministerios Integridad y Sabiduría

En esta edición del 35.º aniversario de *El hombre frente al espejo*, Patrick Morley examina los numerosos y difíciles problemas a los que se enfrenta el hombre en el ambiente cambiante social y moral de hoy. Nos ayuda a reflexionar sobre las decisiones que tomamos y cómo afectan la vida de todos los que nos rodean. El libro es muy útil.

Ben Carson Sr., doctor en medicina, profesor emérito de neurocirugía, oncología, cirugía plástica y pediatría en el Hospital Johns Hopkins y presidente y CEO de American Business Colaborativa, LLC

Elegido como uno de los cien libros más influyentes de los últimos cien años, *El hombre frente al espejo* me impactó profundamente

cuando lo leí por primera vez. Ahora Pat Morley lo ha revisado y actualizado para toda una nueva generación de hombres, ¡incluyéndolo a usted! Todo hombre debería tenerlo en su repisa. Así, cuando se enfrente a uno de estos 24 problemas, puede sacarlo y aprender la solución de Dios.

Mark Batterson, autor *best seller* del *New York Times* de *Hacedor de círculos*

El libro clásico de Patrick Morley es una lectura obligada para todo hombre. Este importante libro aborda los problemas más comunes que enfrentan los hombres y ofrece soluciones bíblicas útiles y alcanzables para capacitar a cada hombre para que llegue a ser la persona que Dios lo creó para ser.

Craig Groeschel, pastor principal de LifeChurch.tv y autor de *Esperanza en la oscuridad*

Pat Morley publicó por primera vez *El hombre frente al espejo* durante la época más dura y desgarradora de mi vida. Yo era un nuevo cristiano, un joven marido y padre, era un hombre de negocios fracasado y estaba en bancarrota. Dios estaba recomponiendo mi vida, y este libro fue una de las herramientas que puso en mis manos. Ahora, más de dos décadas después, es un libro que todavía pongo en manos de otros hombres. Si nunca lo ha leído, ahora es el momento.

Dave Ramsey, autor de *best seller* del *New York Times* y presentador nacional de programas de radio

Tuve el privilegio de publicar la primera edición de *El hombre frente al espejo* en 1989, junto con mi entonces socio Robert Wolgemuth. Como hombre de negocios de treinta y cuatro años, marido y padre, descubrí que este libro me hablaba justo desde mi propia experiencia. Era como si Pat hubiera estado leyendo mi correo. Me dio soluciones sencillas y prácticas a los problemas a los que me enfrentaba. Sorprendentemente, es tan relevante ahora como lo fue entonces.

Michael Hyatt, autor *best seller* del *New York Times*

Pocos libros se consideran «clásicos». Este cumple los requisitos. La edición original de 1989 salió directamente del crisol de la vida de Patrick Morley como hombre de negocios y seguidor comprometido de Cristo. Escrito bellamente en su publicación original y ahora maravillosamente actualizado para una nueva generación de hombres, el libro ha resistido la prueba del tiempo . . . como la vida de su autor. Le recomiendo con entusiasmo este libro.

Dr. Robert Wolgemuth, autor *best seller*

Pat Morley es el líder más destacado en el discipulado de los hombres en nuestra nación y en otras naciones también. Su vida de integridad y entrenamiento útil en la iglesia me ha guiado personalmente y a innumerables pastores. Es brillante y práctico mientras nos guía con desafíos poderosos y perspicaces que vienen del Espíritu de Dios, así como de Su Palabra. Este libro cambiará su vida, ¡cambió la mía!

Dr. Joel C. Hunter, pastor principal en Northland, A Church Distributed

Pablo escribió en su primera carta a Timoteo: «Edúcate para ser piadoso». ¿Por dónde empezaría cada uno de nosotros con semejante exhortación en el siglo XXI? Un recurso, además de las Escrituras, debería ser *El hombre frente al espejo*. Qué excelente guía para los hombres que realmente quieren crecer en Cristo.

Brian Doyle, presidente de Iron Sharpens Iron

Pat Morley es sin duda el experto mundial en lo que hace vibrar a los hombres. Pocos han ayudado a tantos hombres. Ahora también puede ayudarle a usted. Cuando un hombre se mira al espejo y se hace las preguntas difíciles, ayuda tener un amigo a su lado. Pat puede ser ese amigo. En *El hombre frente al espejo,* le ayuda a responder a esas preguntas difíciles.

Leary Gates, entrenador de empresas y presidente de la Coalición Nacional de Ministerios para Hombres

Si está en un bache y busca buenos consejos, Patrick Morley es el indicado. Él tiene años y años de experiencia en la vida real para ayudar a responder a sus preguntas más francas.

† Bob Buford, autor de *Halftime* y *Drucker and Me*

Pat Morley es una de mis personas favoritas, un hombre piadoso de integridad y principios elevados. *El hombre frente al espejo* es una excelente presentación de las lecciones que ha aprendido en su hogar y en el mercado. Recomiendo este libro a los cristianos que están cansados espiritualmente y están dispuestos a experimentar la vida rica, significativa y abundante disponible para los fieles seguidores de Jesús.

† Dr. William R. «Bill» Bright, fundador de CRU (antes Campus Crusade for Christ)

No conozco otro libro que haya impactado a tantos hombres para el evangelio como lo ha hecho este. Cambia los corazones de los hombres hacia sus matrimonios e hijos. Muestra a los hombres la verdad de las Escrituras, ayudándoles a encontrar una relación más profunda con Cristo. Como un joven empresario, leí este libro, me detuve a reflexionar honestamente sobre mi vida, y me di cuenta de que la carrera de las ratas me estaba robando de mi familia. Estoy muy agradecido a Pat por escribir y ahora reescribir este libro, y estoy deseando ver a Dios continuar usando este libro para llegar a los corazones de los hombres.

Brett Clemmer, vicepresidente de El hombre frente al espejo

El hombre frente al espejo es el libro clásico de todos los tiempos para los hombres que quieren integrar su fe en su vida cotidiana. Morley aborda veinticuatro problemas prácticos que todos afrontamos, nos muestra cómo vivir como hombres piadosos en nuestro matrimonio, con nuestros hijos, con los amigos, en el

trabajo y en cualquier otro ámbito de nuestra vida. Lea este libro. Se alegrará de haberlo hecho.

Wayne Huizenga Jr., presidente de Huizenga Holdings

Pat da en el clavo de todo lo que es verdaderamente importante en la vida de una forma convincente que sin duda hará que el lector se plantee las prioridades y prácticas vitales.

Steve Reinemund, decano de la Universidad de Wake Forest y presidente y consejero delegado jubilado de PepsiCo

Este es un libro significativo. Abarca todos los problemas clave a los que se enfrentan los hombres exactamente como son. *El hombre frente al espejo* es un manual cristiano de éxito para todos los hombres. Mientras lo leía me encontré desafiado, estimulado y convencido. Este libro perdurará durante décadas.

Pat Williams, vicepresidente de los Orlando Magic de la NBA

Durante los años que he conocido a Pat Morley, ha impactado grandemente mi vida mediante su ejemplo. Ahora, después de leer su libro, he sido desafiado más que nunca. Esta es una obra recomendable para pequeños grupos de diálogo. Además, le sugiero que lo lea como hice yo, un capítulo por día, junto con mi lectura bíblica de cada mañana. A medida que leía cada capítulo, oraba acerca de las punzantes preguntas que Pat plantea, y a lo largo del día reflexionaba acerca de cómo quería el Señor que yo respondiera.

Stephen Strang, fundador y presidente de Charisma Media

De vez en cuando alguien aparece y le pone palabras a algo que yo mismo he estado tratando de expresar por años. Este es uno de esos libros. Es como Agustín para el siglo XXI. Genuino. Honesto. Penetrante. Valiente. Usted corre un riesgo al leer este libro. Es una caja de sorpresas.

Lyman Coleman, fundador de Serendipity House y pionero en el ministerio de grupos pequeños

Llegar a «vivir lo que se predica» como exitoso hombre de negocios es un desafío que pocos alcanzan. Pat Morley vive lo que dice. Es un hombre de negocios de éxito. Y en *El hombre frente al espejo* nos da su sabiduría y experiencia de una manera amena y comprensible. Animo al lector no solo a leer este libro, sino a poner en práctica sus principios.

Ron Blue, fundador de Ronald Blue & Co. y director fundador de Kingdom Advisors

Este es el libro más estimulante que he leído en años. Creo que *El hombre frente al espejo* llegará a ser uno de los libros más importantes de nuestra generación. Es práctico, pertinente, desafiante.

Howard Dayton, fundador de Compass, Finances God's Way

La tesis de la «carrera trepadora» de Pat Morley da en el clavo. El primer paso hacia la supervivencia en esta cultura es entender el problema, *El hombre frente al espejo* describe esto eficientemente. Es un libro sólido, equilibrado, práctico e interesante.

Chris White, fundador y presidente de Leadership Ministries, Inc.

Pat Morley es un actor de primera clase, y *El hombre frente al espejo* es un libro clásico. Pat acertó hace veinticinco años al diagnosticar los problemas del corazón de un hombre. Un buen vino mejora con la edad, y Pat también.

Steve Farrar, autor de *El hombre guía*

El hombre frente al espejo va directo a la raíz de muchos de los problemas actuales sobre las prioridades de nuestras vidas. Además de dar en el clavo, ofrece respuestas claras y fundamentadas desde un punto de vista bíblico. Una lectura obligada.

Stan Smith, excampeón de tenis

¡Un libro dinamita! Por fin un libro que aborda los problemas reales a los que se enfrentan los hombres en nuestra sociedad. Honesto, práctico y claro. Lo recomiendo a todo hombre que tenga que luchar en el mundo empresarial actual.

Dr. Steve Brown, fundador y presidente de Key Life Network

Cientos de miles de hombres han sido impactados por este poderoso, pero simple mensaje. Estoy agradecido de ser uno de ellos.

Orel Hershiser, presentador de televisión y exlanzador de los Dodgers de Los Ángeles

Pat Morley va en serio y su libro también. Se ocupa de las cuestiones esenciales de la vida. Léalo, aplíquelo. Nunca será el mismo.

Dr. John Tolson, entrenador de vida espiritual, formador de discípulos y autor

El hombre frente al espejo es el mejor libro que he leído sobre los hombres en nuestra cultura. Pat Morley ha encapsulado las pruebas y tentaciones que todos los hombres enfrentan. Desafía a cada hombre a una mejor calidad de vida.

Dr. Charles Green, pastor principal emérito de la Iglesia presbiteriana de Orangewood

El hombre frente al espejo da respuestas directas a los problemas y temores de la mayoría de los hombres. Recomendaré este libro a los miles de hombres que participan en los Ministerios de Renovación Laica. Es una lectura obligada para ellos.

† Bob Fenn, fundador de los Lay Renewal Ministries

Pat Morley escribió el libro que me gustaría haber escrito. Es el libro más pertinente para la persona de negocios y profesional que conozco. Lo recomiendo encarecidamente.

Dr. Ron Jenson, fundador y presidente de High Ground

Aunque estamos inundados de *habladores* religiosos, hay escasez de *caminantes* religiosos. Disfruté mucho con la explicación práctica y profesional de Pat Morley sobre *su* camino con Jesús. Quienes quieran pasar de una fe superficial a una fe real deben leer este libro.

Frank Brock, presidente emérito de Covenant College

PATRICK M. MORLEY

PRÓLOGO POR R. C. SPROUL

EL HOMBRE FRENTE AL ESPEJO

SOLUCIONES A LOS 24 PROBLEMAS QUE ENFRENTA EL HOMBRE



Vida

Derechos de autor

La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en satisfacer las necesidades de las personas con recursos cuyo contenido glorifique al Señor Jesucristo y promueva principios bíblicos.

EL HOMBRE FRENTE AL ESPEJO
Edición en español publicada por
Editorial Vida, 2002, 2026
501 Nelson Place, Nashville, Tennessee, 37214, Estados Unidos de América
Editorial Vida es un sello de HarperCollins Christian Publishing, Inc.
© 2025 Editorial Vida
Este título también está disponible en formato electrónico.

Publicado originalmente en EUA bajo el título:
THE MAN IN THE MIRROR
Copyright © 1992 - 2014 por Patrick M. Morley
Publicado con permiso de Zondervan, Grand Rapids, Michigan 49546.
Prohibida su reproducción o distribución.

Traducción: *Adriana Powell*
Publicado en asociación con la agencia literaria Wolgemuth & Associates, Inc.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960 © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina, © renovada 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society y puede ser usada solamente bajo licencia.

Las citas bíblicas indicadas como «DHH» han sido tomadas de la Biblia Dios habla hoy ®, Tercera edición © Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1970, 1979, 1983, 1996. Usada con autorización.

Las citas bíblicas indicadas como «NVI» han sido tomadas de la Santa Biblia, Nueva versión internacional® NVI® © 1999, 2015, 2022 por Biblica, Inc.® Usado con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en ningún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro —, excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

Queda expresamente prohibido todo uso no autorizado de esta publicación para entrenar cualquier tecnología de inteligencia artificial (IA) generativa, sin limitación a los derechos exclusivos de cualquier autor, colaborador o editor de esta publicación. HarperCollins también ejerce sus derechos bajo el Artículo 4(3) de la Directiva 2019/790 del Mercado Único Digital y excluye esta publicación de la excepción de minería de textos y datos.

HarperCollins Publishers, Macken House, 39/40 Mayor Street Upper, Dublin 1, D01 C9W8, Ireland (https://www.harpercollins.com).

Los enlaces de la Internet (sitios web, blog, etc.) y números de teléfono en este libro se ofrecen solo como un recurso. De ninguna manera representan ni implican aprobación o apoyo de parte de Editorial Vida, ni responde la editorial por el contenido de estos sitios web ni números durante la vida de este libro.

ISBN: 978-0-82977-482-5
eBook: 978-0-82977-483-2
Audio: 978-0-82977-484-9

Edición Epub JUNIO 2026 9780829774832

Número de control de la biblioteca del Congreso: 9780829774825
CATEGORÍA: Vida cristiana / Temas de hombres

Información sobre hipervínculos externos en este libro electrónico

Tenga en cuenta que este libro electrónico puede contener hipervínculos a sitios web externos. Estos hipervínculos no han sido activados por el editor, que no puede verificar la exactitud de estos enlaces más allá de la fecha de publicación.

Instrucciones del libro Electrónico

En esta edición electrónica, use la función para tomar notas de su aparato y anote sus comentarios donde sea que vea las instrucciones entre corchetes [Anotaciones] o [Su respuesta]. Use la función de destacar o resaltar de su aparato para registrar su respuesta cuando se le pida marcar, rodear con un círculo, subrayar o indique su repuesta.

Nota para las lectoras

Este ebook contiene las siguientes funciones de accesibilidad, a las que, si su dispositivo las admite, puede acceder a través de la configuración de accesibilidad de su lector electrónico:

- Cambiar el tamaño y la altura de la fuente
- Cambiar el color de fondo y de la fuente
- Cambiar la fuente
- Cambiar la justificación
- Conversión de texto a voz
- Números de páginas de la siguiente edición impresa: ISBN ISBN 9780829774825

A la memoria de Robert, mi hermano,
1952-1983

Contenido

Cubrir
Página del título
Derechos de autor
Instrucciones del libro Electrónico
Nota para las lectoras
Prólogo por R. C. Sproul
Introducción
Una nueva introducción del autor

Parte 1: La solución a nuestros problemas de identidad

1. La carrera de ratas
2. Una vida sin análisis
3. ¿Cristiano bíblico o cultural?
4. Lo significativo: La búsqueda de sentido y propósito
5. El propósito: ¿Para qué existo?
6. El secreto del contentamiento en el trabajo

Parte 2: Cómo resolver nuestros problemas de relaciones

7. Relaciones rotas
8. Los hijos: Cómo evitar lamentarse

9. Las esposas: Cómo estar casado y ser feliz
10. Los amigos: Riesgos y recompensas

Parte 3: Cómo resolver nuestros problemas de dinero

11. El dinero: Una perspectiva bíblica
12. Los cuatro pilares de la estabilidad económica

Parte 4: Cómo resolver nuestros problemas de tiempo

13. Cómo tomar decisiones correctas
14. Las prioridades: Cómo decidir qué es importante
15. La administración del tiempo: Cómo hacer la voluntad de Dios

Parte 5: Cómo resolver nuestros problemas de temperamento

16. El orgullo
17. El miedo
18. La ira
19. El deseo de ser independiente
20. Evitar el sufrimiento

Parte 6: Cómo resolver nuestros problemas de integridad

21. La integridad: ¿Cuál es su precio?
22. Las fantasías secretas
23. Cómo rendir cuentas: El eslabón perdido

Parte 7: Conclusión

24. ¿Cómo puede cambiar el hombre?

Un nuevo epílogo del autor

Orientaciones para el líder de grupo
Agradecimientos
Notas
Sobre patrick morley

Prólogo

Espejito, espejito ¿cuál es la más bella de todas?

¿Habrá vanidad más grande que la de aquella perversa bruja en el cuento de *Blanca Nieves*? Estaba obsesionada con el deseo de ser la mujer más hermosa de la tierra. Amaba a su espejo. Le hablaba en términos afectuosos . . . hasta que un día el espejo respondió a su pregunta, y entonces no supo si odiaba más a Blanca Nieves o al espejo que se negaba a mentir.

Si el perro es el mejor amigo del hombre, tal vez el espejo es su peor enemigo. Bueno, quizás no lo sea, porque lo único que hace es reflejar la imagen de su más feroz oponente. ¿Qué adversario puede ser más peligroso que aquel que conoce nuestros más íntimos y tenebrosos secretos? ¿Qué rival puede ser más letal en su ataque que aquel que puede llegar hasta nuestros principales puntos vulnerables?

El hombre del espejo soy yo. ¡Uy! Supongo que debí decir: «Ese hombre en el espejo es *mi* reflejo». Pero «yo» o «mi», el mensaje es el mismo. Lo que veo en el espejo es eso, me guste o no me guste. El espejo tampoco me va a mentir.

Los espejos son un invento maravilloso. Desde que Narciso se enamoró de su propia imagen mientras miraba su reflejo en la laguna, la humanidad ha estado fascinada por los espejos. Ellos son amigos de los magos y enemigos de los artistas de cine que van envejeciendo. Los hay redondos y cuadrados, grandes y pequeños, de baño y retrovisores.

Fue un espejo el minúsculo vehículo mágico que le permitió a Alicia entrar al País de las Maravillas. Fue también el símbolo que usó el apóstol Pablo para referirse a nuestra imperfecta percepción de las cosas misteriosas de Dios: «Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido» (1 Corintios 13:12).

Pertenezco a un grupo de los llamados «cuidakilos», del cual soy «miembro de por vida». En una reunión reciente, uno de los participantes informó que al fin había alcanzado su meta, tras haber perdido aproximadamente treinta kilos. El líder le pidió que les contara cómo se sentía después de lograrlo. Él respondió: «Ya no me siento mal cuando miro las vidrieras. Antes evitaba mirarlas cuando iba por la calle. Cada vez que volvía la vista hacia una vidriera, en lugar de ver la mercadería expuesta, lo único que veía era el reflejo de mi cuerpo obeso. Por eso dejé de mirar. Ahora, después de alcanzar el peso que me propuse, disfruto nuevamente mirando vidrieras».

¿Qué es lo que usted ve cuando mira al espejo? En mi dormitorio tengo uno vertical enorme. No entiendo cómo pude desprenderme de dinero tan difícilmente ganado para comprar algo tan despreciable. Lo uso para jugar golf. Tal como lo digo. Allí, en la intimidad del dormitorio, practico el *swing* del juego y controlo mis posiciones en el espejo. Una cosa es evidente: el que veo allí no se parece a Jack Nicklaus.

El espejo es insensible. La verdad es que resulta cruelmente veraz. Me muestra cada verruga, cada arruga en la camisa (empezando por la barriga), cada mancha.

Ahora viene Pat Morley y quiere un espejo que pueda reflejar el alma. Afortunadamente para mí, y para quienes lean su libro, el espejo de Morley es gentil y amable. Nos dice la verdad, lo suficiente para asustarnos, pero lo hace con una actitud de sabiduría y estímulo.

Hace varios años escribí la biografía de un hombre. Dos cosas han quedado grabadas en mi mente después de aquella experiencia. La primera es que descubrí, mientras investigaba los detalles de la

vida de otra persona, que cualquier vida humana puede ser una inagotable fuente de fascinación. Las experiencias irrepetibles de cualquier persona son materia prima genuina para una cautivante novela.

La segunda cosa que descubrí es la siguiente: me empecé a preguntar, en un ataque de egocentrismo, si alguien se sentiría alguna vez inclinado a escribir la biografía de *mi* vida. Llegué a la conclusión de que tamaña idea era pura fantasía. Me convencí de que tal cosa nunca ocurriría.

Por eso me impactó tanto descubrir que alguien efectivamente sí se tomó el trabajo de escribir mi biografía. Fue Pat Morley. El título de la historia de mi vida es *El hombre frente al espejo.* Lo irónico es que Morley ni siquiera sabía que estaba escribiendo mi biografía. Quizás el lector se sienta tan sorprendido como yo al descubrir que se trata también de su propia biografía. Me asombra que Morley pueda escribir tantas en un solo libro.

Soy maestro. Estoy en el campo del conocimiento. La Biblia nos advierte que este puede «envanecernos», en tanto que el amor nos «edifica» (1 Corintios 8:1). Pero al mismo tiempo, la Biblia nos estimula a adquirir conocimiento. Ese saber, sin embargo, no debe ser buscado como un fin en sí mismo. Mi Biblia dice: «Sabiduría ante todo; adquiere sabiduría; y sobre todas tus posesiones adquiere inteligencia» (Proverbios 4:7).

La meta del conocimiento es la sabiduría. La meta de la sabiduría es vivir una vida que agrade a Dios. Este libro contiene una sabiduría poco común. Es un libro excitante, perturbador y estimulante, todo al mismo tiempo.

El hombre frente al espejo es un libro escrito por un hombre de verdad. Mientras lo leía, constantemente volvía a mi mente la siguiente reflexión: *Estoy impaciente de que mi esposa, Vesta, lea este libro*. Es una lectora voraz. Lee más que yo. Las mejores sugerencias para mis próximas lecturas las recibo de ella (aun en cuestión de teología).

Quiero que mi esposa lea este libro, no porque piense que necesita leerlo. Yo soy quien lo necesita. Quiero que lo lea porque sé que le gustará muchísimo hacerlo.

Una última recomendación. Si alguien le obsequia este libro o usted lo compra, no deje de leerlo. Si no lo hace, asegúrese de destruirlo antes de que su esposa lo lea. Si lo inimaginable llegara a ocurrir, que usted no lo leyera y su esposa sí, le advierto, querido hermano, que se verá en grandes problemas.

R. C. Sproul, Orlando, Florida

Introducción

Una noche organizamos una fiesta de despedida para Ragne (RAWG-nee). Durante todo un año se había estado empapando, como una esponja, de la cultura norteamericana.

Era pastor en Suecia, y había viajado a Estados Unidos para aprender cómo hacer que su país viviera para Dios. Invité a Ragne a asistir a un estudio bíblico semanal que mi esposa, Patsy, y yo organizábamos en nuestra casa. Parte de la capacitación de Ragne era participar con nosotros. Sus reflexiones, siempre matizadas con humor, dieron realmente brillo a nuestro grupo.

La última noche, cada uno de los presentes se despidió de Ragne, y luego le obsequiamos un juego de lápiz y lapicero grabados, para que los usara en su escritorio, en Suecia. Todos nos habíamos encariñado con este afable oso nórdico.

Cuando concluimos, le pedí que nos dijera qué era lo más interesante que había aprendido de los estadounidenses.

Sin dudarlo un instante expresó en su fuerte acento escandinavo: «Cuando recién llegué, dondequiera que iba la gente me decía: "Qué bueno verte, Ragne. ¿Cómo estás?". Me llevó seis meses darme cuenta de que . . . ¡nadie desea una respuesta!».

Triste, pero cierto. Todos hemos sentido la punzada de esa falsa interrogación. ¿Por qué nadie quiere que se le responda? Algunos, por supuesto, dirán que solo se trata de una mera formalidad social, pero otros podemos ver en esto un indicio de nuestra forma de vida.

Los estadounidenses estamos tan ocupados, tan comprometidos con infinidad de cosas, tan llenos hasta las orejas de obligaciones y

de deudas, que sencillamente no queremos saber más nada. Tenemos suficiente con nuestros propios problemas, y no nos queda margen para nadie más; simplemente no tenemos tiempo para «querer una respuesta».

Muchos hombres están realmente empantanados, hundidos hasta la cabeza. Después de atender sus propios problemas no les queda energía para hacerse cargo de ninguna otra persona. No llegan siquiera a entender por qué están tan atrapados en esa «carrera de ratas», que pierden el control de sus vidas.

Otros perciben que hay algo que no anda bien, pero no logran identificarlo con precisión. Los asalta una atemorizante sospecha de que quizás están compitiendo en la carrera equivocada. Admiten que tienen mayor éxito *económico* que sus padres, pero sospechan que quizá no la pasan mejor.

En 1939, Christopher Morley escribió las siguientes palabras en su novela *Kitty Foyle*: «Hasta la vida privada se transforma en una carrera de ratas». En las décadas que han transcurrido desde entonces, la expresión *carrera de ratas* ha evolucionado para describir esa desesperada búsqueda de una buena vida, que siempre está unos metros más allá de nuestro alcance: una rutina en la que no podemos detenernos porque de hacerlo, quedamos eliminados. Muchos, hoy en día, tratamos de ganar la carrera equivocada.

Podríamos considerar el comentario de Ragne como una recriminación, pero en lugar de ello, vamos a tomarlo como un trampolín para analizar los problemas, asuntos y tentaciones que enfrenta cada día ese hombre que nos refleja el espejo, y explorar las soluciones prácticas que puedan ayudarnos a ganar la carrera *correcta*.

Al final de cada capítulo, he incluido varios *Asuntos a considerar*. Hay una variedad de formas en las que puede utilizar estas preguntas.

- Puede simplemente leerlas al final del capítulo y reflexionar en silencio.
- Si quiere sacar mejor provecho de su lectura, puede anotar sus respuestas en un diario. Es un excelente recurso para dar

claridad y definición a su pensamiento.

- Por último, quizás le interese reunir a un grupo de hombres que se comprometan a leer uno o dos capítulos cada semana, y luego comentar sus respuestas y reflexiones en un encuentro semanal. Si esa es la opción, le será útil la guía para el coordinador de grupo que se encuentra al final del libro.

El uso de este libro en grupos de hombres, en estudios bíblicos, en clases de educación para adultos o en encuentros de colegas será de mayor provecho, y le dará, además, la oportunidad de poner en práctica lo que aprenda.

Es mi oración que este libro responda a necesidades concretas de la vida cotidiana. La vida es una lucha. Todos necesitamos respuestas que sean válidas, de lunes a viernes, a las inquietantes preguntas que nos planteamos los domingos. Dicho esto, quiero que sepa que este libro se propone ser positivo. Estoy seguro de que después de leerlo, se sentirá más feliz y orientado como hombre. Empecemos por mirar más de cerca qué es eso de la «carrera de ratas».

Una nueva introducción del autor

El mundo ha cambiado radicalmente en los últimos veinticinco años. El que una vez fue un consenso fiable de valores judeocristianos se ha derretido más rápido que un casquete polar. Hoy en día, casi la mitad de nuestras mujeres prefieren vivir con un hombre que casarse con él. Y un tercio de nuestros hijos no viven con sus padres biológicos.

Los últimos veinticinco años han estado dominados por la revolución digital. Internet solo existe entre nosotros desde mediados de la década de 1990, el tiempo suficiente para que Steve Jobs se hiciera lo bastante rico como para construir un superyate de 250 millones de dólares que puede manejarse desde un iPad. Murió sin poder verlo nunca, pero yo sí, justo dos días antes de escribir esto: un barco fantasma desocupado, inquietantemente amarrado a un muelle en un puerto deportivo de Florida.

¿Cómo es posible que demos por sentados los controles corporales y admitamos los detectores de metales en nuestras escuelas? Ya sea por la Gran Recesión, la corrupción de Wall Street, la parálisis política, las redes sociales, los cambios demográficos, el terrorismo o el Departamento de Seguridad Nacional, estos son solo algunos de los cambios tectónicos que han sacudido nuestro mundo en los últimos años.

Sin embargo, cuando se trata de lo que se necesita para ser un hombre, no ha cambiado mucho.

Francamente, cuando mis colegas me pidieron que actualizara *El hombre frente al espejo*, no estaba seguro de que fuera una buena

idea. Sin embargo, a la luz de los cambios drásticos que acabamos de mencionar, rápidamente se hizo evidente que toda una nueva generación de hombres podría beneficiarse de una mirada innovadora sobre cómo resolver los veinticuatro problemas a los que se enfrentan los hombres.

En realidad, las soluciones a la mayoría de los problemas a los que usted y yo nos enfrentamos son sorprendentemente sencillas. No obstante, como con cualquier habilidad que quiera dominar, tiene que tener la información adecuada. Así que mi objetivo en esta nueva edición de *El hombre frente al espejo* es ayudarle a afrontar los retos únicos que estos 24 problemas le representan a medida que encuentra su camino en el siglo XXI.

Cuando escribí la edición original de *El hombre frente al espejo*, no era escritor en absoluto; trabajaba en el sector inmobiliario comercial. Ahora, el hecho de que se hayan distribuido millones de ejemplares por todo el mundo . . . bueno, no cabe duda de que Dios obró un milagro con ese primer libro. Así que he resistido la tentación de cambiar esas frases originales, directas y sin rodeos que expresaban lo que tantos millones de hombres querían, o necesitaban, oír en primer lugar. De todos modos, no se trataba tanto del arte de escribir, sino más bien de lo que Dios quería hacer en la vida de los hombres, de cómo se estaba moviendo en el mundo. Algunos de los que lo leyeron se convirtieron al cristianismo. Otros se dieron cuenta de que habían sido más cristianos culturales que bíblicos. Muchos reordenaron sus prioridades y, en el proceso, salvaron sus matrimonios y familias. En resumen, Dios usó ese libro para inspirar y guiar a toda una generación de hombres.

Ahora le pido a Dios que lo inspire y lo guíe a usted también. ¿Qué quiere hacer Dios en *su* vida? Si está listo, ¡dé vuelta la página y comencemos!

Parte 1

La solución a nuestros problemas de identidad

Capítulo 1

La carrera de ratas

Como rata en un laberinto, así es el camino que tengo delante de mí . . .
Simon y Garfunkel

Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad?
Gálatas 5:7

Sonó el despertador, se encendió la pantalla del televisor, y el locutor empezó a vociferar las noticias matutinas.

«¿Ya amaneció?», gruñó Larry. Se dio vuelta y apretó la almohada contra sus oídos, aunque sabía que no podía sofocar el anuncio de un nuevo día en la carrera de ratas. Enseguida, el aroma a café proveniente de la máquina automática lo empujó hacia la cocina.

Dormir apenas seis horas no había sido la norma durante su crianza, pero alcanzar el éxito en el siglo XXI exigía un sacrificio extra a los competidores. Una estrella en ascenso como Larry no podía desperdiciar tiempo durmiendo.

El plato de cereal instantáneo humeaba; el horno microonda, como siempre, le había provisto el desayuno perfecto al ritmo adecuado con los treinta y cinco minutos programados para iniciar el día.

Hundido en su silla, apoyado sobre un codo, Larry advirtió que la pantalla de la computadora brillaba detrás de él. La noche anterior, después del informativo de las once, había ajustado su cuenta bancaria y, cansado por la agotadora jornada, se había olvidado de apagarla.

Su esposa Carol tenía un gratísimo día libre, de modo que seguía durmiendo. Larry emprendió, entonces, la rutina de despachar a los niños a la escuela. Después de dejar a los dos más pequeños en la guardería, siguió solo con Julia, la niña de doce años, que últimamente parecía preocupada. «Papá, ¿sigues queriendo a mamá?», le preguntó. A Larry la pregunta lo tomó desprevenido, pero hacía meses Julia había estado preparándose para hacerla. La vida en el hogar estaba cambiando, y Julia parecía ser la única de la familia que diagnosticaba los cambios. Larry le aseguró que amaba mucho a mamá.

Carol no había planeado volver a trabajar cuando empezó su máster en Administración de Empresas. Aburrida del rol tradicional de ama de casa, lo único que buscaba era un poco más de realización personal. Sus blogs y artículos en línea favoritos conferían poca dignidad al papel de madre-tutora.

Si bien la atención de la familia había satisfecho sus necesidades de autoestima durante muchos años, otras mujeres del vecindario, de la misma edad que ella, parecían llevar vidas fascinantes en el mundo de los negocios. Por eso, no podía sino cuestionar sus valores tradicionales.

Quizás soy demasiado anticuada, atrasada respecto al ritmo de la época, pensaba para sí.

De modo que empezó a ir a la universidad local durante tres años y medio (dos noches por semana). Una gran inversión de tiempo, sin mencionar el trabajo de casa. Cuando llegó el momento de cruzar el estrado para recibir el diploma, Carol estaba convencida de que la mujer tiene tanto derecho como el hombre a realizarse profesionalmente.

Larry, un tenaz y decidido representante de ventas había hecho grandes progresos en su compañía. Tras quince años de perseguir su sueño, fue premiado con el título de vicepresidente de la empresa. Su salario cubría los gastos básicos de la familia, pero tanto él como su esposa querían más de la buena vida.

«He estado pensando en volver a trabajar», le dijo Carol.

Larry no protestó. Su mujer había aportado un ingreso extra trabajando en un banco cuando se casaron, y ese dinero les había

ayudado a amueblar su nuevo departamento. Pero por mutuo acuerdo, Carol había dejado de trabajar al nacer Julia, y desde entonces siempre habían tenido dificultades para mantenerse dentro del presupuesto.

Si bien su propia madre no trabajaba, Larry sabía que las cosas eran ahora distintas para las mujeres. Aun así, sentía dudas respecto a mandar a sus dos hijos pequeños a una guardería infantil. Pero como siempre el dinero era un problema, simplemente se encogió de hombros y no dijo nada cuando Carol anunció que había empezado a entrevistarse para conseguir un trabajo.

Larry conocía perfectamente los términos del trueque: más dinero, menos familia. Más familia, menos dinero. Sí, realmente querían la buena vida.

Sus vecinos se habían comprado una lancha de esquí de siete metros. Larry se sorprendió al enterarse de que también podrían adquirir una pagando solo $328 al mes. Sacrificándose durante cinco meses, juntaron $1.000, los que sumados a los ahorros que tenían, les permitió juntar lo suficiente para dar lo que exigían de pago inicial: $2.500.

A Larry le encantaban los autos. A su buen padre siempre le habían apasionado. Cada vez que un lustroso coche deportivo paraba junto al suyo en un semáforo, a Larry le latía aceleradamente el corazón. Se imaginaba pasando los cambios de un lujoso modelo importado de Europa. Por casualidad se enteró de que por cuotas mensuales de apenas $423 podía conseguir el vehículo de sus sueños . . . ¡un auto de carrera importado! Nunca antes se le había ocurrido alquilar un auto.

Carol deseaba con ansias pasar unas vacaciones en Hawái ese año; su compañera de tenis de los martes había ido la primavera pasada. Pero no podrían hacer las dos cosas: el auto y las vacaciones.

«Si me ayudas en este proyecto, te ayudaré luego, Carol. ¡Lo prometo!», le dijo Larry, con una amplia sonrisa seductora. Ella recordó cómo esa traviesa sonrisa de niño pequeño había sido lo que la atrajo por primera vez. *Él ha sido bueno conmigo*, pensó.

«Está bien, como tú digas», contestó Carol.

Al papá de Larry siempre le habían gustado los Chevrolets. Los gustos de Larry habían evolucionado con el tiempo.

Carol soñaba con vivir en una casa de dos pisos, con piscina, pero con las elevadas cuotas mensuales del auto y del yate tuvo que conformarse por muchos años con seguir soñando. Larry estaba esclavizado de doce a catorce horas al día, siempre tratando de encontrar nuevas maneras de ganar más dinero para cumplir el sueño de la casa para su esposa. Cuando ella empezó a trabajar, hicieron números y se sintieron extasiados al comprobar que, finalmente, podrían cumplir esa meta.

La tensión de mantener su casa a flote los desanimaba. Siempre había cuentas por pagar, niños que recoger de la guardería, plazos por cumplir, cuotas a punto de vencer, pero nunca tenían tiempo para disfrutar de lo que habían acumulado.

La letra de una canción de Simon y Garfunkel atormentaba a Larry: «Como rata en un laberinto, así es el camino que tengo delante de mí. Y nada cambia, hasta que al fin la rata se muere». Estaba atrapado.

Carol sucumbió. Sencillamente, no podía más. Sentía que Larry la había defraudado. Se suponía que él debía ser fuerte. Que debía saber cómo salir adelante. Pero Larry estaba tan confundido como ella.

Cuando el vehículo de mudanza de U-Haul inició la marcha alejándose de la casa, Larry todavía no podía creer que fuese cierto que Carol se estuviera marchando. Le había dicho que simplemente necesitaba tiempo y espacio para considerar las cosas, que estaba confundida. La pregunta que Julia le había hecho unos meses antes latía en su cerebro: «Papá, ¿todavía quieres a mamá?». Sí . . . sí la amaba, pero ¿no sería demasiado tarde? ¿Cómo se le fue todo de las manos?

El problema

¿Conoce a alguien que alguna vez haya ganado la carrera de ratas? Esta pregunta exige algo más que una risita como respuesta;

porque, si reflexionamos, la mayoría de nosotros tendrá que admitir que, en efecto, no conocemos a nadie que la haya ganado.

Si ese es el caso, ¿por qué, entonces, competimos en una carrera que nadie puede ganar? Francamente, por mi parte preferiría ganar, de modo que sería mejor participar en una carrera que registre ganadores. Lo trágico es que la mayoría de los hombres no saben cuál es esa carrera.

Las proverbiales preguntas de la «carrera de ratas»: «¿Con qué tiene que ver esto?» y «¿Es esto todo?», nos han perturbado, en un momento u otro. No importa cuánto éxito alcancemos, estas interrogantes siguen al acecho entre las sombras, simplemente esperando la oportunidad de tomarnos por asalto cuando los inevitables problemas de la vida nos superen.

Nos esforzamos por mantener todas las piezas en su lugar, pero a menudo la presión es como una fuerte faja alrededor del pecho. A veces, el peso de nuestras deudas y deberes es tanto que llega a doblegarnos, a tal punto que nuestro ser interior está por el suelo, aun cuando finjamos estar de pie y erguidos.

«¿Cuál es el propósito de mi vida?».

«¿Por qué existo?».

«¿Cómo puedo encontrar sentido a mi existencia?».

«¿Cómo puedo satisfacer mi necesidad de ser una persona significativa?».

«¿Por qué se han deteriorado tanto mis relaciones personales?».

«¿Cómo llegué a endeudarme tanto?».

«¿A quién estoy tratando de complacer al fin de cuentas?».

«¿Cómo llegué a quedar atrapado en esta carrera de rata?».

Nos sentimos confundidos respecto a cómo alcanzar el resultado deseado: una buena vida. Todos queremos mejorar nuestro nivel de vida. Eso es normal. Pero el mundo en el que vivimos ha elaborado sus propias ideas acerca de cómo alcanzar la buena vida, ideas que son muy diferentes al orden establecido por Dios. ¿No parece a veces que cada quien tiene su propia teoría al respecto?

La dicotomía entre el orden de Dios y el de este mundo crea tensión en el cristiano que está tratando de poner en claro sus propias ideas. ¿Son órdenes absolutas? ¿Realmente se pueden

aplicar los principios bíblicos a la realidad del siglo XXI y a los problemas cotidianos que tenemos los hombres? ¿Es posible que saquemos algo en limpio en medio de nuestros problemas y construyamos un modelo factible por el cual podamos guiar nuestra vida?

Un buen proyecto empresarial empieza con una descripción de la situación existente. De modo que, si queremos reflexionar en los problemas típicos del hombre, debemos empezar por aproximarnos al ambiente en el cual vivimos y trabajamos. El primer interrogante que tenemos que sondear es: «¿Cómo medimos nuestro nivel de vida?».

La falacia del nivel de vida

Los estadounidenses disfrutamos de un éxito material sin precedentes. Sin embargo, es engañoso medir el nivel de vida considerando un solo parámetro. Para entender realmente lo que hemos alcanzado, es necesario, en primer lugar, desentrañar el concepto que tenemos de lo que es el nivel de vida y considerar algunas de las partes que lo componen.

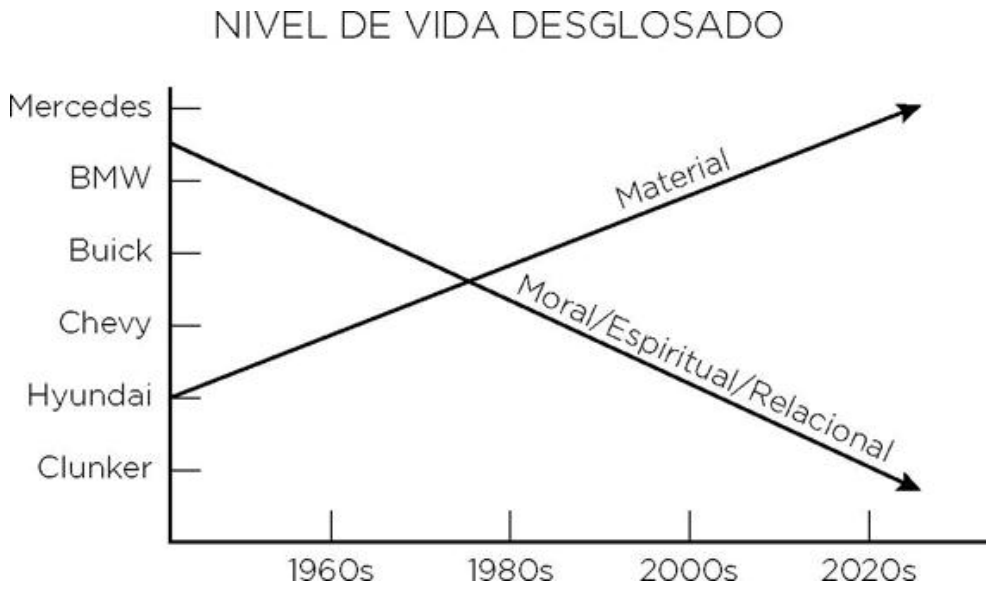
En un viaje en avión, me senté junto a una distinguida pareja que promediaba los sesenta. El señor Silver era un hombre amable y agradable; un típico abuelo, con una perpetua sonrisa que surcaba las arrugas de su rostro. Supe que salían de Orlando después de asistir al casamiento de su hijo. La boda había sido en un globo aerostático. El Sr. Silver se esforzaba por adoptar una perspectiva filosófica sobre lo desenfadados que se han vuelto los jóvenes hacia el elevado estado del matrimonio.

Mientras conversábamos, comentó que había hecho realidad todos sus sueños financieros. Sin embargo, algo lo perturbaba. Su nivel de vida era alto, pero lo perseguía una incómoda sensación de que no todo estaba bien en su vida.

Casualmente, llevaba conmigo un gráfico que se vinculaba a nuestra conversación, de modo que se lo mostré. Se irguió y exclamó a viva voz: «¡Sí, señor, ese soy yo! ¡Eso es exactamente lo que ha ocurrido con mi vida!».

La figura 1.1, el mismo gráfico que le mostré a aquel señor, nos muestra dos componentes de nuestro nivel de vida. Cada uno de ellos traza líneas rectas en diferentes direcciones. Mientras nuestro nivel *material* de vida ha escalado sin cesar durante el último siglo, el *moral/espiritual/relacional* se ha venido en picada. En algún sentido, han intercambiado las posiciones que ocupaban anteriormente.

Sin tener en cuenta el porqué, ¿estamos mejor que hace veinticinco años? ¿Qué hay de los niños en edad escolar? ¿Está mejorando el Gobierno? ¿Qué opina de la calidad de la televisión? ¿Son más fuertes los matrimonios? ¿Gozan las familias de mejor salud? ¿Respeta la gente a la autoridad más que antes? ¿Es la sociedad más civilizada? ¿Es Wall Street más honesto? ¿La inmoralidad sexual aumenta o disminuye? ¿Son más sanas las películas? Una vez más, sin tener en cuenta el porqué, el sentido común nos dice que la cultura estadounidense se está deshaciendo de manera lenta pero segura.



Follow for extended description

Figura 1.1

Quizá tenga edad suficiente para recordar las familias tradicionales, la oración en lugar de los detectores de metales en las escuelas y la televisión sin sexo explícito. Sí, había problemas. Pero eran problemas de Chevrolet para familias de Chevrolet que vivían en barrios de Chevrolet y tenían sueldos de Chevrolet. La vida era gradual, lineal: Chevy, Buick, Cadillac, un reloj de oro y el funeral.

Hoy, en cambio, queremos alcanzar la gratificación inmediata de nuestros deseos, por lo que hemos abandonado la costumbre tradicional de pagar al contado por nuestros antojos. Los hombres de hoy están consumidos por el deseo de comprar cosas que no necesitan, con dinero que no tienen, para impresionar a personas que no les simpatizan. ¿De dónde vienen estos deseos?

La explosión tecnológica de las últimas décadas ha marcado esta era como el vértice del potencial y los logros humanos en toda la historia. Hemos sido bendecidos por los progresos tecnológicos que hacen más confortable nuestra vida doméstica, nuestros viajes, nuestras comunicaciones y nuestros empleos. ¿Recuerda qué tedioso era encontrar información antes de Google? ¿Y qué haríamos sin Wikipedia? ¿Recuerda cuando no había «una aplicación específica» para descargar en su dispositivo móvil de bolsillo?

Pero a la vez que hemos ascendido en el marcador, hemos lesionado a la mayoría de los jugadores. Los cambios se producen a gran velocidad, las estrategias de juego tienen que ser modificadas, nuestros mejores jugadores no descansan y, una vez cansados, son los que más fácilmente se lesionan. Sí, somos prósperos, pero ¿a qué precio? Somos el equipo ganador, pero la mayoría estamos agotados. Y cuando los miembros del equipo se van lesionando, este, en conjunto, empieza a perder ritmo, entusiasmo, voluntad.

Los hombres hoy están exhaustos. Muchos de los que han alcanzado con éxito sus sueños han perdido a sus familias. Son demasiados los niños que han crecido con un padre ausente. Sin embargo, las facturas de las deudas que asumimos por acumular las cosas que no necesitábamos, y que ahora no usamos, siguen llegando por correo con la puntualidad del reloj, a comienzos de cada mes.

Al tiempo que disparamos cañones para celebrar los grandes aniversarios de la nación, ¿por qué la trama moral del país está tan gastada? Estados Unidos, como país, fue fundado por hombres que buscaban libertad espiritual para adorar a su Dios. ¿Dónde están los descendientes de aquellos pioneros? ¿No era hereditaria su valentía? La satisfacción más perdurable en la vida está en nuestras relaciones personales. ¿Por qué, entonces, las negociamos por carreras en compañías que se desharán de nosotros como papas calientes si no cumplimos nuestra cuota? Nuestro nivel de vida debe ser evaluado en más de una dimensión.

La teoría económica dominante en los estados unidos

La prosperidad material que disfrutarnos es un milagro moderno. Piense en las casas que surgieron tras la Segunda Guerra Mundial y que ahora nos parecen diminutas. La televisión era algo nuevo (las transmisiones en color empezaron en 1953). Nadie tenía computadora (Steve Jobs no nació hasta 1955). Greyhound era la forma de viajar en Estados Unidos, el sistema de autopistas interestatales no existía, la exploración del espacio era una idea abstracta, la energía nuclear era un misterio, la avenida Madison estaba aún en pañales y ser millonario no era lo normal.

Piense en ello. Dios ha bendecido a esta nación con los más grandes pensadores, líderes y realizadores de la historia. ¡Nos ha concedido una prosperidad que pondría rojo de envidia al propio Salomón! ¿Pero cómo ocurrió todo esto? ¿Se ha preguntado cómo pudo, en las pocas décadas transcurridas desde el fin de la Gran Depresión (1942) y la Segunda Guerra Mundial (1945), alcanzar este país un nivel de vida tan sorprendente? Ni siquiera la Gran Recesión que comenzó en 2007 pudo detener nuestro monstruo económico por más de unos pocos años.

La teoría económica dominante en los Estados Unidos durante el siglo pasado ha sido el *consumismo*, que se define como «la teoría económica que sostiene que el consumo cada vez mayor de cosas es siempre beneficioso». ¿Es esto verdad? ¿Es beneficioso el consumo cada vez mayor de bienes? Sea correcto o no —personalmente

pienso que no— sabemos, con solo echar una mirada a los anuncios y a los comerciales de la TV, que la industria estadounidense aplica la teoría con diligencia en sus planes empresariales.

En 1957, Vance Packard escribió un libro: *Las formas ocultas de la propaganda*, que produjo impacto y alarma en el país. El autor descubrió y alertó sobre una estrategia a gran escala dirigida a canalizar nuestros hábitos inconscientes y manipular nuestra inclinación a comprar cosas. Los comerciantes de la avenida Madison habían formado una perversa alianza con los practicantes de la psicología para manipular al consumidor estadounidense.

A fines de la Segunda Guerra Mundial, nuestra maquinaria industrial producía mucho más que lo que el público realmente adquiría. De modo que los comerciantes probaron cómo estimular a la gente a comprar más, y así nació la ciencia que investiga las motivaciones.

¿Se ha preguntado alguna vez por qué, cuando apenas ha terminado de pagar el auto, empieza a sentir una ineludible tentación de cambiarlo por otro más nuevo? ¿Por qué no seguimos conduciendo nuestro automóvil hasta que se agote antes de comprar otro? La razón obedece al resultado de esa impía alianza, y reside en lo que se denomina *obsolescencia psicológica*.

Los comerciantes de la avenida Madison descubrieron cómo hacer que nos sintiéramos avergonzados de ser propietarios de un vehículo levemente gastado. Estamos *programados* para consumir solo porque *la teoría económica dominante que se aplica en los Estados Unidos sostiene que un consumo progresivamente creciente de bienes es siempre beneficioso*.

Hacia fines de 1955 la publicación eclesiástica *Christianity and Crisis* criticó severamente «la economía estadounidense en constante crecimiento». Señaló la presión ejercida sobre el ciudadano norteamericano para que «consuma, consuma y consuma, aunque no necesite o incluso no desee los productos que se le meten por las narices». Agregó que la dinámica de un sistema en permanente expansión exigía que «se nos persuadiera a consumir para satisfacer las necesidades del proceso productivo».[1]

¿No le resulta interesante que la afirmación profética de 1955 podría ser perfectamente un comentario descriptivo de nuestra vida en el siglo XXI? Por muy sucintas e impactantes que sean las observaciones de Packard, *Christianity and Crisis* y otros, la influencia financiera de la industria abrumó a estos sabios observadores. Sus advertencias quedaron ahogadas en la marea de publicidad de los jabones con espumas mejoradas y de los nuevos autos elegantes y relucientes. Basta con encender la computadora o la tableta: el consumismo domina la realidad económica. Pero ¿cómo se nos persuade a que formemos parte del consumismo?

La influencia de los medios

No hay nada que ejerza tanta influencia en nuestro pensamiento como los medios de comunicación. Desafortunadamente, los medios en los Estados Unidos están controlados por humanistas seculares, de modo que el sesgo de todo lo que se imprime, programa, publicita e informa, trasmite una perspectiva secularizada.

En el próximo capítulo analizaremos la visión del mundo secular, pero déjenme usar la siguiente definición operativa: el humanismo secular es la filosofía que sostiene que el hombre es quien fija sus propios valores naturales, sin la interferencia de nadie (ni siquiera de Dios), y que él es el artífice de su propio destino, «el amo de su propia suerte».

El problema de tal perspectiva es que carece de valores absolutos; todo es relativo, no hay un punto de referencia eterno. Podemos elaborar nuestras normas a medida que vamos avanzando. Así, ¿cómo podríamos saber si la promiscuidad sexual es inmoral o no? ¿Por qué no debemos engañar en los negocios? ¿Por qué asignar prioridad a la familia sobre la profesión?

El legendario reportero de noticias Ted Koppel dijo en un profético discurso de graduación en la Universidad de Duke en la década de 1980: «Hemos reconstruido la Torre de Babel, que es la antena de televisión, con mil voces que a diario representan una parodia de la democracia, en la que se otorga a la opinión de cada cual el mismo peso, sin tomar en cuenta el contenido ni el verdadero

mérito. Hasta podríamos afirmar que las opiniones de verdadero valor tienden a quedar hundidas sin dejar rastro en el océano de banalidades que produce la televisión».[2]

Y, por supuesto, ahora podemos añadir a la lista a los blogueros, Facebook, X y otros medios sociales. Este enfoque relativista nos obliga a cuidar más nuestras mentes, porque hay innumerables ideas ridículas flotando por allí.

A través de los medios y la publicidad, en gran medida realizada subliminalmente, se nos induce consciente e inconscientemente a perseguir el estilo de vida consumista. El secreto de avivar nuestros deseos y caprichos ha sido elevado al rango de disciplina científica. ¡Después de todo, la meta económica que persiguen los medios de comunicación es vender productos y servicios!

Quizás nuestro problema radica más en aquello a lo que está expuesto nuestro inconsciente que en cómo funciona nuestra mente consciente. Según Wilson Bryan Key, en su libro *Seducción subliminal:*

> La mente consciente discrimina, decide, evalúa, rechaza o acepta. El inconsciente, aparentemente, solo archiva unidades de información que influyen en las actitudes o el comportamiento a nivel consciente de maneras que la ciencia desconoce. La enorme industria de la comunicación se dio cuenta, tiempo atrás, de la resistencia que la mente consciente levanta contra la publicidad. En cambio, en el nivel inconsciente hay muy poca resistencia, si es que hay alguna, y es a eso a lo que apela actualmente la publicidad.[3]

Como puede ver, tenemos alguna posibilidad de defendernos a nivel consciente, pero las incitaciones al consumo están dirigidas a nuestra mente inconsciente.

Quizás la única forma de superar este dilema es examinar nuestras fuentes de entretenimiento e información. Por mi parte, cuando era un padre joven, prácticamente dejé de ver televisión y traté de leer más libros. 1 Corintios 6:12 me ofreció una pauta que

vale la pena adoptar como credo: «Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen; todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna».

Lo que me preocupa es que mi mente inconsciente pudiera ser dominada en un área en la que no tuviera suficiente habilidad para resistir. Nuestra mente inconsciente no tiene murallas alrededor ni centinela a la puerta. Observe una noche cualquiera los comerciales de la televisión, y luego hágase la siguiente pregunta: «Si estas propagandas son verdad, ¿entonces quién soy, qué soy yo?». La vida que proyecta la pantalla ensalza el placer, la sensualidad, el no privarse de nada, y defiende el derecho que uno tiene de obtener cualquier cosa que se proponga. Estoy seguro de que su observación crítica lo llevará a la misma conclusión a la que yo llegué.

¿No nos gustaría a todos que los modelos que ven nuestros hijos se inspiraran en el sacrificio y la contribución de famosos científicos, artistas, pensadores, misioneros, estadistas, realizadores y otros héroes y santos de ese tipo? Esos modelos existen, pero no los vamos a encontrar en los medios.

Una vida feliz y despreocupada

Hoy vemos una generalizada falta de satisfacción en el consumidor estadounidense. Eso se debe a que el consumismo e influencia de los medios han provocado un radical cambio de valores.

El deseo de tener cosas ha llegado a ser más importante que tener una filosofía de vida coherente y significativa. Algunos investigadores han podido ilustrar de forma extraordinaria este cambio de valores mediante la extracción de datos de la encuesta American Freshman Survey, que ha registrado los objetivos de vida de los estudiantes universitarios de primer año todos los años desde 1966. Decidieron agrupar los resultados de la encuesta por generaciones: los *boomers* (nacidos entre 1946 y 1961), los de la generación X (nacidos entre 1962 y 1981) y los *millennials* (nacidos después de 1982). Descubrieron que el número de estudiantes que desean estar muy bien económicamente aumentó del 45 % de los *boomers* al 71 % de la generación X y al 74 % de los *millennials*. Al

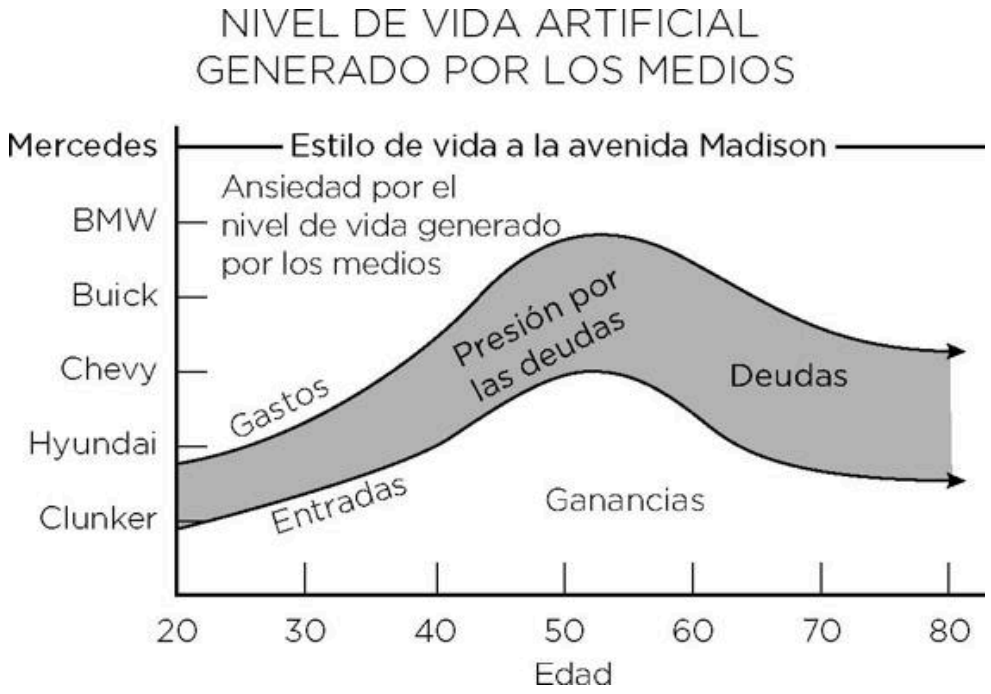
mismo tiempo, los que desean desarrollar una filosofía de vida significativa descendieron del 73 % de los *boomers* al 47 % de los de la generación X y al 45 % de los *millennials*. En el lado positivo, la ayuda a otras personas en dificultades se ha mantenido estable (66 %, 64 % y 65 %, respectivamente). Y formar una familia ha experimentado un ligero repunte (65 %, 71 % y 75 %, respectivamente).[4]

Desafortunadamente, somos más los que procuramos llevar el estilo de vida a la avenida Madison (llamémosla *una vida feliz y despreocupada*) que los que el sistema económico puede sostener. El estilo de vida y la imagen por la que nos esforzamos son un *modelo artificial, generado por los medios*. Los medios crean la imagen del estilo de vida que los productores de bienes y servicios quieren vender. Es un modelo irreal, artificial. Son apenas unos pocos los que lo alcanzan, y quedan extenuados.

Los hombres que procuran alcanzar ese nivel de vida a la avenida Madison —y en alguna medida todos lo intentamos— lo encuentran inalcanzable, o bien, si lo alcanzan, descubren que no pueden mantenerlo o que al fin de cuentas, no valía la pena.

El resultado de intentar alcanzar esa vida feliz y despreocupada y, finalmente, fracasar produce un intenso nivel de ansiedad. Esa insatisfacción se incrementa más en la medida que nos exponemos a la sociedad de consumo.

La figura 1.2 muestra dos tipos de presión provocadas por el intento de alcanzar esa vida feliz y despreocupada. La primera se refiere a la *ansiedad producida por el modelo de vida generado por los medios*. «Intenté, pero no lo conseguí». Refleja la medida en que la totalidad de nuestros gastos no llegan a ser suficientes para brindarnos el nivel de vida que nos hemos propuesto como meta.



Follow for extended description

Figura 1.2

Una vez que hemos aceptado el modelo impuesto por la sociedad de consumo, es prácticamente imposible evitar la ansiedad provocada por ese estilo de vida, porque, como expresó Salomón: «El que ama el dinero, siempre quiere más; el que ama las riquezas, nunca cree tener bastante» (Eclesiastés 5:10, DHH). Cuanto más tenemos, más queremos. La ansiedad es el subproducto inevitable de la carrera que emprendemos en pos de esa vida feliz y despreocupada.

La segunda *presión* es la que provocan las *deudas*. Observe la diferencia en la figura 1.2 entre nuestros *gastos* y nuestras *entradas*. En la medida en que nuestros gastos exceden nuestras entradas, acumulamos *deudas*. Tenemos dos maneras de establecer nuestro propio nivel de vida por entradas y por deudas. La forma normal de proveer para nuestras familias es por medio de nuestro trabajo. Nuestra productividad tiene un valor, que es el ingreso que obtenernos por el trabajo que hacemos. El otro método es el que

consiste en pedir dinero prestado a cuenta de futuros ingresos que esperamos obtener.

Pedir prestado ha llegado a ser un deporte popular. El crédito fácil parecía una idea genial, al menos hasta que estalló la burbuja inmobiliaria y provocó la Gran Recesión en 2008. Si pudiéramos controlar nuestros impulsos, sería maravilloso. Sin embargo, cuando combinamos el crédito fácil con el consumismo, obtenemos una fórmula altamente explosiva. En nuestro afán por alcanzar un buen nivel de vida, somos tentados a estirarnos un poquito más hacia la felicidad que nos ofrece ese crédito tan accesible.

En esencia, hemos canjeado nuestros valores tradicionales por una lóbrega especie de prosperidad, financiada por el notable incremento de la productividad y por una carga sofocante de deuda personal, hipotecaria, estudiantil y pública.

Una definición de la carrera de ratas

Podemos definir esta carrera como la búsqueda insaciable de esa vida feliz y despreocupada. Como nadie gana, hay un alto riesgo de fracaso.

El doble golpe que implica la ansiedad producida por el estilo de vida generado por los medios y la presión provocada por las deudas resulta sumamente deprimente. No solo cargamos con la opresión de no alcanzar nunca el nivel de vida que nos hemos fijado como meta, sino que también tenemos que soportar el peso de las deudas que hemos acumulado en nuestro intento por llegar allí. La deuda nos vuelve amargados e irritables, porque advertimos que hemos hecho el papel de tontos y nos hemos engañado a nosotros mismos. No solo eso, sino que nuestras relaciones personales terminan destruidas. La carrera de ratas se reduce al conflicto entre lo que fuimos creados para ser y lo que somos tentados a ser. ¿Podríamos definir la carrera de ratas de manera más concisa?

Si el propósito de obtener dinero y posesiones fuera lo único que entrara en la cuestión, quizás podríamos de alguna forma racionalizar nuestra ambición por el dinero. Pero cada hoja de

nuestro balance tiene dos caras, y su reverso son las relaciones personales.

Cuando decidimos entrar en la carrera de ratas, muy pronto aparecerán fracturas en nuestras relaciones personales, y en poco tiempo vendrá el derrumbe total. Desafortunadamente, en esta lucha por alcanzar un buen nivel de vida, con demasiada frecuencia *muchos hombres dejan atrás una estela de relaciones rotas*.

La manera en que medimos nuestro nivel de vida indica qué carrera hemos decidido correr. El creyente estadounidense enfrenta aquí un verdadero dilema. Podemos decidir participar en la carrera de ratas o podemos optar por no amar a este mundo, sino despojarnos «de todo peso y del pecado que nos asedia» y correr con paciencia «la carrera que tenemos por delante» (véase Hebreos 12:1).

Cada uno de nosotros tiene que tomar su propia decisión, pero hay una enorme presión que nos persuade a tomar la decisión equivocada, y no debiéramos subestimarla. Como solía decir mi primer líder de estudio bíblico: «Puedes elegir tu camino, pero no el resultado». La ley de causa y efecto se impone a nuestras decisiones.

Hacer la nueva tarea

La razón primordial por la que los hombres fracasan cuando reciben un ascenso es que continúan haciendo la misma tarea que venían realizando. En otras palabras, como lo que venían haciendo les resultaba cómodo, simplemente siguen cumpliendo la vieja descripción de tareas, en lugar de aceptar los nuevos desafíos.

Lo mismo es cierto en el reino espiritual. La razón principal por la que muchos hombres fracasan cuando ascienden a «discípulos de Jesucristo» es que siguen haciendo lo mismo que venían haciendo. En lugar de explorar los distintos aspectos de su vida y reaccionar con una actitud bíblica, siguen teniendo vidas impotentes como si nada hubiera ocurrido. Quizás el modo de hablar se limpie un poco, pero esencialmente, no hay cambios.

Creo que ya es hora de que los cristianos en este país se retiren de la carrera de ratas. Es una carrera que nadie puede ganar. ¿No es tiempo ya de empezar a hacer la tarea a la que fuimos promovidos cuando confiamos en Cristo? «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5:17). Se nos promete una nueva naturaleza espiritual, pero debemos ser fieles en cumplir con nuestra parte y hacer nuestra nueva tarea.

¿Piensa usted que ha llegado el momento de disponerse a hacer su nueva tarea? ¿Está hastiado de correr la carrera de ratas? ¿Le preocupa pensar que quizás está en camino a una vida llena de remordimientos?

Una vez hecha esta descripción del ambiente en que vivimos, corresponde ahora considerar los problemas concretos que enfrentan los hombres, las soluciones disponibles y qué posibilidades tenemos de encontrar otra carrera en la cual podamos participar con provecho.

——————— Asuntos a considerar ———————

1. «La mayoría de los hombres están atrapados en la carrera de ratas».

   ❑ Estoy de acuerdo ❑ No estoy de acuerdo. ¿Por qué?

2. Si en esta carrera nadie gana, ¿a qué se debe que tantos hombres participen en ella? ¿Qué es lo que están tratando de obtener?
3. ¿En qué aspectos se ha incrementado su nivel de vida desde que era pequeño? ¿En qué aspectos cree que se ha visto afectado su nivel de vida moral/espiritual/relacional?
4. Parece que muchos hombres han quedado sumidos en una actitud de complacencia mental y espiritual. ¿De qué manera han influenciado los medios y la sociedad de consumo sobre sus valores y su forma de invertir tiempo y dinero?

5. La avenida Madison se esfuerza por definir *quién* y *qué* somos, generalmente en términos de un *modelo de vida feliz y despreocupado*. ¿Qué pasos concretos puede dar para liberarse de esa influencia?

Capítulo 2

Una vida sin análisis

Una vida sin análisis no vale la pena vivirla.
Sócrates, citado por Platón en su Apología

Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvámonos a Jehová.
Lamentaciones 3:40

Solía ver *Dempsey and Makepeace* (Como el perro y el gato), un programa de televisión británico que se transmitió durante un par de años en la década de 1980.

Dempsey era un rudo policía neoyorquino, conocido por su temperamento áspero e inflexible. Cuando un informante de la policía avisó que la mafia había decidido su muerte, el jefe lo envió a Londres por su seguridad.

Makepeace era una mujer policía inglesa, muy femenina y correcta. Ella y Dempsey se convirtieron en colegas. Juntos protagonizaron lo que resultó ser una clásica serie televisiva inglesa de policías y ladrones.

En la presentación de cada capítulo semanal, los protagonistas huían de automóviles que se incendiaban y explotaban en el fondo. Ellos se arrastraban por el pavimento para no ser alcanzados por la metralla de las armas de fuego, cruzaban el terreno revolcándose y disparaban contra los bandidos. ¡No cabía duda de que se anticipaba una hora llena de acción! Después, la pantalla quedaba repentinamente silenciosa, y la cámara se acercaba al rostro duro de Dempsey. Este miraba directo a la cámara durante lo que parecía una eternidad. Finalmente, muy circunspecto, resumía lo que

vendría a ser su perspectiva de la vida: «La vida es dura y además, te mueres».

Allí entraba el comercial.

Dempsey no representaba precisamente al tipo intelectual y reflexivo, pero hay algo de verdad en lo que decía. Afrontaba la vida un episodio a la vez, sin detenerse nunca a pensar en lo que podía traerle el día de mañana.

Muchos de nosotros somos como él.

Llega un día, sin embargo, en el que queremos la *verdadera* respuesta a la pregunta que plantea Dempsey: «¿Por qué la vida es tan dura?» y «¿Qué ocurre cuando uno muere?».

El problema

Cuando estamos en el proceso de avanzar en el camino que nos hemos propuesto, no nos detenemos mucho a pensar en los *porqués* de la vida. Pero cuando alcanzamos el objetivo propuesto y seguimos insatisfechos, entonces empiezan a aparecer las interrogantes. «¿Quién soy yo? ¿Para qué existo? ¿Es esto todo? Si tengo tanto éxito, ¿por qué me siento tan vacío?».

Y si *no* alcanzamos el objetivo, la lista es aun más larga. «¿Por qué yo, Señor? Si me amas, ¿dónde estás cuando te necesito? ¿Por qué no me bendices? ¿Por qué me sucede esto justo a mí?». Nuestros sentimientos de dolor dan lugar a la ira, a la amargura, al temor o a la culpa, o a un poco de cada cosa.

Después de que lo hemos analizado todo, llegamos a la conclusión de que el principal defecto del hombre es que *vivimos sin examinarnos a nosotros mismos. La mayoría de los hombres no ha forjado cuidadosamente su visión de la vida sobre la base de buscar la verdad y la obediencia a Dios*.

En lugar de eso, corremos de una obligación a otra, sin darnos tiempo para reflexionar en el profundo significado y propósito de la existencia. Somos miopes, tenemos la vista puesta solo en el día que tenemos por delante; vivimos bajo la tiranía de los problemas de hoy. Nuestras vidas, como la de Dempsey, se consumen en la acción que llevamos a cabo como reacción a las aparentemente

interminables opciones que nos ofrece el menú de circunstancias que reclaman nuestra atención, nuestro tiempo y dinero. Sin embargo, como dijo Gandhi: «La vida consiste en algo más que en aumentar la velocidad».

Desde el punto de vista espiritual, muchos de nosotros simplemente estamos «jugando a ser cristianos», repitiendo los gestos correctos cuando estamos en la iglesia. Asistimos al culto de los domingos, pero el mensaje que nos llevamos no parece tener impacto en nuestra vida. No sabemos exactamente por qué sucede eso, y antes de que nos empiece a preocupar, preferimos pensar en ese problema laboral que nos está oprimiendo la boca del estómago. Salimos corriendo a nuestro próximo compromiso, y cuando llegamos al lunes por la tarde, el recuerdo del domingo está tan distante como el de las últimas vacaciones.

Así como un abogado o un electricista no pueden tener mayor eficiencia en su profesión que el esfuerzo que dedican a actualizarse, de la misma manera, un cristiano no será mejor que el esfuerzo que dedique a autoexaminarse sobre las preguntas trascendentes de la vida.

No todos piensan como yo

Cierto día, un amigo me sorprendió con un comentario que hizo durante un almuerzo. Se refirió a su perspectiva sobre el aborto. Es una persona nacida en el extranjero, con buen sentido de la historia, y a quien siempre he admirado por su eficiencia empresarial.

Me dijo que era mejor matar a una criatura por nacer que tenerla como un ser no deseado para que viva una vida de sufrimiento. No negaba que los nonatos también fueran seres humanos. Pero, como serían personas rechazadas y, tal vez, abusadas, le parecía una actitud de misericordia hacia un bebé no deseado poner fin a su vida antes del nacimiento. De todos los argumentos que he escuchado a favor del aborto, este es el que me parece más absurdo. Este amigo, rico e influyente, tomaba importantes decisiones comerciales que influían en la vida de nuestra comunidad.

¿Por qué los hombres piensan las cosas que piensan, dicen las cosas que dicen y hacen las cosas que hacen? Cada uno de nosotros tenemos una perspectiva de la vida. Para la mayoría, esa cosmovisión está determinada por el lugar donde nacimos, quiénes fueron nuestros padres y a qué escuela asistimos más que por un cuidadoso análisis de los asuntos involucrados. Sin embargo, nuestra perspectiva de la vida influye en cada uno de nuestros pensamientos, en cada una de las palabras que pronunciamos, en cada acción que emprendemos.

Dos perspectivas de la vida

A medida que crecemos y maduramos, nuestra perspectiva de la vida se va desarrollando a partir de nuestras múltiples experiencias y relaciones. Hoy en día, hay dos perspectivas predominantes en los Estados Unidos. La primera es la *perspectiva secular*, que considera al hombre como la figura central que modela los sucesos. La segunda es la *perspectiva cristiana*, que afirma que Dios es soberano y activo en la vida diaria.

El humanista secular cree que el hombre es esencialmente bueno, que puede forjar su propio destino, que pone por sí mismo límites a sus propias realizaciones y a su búsqueda de conocimiento, y que no hay pautas morales que puedan restringirlo, excepto las que él mismo elige según sus propios criterios.

El cristiano, por otra parte, cree en un Dios todopoderoso que creó los cielos y la tierra. Este Dios vivo y omnipotente posee todo el conocimiento y, a causa de su gran amor por nosotros, ha establecido normas morales absolutas con el fin de protegernos. Él es santo, amoroso y personal.

Los cristianos se muestran muchas veces, confundidos respecto a las diferencias entre estas dos maneras de ver la vida y, en consecuencia, muchos aplican los principios equivocados a sus problemas. Pareciera que tenemos una perspectiva fragmentada acerca de cómo se espera que vivamos los cristianos.

En el mundo de hoy, los cristianos hemos visto las cosas en partes en vez de en conjunto. Nos hemos alarmado respecto a la

destrucción de la familia, la pornografía, la violencia armada, el racismo, la pobreza y el aborto. Pero, como señaló el Dr. Francis Schaeffer, «no hemos percibido la totalidad, en la que cada elemento es una parte del conjunto, un síntoma de un problema mucho más grande».[5]

Este «problema más grande» es la transición radical de valores que mencionamos en el capítulo 1. Se trata de un cambio fundamental respecto a cómo percibimos la vida y al mundo en su conjunto. Nos hemos alejado de los principios tradicionales judeocristianos, y hemos adoptado una cosmovisión que nos permite seleccionarlos a partir de la autosatisfacción de nuestros propios intereses. Como un niño perdido en una confitería, *escogemos* nuestros valores, *determinamos* nuestro propio destino, *capitaneamos* nuestro propio barco.

Hay una serie de dificultades que brotan de las inevitables diferencias entre los resultados que producen estos dos puntos de vista. Ambos, necesaria e inevitablemente, conducen a resultados distintos. Entender sus diferencias es el paso inicial para resolver la cuestión de una vida sin análisis.

Muchas veces no *vemos* las drásticas diferencias entre estos dos puntos de vista. Seguramente, ha visto en un circo a un jinete montando a dos caballos a la misma vez. Apoya sus pies sobre el lomo de cada uno de los animales. Puede hacerlo porque están realmente cerca. Pero si se separan, el jinete tendría que optar por uno de los dos caballos para seguir montándolo.

Así es nuestro peregrinaje espiritual. Al principio, las dos perspectivas de la vida no se ven tan lejos la una de la otra. A menos que examinemos cuidadosamente nuestra vida, tendemos a considerar que la perspectiva cristiana y la secular se mantienen tan próximas como los caballos del circo. Sin embargo, si analizamos las cosas con mayor profundidad, empezaremos a percibir inconfundibles contrastes.

Empezamos a ver de manera drástica cuán diferentes, incluso totalmente opuestas, son. A medida que las analizamos, más se alejan una de la otra, hasta que llegamos a un punto, como le

ocurre al equilibrista del circo, en que tenemos que optar por una u otra.

La opción entre la perspectiva cristiana y la secular es una elección entre participar en la carrera de Dios o en la carrera de ratas.

Las consecuencias de llevar una vida sin reflexión

Juan y Betty empezaron como muchos cristianos. Durante siete años, los observé luchar con asuntos relativos al estilo de vida y la visión del mundo. Anhelaban, sinceramente, la paz y el contentamiento que vienen del conocimiento personal de Jesucristo. Sin embargo, experimentaban una constante presión a causa de sus apetitos por las cosas materiales. Betty, en particular, siempre quería más.

Vivían en una casa cómoda, pero como muchos de nosotros, estaban aferrados a la esperanza de comprar la casa de sus sueños. Juan sabía que las cuotas serían excesivas, pero Betty parecía muy ansiosa por tenerla. Finalmente, se lanzaron a comprar una casa realmente fantástica.

Juan parecía no poder nunca satisfacer los deseos materiales de su esposa. Trabajaba duro, pero ella pensaba que a él le faltaba ambición. Cuando su esposo se ocupaba de tareas cristianas, sentía que se estaba escapando de la responsabilidad de trabajar y ahorrar para la familia que planeaban tener.

Dos años después, Betty fue a visitar a sus padres durante algunas semanas. Un día, telefoneó a Juan y simplemente le anunció:

«He aceptado un trabajo».

«¿Qué significa eso?», alcanzó a preguntar Juan, casi sin aire.

Betty no le respondió en términos de su relación, sino solo de la ambición que tenía de dinero. Al final, solicitaron el divorcio y sus abogados se enfrentaron entre sí. Perdieron la casa que compraron debido a la compañía hipotecaria.

¿Cómo puede llegar tan lejos una pareja cristiana? La perspectiva secular de la vida compite frontalmente con la cristiana. Como los

cristianos somos minoría, con frecuencia terminamos convencidos por el mensaje consumista y materialista de la mayoría que trata de convertirnos a su estilo secular. ¡Así es, los discípulos del otro estilo de vida trabajan tan duro como los cristianos para hacer nuevos conversos!

Cristianos en cautividad

Sí, estas dos perspectivas dominantes de la vida existen, pero ¿cuántos hemos llegado a definir claramente los contrastes entre ellas? ¿Cuántos hemos forjado cuidadosamente nuestra perspectiva a partir de una búsqueda de la verdad? ¿O es más bien el producto de nuestro ambiente y circunstancias?

Colosenses 2:8 nos dice: «Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo».

Los humanistas seculares han sido mucho más eficientes que los cristianos en la tarea de influir en la cultura. La oración en las escuelas se declaró ilegal en 1961, el aborto se legalizó en 1973 y las principales cadenas dejaron de censurar su programación televisiva en 1989. Desde que se tomaron esas decisiones definitivas, casi todas las instituciones que podemos considerar valiosas han sufrido un deterioro significativo.

Actualmente, los cristianos en los Estados Unidos son una minoría. Pesan tanto como cualquiera de ellas, y sus valores y puntos de vista son tan impotentes como los de un grupo minoritario en cualquier momento de la historia moderna. ¿A qué se debe esto? Se debe a que vivimos nuestra existencia sin examinarnos, y, en consecuencia, muchos hombres rectos, cristianos, han sido «[engañados] por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo». En otras palabras, muchos somos cristianos en espíritu, pero mundanos en nuestra práctica. Hemos llegado a ser una generación de cristianos culturales.

Hemos visto las cosas en partes y no en su conjunto. Cuando los arqueólogos exploran las ruinas de civilizaciones olvidadas buscan,

entre otras cosas, trozos de cerámica, que son partes de vasijas rotas para estudiarlas. Luego elaboran una proyección acerca de cómo habría sido la vasija cuando estaba intacta.

Así es como debiéramos vivir nuestra propia vida. Deberíamos analizar cada pedacito, cada idea y teoría que descubrimos fluyendo en nuestras mentes, y determinar qué perspectiva de la vida representa. Con demasiada frecuencia consideramos los sucesos y las circunstancias como hechos aislados y desvinculados entre sí, cuando en realidad deberíamos tratar de visualizar de qué manera encajan en el cuadro total de nuestra cosmovisión.

En su libro *El cierre de la mente moderna,* el Dr. Allan Bloom enfoca el tema de una existencia irreflexiva. Alega, con firmeza, que es preciso reemplazar la apertura que caracteriza a nuestra época, a la que llama «apertura de la indiferencia», por «la apertura que nos invita a la búsqueda del conocimiento y la certidumbre».[6]

El Dr. Bloom sostiene que la «apertura» de nuestra época no es una inquisitiva que busque la verdad con férrea determinación, sino una que nos presiona para ser «receptivos a todo tipo de gente, de estilos de vida e ideologías». El único enemigo es el que no es receptivo a todo.

El hombre que piensa de esta manera es tan ciego que sería incapaz de decir si el temerario equilibrista del circo está montando caballos o burros, ni podría afirmar cuál de los dos animales es mejor, aun cuando pudiera percibir alguna diferencia entre ambos.

Esta no es una apertura que examine sus creencias en busca de la verdad y del bien moral, sino una que basa su virtud en decir sí a cualquier cosa que se presente. La apertura cristiana, en cambio, proviene de su búsqueda de la verdad y de los valores absolutos. La del humanista secular existe porque él mismo fabrica la verdad en su propio «razonamiento», y no tiene valores absolutos. Piensa que no importa lo que usted crea, mientras sea sincero.

Esto pone de manifiesto uno de los aspectos que contiene una vida irreflexiva. Podemos saber mucho, pero si no usamos ese conocimiento para superarnos en mente, alma y espíritu, al más alto nivel moral que pudiéramos alcanzar, somos malos mayordomos de

ese conocimiento. Nos transformamos así en cristianos en cautividad, atrapados por la perspectiva secular de la vida, «[engañados] por medio de filosofías y huecas sutilezas».

Si vamos a vivir según la perspectiva cristiana, debemos reconocer, en primer lugar, que somos una minoría; además, responsables por nuestras propias vidas. Cristo anhela que nos volvamos a él y sigamos su plan. Pero solo nosotros debemos decidir qué hacer. *El primer paso para conocer el plan de Dios para nuestra vida es el compromiso de vernos a nosotros mismos como realmente somos*.

Las dos personas que hay en nosotros

Hay dos personas en nosotros: la *visible* y la *real*. La primera es la que mostramos a los demás. Intuitivamente sabemos, por nuestra experiencia, cómo actuar y hablar para concordar con el grupo en el que nos encontramos. Muchas veces actuamos de manera diferente según el grupo en el que estamos.

Cuando estudiaba en la secundaria, integraba tres grupos diferentes. Uno era el del deporte: entrenaba con ellos, hablaba en forma ruda y no fumaba ni bebía.

El otro grupo era el académico. Había sido alumno de honor y me caían bien estos muchachos brillantes. Discutíamos la teoría de Darwin y hablábamos de la importancia de la ciencia en el futuro de la humanidad.

El tercer grupo era el de la diversión desenfrenada. Con ellos me pasaba el fin de semana fumando, bebiendo cerveza, recorriendo las fondas y buscando chicas. Lo cierto es que andaba siempre nervioso, porque cuando estaba con un grupo, tenía que estar atento por temor a la posibilidad de que pudiera aparecer alguien de otro. ¡Y quedaría expuesto como un impostor!

A pesar de que ya tenía tres papeles diferentes para representar en la escuela, había un cuarto Pat Morley, el que aparecía cada día en la casa después de las clases. ¡Iba camino a una segura crisis de identidad!

La persona visible es la que todos conocen. No es la verdadera persona. Hemos aprendido a hablar y actuar de una manera que nos permita comportarnos en el mundo y coexistir pacíficamente. Trabajamos duro para proyectar una determinada imagen de nosotros mismos a los demás.

La persona verdadera es la que Dios conoce. Somos quienes somos en nuestra mente, antes de que hablemos o actuemos. Nuestras palabras y acciones son consecuencia de nuestros pensamientos. Las Escrituras dicen: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?» (Jeremías 17:9). Para proteger nuestra imagen, llegamos a engañarnos a nosotros mismos hasta creer que la persona *visible* es, en alguna medida, *real*. Para llegar a vernos tal como realmente somos debemos admitir que somos incapaces de hacerlo sin ayuda de Dios.

La batalla se libra en la mente. Es una lucha entre la perspectiva secular mayoritaria y la perspectiva cristiana minoritaria, y se describe en Efesios 6:12: «Porque no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes».

Debido a que no tomamos en serio esta guerra espiritual, muchos estamos perdiendo la batalla en nuestras mentes. Pero podemos revertir la situación si nos proponemos autoexaminarnos por medio del estudio de las Escrituras. Usted puede conocer su verdadero yo, el yo que Dios conoce. Vamos a considerar a continuación una valiosa herramienta en esta tarea de conocernos a nosotros mismos.

«Mira este pez»

Ralph Waldo Emerson escribió en su diario el nombre de Louis Agassiz como la segunda persona a la que más admiraba, después de Carlyle, y antes de Thoreau y Oliver Wendell Holmes. Agassiz tenía algo mágico en su contacto con la gente. Siendo muy joven, ganó reputación internacional en el campo de las ciencias naturales.

Nacido en Suiza, llegó a Boston en 1846, con una imaginación y un entusiasmo ilimitados. Aceptó un puesto docente en la Universidad de Harvard, donde llevó a cabo un número aparentemente infinito de investigaciones sobre los peces y los fósiles.

Tan grande como su genio en el estudio de esa disciplina, era su capacidad como docente, incluso de mayor significación. Preparó a toda una generación de científicos que alcanzaron gran notoriedad en sus respectivos desempeños. Agassiz desarrolló un método original de instrucción que dio a sus alumnos la oportunidad de aprender a pensar por sí mismos y resolver sus propios problemas.

Me enteré por primera vez de la trayectoria de Agassiz cuando asistí a un programa intensivo de capacitación ejecutiva en la Escuela de Negocios de Harvard. Los profesores reverencian a Agassiz y lo han inmortalizado en el firmamento de la cultura. Sus premisas pedagógicas son parte esencial del famoso método de estudio de caso que aplica esta escuela. La persona que quiere examinar su vida puede obtener mucho provecho de este método.

Scudder, uno de los alumnos de Agassiz, que luego llegó a adquirir casi la misma notoriedad como docente, sintetizó así el método de Agassiz:

> Hace más de quince años [en 1874] ingresé al laboratorio del profesor Agassiz [. . .] Me hizo algunas preguntas acerca del propósito que me había llevado allí [. . .] «¿Cuándo desea empezar?», me preguntó.
>
> «Ahora mismo», le respondí.
>
> Esto pareció complacerle, y respondiendo con un enérgico «Muy bien» tomó de un estante una enorme vasija que contenía un espécimen en formol.
>
> «Tome este pez», dijo, «y mírelo [. . .] de vez en cuando le preguntaré qué ha visto». Diez minutos más tarde, había observado todo lo que podía verse en ese pez y salí a buscar al profesor, pero ya se había marchado del museo [. . .] Pasó media hora, una hora y otra hora más; el pez me empezó a resultar repugnante. Le daba vueltas y vueltas; lo miraba de

frente, y me parecía horrible; por detrás, abajo, encima, de costado, tres cuartos de perfil, y seguía pareciéndome horrible. Estaba desesperado; un poco antes de la hora acostumbrada, decidí que era tiempo de almorzar, de modo que, con enorme alivio, deposité cuidadosamente la vasija y por una hora me sentí libre.

Cuando regresé, supe que el profesor había vuelto por el museo, pero ya se había marchado y no volvería hasta dentro de unas horas [. . .] Lentamente, volví a tomar ese odioso pez y, con una sensación de desesperación, volví a contemplarlo [. . .] Metí un dedo por la garganta para sentir el filo de la dentadura. Empecé a contar las innumerables escamas en sucesivas hileras, hasta que me convencí de que eso era estúpido. Finalmente, me asaltó una feliz ocurrencia: dibujaría el pez; y entonces, con sorpresa, empecé a descubrir nuevos rasgos en la criatura. Justo en ese momento, regresó el profesor.

«Correcto», dijo, «el lápiz es uno de los mejores ojos. Pues bien, ¿a qué se parece este pez?».

Escuchó atentamente mi breve presentación [. . .]

Cuando terminé, quedó a la expectativa, como si esperara que siguiera, y luego, con actitud de desilusión, señaló:

«No ha mirado usted con suficiente atención [. . .] ¡vuelva a mirar, vuelva a mirar!». Y me abandonó otra vez en mi miseria [. . .]

Me animé a preguntarle qué tendría que hacer a continuación.

«¡Simplemente observe el pez!», dijo [. . .] Y por otros tres largos días volvió a colocar ese pez ante mis ojos, prohibiéndome que mirara cualquier otra cosa o que usara cualquier recurso artificial para la observación. «Mire, mire, mire», era su reiterada orden.

Fue la mejor clase de ictiología que jamás tuve, una lección cuya influencia se ha expandido a todos los detalles de cada estudio subsiguiente que emprendí; un legado que me dejó el profesor, no solo a mí, sino a muchos otros, un

> legado de inestimable valor que nunca podríamos llegar a comprar y del que ya no nos desprenderíamos jamás [. . .]
>
> El entrenamiento de Agassiz en el método de la observación de los hechos y su ordenamiento estructural se acompañaba siempre de la insistente exhortación a no conformarnos nunca con el nivel alcanzado en la observación.
>
> «Los hechos no son más que datos absurdos», decía el profesor, «en tanto no se los integre en conexión a una ley general».
>
> Al cabo de ocho meses, fue casi con pesar que abandoné a aquellos amigos y pasé a trabajar con insectos; pero el beneficio de esa experiencia inicial ha sido de más valor que los años de investigación realizados luego en mis grupos más preciados.[7]

La razón principal por la que vivimos sin examinar nuestra vida es que no nos tomamos tiempo para «mirar el pez», para observar cuidadosamente, para buscar más y más. Siempre podremos percibir mucho más, si tan solo nos tomamos el tiempo de hacerlo. «Tome este pez y mírelo». Pronto descubriremos que el juicio del profesor es acertado: no hemos observado cuidadosamente nuestras vidas. Con muy poco esfuerzo, pronto estaremos en condiciones de decir: «No, todavía no veo claramente, pero sí puedo reconocer qué poco veía antes».

Es mi esperanza que cuando llegue al final de este libro, con la misma actitud del señor Scudder, lo abandone con cierta nostalgia para introducirse a un nuevo campo de autoanálisis. Si toma la Biblia como fuente principal, podrá arribar a los principios que Dios ofrece para cada aspecto de su vida. Podrá reunir las partes de su vida y acomodarlas en relación con las leyes generales establecidas por Dios mismo.

Conclusión

¿Ha estado viviendo sin examinar su vida? ¿Ha llegado a entender las diferencias drásticas que existen entre los distintos puntos de

vista de la vida? ¿Entiende por qué piensa como piensa, dice lo que dice y hace lo que hace?

¿O, como Dempsey, vive cada día tal como se le presenta?

«Está bien», responde, «me ha convencido. He decidido que tengo que saber algo más sobre mi verdadera persona, la que Dios conoce tal como es. ¿Cuál es el paso siguiente?».

Un pastor tenía interés en conocer a una persona que estaba asistiendo a la iglesia. El neófito era entusiasta de los deportes. Como al pastor le gustaba el boxeo, lo invitó a asistir a una pelea, cosa que el otro no había hecho nunca. Justo antes de que se iniciara la pelea, uno de los boxeadores se hizo la señal de la cruz en la frente.

«¿Qué significa eso?», preguntó.

El pastor respondió rápidamente: «No significa nada si el boxeador no sabe pelear».

Sigamos, entonces, y obtengamos las destrezas que necesitamos para ganar la batalla en nuestra mente. El resto de este libro le proveerá el marco en el cual pensar acerca de las áreas problemáticas específicas en su vida; en otras palabras, un esquema para observar el pez.

——————— Asuntos a considerar ———————

1. ¿Qué le gustaría que dijera su epitafio como resumen de su vida?
2. ¿A cuál de sus experiencias y relaciones atribuye mayor influencia sobre su manera de pensar, hablar y actuar? ¿En qué sentidos han influido para bien? ¿para mal?
3. De las dos perspectivas, la cristiana y la secular, ¿qué porcentaje le confiere a una y otra en su vida? Por ejemplo: 60 % de perspectiva cristiana y 40 % de perspectiva secular. Describa las reflexiones que lo llevaron a esa conclusión.
4. ¿Es usted la clase de persona que reflexiona sobre los *porqués* de la vida, o se conforma con vivirla tal como viene? ¿Cuáles

son algunos de los riesgos de llevar una existencia sin reflexión alguna?

5. Hay dos personas en usted: la *visible*, conocida por los otros, y la *real*, conocida solo por Dios.

   ❑ Estoy de acuerdo ❑ No estoy de acuerdo. ¿Por qué?

6. ¿Está dispuesto a que Dios le muestre lo que realmente es usted? ¿Cuáles son algunas de las cosas que podría descubrir acerca de sí mismo?
7. El secreto de conocer algo a fondo es seguir mirando el pez. ¿Qué clase de compromiso estaría dispuesto a asumir, en términos de tiempo y esfuerzo, para examinarse a sí mismo?

Capítulo 3

¿Cristiano bíblico o cultural?

Toda una generación de cristianos ha llegado a creer que es posible «aceptar» a Cristo sin renunciar al mundo.

A. W. Tozer

Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, este es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era.

Santiago 1:23-24

Tenemos un problema. ¿Recuerda a Larry y a Carol, la pareja de la que hablamos en el primer capítulo? Son cristianos.

«¡¿Qué?!», exclama. «¿Es una broma?».

Es verdad, y no estoy bromeando. En efecto, someto a usted la hipótesis de que las fuerzas que juegan en la vida de Larry y Carol son una regla y no la excepción en las familias cristianas hoy en día. Y si avanzamos un paso más, agregaría que después de haber aconsejado a cientos de hombres no puedo contar ni siquiera diez cuyos matrimonios son como lo esperaban.

En grupos en los que me he aventurado a decir: «No conozco personalmente ni siquiera a diez hombres cuyos matrimonios son como lo esperan», nadie ha alzado su voz para contradecirme, ni he notado gesto alguno que me sugiera que alguien se opone a esa afirmación.

Quizás usted se esté preguntando cómo es que eso les ocurre a las parejas cristianas.

Es más fácil de lo que pudiera parecer.

El problema

Como ya hemos visto, nuestro nivel de vida material ha ido subiendo, pero ¿significa que estamos mejor que antes? Como mencioné en la introducción, hay muchos que perciben que algo no está bien en sus vidas, pero no alcanzan a saber exactamente qué. Tienen la incómoda sensación de que quizás estén compitiendo en la carrera equivocada. Reconocen que tienen más éxito *financiero* que sus padres, pero sospechan que quizás no estén mejor que ellos. ¿Qué es lo que está sucediendo realmente?

Como hemos señalado en el primer capítulo, un siglo de consumismo y de influencia de los medios de comunicación han provocado un cambio radical de valores. En general, vivimos ahora en una cultura dominada por la perspectiva secular de la vida

El verdadero problema que tenemos es que esto no solo les está sucediendo a Larry y a Carol, o algún otro, sino que *también nos ocurre a nosotros*.

Dos valores empobrecidos

En su gran libro *¿Cómo deberíamos vivir, entonces?*, el teólogo Francis Schaeffer observó que los cambios en el arte, la música, el teatro, la teología y los medios de comunicación masiva han afectado negativamente nuestros valores.

El Dr. Schaeffer enfatizó que la mayoría de las personas han adoptado dos valores empobrecidos: *la paz personal* y *la afluencia*. Su perspicaz análisis fue inmediatamente aceptado por consenso, porque tenía —y tiene— el halo de la verdad. He aquí las definiciones de estos dos valores:

> La paz personal significa simplemente estar en paz, no dejarse perturbar por los problemas de los demás, ya sea en el otro lado del mundo o la ciudad; vivir con posibilidades mínimas de ser perturbado. La paz personal significa querer que mi patrón de vida no se vea afectado durante mi existencia, independientemente del resultado que tenga en la vida de mis hijos y nietos. La opulencia significa una

> prosperidad abrumadora y cada vez mayor: una vida llena de cosas, cosas y más cosas; un éxito que se mide por un nivel cada vez mayor de abundancia material.[8]

Nuestros espíritus reconocen la verdad de las observaciones del Dr. Schaeffer. Nos dan un marco que permite explicar gran parte de lo que ocurre en el mundo que nos rodea.

Vimos en el capítulo 1 cómo somos atraídos hacia estos dos valores por el estilo de vida secular impuesto por la avenida Madison.

Pero sigue presente el problema de Larry y Carol: ¿cómo es que una pareja *cristiana* puede quedar tan enredada por estos valores empobrecidos y en bancarrota? Y lo más llamativo: ¿cómo es que también nos sucede a nosotros?

Un tercer valor empobrecido

El cristianismo está creciendo. Hoy hay más cristianos que nunca en los Estados Unidos, tanto en porcentaje como en cifras totales. Aproximadamente, uno de cada tres estadounidenses afirma haberle pedido a Jesús que perdone sus pecados y le conceda el don de la vida eterna.

He aquí la pregunta: *Si la religión es una parte tan importante de nuestras vidas, ¿por qué no ha hecho un impacto mayor en nuestra sociedad?* La triste realidad es que las declaraciones de compromiso religioso han aumentado, pero el efecto de esa decisión sigue siendo bajísimo. En el momento mismo en que los cristianos están «saliendo del armario», nuestra cultura se ha hundido en una verdadera cloaca moral.

¿Por qué nuestra cultura está tan convulsionada? La respuesta es sencilla: si bien el cristianismo está creciendo, nuestra cultura ya no se guía por los valores cristianos. Algunos llaman a esto una cultura postcristiana.

Esto es lo interesante: mientras que uno de cada tres es evangélico hoy en día, en 1800 solo uno de cada *catorce* de los 5,3 millones de ciudadanos de los Estados Unidos pertenecía a una

iglesia evangélica.[9] Por lo tanto, aunque el número de cristianos en este país ha crecido drásticamente, el cristianismo *siempre* ha sido minoritario en el país.

Sin embargo, antes funcionábamos bajo el consenso moral de los principios judeocristianos. El cine, la televisión, la literatura y otros instrumentos de la cultura se adherían a la moral de este consenso. Dicho consenso se ha ido desmoronando durante más de cien años, y su caída se ha acelerado rápidamente en los últimos veinticinco. Así, aunque el cristianismo sigue floreciendo, la cultura secular ya no se basa en los valores judeocristianos.

En esencia, tanto el cristianismo como la cultura no cristiana están creciendo, pero en direcciones diferentes. Así que no cometamos el error de decir que el cristianismo no funciona. Sí funciona. Es la cultura no cristiana la que no funciona. En las áreas en las que nuestra cultura es íntegra, se debe a los cristianos y a los no cristianos que aún se aferran a los valores judeocristianos. Todo lo demás es un desastre moral. No cometas el error de juzgar al cristianismo por los fracasos de la cultura no cristiana.

He aquí el problema: aunque el cristianismo está en pleno auge, muchos de nosotros, que somos cristianos, hemos quedado atrapados en esta cultura que está cada vez más en decadencia. Hemos adoptado muchos de los valores del mundo que nos rodea. Tal vez sea la nueva ética sexual de la convivencia o la pornografía, la avaricia desenfrenada y el materialismo, o el desinterés por las necesidades de los pobres. Gálatas 5:9 explica por qué adoptar estos valores es un problema: «Un poco de levadura leuda toda la masa». Así que cuando intentamos tener lo mejor de ambos mundos, cambiamos la verdad de Dios por una mentira y la gloria de Dios por los ídolos, hacemos lo que nos parece correcto a nuestros propios ojos, nos quedamos absortos en el mundo secular y adoramos las cosas creadas en lugar de al Creador.

Cuando no corremos una buena carrera, el resultado lamentable es la aparición de un tercer valor empobrecido: *el cristianismo cultural*. El cristianismo cultural es la búsqueda del Dios que queremos en lugar del Dios que es. Es la tendencia a ser superficial

en nuestra comprensión de Dios, queriendo que sea más un abuelito gentil que nos malcríe y nos deje hacer lo que deseamos. Es sentir la necesidad de Dios, pero según nuestras propias condiciones. Es querer el Dios que tenemos subrayado en nuestras Biblias sin el resto de lo que él es. Es un Dios relativo en lugar de un Dios absoluto.

El cristianismo cultural es un cristianismo hecho impotente. Es un cristianismo que tiene poco o ningún impacto sobre los valores y creencias de nuestra sociedad. Cuando el punto de vista secular de la vida se mezcla con el cristiano, ninguno de los dos sobrevive.

El cristianismo cultural pretende que Dios nos conceda paz y abundancia como demostración de su amor. Es el Dios del amor, pero no de la santidad. Realmente, Dios nos ama tanto que él va a limpiar el cristianismo cultural de nuestras vidas, de la misma forma que el platero purifica la plata carbonizando la escoria.

Al igual que los juguetes que se transforman con los que juegan los niños de hoy, a menudo, queremos que Dios también sea transformable, que se adapte a nuestros caprichos y no nosotros a él. Observe por un momento su propio estilo de vida. ¿Hasta qué punto cree que estos tres valores: la paz personal, la abundancia y el cristianismo cultural describen su propia realidad? ¿Cuál ha sido el resultado de esta religión adaptable y cultural?

Dos clases de cristianos

La facilidad con que hoy en día la gente se identifica con la religión ha producido dos clases de cristianos: *los cristianos bíblicos* y *los cristianos culturales*.

Cuando en nuestro autoexamen «miramos el pez», quizás la primera observación que hacemos es que entre aquellos que se identifican como cristianos hay una diversidad muy marcada de estilos de vida.

Nada de esto es nuevo, por supuesto. Es que otra vez se ha completado el ciclo. Jesús fue el primero en precisar los diferentes tipos de personas que se relacionarían o no con él. La parábola del sembrador revela cuatro grupos de oyentes de la Palabra de Dios.

Grupo 1: Los no cristianos

> «Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven». (Lucas 8:12)

Cristo dijo claramente que no todos los que oyeran acerca de la salvación habrían de creer.

Grupo 2: El cristiano cultural tipo «F»

> «Los de sobre la piedra son los que habiendo oído, reciben la palabra con gozo; pero estos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan». (Lucas 8:13)

El pensamiento moderno es acertado al creer que una vez que la persona es salva, es siempre salva. Cristo mismo lo afirma cuando dice: «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10:27-28).

Pero las corrientes contemporáneas se equivocan al anunciar a la gente que todo lo que necesitan es «decir una plegaria» y con eso serán salvos, nacidos de nuevo. ¡Pareciera que todos han «dicho la oración» correspondiente! La oración no salva; es la fe lo que salva. Diremos más sobre esto en el próximo capítulo.

Cuando hablamos del tipo «F» estamos hablando de una *fe falsa*. Entre nosotros hay quienes profesan ser cristianos, pero, en realidad, no lo son en absoluto; son cristianos culturales tipo «F». Tienen una fe falsa, no una fe genuina en Cristo. Jesús dijo: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7:21).

El apóstol Pablo exhorta: «Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros

mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?» (2 Corintios 13:5).

Sin querer hace sonar una falsa alarma, pero en amor, insto a todo aquel que se da cuenta de que es un cristiano cultural a considerar si su fe es meramente una fe derrotada o, en algunos casos, una fe falsa. Si esta es su situación, no se desanime. Dios lo ama con amor eterno y quiere reconciliarse con usted. En el próximo capítulo le indicaremos cómo volver al camino correcto.

Grupo 3: Cristiano cultural tipo «D»

> «La que cayó entre espinos, estos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto». (Lucas 8:14)

Desde el principio, noté lo que muchos otros también han observado sobre los hábitos de compra de los cristianos evangélicos en comparación con la sociedad en general. En la mayoría de los casos, no se observa diferencia alguna. ¿Por qué atribuyo tanta importancia a este hecho? En lo espiritual, si no hay diferencia en nuestra forma de vivir como cristianos, ¿qué hay en nosotros que pueda reflejar a Jesús a quienes aún no lo conocen? Desde un punto de vista práctico, la familia típica estadounidense tiene una deuda familiar de unos 100.000 dólares.[10] Cuando como cristianos gastamos como la «familia típica», también nos empantanaremos con deudas y correremos la carrera para adquirir más posesiones materiales. Como resultado, las preocupaciones subsiguientes ahogan la Palabra y la hacen estéril en nuestras vidas.

Es triste admitirlo, pero hay poquísima diferencia entre la manera en que muchos cristianos y no cristianos gastan su dinero. En un grupo cuya misión principal es ser sal y luz en un mundo resquebrajado y confundido, este ejemplo es poco efectivo para presentar una alternativa viable a quienes viven vidas vacías.

El tipo «D» alude a una fe derrotada. El cristiano cultural tipo «D» vive derrotado. Hay poca —si es que hay— diferencia marginal

entre su estilo de vida y el de aquel que dice no tener nada que ver con Cristo. Nunca ha entendido, quizás porque nadie se lo ha dicho, la diferencia entre lo que significa ser un cristiano cultural y un cristiano bíblico. Este libro será de especial ayuda a aquellos que caen en esta categoría. Esta era mi condición antes de que Dios me hiciera entrar en razones.

Grupo 4: El cristiano bíblico

> «Mas la que cayó en buena tierra, estos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia». (Lucas 8:15)

Los cristianos bíblicos no viven según sus propias ideas, sino explorando, comprendiendo y usando la Palabra de Dios. Experimentan, por medio del Espíritu Santo, el éxito y la paz que todos deseamos alcanzar.

Un cristiano bíblico es un hombre que confía en Cristo y solo en Cristo para alcanzar la salvación. Como *consecuencia* de su fe salvadora, desea ser *obediente* a los principios de Dios como una expresión de un corazón agradecido (véase Romanos 1:5). La obediencia no es lo que nos salva, sino la fe. Esto explica por qué algunos hombres pueden ser cristianos culturales: tienen una fe salvadora, pero no han hecho, obedientemente, a Cristo el Señor sobre toda su vida; no han permitido que el Espíritu Santo los llene de poder.

La gente que se relaciona con Cristo se ubica en dos amplias categorías: *los cristianos bíblicos* y *los cristianos culturales*. Entre estos están quienes tienen una fe *falsa* y aquellos cuya fe está *derrotada*. Podemos decir lo mismo de esta otra manera:

- Cristiano bíblico: fe genuina (obediencia).
- Cristiano cultural.
  - Tipo «F»: fe falsa (no genuina).
  - Tipo «D»: fe derrotada (sin poder).

¿Por qué hay tanta confusión respecto a lo que significa ser cristiano?

La ambigüedad de los términos

El hecho de que tantas personas hayan optado por identificarse como cristianos ha producido una ambigüedad en lo que realmente significa serlo. Se parece un poco a la existente en los calificativos políticos de republicano y demócrata. La etiqueta revela mucho menos que hace cincuenta años.

C. S. Lewis, en un libro publicado en 1943, *Mero cristianismo,* señala cómo las palabras pueden deteriorarse y perder su significado original. La palabra *caballero*, por ejemplo, originalmente significaba algo exacto. Para ser caballero, usted debía tener escudo de armas y ser dueño de tierras. Decirle a alguien «caballero» no era hacerle un cumplido, sino describir un hecho concreto. Con el tiempo, sin embargo, el término llegó a ser una manera de hacerle a alguien un cumplido, no de brindar información acerca de su condición. Como consecuencia, señalaba Lewis, la palabra *caballero* ha dejado de ser útil en su sentido original; ha quedado inutilizada para ese propósito.[11]

El término *cristiano* también ha evolucionado hasta llegar a un significado amplio y diverso para quienes lo usan. El hombre es cristiano o no lo es. No hay adjetivo alguno —y nunca lo habrá— que sea necesario para describir lo que es un verdadero cristiano. Pero como actualmente hay una gran ambigüedad en torno a la palabra, es útil pensar en términos de cristianismo *cultural* o *bíblico* para explicar las enormes diferencias entre lo que piensan, dicen y hacen aquellos que se declaran cristianos. Como dijo Lewis, un cristiano es cristiano, pero puede ser un buen o un mal cristiano.

¿Qué significa hoy ser un cristiano cultural?

Lecciones de la escuela elemental

¿Recuerda a su maestra de primaria cuando hacía la demostración del principio de difusión? Empezaba mostrando un vaso de agua limpia. Luego, con un gotero, tomaba tintura roja de una botella y

dejaba caer una gota en el vaso. En poco tiempo, el agua quedaba coloreada con un matiz rosado a medida que el colorante iba diluyéndose en el contenido.

Ser un cristiano cultural en la generación de sus padres era como un vaso de agua limpia con una gotita de tintura roja diluida. En otras palabras, la cultura secular no era demasiado diferente a la cristiana. Era la época anterior a la pornografía en Internet, el aborto a demanda, el sexo explícito en horario de máxima audiencia televisiva, las canciones que degradan a la mujer y una cultura de la droga difícil de evitar. Es decir que un hombre podía ser un cristiano cultural y, de todos modos, seguir bastante cerca de los valores y la perspectiva cristiana de la vida.

Ser un cristiano cultural en nuestra época es como haber volcado todo el frasco de tinta roja en el vaso con agua. La cultura secular de nuestro tiempo está tan contaminada que ser un cristiano cultural hoy significa que su perspectiva y estilo de vida no están meramente matizados de rosa, sino contaminados totalmente por valores fallidos y empobrecidos, que son los siguientes:

1. Paz personal
2. Abundancia
3. Cristianismo cultural

Ranas en agua caliente

Malcolm Muggeridge relató cómo se cocina una rana. Si uno toma una rana y la echa a una olla de agua hirviendo, el animalito sentirá el calor y saldrá de un salto. Pero si se empieza con una olla de agua fría, se coloca la rana adentro y se va elevando lentamente la temperatura, el batracio no sentirá el cambio en la temperatura y no saldrá de la olla, sino que terminará cocinado.

Como una rana desprevenida en una olla de agua fría, nuestros valores se han ido «cocinando» lentamente a lo largo de las últimas décadas. ¡Si alguien hubiera sido congelado hace cien años y regresara hoy a la vida, pegaría tal salto para escapar de esta olla de agua caliente en que hemos transformado el mundo que quedaríamos tambaleando!

¿A qué se debe que no gritamos con todas nuestras fuerzas en contra del aborto, de las drogas, del déficit estatal, de la corrupción? No reaccionamos porque a lo largo de un período de varios años muchos de nuestros valores se han ido deteriorando gradualmente, de la misma manera como cambió la temperatura del agua que la rana no advertía; en consecuencia, hemos terminado «cocinados» y muchos nos hemos vuelto meros cristianos culturales.

Muchos hemos aceptado la cultura moderna, tal como se presenta. Con demasiada frecuencia, nuestros valores y creencias reflejan la mediocridad de una sociedad superficial y desesperanzada. En lugar de encontrar en nosotros una esperanza para este mundo afligido, al vernos, reflexionan: «La verdad es que no veo qué diferencia puede haber hecho Cristo en tu vida. Si eso es lo que significa ser cristiano, me quedo donde estoy».

La pregunta que todos debiéramos hacernos es: *¿Hay alguna diferencia entre la forma en que vivo y la manera en que vive este mundo derrumbado y lastimado? Mi vida, ¿ofrece esperanza o desilusión?*

Jesucristo le dijo a un grupo de cristianos: «Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo» (Apocalipsis 3:15-17). ¿Está tratando Jesús de decirle lo mismo a usted? ¿Está tibio, cocinándose a fuego lento como la rana? Si la respuesta es «sí», significa que ha estado llevando la vida de un cristiano cultural.

Demasiado ocupado

Ron Jenson alquiló una casa rodante y recorrió el país con su esposa, a la vez que trabajaba en su tesis doctoral. Su tarea era entrevistar a 350 líderes cristianos. Cuando terminó su recorrido, hizo una desalentadora observación: «He encontrado un gran celo por la obra de Dios, pero muy poca pasión por él». La única

excepción que encontró fue el fundador de Cru, Bill Bright, que lloraba abiertamente cuando hablaba de su amor por Jesús.

Muchos estamos ocupados «haciendo» cosas, pero no mantenemos sintonizada nuestra relación con Dios. Podemos llegar a estar tan ocupados por las cosas de Dios que vivimos derrotados en algunos aspectos importantes de nuestra vida personal. Cristo le dijo a otro grupo de cristianos: «Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado. Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor» (Apocalipsis 2:2-4). ¿Es esto lo que Jesús tiene que decirle? ¿Está tan ocupado con su propia agenda que ha perdido la pasión por Dios? Si la respuesta es «sí», significa que ha estado viviendo como un cristiano cultural.

Quizás nunca antes se haya detenido a reflexionar en qué clase de cristiano es usted. O tal vez, sabía que no estaba viviendo como debía, pero no cómo cambiar. Cualquiera sea el caso, es imprescindible que comparemos la vida de un cristiano cultural con la del cristiano bíblico para encontrar pautas respecto a cómo vivir. Se ha dicho que entender un problema es haber hallado la mitad de la solución.

Orientado al mercado o al producto

El juez Frederick Moore Vinson, expresidente de la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos, dijo en una ocasión: «No hay nada más cierto en la sociedad moderna que el principio de que no hay nada absoluto».

A menudo, los cristianos culturales piensan que la verdad es algo relativo, que cambia a lo largo del tiempo de la misma forma que las circunstancias. El cristiano bíblico acepta la declaración de Jesús: «Yo soy el camino y la verdad . . .» (Juan 14:6). No ve nada malo en el hecho de que las viejas enseñanzas tengan utilidad en los tiempos modernos. El hecho de que las Escrituras no tengan la apariencia de

la «alta tecnología» no lo perturba, sino que le provee fortaleza y estímulo.

El cristiano bíblico está convencido de que la Biblia, aunque a menudo está llena de misterio, revela a un Dios personal cuyas normas y principios son absolutos e inmodificables.

¡Podría no ser una muy buena idea!

Todos los días aparecen hombres de intelecto brillante que proponen ideas nuevas a las que nos adherimos. ¿Quién habrá sido el genio que pensó por primera vez que el Estado podía pedir dinero prestado? ¿Ha reflexionado alguna vez en el hecho de que fue una mayoría la que llevó a Adolfo Hitler al liderazgo del partido nazi?

El cristiano cultural vive según sus propias ideas y las de otros. Su mente se rige por la validez que otorga una mayoría (de 51 %). El cristiano bíblico, en cambio, vive de acuerdo con la Palabra de Dios y el consejo del Espíritu Santo.

¿Está autorizado el cristiano bíblico a cuestionar las Escrituras? Sí, por supuesto. Sin embargo, hay una diferencia entre luchar con las Escrituras para captar su verdad, indagarla, aprender toda la profundidad de su significado, y combatir con ella para decidir si la consideramos veraz o no. La primera forma de lucha es una manera de establecer las condiciones de la sumisión. La segunda es un combate de nuestra voluntad contra la de Dios, un acto cabal de desobediencia.

Conocí a un hombre en Orlando cuya esposa se había convertido al cristianismo. Ella sentía que el Señor la estaba llamando a dejar su familia y aceptar un puesto de relaciones públicas en Nueva York. Él estaba deshecho. Ella no se mostró receptiva al consejo de la Palabra de Dios, y la consecuencia fue el desastre total. El cristiano bíblico nunca vive en contra de la Palabra de Dios.

Las prioridades

¿Quién ocupa el primer lugar en su vida? La respuesta puede revelar si usted es un cristiano cultural o bíblico.

Esteban y su esposa vendieron su negocio, él se matriculó en una escuela de graduados fuera del estado, y compraron una casa cerca de la universidad. Cuando fueron a firmar la hipoteca, la compañía quería que falsearan algunos datos financieros.

«No puedo hacerlo», dijo Esteban.

«No tiene nada de malo, todo el mundo lo hace», le respondieron.

«Creo que no me entiende: no puedo hacerlo».

«Es solamente para el archivo; nadie se toma el trabajo de leerlo. Además, si no lo hace, no podemos darle el préstamo».

Esteban realmente creía que Dios los había conducido a la decisión de volver a los estudios. Ahora, la paz que había tenido se venía abajo. Para poder mudarse tenía que sacrificar su integridad. La decisión era realmente muy simple: «¿A quién voy a poner en primer lugar, a mis propios deseos o a Cristo?».

¡Con cuánta frecuencia tenemos que tomar decisiones similares! ¿Sacrificamos nuestra paz personal para poner primero a Cristo? ¿Aceptamos de buen grado un retroceso en nuestro nivel de vida? ¿O seguimos adelante sencillamente «porque todo el mundo lo hace»?

La decisión de Esteban fue negarse a mentir y estudiar en su propia ciudad en lugar de mudarse. Ponerse a sí mismo en primer lugar hubiera sido muy fácil. ¿Quién se iba a enterar, y a quién le importaba? Pero decidió poner a Jesús en primer lugar, y su paz fue infinita.

Muchos hombres cristianos han adoptado los tres valores mediocres de nuestra época: la paz personal, la abundancia y el cristianismo cultural. Se ponen a sí mismos en el primer lugar de su escala de prioridades. El cristiano bíblico pone su relación con Jesús a la cabeza de la lista. Procura buscar «primeramente el reino de Dios y su justicia» (Mateo 6:33).

La obediencia es la marca de fábrica del cristiano bíblico. Esa es la forma en que demostramos nuestro amor a Dios y a la verdad en el seno de una cultura desalentada.

¿Cómo un hombre puede llegar a ser un cristiano bíblico? Si usted ha sido un cristiano cultural, ¿cómo puede cambiar?

El autoexamen

El hombre que ha estado viviendo como cristiano cultural puede cambiar si examina las *influencias* que recibe y los *valores* que ha adoptado.

Si piensa que ha estado siendo un cristiano cultural, examine las influencias que recibe. Observe la iglesia a la que asiste. ¿Es una iglesia bíblica? ¿Qué de sus amigos? ¿Qué perspectiva de vida representan? ¿Cuáles son las formas de recreación, los medios de comunicación, el arte y la música a la que expone su mente?

Observe los valores que han orientado su vida: ¿son bíblicos o culturales? La sociedad contemporánea adopta los tres valores empobrecidos de la paz personal, la abundancia y el cristianismo cultural.

Paciencia para cambiar

Cuando me convertí a Cristo, le pedí ayuda a Dios en dos problemas prácticos y muy graves con los que estaba luchando. El primero era mi hábito de maldecir. Casi instantáneamente, sin ayuda ni esfuerzo de mi parte, cesó la costumbre. Un día mi esposa comentó: «Pat, ya casi no dices maldiciones».

Me quedé pasmado. No me esforcé conscientemente, ni siquiera advertí los cambios ocurridos.

La otra lucha tenía que ver con mi temperamento. Cuando me enfurecía decía cosas que luego lamentaba. Aunque el Señor me alivió muy rápido del vicio de maldecir, el problema de la ira persistió durante cinco largos y dolorosos años. Prácticamente cada día tenía que pedir perdón; hubo muchas lágrimas y largas oraciones suplicando a Dios que me ayudara. Pero pasó ese tiempo hasta que mis reacciones de enojo llegaron a ser las de una persona normal.

He aquí lo que quiero expresar: no hemos llegado a ser quienes somos de la noche a la mañana, y de la misma forma, quizás necesitemos tiempo, a veces mucho, antes de que podamos ver que nuestra vida toma el rumbo que queremos.

Una mirada en el espejo

El hombre frente al espejo no cambiará sino hasta que esté dispuesto a mirarse tal cual es y a comprometerse a conocer a Dios tal como él realmente es. Esta es la objetividad que le provee un fundamento firme a un hombre y le da la claridad de pensamiento que necesita para ser un cristiano bíblico.

Ese hombre que lo mira en el espejo, ¿es un cristiano cultural o un cristiano bíblico? Estas páginas están dedicadas a ayudar a cada uno de nosotros a examinarnos y replantear nuestros valores y creencias, para que podamos ser cristianos bíblicos en medio de un mundo quebrantado y angustiado.

——————— Asuntos a considerar ———————

1. Piense en alguna pareja cristiana que esté pasando por problemas matrimoniales. ¿En qué aspectos piensa que su adaptación a los valores culturales ha contribuido a sus conflictos?
2. El Dr. Francis Schaeffer dice que la sociedad moderna sostiene dos valores empobrecidos: la paz personal y la abundancia. ¿Está usted de acuerdo con él? ¿Por qué sí, o por qué no?
3. ¿De qué maneras ha estado procurando esos valores de la paz personal y la abundancia?
4. ¿Tiene mejor éxito financiero que sus padres? ¿Es la calidad de su vida personal mejor que la de ellos? ¿Por qué?
5. ¿Cómo definiría el *cristianismo cultural*?
6. Después de haber leído este capítulo, ¿se considera usted un cristiano *bíblico* o un cristiano *cultural*?
7. Si es un cristiano cultural, ¿cómo piensa que llegó a serlo? ¿Cuáles cree que fueron los factores que contribuyeron a forjar su perspectiva de vida?
8. Si es un cristiano bíblico, ¿qué consejo le daría a uno cultural para ayudarlo a volver al camino correcto?

9. ¿En qué puede descubrir la «tinta roja» en su propia vida? ¿Qué necesita hacer para eliminarla?

Capítulo 4

Lo significativo: La búsqueda de sentido y propósito

La mayoría de los hombres vive una existencia de silenciosa desesperación.
Henry David Thoreau

Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.
Jesús, Juan 10:10b

Freeport, Bahamas. Howard Hughes fue uno de los hombres más ricos del mundo. El Xanadu, un condominio de diez pisos construido sobre el océano.

¿A quién no le fascina la vida de los ricos y famosos? Howard Hughes, quizás el más excéntrico de los potentados, se instaló en las Bahamas con la intención de autoexiliarse.

Evitó el contacto público durante los últimos veinte años de su vida y, en una ocasión, llegó a negarse a una presentación ante una comisión del Senado, limitándose a hablar con ellos por teléfono, desde su *penthouse* en el último piso de El Xanadu. Los guardias mormones, contratados por su confiabilidad, aseguraban la cuarentena del señor Hughes, evitándole todo contacto con foráneos en su inexpugnable fortaleza.

Mientras me dirigía hacia la imponente puerta de acceso al complejo, observé un pequeño ojo de buey. Estaba cubierto con varias tiras de película reflectante 3M. Era realmente absurdo recibir a los visitantes con semejante arreglo improvisado, nada menos que en la entrada de la casa del hombre más rico del mundo.

Howard Hughes ya había muerto, pero a dos años de su muerte, su fortuna seguía costeando los cuatro *penthouses* que había convertido en una fortaleza para sí mismo.

Más nervioso que un gato, me asomé por esa ventana cubierta con material transparente, pero no alcancé a ver nada, a pesar de que los bordes del papel estaban casi despegados. En ese preciso instante, me asustó el sonido del ascensor, y cuando me di vuelta me encontré con una mucama que salía de la cabina.

Me miró de mala manera, pero puse mi mejor sonrisa y le dije cuánto admiraba al señor Hughes, y como ya había muerto . . . ¿le parecía a la señorita que podría permitirme dar una vuelta por allí para echar un vistazo?

Dudó, todavía recelosa, pero era obvio que encontraba algo divertido mi pedido tonto, de modo que me mostré más locuaz. Finalmente, se encogió de hombros, como si dijera «por qué no», y me condujo hacia el interior.

¡No sé qué había esperado encontrar, pero lo cierto es que me sorprendí! Me había imaginado que el hombre más rico del mundo habría importado opulentos candelabros y costosas obras de arte. Había supuesto que reconocería la marca de algún famoso diseñador europeo en la decoración de los ambientes.

El mobiliario escaso y austero le daba al lugar más bien la apariencia de una rústica cabaña en la montaña. Almohadones de tela escocesa, gastada y deshilachada, en tono verde oliva, yacían sobre sillones de madera tosca de precio barato. Los elementos del baño le daban la apariencia de un motel económico.

Cuanto más entraba en su mundo intrigante y secreto, tanto más me latía el corazón. Las piernas me temblaban, como cuando uno por poco tiene un accidente en la autopista. A medida que pasaba por las habitaciones, me imaginaba al señor Hughes almorzando, durmiendo, haciendo importantes llamadas internacionales, pasando telegramas. Casi podía verlo sentado en su escritorio, garabateando las famosas notas manuscritas que pasaba a sus subalternos.

Su riqueza, su poder y su fama no tuvieron parangón en su época. Sin embargo, este escondite en el que se secuestró a sí mismo para evadir la realidad, resultaba un contundente

recordatorio de que el dinero es un dios efímero. Howard Hughes murió prisionero en su propia ciudadela, traicionado por su fama. La influencia que ejercía empezó a diluirse en las polvorientas páginas de la historia, en el instante mismo en que su cuerpo se enfrió.

El problema

¿Cuál considera usted que es la necesidad primordial de un hombre? Algunos han dicho que les gustaría que su epitafio dijera: «Marcó un cambio». Sea que hablemos de desarrollar totalmente nuestra potencialidad, o solo de sobrevivir hasta el vencimiento de la próxima cuenta, los hombres siempre hablan de su necesidad de ser alguien. La necesidad más primitiva del hombre es la necesidad de valer, de encontrar sentido y propósito a su vida:

«Quiero marcar un cambio».

«Quiero que mi vida cuente para algo».

«Quiero que mi vida tenga sentido».

«Quiero producir un impacto».

«Quiero hacer una contribución».

«Quiero hacer algo importante con mi vida».

«Quiero vencer, llegar, sobresalir, demostrarme a mí mismo que puedo».

«Quiero ser alguien».

«Quiero que mi vida sea significativa».

La diferencia entre los hombres está en cómo satisfacemos nuestra necesidad de valer como personas. Algunos, en su apetito por los bienes transitorios de esta vida, buscan ese sentido en la sola satisfacción de sus ambiciones personales. Otros, enseñados por las Escrituras, encuentran ese sentido en obedecer a Dios.

Cómo respondemos a las preguntas: *«¿Quién soy?»* y *«¿Para qué vivo?»* es lo que determina nuestra manera de buscar sentido en la vida. Nuestras respuestas nos dividen básicamente en dos grupos: los que buscan sentido de manera apropiada y los que lo hacen de manera inapropiada. Nuestro deseo de satisfacer esta necesidad puede acercarnos o alejarnos de las cosas de Dios.

El sentido auténtico y perdurable está escondido en Cristo. Él dijo: «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en Él, este lleva mucho fruto; *porque separados de mí nada podéis hacen*» (Juan 15:5, énfasis del autor). Esto quiere decir que un hombre no puede encontrar sentido duradero en nada sino en Cristo. De modo que, si un hombre está en Cristo, y está sometido al plan y propósito de Dios para su vida, entonces puede satisfacer sus necesidades esenciales de una manera que realmente perdure. De lo contrario, todos sus esfuerzos, igual que los de Howard Hughes, se enfriarán apenas haya muerto.

La mayor esperanza de un hombre

Ted es encantador. Su amplia sonrisa es realmente contagiosa. Ha alcanzado buen nivel social e independencia económica. Como presidente de una gran empresa, es poderoso e influyente y tiene muchos amigos.

Es propietario de varias casas y ha sido un verdadero benefactor de la comunidad. Es difícil no quererlo. Ha procurado darle sentido a su existencia y lo ha logrado de acuerdo con sus reglas. Pero ¿tiene realmente sentido su vida? La respuesta depende de cómo definamos los términos.

¿Cuál es la mayor esperanza de un hombre que no tiene a Cristo? La mayoría de la gente nunca llega a ver su nombre en el periódico. Si usted fuera un hombre realmente destacado, de reputación nacional, ¿cuánto podría esperar de la historia? A lo mejor, si fuera un gigante de su época, lo más que podría esperar es un par de párrafos en Wikipedia. Y si no, busque a Howard Hughes.

La mayor aspiración del hombre es alcanzar la inmortalidad. «Ha puesto eternidad en el corazón de ellos» (Eclesiastés 3:11). Eso es parte de lo que queremos decir cuando hablamos de darle sentido a la vida. Queremos que «algo» de nosotros sobreviva. En esa búsqueda de inmortalidad, ¿cómo trascendemos? ¿En nuestros logros, en la herencia que dejamos a nuestros hijos o en un par de párrafos en Wikipedia? Algunos potentados financian pabellones de hospitales o construyen edificios en las universidades para que

lleven su nombre esculpido y les aseguren algún grado de inmortalidad.

La manera en que respondemos a las preguntas: *«¿Quién soy?»* y *«¿Para qué vivo?»* representa una opción entre dos líneas de tiempo: una de ochenta años y otra que dura toda la eternidad.

En última instancia, si no encontramos nuestro sentido en Jesucristo, no vamos a trascender el umbral entre esta vida y la otra. Nuestro máximo deseo tendrá un abrupto final. En tal caso, hubiera sido mejor no haber nacido.

Maneras inapropiadas de encontrar sentido a la existencia

Nadie puede negar que muchos de nosotros nos vemos atrapados en la carrera de ratas: el conflicto entre lo que hemos sido creados para ser y lo que nos sentimos tentados a ser. Muchas personas satisfacen su necesidad de ser alguien sin Cristo. Sin embargo, la diferencia en la *calidad* y la *perdurabilidad* de ese sentido es enorme. ¿Por qué conformarnos con las migajas que caen bajo la mesa si podemos participar del banquete? No obstante, muchos buscamos sentido a la existencia de manera inapropiada. Consideremos algunas de las maneras corrientes en que el mundo define el sentido de la existencia.

La fama: La memoria es corta

Una vez, mi hija y yo fuimos con otros amigos a presenciar el torneo de tenis Abierto de los Estados Unidos. Minutos antes de que empezara el encuentro final femenino, presentaron a las mujeres que habían ganado los torneos de años anteriores, desde la mayor hasta la más joven.

Estas campeonas del pasado no estaban ante un público cualquiera, sino ante una muchedumbre fanática del tenis. Sin embargo, mientras la primera de ellas, la de más edad, era escoltada hasta el centro, apenas hubo algunos aplausos de cortesía desde el público. Cuando el anunciante presentó a la siguiente, los aplausos

se incrementaron un poquito. Así siguió, y las estrellas siguientes iban recibiendo un aplauso algo más fuerte.

Por fin, presentaron a una tenista cuyo nombre podía reconocer, y me uní a los aplausos. Cuando llegaron a Billie Jean King, los aplausos pasaron de la cortesía a la algarabía. ¡Pero cuando nombraron a Chris Evert, la gran dama del tenis, las tribunas bramaron con el estruendo del aplauso multitudinario!

Mientras observaba lo que ocurría, no podía evitar pensar que la primera anciana había sido la Chris Evert de su época. Pero cincuenta años después, apenas recibía algunos aplausos corteses de un puñado de fanáticos. Me preguntaba si habría imaginado que su nombre iba a perdurar. Me pregunté también cuánto tiempo pasaría hasta que Chris Evert fuera olvidada y solo mereciera unos pocos aplausos corteses de un puñado de amables espectadores.

La memoria es corta. Cuando tratamos de responder a la pregunta «¿Quién soy?» en términos de la fama y de los logros mundanos, estamos eligiendo una identidad que se desvanece, tal como se destiñen los muebles al sol.

Las posesiones: Ojos insatisfechos

Una Navidad, le compré a mi esposa un costoso y fino reloj suizo de oro. Debo confesar que esta gentileza no nació de mi deseo de agradarla, sino de un motivo mucho más siniestro. Lo cierto es que deseaba tener un reloj suizo de oro, pero no me sentía bien yendo yo mismo a comprármelo. Tenía un problema: Patsy y yo nos habíamos regalado mutuamente un reloj como obsequio de bodas, y el que yo llevaba era justo ese mismo reloj, ese romántico recuerdo de boda.

Necesitaba una estrategia digna para desprenderme del reloj que usaba. Durante años lo estuve pensando. Por fin, encontré la salida. El reloj de mi esposa, después de trece años, empezaba a morir. Ahí empezó a cobrar forma mi plan. Si le compraba a Patsy un costoso reloj nuevo, después de un tiempo prudencial podía comprarme el mío.

¿Por qué quería un reloj nuevo? ¿Lo necesitaba? No, solo quería un símbolo que le hiciera saber a la gente que yo había llegado. Todos usamos nuestras posesiones para comunicar que somos importantes, que somos «alguien». La ventaja de alardear con nuestros bienes es que no necesitamos hablar del asunto y andar haciendo comentarios acerca de nosotros mismos.

Pero el sentido que confieren los bienes materiales es el más pasajero de todos. En una ocasión, compré un auto lujoso. Nunca olvidaré cómo relucía la pintura al sol, y cómo el aroma del tapizado blanco le sabía a perfume a mi olfato de joven materialista.

Apenas tres semanas después de haberlo comprado, la novedad se empezó a desvanecer, y me producía más impacto el mismo auto, pero en otro color. ¡Me lamentaba de no haber comprado ese color!

Cuando las posesiones y el dinero sustituyen nuestra verdadera identidad, esta queda atada a cosas que se corroen y se apolillan.

El poder: ¿cómo dice que se llamaba?

Un secretario de Estado, Donald Hodell, señaló la poca trascendencia que habían tenido los miembros del gabinete anterior. Como integrante del gabinete del presidente Reagan, les recordó a los jefes de área de su departamento que no se enamoraran de sus títulos. Comentó que nadie recuerda a los secretarios anteriores, mucho menos a los jefes de departamento. Agregó con humor: «Algunos de los empleados que trabajan en los niveles inferiores de este ministerio ni siquiera recuerdan quienes fueron los secretarios anteriores».

Los hombres que alcanzan posiciones de cierta responsabilidad y autoridad en esta vida corren los mayores riesgos. *El peligro es asociar lo que somos como personas con el puesto que ocupamos*. El sufrimiento empieza cuando ya no estamos en ese puesto, y entonces advertimos que la gente no se interesaba en nosotros porque éramos *nosotros*, sino por el cargo que ocupábamos y desde el cual pensaban que podíamos beneficiarlos de alguna forma.

Cuando respondemos al interrogante «¿Quién soy?», en términos de nuestra posición, demostramos tener una errada comprensión de

lo que significa encontrar sentido en la vida.

La capacidad de controlar a otros, de influir en las decisiones importantes, de cambiar el curso de la historia, han sido las maneras más características en que los hombres han tratado de encontrar sentido a su vida desde los albores de la historia de la humanidad.

El campo más obvio en el que los hombres buscan adquirir poder es en la arena política. Sin embargo, el poder tienta con la misma intensidad a los que ostentan el liderazgo en el campo empresarial, laboral, militar y religioso.

La atracción de ser quien tiene la última palabra; el poder de sancionar asignaciones presupuestarias importantes en un proyecto; o la habilidad de convencer a un cliente de comprar su producto aun cuando cueste más que el de la competencia son todos estos logros que marean y confieren cierta aura de poder. ¡Empezamos a creer que tenemos ciertos poderes de los que no están investidos los mortales comunes!

Un hombre jubilado expresó: «Llegamos al mundo como bebés, y esa es la forma en que nos vamos. Antes podía tomar el teléfono y hablar con quien quisiera. Disfruta del poder mientras lo tienes, porque una vez que te jubilas, ya no te devuelven las llamadas».

El juego de los diez destacados

Si usted es de los que creen que el hombre puede encontrar un sentido perdurable a su vida alcanzando fama, posesiones o poder, conteste el siguiente cuestionario para probar su «extraordinario cociente de inteligencia»:

1. ¿Puede nombrar los diez hombres más ricos del mundo?
2. ¿Puede mencionar los diez hombres más admirados de su país?
3. ¿Puede nombrar los diez empresarios ejecutivos más encumbrados de su país?
4. ¿Puede dar los nombres de los diez últimos presidentes?
5. ¿Puede recordar los últimos diez premios Nobel?
6. ¿Puede nombrar diez miembros del gabinete de gobierno?

El juego de los diez más destacados es un juego que no tiene consideraciones ni contemplaciones con nadie; es una objetiva demostración de lo absurdo que es buscar sentido fuera de Jesucristo. ¿Se le ocurren otras categorías para plantear la misma adivinanza? Hasta los que más éxito alcanzan en este mundo son, como expresó el apóstol Santiago, mera neblina, que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece (véase Santiago 4:14).

Para seguir un paso más adelante, haga el mismo juego de la siguiente manera:

1. Nombre a sus diez mejores amigos.
2. Nombre diez miembros de la familia que lo amen.
3. Nombre las diez experiencias más memorables de su vida.
4. Nombre diez personas que seguramente asistirían a su funeral.
5. Nombre diez preguntas que querría plantearle a Dios.

La diferencia entre la verdadera distinción y la autogratificación

Nuestra sociedad, debido a la tendencia a favorecer los derechos individuales y desplazar los valores tradicionales judeocristianos, se ha lanzado a la búsqueda de la autogratificación. El enfoque de la paz personal y de la abundancia ha reemplazado las convicciones profundas (y las consecuentes causas comunitarias) defendidas con sacrificio, que tanto benefician a la condición humana. El camino que conduce al verdadero sentido en la vida abarca más que lo meramente individual.

Con frecuencia, empleamos nuestra energía para satisfacernos a nosotros mismos más que para servir a otros*. No es posible alcanzar sentido en la vida a menos que aquello que hagamos contribuya al bienestar de otros*. Si lo que hago solo tiende a mi propio bienestar y placer, nunca obtendré de ello una sensación duradera de sentido y propósito. Por otro lado, cuando me involucro en una tarea que sí prueba ser de beneficio a otros, crece en mí la sensación de que lo que hago es importante. Y, si hago de ello una práctica constante, el resultado es un estado significativo.

Un día, pasaba frente al nuevo local de nuestra iglesia cuando faltaba poco para terminar su construcción. Como miembro de la comisión de construcción, me henchí de genuina satisfacción al imaginar las generaciones que considerarían ese edificio como el centro de sus actividades infantiles.

Es cierto que no entré a la comisión para sentirme mejor conmigo mismo ni para mejorar una decaída autoimagen. Lo hice para ofrecer una contribución a otros, y de alguna forma tuve que hacer ciertos sacrificios para brindar ese tiempo. La consecuencia de mi decisión es que siento que mi vida tiene sentido.

Cristo lo expresó de la siguiente manera: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?» (Mateo 16:24-26).

La diferencia entre la autogratificación y la verdadera distinción se encuentra en la *motivación* y la *actitud*, no así en la *tarea*. Dos hombres que trabajen uno al lado del otro, en la misma oficina, quizás respondan a igual descripción de trabajo, pero el impacto que ejerza cada uno puede ser totalmente diferente.

Uno está compitiendo en la pista rápida. Es una carrera cuesta arriba, en la que siempre hay que luchar por llegar al próximo peldaño de la escalera, llegar más alto, alcanzar la gloria. El otro encuentra más satisfacción en la tarea de guiar a sus jóvenes subalternos. Los aconseja, los exhorta, los estimula. Todos saben que es cristiano, aunque no ande por allí abrumando a sus colegas con su conocimiento de la Biblia.

Estos dos hombres realizan las mismas tareas. Sin embargo, las actitudes y los motivos distinguen a uno de ellos como alguien que no busca más que su autorrealización y su autogratificación. El otro, en cambio, experimenta una vida más significativa y valedera, contribuyendo al bien de los demás con amor y fe.

He aquí una prueba para *determinar el significado* de lo que hacemos: «¿Contribuye lo que estoy por hacer al bienestar de los demás, por medio de la expresión de fe, amor, obediencia y servicio

a Cristo?». Eso significa negarse a uno mismo, tomar la cruz y seguir a Jesús. Si nos sacrificamos de esta forma, la paradoja es que, según dicen las Escrituras, nos estaremos salvando a nosotros mismos. Acumular riqueza, poder, influencia y prestigio puede ser en sí mismo gratificante, pero no satisfará las necesidades del hombre para dar sentido perdurable a la vida.

Hacedores de la palabra

El aroma del otoño flotaba en el ambiente, y la pequeña aldea de Wittenberg, Alemania, empezaba a prepararse para el invierno. En la universidad, un estudiante joven y modesto se preguntaba: «¿Cómo puede un hombre hallar el favor de Dios?».

Cuanto más profundizaba en esta interrogante, tanto más crecía su frustración y su ira hacia su amada iglesia. Este joven monje no quería rebelarse, aunque los abusos que veía dentro de ella lo impulsaban a registrar por escrito las injusticias que observaba.

Una de las lamentables prácticas que había adoptado la iglesia para acrecentar sus ingresos era aceptar pagos a cambio del perdón de pecados. En otras palabras, uno podía pecar y obtener luego el perdón de ese pecado mediante el pago de dinero, sin arrepentimiento.

En 1508, este joven, que estaba cursando estudios de leyes, empezó a expresar sus convicciones en la Universidad de Wittenberg, atrayendo el interés de estudiantes en todo el país. Su indignación llegó a un clímax cuando en 1517 John Tetzel, representante del papa, llegó a Alemania para vender certificados firmados por el pontífice en los que se ofrecía el perdón de todos los pecados a cualquiera que los adquiriese. ¡Hasta era posible comprarlos a favor de otros parientes!

Con los años, cobró fuerza la visión del propósito de Dios para su vida. El 31 de octubre de 1517, un tembloroso Martín Lutero marchó hacia las puertas de la catedral en Wittenberg y clavó en ellas sus noventa y cinco tesis, que pronto se hicieron famosas en todo el mundo.

Fue un momento decisivo en la historia del cristianismo, el resultado de un hombre no satisfecho con lo que vio una vez que se miró en el espejo. «Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, este es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era» (Santiago 1:22-24).

Lutero decidió no conformarse con escuchar la Palabra de Dios, sino ponerla en práctica. Durante los cuarenta años siguientes, la mitad de las iglesias de Europa se volcaron al protestantismo, dando comienzo a la Reforma protestante. Se reformaron las estructuras sociales, políticas y económicas, y hasta la Iglesia católica romana introdujo cambios.

Es cierto que el joven Martín Lutero no tenía idea del impacto, de la importancia, que su vida iba a ejercer. Pero Dios pudo usarlo porque estaba dispuesto a estudiar la Biblia, a dejar que él le hablara y a ser un hacedor de la Palabra. Como creía en Dios, encontró *sentido* a su vida y Dios le dio un *propósito* a su existencia.

En su búsqueda de significado, ¿ha procurado encontrar el propósito de su vida a través del estudio de las Escrituras? Cualquiera que desee satisfacer la necesidad de hallar sentido a la vida debe estudiar las Escrituras y pedirle a Dios que le muestre su propósito para él. Luego debe ser un fiel hacedor de lo que Dios le diga.

Fidelidad

Hoy en día, Europa es un continente postcristiano. Esas monumentales y ornamentadas iglesias que existen en las ciudades principales son ahora museos y lugares de interés turístico. ¿Qué hubiera ocurrido si, en cada generación, un puñado de hombres hubiera tenido la misma valentía de ser hacedores de la Palabra, como lo fue el joven Lutero? El orden de Dios hubiera sido constantemente restablecido. ¿Por qué no ha sucedido así? La

respuesta, al menos en parte, es que no hubo un número suficiente de hombres fieles.

Muchos piensan que los Estados Unidos va en la misma dirección que Europa, si es que no ha llegado ya. ¿Tiene este país ese puñado esencial de hombres leales que se mantendrán en la brecha y trabajarán para asegurarse de que eso no suceda? ¿No le gustaría ser uno de ellos?

Durante un almuerzo, un hombre profundamente comprometido relacionó la desilusión que sentía en su profesión con la posibilidad de que Dios lo estuviera guiando hacia un ministerio a tiempo completo para él. En ese momento era líder de un grupo de estudio bíblico, responsable del discipulado de seis hombres. Para su sorpresa, nuestra conversación puso de manifiesto que no estaba tomando en serio su responsabilidad hacia el cuidado de esos hombres.

Llegó, por su cuenta, a la conclusión de que Dios no habría de darle un trabajo de mayor compromiso si no cumplía con fidelidad el que ahora tenía. ¡Ni usted ni yo le daríamos nunca un ascenso a alguien que no estuviese cumpliendo eficientemente su tarea actual!

Ahora este hombre encuentra sentido en su vida sin cambiar de profesión. ¿Cuál es la diferencia? Su fidelidad al llevar a cabo la tarea que Dios le ha encomendado.

¿Siente que su vida carece de poder? ¿Está usando plenamente sus capacidades? ¿O se siente hundido en un lodazal de insignificancia? Si no experimenta en su vida la plenitud de valor que desearía, hágase el siguiente diagnóstico:

- ¿Estoy tratando de ganar la carrera de ratas?
- ¿Entiendo realmente cómo nos evalúa Dios?
- ¿Estoy llevando una vida de fe, amor, obediencia y servicio?
- ¿Cuál es mi mayor esperanza?
- ¿Qué nivel alcancé en el juego de los diez más destacados?
- ¿Estoy procurando mi autorrealización o mi autogratificación?
- ¿Estoy desilusionado del materialismo?
- ¿Ha contribuido mi indiferencia pasiva al deterioro de la nación?
- ¿He estado buscando significado de maneras inapropiadas?

- ¿Estoy dispuesto a pagar el precio, si ser cristiano se volviera más costoso?
- ¿Soy de los que hablan o de los que hacen?
- ¿He sido fiel con aquello que Dios me ha confiado?
- ¿Estudio regularmente la Palabra de Dios, a fin de que pueda mostrarme su propósito para mi vida?
- ¿Contribuyo con los planes de Dios? ¿Conozco al menos qué contiene el programa de Dios?
- ¿Soy un cristiano cultural o bíblico?

Si no se siente satisfecho con lo que manifiestan sus respuestas, permítame sugerirle que haga una breve pausa. Reconozca ante Dios que ha pecado, y agradézcale por haber perdonado sus pecados. Si ha sido un cristiano cultural, si su fe ha estado «derrotada», pídale a Cristo que tome el control de su vida; vuelva a dedicarse a él. Si ha estado viviendo una farsa ante Dios, confiéselo. Si se le puede culpar de haberse rendido a medias —como quien trata de comer la torta y al mismo tiempo guardarla—, entréguese totalmente a Dios. Pídale que lo conduzca y lo guíe por su Espíritu hacia el propósito que tiene para su vida. Y luego pídale que le dé el poder de ser fiel a su compromiso. Tómese un momento para hacer esto ahora mismo.

Si nunca antes ha depositado su fe en Jesucristo, o si ha sido un cristiano cultural que ha vivido una fe «falsa», no hay mejor momento que este para que reciba a Cristo. Él le ofrece lo único que da sentido permanente a la existencia. Nos da una identidad que nunca se desvanece, ni se herrumbra, ni se corroe. Cómo él dijo: «Sin mí nada podéis hacer».

¿Cuántas decisiones realmente importantes llegará cada uno de nosotros a hacer a lo largo de su vida? No cabe duda de que la decisión de convertirse o no en cristiano es la más importante de todas. ¿Puede imaginarse algo peor que arribar a la conclusión equivocada respecto a Cristo?

Si usted sinceramente desea hacerse cristiano, entonces invite a Cristo a su corazón y a su vida. Recibimos a Cristo mediante la fe y

el arrepentimiento. La oración es una excelente forma de expresar fe. Le sugiero la siguiente plegaria:

Señor Jesús, reconozco que he estado intentando encontrar sentido de una manera inapropiada. En consecuencia, he pecado contra ti. Gracias por morir en la cruz y por perdonar mis pecados. Como un acto de fe, te invito a venir a mi vida y dirigirla. Toma control de mi vida, y haz de mí la persona que quieres que sea. Amén.

Si esta oración expresa sus anhelos, bien puede arrodillarse, dondequiera que esté, para invitar a Dios a morar en su vida. El verdadero sentido de la existencia está escondido en Cristo. Separados de él nada podemos hacer.

Si ha orado e invitado a Cristo a su vida, puede estar seguro de que acaba de tomar la decisión más importante. Aprenderá más sobre esto a medida que siga leyendo.

——————— Asuntos a considerar ———————

1. La mayor necesidad del hombre es que su vida tenga significado.

   ❑ Estoy de acuerdo ❑ No estoy de acuerdo. Explique su respuesta.

2. La diferencia entre los hombres es la manera en que satisfacen su necesidad de significación.

   ❑ Estoy de acuerdo ❑ No estoy de acuerdo. ¿Cuáles son algunas de las principales maneras que tienen los hombres de dar sentido a su vida?

3. ¿Cómo se autoevalúa usted? A fin de cuentas, ¿qué toma en cuenta para decidir si ha sido exitoso o no? ¿Cómo se vincula su propio método de evaluación con el de Dios?

4. ¿Qué puntuación alcanzó en el juego de los diez más destacados? ¿Qué verdad implica este juego?

5. ¿Cuál es la diferencia entre lo verdaderamente significativo y la autogratificación?
6. Lo que Martín Lutero hizo fue simplemente atender a la voz de su conciencia. ¿Por qué cree que no hay muchos hombres que hagan lo mismo?
7. ¿Qué cosas modificaría en su vida si decidiera ser un nuevo Martín Lutero y formar parte del puñado de hombres fieles que necesita nuestra generación?
8. ¿Ha recibido a Cristo o le ha vuelto a consagrar su vida? Si es así, ¿cuáles son los próximos dos o tres pasos que va a dar a raíz de su decisión?

Capítulo 5

El propósito: ¿Para qué existo?

El propósito final del hombre es glorificar a Dios, y disfrutar de Él para siempre.

Catecismo Menor de Westminster

Jehová hace nulo el consejo de las naciones, y frustra las maquinaciones de los pueblos. El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones.

Salmos 33:10-11

Lo más sorprendente de la llamada de Tom no era que estuviera llorando, ni siquiera que lo hiciera a los cincuenta y ocho años. Su candor fue lo que captó mi atención . . . Tom es uno de los abogados más destacados de Florida.

«Mi vida no tiene sentido alguno, no tiene propósito», empezó. «Es como si hubiese pasado todos estos años tratando de atrapar al viento».

Tom había asistido a un desayuno de oración que organizábamos cada año, el Día de Acción de Gracias; durante los seis meses siguientes no había podido dejar de pensar en lo que había escuchado. Estaba intrigado por el mensaje de Jesucristo y llamó para decirme que estaba interesado en escuchar la exposición completa. Fijamos una cita para encontrarnos y conversar.

A medida que Tom iba develando la historia de su vida, el enorme registro de sus logros me impresionó. Era un hombre prominente, un verdadero personaje en el campo de las leyes. Si no hubiese sido por las lágrimas que disipaban el esplendor de esos

éxitos, hubiera pensado que se trataba de un hombre satisfecho consigo mismo.

Había alcanzado el pináculo del éxito profesional, pero a pesar de ello, sufría porque no encontraba sentido a su vida. Había llegado al peldaño de la escalera al que todo joven abogado anhela, pero solo había descubierto que se perdía en las nubes de la desilusión. El éxito le planteaba más interrogantes de los que le respondía.

Había pasado toda su vida tras el dios que anhelaba alcanzar. Pero se despertó un día y advirtió que no tenía la menor idea de quién era realmente Dios. Al percibir cuán vacío estaba, había aceptado, sin saber por qué, la invitación de un amigo para asistir al desayuno de oración.

Quizás Dios pueda responder algunas de mis preguntas, pensó.

Lo que más le había impresionado era la paz que había percibido en algunos de los hombres que participaron de aquel desayuno. En los seis meses siguientes, le sorprendió enterarse de que estos hombres atribuían su paz interior y el sentido de sus vidas a la «relación personal» que tenían con Dios por medio de Jesucristo.

«Siempre he asistido a la iglesia», señaló.

«Aunque es importante, no se trata de la asistencia a la iglesia, Tom, sino de una relación con un Dios vivo, personal».

«No estamos hablando de qué hacer para conseguir el favor de Dios, sino de reconocer que es imposible lograrlo uno mismo. La única forma de obtenerlo es recibiendo el don gratuito de la vida eterna que se nos da cuando creemos en Cristo de todo corazón».

«Bueno, he sido un leal feligrés durante treinta años», dijo. «¿Me dice que he desperdiciado todo este tiempo? ¡No puedo creer que esté sugiriendo eso!».

«Tom, si la iglesia hubiera jugado un rol esencial en su vida, ¿cree que estaríamos hoy hablando acerca de lo que siente, y del vacío y la falta de propósito en su vida?».

Tom no es el único en esta situación. Este hombre vivió los primeros cincuenta y ocho años de su vida sin prestar suficiente atención a las razones por las que pensaba, hablaba y actuaba como lo hacía. Asistía a la iglesia simplemente porque era de esperar que

lo hiciera, no porque tuviera convicciones firmes al respecto. Muchos son como Tom: solo cumplen con los ritos.

El problema

¿Disfruta usted estableciendo y alcanzando metas? ¡Yo sí! Lograr lo que me propongo es algo que me fascina. Hace algunos años me propuse alcanzar determinado nivel de ingresos. Sentí una enorme satisfacción personal cuando, por fin, alcancé mi meta. Pero apenas pasaron unas semanas, la novedad se desvaneció y deseaba superarla.

Uno de los problemas más punzantes que acosa a los hombres es que el logro de las metas se reduce, finalmente, a una sucesión de victorias superficiales e incoherentes, y que se vuelve más frustrante cuanto más se obtiene. Esa es la dificultad con las metas: hay que continuar estableciendo nuevas, porque una vez logradas dejan de brindar satisfacción.

Este fugaz deleite de los logros nos pone frente a la siguiente pregunta: «¿Hay algo más importante en mi vida que esta rutina de fijar y alcanzar nuevas metas?».

Antes de establecer alguna, haríamos bien en responder dos interrogantes: «¿Para qué existo? ¿Cuál es el propósito de mi vida?». Para que sean satisfactorias, nuestras metas deben reflejar el sentido trascendente que asignamos a la vida. Pero la verdad es que la mayoría de los hombres no saben cuál es el propósito de su vida, o este es demasiado mezquino. No hay batalla más importante que librar para un hombre que la de definir el propósito de su vida.

Identidad versus propósito

Hay dos aspectos en la definición del sentido de la vida. El primero responde al interrogante fundamental: «¿Quién soy?», de lo cual nos ocupamos en el capítulo anterior. La otra gran pregunta de la vida es: «¿Para qué existo?». Encontramos sentido e identidad cuando entendemos *quiénes somos* en Cristo. Es la *posición* que ocupamos. Es una *relación* con Dios, no algo que se encuentra en la fama, la fortuna o el poder.

Por otro lado, Dios tiene un propósito para nuestra vida, una misión o destino, que es el *para qué de nuestra existencia*. Es la otra mitad de nuestra búsqueda de significado en la vida. Una vez que hemos aclarado el interrogante de quiénes somos, la pregunta que sigue es: «¿Qué es lo que Dios quiere que haga con mi vida?».

Los únicos propósitos que trascienden son los que están relacionados con Dios. «Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá» (Proverbios 19:21). Una vez que entendemos el rumbo que él quiere que tomemos —nuestro propósito—, entonces podemos fijar las metas que nos lleven en esa dirección.

Metas versus propósito

¿Cuál es la diferencia entre *meta* y *propósito*? Una meta es un objetivo concreto que queremos alcanzar a corto plazo. Sabremos cuándo la hemos alcanzado, como comprar una casa o ahorrar cierta cantidad de dinero para jubilarse. Algunos insisten en que las metas son «difíciles», que deben expresarse en términos concretos, deben ser medibles y se debe fijar la fecha para alcanzarlas. Otros consideran que deben ser más «flexibles», expresadas en términos cualitativos y no meramente cuantitativos.

Por ejemplo, si quiere llegar a ser una persona más amable, la medida de si logro o no serlo es subjetiva. Sin embargo, llegar a ser más afectuoso es una meta valiosa. De modo que sugiero que dejemos a un lado las definiciones rigurosas y retengamos solamente el criterio de que las metas son logros a corto plazo y es posible determinar si se han logrado o no.

Los propósitos, en cambio, responden a las preguntas más profundas de la vida, no a lo que hago hoy, sino al porqué de mi existencia, a mi contribución personal. Reflejan nuestro estudio acerca del significado trascendente de la vida. Nuestro propósito radica en lo que Dios quiere que hagamos a largo plazo. Una vez que lo conocemos, podemos establecer metas que nos ayuden a avanzar en las respuestas que damos a esos interrogantes esenciales.

Los propósitos son hilos de continuidad que vamos entretejiendo en la perspectiva a largo plazo que tenemos de nuestra vida. Las metas vienen y van, pero los propósitos permanecen porque están fijados a largo plazo, corresponden al *porqué de nuestra existencia*. Se relacionan con la manera en que percibimos *la teoría de nuestra vida*.

Los propósitos son el punto de partida. Nos ayudan a determinar el enfoque y a instruir a nuestra vida para que las metas no lleguen a ser una mera sucesión de victorias intrascendentes.

Diferencia entre qué y por qué

Una primavera, decidimos inscribir a nuestra hija en una escuela primaria cristiana. Esa era nuestra meta, lo que habíamos decidido hacer. La pregunta general es: ¿por qué nos habíamos fijado esa meta? Creemos que uno de los propósitos de nuestra vida es formar en nuestros hijos un corazón para Dios. Eso es más que una meta. Es el hilo de continuidad que entrelaza todo lo que hacemos con nuestros dos hijos. Estamos convencidos de que es uno de los principales motivos por los que existimos, una de nuestras funciones primordiales como padres cristianos.

Reflexionando acerca de la teoría de nuestra vida, nos pareció que la meta de una educación cristiana para ellos era coherente con el propósito, el rumbo, que habíamos fijado. Cuando pensamos en nuestra razón de ser como padres, sentimos que darles a nuestros hijos una «formación cristiana» vale realmente la pena. La *meta (el qué)* era la inscripción en determinada escuela. El *propósito (el porqué)* era nuestra intención de forjar en nuestros hijos el amor a Dios.

Las metas son lo *que* hacemos. Los propósitos son el *porqué* hacemos lo que hacemos. Al proponerse una meta, ¿se pregunta alguna vez por qué persigue esa meta en particular? La manera en que responda esta interrogante revela cuál es su propósito en la vida. La diferencia entre *qué* hacemos y *por qué* lo hacemos es importante. Si podemos examinar cada meta que nos fijamos a la luz de por qué queremos alcanzarla, entonces podremos fijar las que

contribuyan a nuestra comprensión del propósito que Dios tiene para nuestra vida, en lugar de guiarnos por nuestras propias motivaciones.

Propósitos eternos versus terrenales

La Confesión de Fe de Westminster ha permanecido como una de las declaraciones más exhaustivas del cristianismo. La Asamblea de Westminster, convocada por primera vez por el Parlamento inglés el 12 de junio de 1643, tenía el propósito de aclarar las doctrinas de la fe cristiana mediante un cuidadoso estudio de las Sagradas Escrituras. El rey Carlos I había puesto en serio peligro las libertades civiles y religiosas en Inglaterra, y el Parlamento decidió enfrentarse al monarca totalitario mediante la convocatoria de la Asamblea.

El Catecismo Menor de Westminster, un importante fruto de la Asamblea, pregunta y responde ciento siete interrogantes básicas que constituyen las creencias fundamentales de la fe cristiana. La primera y radical pregunta que plantea es: «¿Cuál es la finalidad principal del ser humano?». Podríamos expresarla en los siguientes términos: «¿Cuál es el propósito del hombre?» o «¿Para qué existe el ser humano?».

La respuesta es a la vez elocuente y simple: «El fin primordial del hombre es glorificar a Dios y disfrutar de él para siempre».

Podemos trazar una distinción entre el propósito *eterno* de Dios para nosotros y su propósito *terrenal* para nuestra vida. En Mateo 6:31-33, Jesús expresa: «No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas».

El *reino* de Dios es *invisible*, en tanto la *justicia* de Dios es algo *visible*. Se nos instruye a buscar tanto lo visible como lo invisible. Dios tiene un propósito eterno para nosotros que es parte de su reino invisible. También tiene un propósito terrenal mientras vivamos en este mundo tangible y visible.

En la respuesta del catecismo encontramos tanto el propósito eterno de Dios: disfrutar de él para siempre, como el terrenal: glorificarle. El propósito eterno de Dios es que procuremos su reino, porque al hacerlo disfrutaremos de él para siempre. Su propósito terrenal es que busquemos su justicia, porque de esa manera lo glorificamos. Como meta central de nuestra existencia, esto significa que demos prioridad, por encima de cualquier otra cosa, a conocer y poner en práctica el propósito eterno y terrenal de Dios para nuestra vida.

El propósito eterno

Cuando Jesús nos dice que busquemos su reino, lo que nos está diciendo es que busquemos la vida eterna. El reino de Dios es un reino invisible. Jesús dijo: «Mi reino no es de este mundo [. . .] mi reino no es de aquí» (Juan 18:36).

Este reino invisible es uno al que accedemos por nuestra voluntad. Dios no nos fuerza a entrar en él, sino que nos ofrece un nuevo nacimiento por medio de Jesucristo. Este nuevo nacimiento nos hace partícipes de un reino que permanece para siempre.

El propósito eterno de Dios para nuestra vida es que disfrutemos de él para siempre. Este es el aspecto más importante de nuestra relación con Dios. Si Dios no se propusiera otorgarnos vida eterna (a fin de que disfrutemos de él para siempre), nuestra fe no tendría sentido. En ese caso, nuestra fe no tendría efecto alguno para trascender los umbrales de la muerte terrenal.

Lo más importante en la reflexión acerca del porqué de nuestra existencia es buscar a Dios y su reino, para que podamos acceder a una nueva vida, de la misma manera que la mariposa emerge del capullo de la larva (véase Juan 6:38-40; Efesios 1:9-11; 3:11).

El propósito terrenal

El propósito terrenal de Dios para nosotros determina por qué, como seres «eternos», seguimos viviendo en este mundo (en lugar de que Dios solo nos lleve). Es un tema por el que los cristianos se preocupan sinceramente: *¿Para qué vivo, Señor? ¿Qué quieres que*

haga con mi vida? Todos deseamos profundamente conocer el propósito terrenal de nuestra vida.

El propósito terrenal de Dios, en sentido universal, es que lo glorifiquemos. Jesús declara que eso se cumple si buscamos la justicia de Dios. ¿Qué es la justicia de Dios? Sencillamente, su carácter moral. En cuanto a hacer el bien, es perfecto y la razón de nuestra existencia es imitar el ejemplo intachable de la vida de Cristo. De esa forma, satisfacemos la primera mitad del propósito central de la existencia humana: glorificar a Dios.

¿Cómo lo conseguimos? ¿La verdad? No podemos. Pero cuando permanecemos en Jesús, él nos dará el deseo y el poder para imitar su ejemplo. Filipenses 2:13 lo expresa así: «Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer *[deseo]* como el hacer *[poder]*, por su buena voluntad». ¿Y nuestra parte? Filipenses 2:12 nos da la respuesta: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor». Trabajamos, pero como un niño cuyo padre ha colocado su mano alrededor de la del pequeño para mostrarle cómo se hace. Así que busque, esfuércese, aspire y anhele comprender, y luego confíe en que él dirigirá sus pasos para encontrar el «buen propósito» de Dios para su vida.

Hay diferentes niveles de propósitos en la existencia terrenal. Consideremos tres, que nos ayudarán a construir un marco para nuestra comprensión.

Nivel uno: Propósito universal

En un sentido, todos los hombres son iguales, y Dios da a cada quien el mismo propósito terrenal *universal*. En este podemos distinguir dos aspectos:

1. Lo que Dios quiere que *seamos*.
2. Lo que Dios quiere que *hagamos*.

Lo universal del propósito terrenal es ser un cierto tipo de hombre en carácter (ser) y conducta (hacer).

Dios «nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue

dada en Cristo Jesús» (2 Timoteo 1:9). El propósito eterno de Dios es salvarnos, y el terrenal es que lo glorifiquemos por medio de una vida de fe, amor, obediencia y servicio. No tenemos nada que hacer respecto al propósito universal de Dios para nuestra existencia: es el mismo para todos los hombres.

Nivel dos: Propósito personal

En un sentido, cada uno de nosotros es único, y Dios nos llama individualmente de una manera específica. En otras palabras, él tiene un propósito específico, personal y único para su vida, el cual espera ser descubierto. ¡¿Habrá algo más emocionante?!

¿Cómo podemos descubrirlo?

Creo que cada persona debería preparar una *declaración escrita del propósito de su vida* que abarque todo lo que descubre como *el propósito terrenal personal de Dios* para su vida.

Es algo muy personal, y creo que es indiferente si tiene o no sentido para otros. Es como la definición del propósito de una empresa, solo que en este caso la empresa es su propia vida.

La Palabra de Dios nos revela su voluntad. De ser posible, el propósito para su vida debe surgir también de ella, de modo que confíe en que se adapta a la voluntad de Dios.

El primer propósito que escribí lo tomé de Filipenses 3:10: «Quiero conocer a Cristo, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos». Adopté esta declaración hace ocho años, cuando ansiaba conocer más íntima y personalmente a Cristo.

No me refiero solo a conocer *acerca* de él, sino *conocerlo* a plenitud, con todo lo que eso significa. Quería introducirme en su poder, entender plenamente el significado de su resurrección. Deseaba involucrarme en sus padecimientos; no solo leer acerca de ellos, sino participar en la dulce comunión con el Dios vivo al estar dispuesto a sufrir por su causa.

El 1 de febrero de 1986, decidí modificar mi declaración escrita del propósito de mi vida. Durante toda mi adultez he sufrido de fuertes dolores de cabeza. Después de haber probado toda la medicina moderna y medieval que conocía, descubrí que soy alérgico

a todo lo que me pongo en la boca. Literalmente a todo. En cada prueba que me han hecho, he resultado alérgico a algo, a excepción de la glicerina en la que mezclan los alérgenos.

Durante varios años, eliminé de mi dieta determinados alimentos y regulé el consumo de otros; de esa manera, a base de ensayo y error, he podido reducir estas jaquecas diarias a solo algunas por semana, que son manejables con medicación.

El texto de las Escrituras que me ayudó a sobrevivir durante esos largos años de sufrimiento es el de 1 Pedro 4:1-2, sin el cual estoy seguro de que me hubiera vuelto loco. El pasaje nos exhorta: «Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios».

La perspectiva de que el sufrimiento que debía soportar en mi cuerpo pudiera permitirme vencer el pecado y pasar el resto de mi vida terrenal en armonía con la voluntad de Dios, influyó en lo más profundo de mi alma torturada. Encontré una fuente de valor y fortaleza que me impulsaba hacia la esperanza.

Al comenzar a mejorar después de quince años en los que, a veces, la desesperación frustraba toda esperanza, sentí que un nuevo propósito para mi vida tomaba forma. Al principio no tenía un perfil claro ni podía expresarlo en palabras. Pero a medida que pasaba el tiempo, que meditaba en las Escrituras y que le pedía a Dios que formulara dentro de mí un nuevo propósito para mi vida, el Espíritu me llevó una y otra vez a 1 Pedro 4:1-2. Una mañana, todos esos años de anhelos profundos e inexpresables fluyeron espontáneamente de mi corazón a mi lápiz y hasta la portada de mi Biblia: *Quiero pasar el resto de mi vida terrenal consagrado a la voluntad de Dios*. Lo dije en serio, y lo sigo declarando.

Hago este relato acerca de cómo formulé mi propia declaración para que el lector pueda advertir la simplicidad y, a la vez, reconocer el costo que con frecuencia implica formularla. Producir esta declaración es la más difícil de las tareas; resulta exigente y agotadora, pero bien vale el esfuerzo. Una vez formulada, es un

constante recordatorio del porqué de nuestra existencia. Describe de manera general cuál es la esencia de su vida personal. Señala el rumbo para encontrar el sentido y el significado que todos añoramos. Es como un giroscopio que lo ayudará a erguirse cuando pierda el equilibrio. Es como una brújula que indica el camino. Es la respuesta a los interrogantes: «¿Por qué existo?» y «¿Qué tengo que hacer con mi vida?».

Al final de este capítulo, hay un modelo que puede usar como guía para preparar su propia declaración. A veces, el proceso es más importante que el producto final. Creo que al dar curso a distintas ideas, versículos y pensamientos, el verdadero significado del propósito de Dios para su vida terrenal cobrará forma y pasará de lo *abstracto* a lo *personal*. ¿Por qué no lo intenta?

Nivel tres: Otros propósitos de la vida

Además de la declaración escrita del propósito de su vida, que contiene el objetivo más amplio de su existencia terrenal, puede expresarse en otro nivel y elaborar declaraciones de propósito para diversas áreas de su vida.

Reflexione sobre las razones por las que usted existe. A medida que descubra pequeñas joyas de sabiduría acerca de distintas áreas, anótelas, y empiece a dar forma por escrito a lo que Dios le está diciendo acerca de los *porqués* de su vida. Guarde una carpeta en su escritorio o en la computadora donde pueda ir agregando las anotaciones sobre las ideas que van apareciendo. Si se le ocurre algo mientras lee el resto de este libro, anótelo y guárdelo. He aquí una lista de algunas de las áreas específicas que debe tener en cuenta:

- Su relación con Dios.
- Sus relaciones con la familia (esposa, hijos, nietos, padres).
- Otras relaciones.
- El uso de sus dones (servicio, testimonio, aliento a otros, etc.).
- La vida del trabajo.

Las metas y actividades son la manera en que vinculamos acciones concretas con nuestros propósitos. Son el resultado de un cuidadoso examen de nuestra vida. Cuando definimos los propósitos que Dios tiene para nosotros en los niveles uno, dos o tres, nuestras metas y actividades se orientan al cumplimiento de la voluntad conocida de Dios: su propósito bueno, agradable y perfecto.

Ejemplo: *Propósito*: Animar a otros.
Meta: Invitar a alguien a almorzar cada semana.
Actividades: Escribir notas, llamar por teléfono a los que sufren.

Ejemplo: *Propósito*: Dar a mis hijos un corazón para Dios.
Meta: Inscribir a Jennifer en una escuela cristiana.
Actividades: Orar a diario, leerles historias bíblicas.

Nuestros propósitos pueden cambiar a lo largo del tiempo, no tan rápidamente como las metas, sino en un horizonte más amplio: los niños crecen, los hombres se jubilan y se desarrollan nuevos dones espirituales. De modo que necesitamos mantener una actitud flexible y revisar periódicamente el lugar en el que Dios nos ha puesto por su soberana voluntad.

El apóstol pablo: una vida con propósito

Era un aristócrata de la tribu de Benjamín, de ascendencia judía pura, ciudadano romano, griego y reconocido líder religioso. De haber nacido en el siglo XXI hubiese sido seguramente un gran líder.

Aunque no cabe duda que después de Jesús fue el hombre más grande que jamás haya nacido, el destino inicial del apóstol Pablo fue el de representar para los primeros cristianos lo que Heinrich Himmler fue para los judíos alemanes en la década del treinta. Himmler, jefe de la Gestapo, orquestó personalmente la aniquilación de millones de judíos en la Alemania nazi.

Las Escrituras nos dicen que Pablo, antes de su conversión, entraba a las casas de los cristianos, los arrancaba de sus hogares (aun a las mujeres) y los encarcelaba. Hacía azotar a hombres en las sinagogas y los torturaba con la intención de que blasfemaran.

Estuvo presente cuando se apedreaba a Esteban y, según su propia confesión, votó a favor de la sentencia de muerte de numerosos cristianos. Era un hombre notorio, conocido por su crueldad. Blaise Pascal escribió: «Los hombres no cometen agresiones con tanta meticulosidad y satisfacción como cuando lo hacen por sus convicciones religiosas». ¡Ese era Pablo!

Si no hubiera sido por la gracia y la misericordia de Dios, el joven Pablo, al estilo de Himmler, hubiera podido exterminar el cristianismo de la faz de la tierra. Me pregunto cómo influyó esto en la decisión de Dios para convertir a Pablo a la fe en Cristo.

Después de su conversión en el camino a Damasco, un afortunado hito en la historia, los judíos confabularon para matarlo. Los judíos helenistas intentaron matarlo en Jerusalén. Fue castigado, azotado, ridiculizado y perseguido. Muchas veces fue encarcelado. ¡En la ciudad de Listra, la gente lo apedreó y lo dejó dándolo por muerto!

Sus propios comentarios testifican de sus padecimientos:

> De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez. (2 Corintios 11:24-27)

En la misma medida en que persiguió a los cristianos, fue perseguido. La suya no fue una vida común. Para Pablo, conocer a Cristo y el propósito de Dios para su vida no fue una opción ni una cómoda tarea de escritorio, sino el mandato de *existir* y *desempeñarse* de la manera en que Dios lo guiaba sin importar el costo.

En Colosenses 1:28-29, dice:

> A quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí.

¿Puede imaginar una forma más breve de expresar el propósito de su vida? Por lo que puedo saber, Pablo nunca hizo una declaración escrita del propósito de su vida; si lo hubiera querido, creo que habría sido esa. El propósito de su existencia terrenal, su manera de glorificar a Dios, era presentar a todo hombre perfecto en Cristo (véase también Hechos 9:15).

¿Por qué no se rindió Pablo? ¿Cómo pudo soportar tamaña oposición? Porque había saboreado el reino de Dios y su justicia, que viene de recibir su Espíritu y conocer su propósito para la vida terrenal. Había experimentado el tremendo poder de Cristo fluyendo por su cuerpo débil, mortal y en decadencia, y cualquier otra cosa le parecía en comparación insignificante y mezquina.

¡La historia de la vida de Pablo realmente me entusiasma! ¿No lo motiva también a usted a descubrir el propósito de Dios para su vida? ¿No hace que sus glándulas secreten mucha adrenalina en su torrente sanguíneo? ¡Esta *sí que es la manera en que quisiera vivir mi propia vida!* ¡Esta *es la clase de propósito que quiero para mi existencia! Dios, permíteme conocer* esta *clase de destino,* esta *intensidad de vida,* este *grado de compromiso. Muéstrame por qué existo yo en esta tierra*.

Lo cierto es que *Dios tiene un propósito especial para su vida*. Puede ser diferente del que ahora está procurando alcanzar. Si nunca lo ha conocido, o si ha estado simulando y alejándose del camino de Dios, o si siente que él lo está llamando a un compromiso más profundo y a un nuevo propósito para su vida, entonces le sugiero que se acerque a Dios en oración, confiese que carece de un propósito significativo y pídale que empiece a modelar en usted una comprensión real de su propósito eterno y terrenal. A continuación, me permito sugerir una plegaria:

Señor Dios, reconozco que eres soberano. Te alabo porque has dispuesto un propósito eterno y terrenal para mí. Te confieso que no lo he buscado, y no he cumplido tu propósito en mi vida (o he olvidado el significado del destino y propósito que una vez tuve). Perdóname por perseguir metas sin buscar tu voluntad. Muéstrame las razones por las cuales existo. Ayúdame a descubrir tu propósito para mi vida, por medio del estudio de las Escrituras y la oración, a lo que ahora me comprometo diariamente. Amén.

Cómo hacer una declaración escrita del propósito de la vida

Use esta guía para ayudarse a descubrir el propósito personal de Dios para su vida. Será muy gratificante lograr una percepción del destino en su vida Puede fotocopiar o cortar esta página y guardarla en su Biblia.

Siga los siguientes pasos:

1. Pida a Dios, en oración, que le revele el propósito terrenal que tiene para usted. Lea Salmos 32:8 y reclame la promesa de su respuesta.
2. Escudriñe las Escrituras para encontrar versículos que expresen su propia percepción del propósito que Dios tiene para su vida; registre los que expresan de manera especial la idea de razón o propósito, seleccione los que sean suficientemente amplios como para mantenerse vigentes toda la vida. Aquí hay algunos por los que puede empezar: Josué 24:15; Proverbios 3:5-6; 30:7-9; Eclesiastés 12:13; Miqueas 6:8; Mateo 6:33; 22:37-40; 28:19-20; Juan 4:34; 15:1-9, 15; 17:4; Hechos 1:8; 20:24; 1 Corintios 10:31; Efesios 2:10; Filipenses 3:10. Otros versículos:

   [Anotaciones]

3. No se apure, espere que Dios se le revele. Sea paciente. Este proceso puede tomar tiempo.
4. Una vez que encuentre versículos que expresen el propósito terrenal de Dios para usted, cópielos con sus propias palabras. Haga un «borrador» de la «Declaración escrita del propósito de la vida»:

   [Anotaciones]

   Una vez que esté satisfecho con lo que ha escrito, cópielo en la portada de su Biblia y anote la fecha.
5. Haga todo esto con la súplica de que Dios le dé verdadera pasión por la vida, a fin de no quedar entre los tímidos que nunca llegan a saber lo

que es conocer la plenitud de Dios. ¡Decídase a invertir en algo grandioso el resto de vida que le queda!

———— Asuntos a considerar ————

1. ¿Qué es lo mejor de alcanzar sus metas? ¿Y lo más frustrante?
2. ¿Ha comprendido cabalmente el propósito de su vida? ¿Cuál es? ¿Está satisfecho con ello? ¿De qué manera puede serle útil la guía sugerida para elaborar una «Declaración escrita del propósito de la vida»?
3. Lea Salmos 32:8 y Filipenses 2:13. ¿Nos mostrará Dios el propósito que tiene para nuestra vida? ¿Cómo piensa que lo hará?
4. Lea Proverbios 16:9, 19:21 y 21:30. Según estos pasajes, ¿qué es lo que determina el resultado de nuestras metas y planes? ¿Cómo debiera esto influir en su reflexión?
5. Cuando no puede alcanzar sus metas, ¿se enoja con Dios? Describa una de sus metas importantes no cumplidas. ¿Por qué piensa que Dios no le otorgó lo que pedía?
6. El apóstol Pablo tenía un notable sentido de propósito en su vida. ¿Piensa que puede alcanzar ese mismo sentido de misión, propósito y destino en su propia vida? ¿Por qué sí, o por qué no?

Capítulo 6

El secreto del contentamiento en el trabajo

La característica más sobresaliente de la civilización oriental es que sabe lo que es la satisfacción, mientras que la de Occidente es no conocerla.
Hu Shih

He aprendido a vivir en todas y cada una de las circunstancias.
Pablo, Filipenses 4:12, NVI

Carros de fuego, película ganadora de un Óscar, basada en hechos reales, describe el intento de los atletas Harold Abrahams y Eric Liddell por ganar la medalla de oro en las Olimpiadas de 1924, hazaña que ambos lograron.

La diferencia entre Abrahams y Liddell es clara: todo lo que hacía Abrahams era para sí mismo, en tanto que lo que hacía Liddell era para la gloria de Dios.

Jennie, la hermana de Eric, interpretó equivocadamente la pasión de su hermano por el atletismo, entendiéndolo como un acto de rebeldía contra Dios y lo presionó para que regresara a la misión en China, donde ambos habían nacido y aún vivían sus padres. Un día ella se molestó porque su hermano había faltado a una reunión de la misión, de modo que Eric decidió hablarle. Caminaron hacia una pradera desde donde se veía el amplio panorama de las tierras altas escocesas.

La tomó por los brazos tratando de explicarle su llamado a correr, y le dijo: «Jennie, Jennie, tienes que entender. Creo que Dios me

hizo con un propósito: para China. ¡Pero también me hizo veloz! ¡Y cuando corro, siento que él se complace!».

Esta escena contrasta vívidamente con otra que se da más adelante en la película, cuando falta una hora para la carrera final de Harold Abrahams. Mientras su entrenador le da masajes, Abrahams le comenta a su mejor amigo: «Tengo veinticuatro años y no sé lo que es estar satisfecho. Estoy siempre buscando algo y ni siquiera sé qué es lo que estoy persiguiendo».

Ambos atletas ganaron la medalla de oro, pero solo uno de ellos la disfrutó. ¿Siente usted que Dios se complace en lo que hace? ¿O le ocurre como a Abrahams que nunca llega a sentirse satisfecho?

El problema

¿Obtiene lo que desea de su trabajo? ¿Su trabajo es gratificante? Según el informe de Gallup «State of the American Workplace» [Situación laboral en los Estados Unidos] realizado en 2013, el 70 % de los estadounidenses que trabajan no encuentran su empleo gratificante.[12] Por desgracia, los informes de investigación han demostrado durante décadas que solo entre el 20 % y el 30 % de los estadounidenses encuentran su trabajo inspirador. Un sentimiento de insatisfacción permea el ambiente laboral.

En su loca carrera por un buen nivel de vida, la mayoría de los hombres no encuentran el placer de Dios y, a la vez, descubren que la satisfacción los elude constantemente. La típica expresión «Si tan solo . . .» traiciona la falta de satisfacción en la vida. «Si tan solo me hubieran dado ese ascenso». «Si tan solo hubiera prosperado ese negocio». «Si tan solo me hubiera casado con otra persona». «Si tan solo tuviera otra oportunidad». *«Si tan solo, si tan solo . . .».*

Nadie gana la carrera de ratas. La pista principal de la carrera de ratas es el lugar de trabajo. Los hombres, que están hechos para trabajar, *deben* sentirse realizados y satisfechos en su tarea, porque de lo contrario el contentamiento los eludirá. Si un hombre es infeliz en su trabajo, *es infeliz en todo*.

En vez de conocer la alegría de sus labores, muchos carecen de orientación y no comprenden la voluntad de Dios respecto a su

vocación. No hacen lo que en realidad les gustaría hacer, pero siguen adelante porque tratan de mantener un nivel de vida, impresionar a otros, ganar la competencia, complacer a la familia, construir un imperio, adquirir cosas o vivir de fantasías.

Otros, que sí están dispuestos y ansiosos de cumplir la voluntad de Dios, no entienden qué perspectiva tiene él de su vocación o han sido llevados a creer que su inclinación es una búsqueda pecaminosa.

¿Es el trabajo una maldición para el hombre?

Se sorprenderá de saber que el trabajo no es consecuencia de la caída. Sí, es cierto que Dios maldijo la tierra por causa del pecado de Adán y Eva, pero la verdad es que había establecido el trabajo como una tarea santificada *antes* de que pecaran. «Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase» (Génesis 2:15).

Luego, cuando Satanás tentó a Adán y Eva y cayeron, Dios maldijo la tierra y sentenció: «Con dolor comerás de ella todos los días de tu vida» (Génesis 3:17). De modo que la tierra es la que está bajo maldición, no el trabajo. Este es una vocación sagrada, es la manera que Dios dispuso para que ocupáramos nuestro tiempo en la perfección de su plan de la creación. La santidad de la vocación es al cristianismo lo que la tintura es a la tela.

El secreto de la satisfacción del trabajo

Un socio inversionista y yo revisamos telefónicamente los términos de una importante transacción que estaba negociando con un tercero. Habíamos estado repasando las cláusulas del contrato durante una hora, cuando de pronto exclamó: «¡Hombre, esto me encanta!».

«¿Te encanta qué?», le pregunté.

«La adrenalina. ¡Me encanta la adrenalina! ¡Hacer negocios es justamente eso! ¡Esta es la verdadera guerra! Me encantaría estar ahí contigo para concretar el negocio . . . ¡Me fascinan los retos!».

Le aseguré que con gusto le hubiera cambiado el lugar, porque el cliente era bastante obstinado.

La mayoría de los hombres a los que *sí* les gusta su trabajo disfrutan, por lo general, de la emoción del desafío o de la satisfacción de iniciar y completar un proyecto. Estamos hechos para disfrutar de la emoción, para sentir que Dios se complace con nuestro trabajo.

Desafortunadamente, esa no es la totalidad del propósito del trabajo. Muchos nos sentimos tentados a convertirnos en «adictos al negocio»; vivimos para complacemos a nosotros mismos (igual que Abrahams), y pasamos de un negocio al siguiente buscando siempre una satisfacción que no llega. En cambio, cuando hacemos nuestra tarea para Dios, la emoción cobra otro significado. Hay mucho más en la satisfacción con el trabajo que el bombeo de adrenalina.

¿Cuál es el secreto del contentamiento en el trabajo? Unos párrafos más arriba, planteamos la pregunta: «¿Obtiene usted lo que desea de su trabajo?». Como muchas veces sucede, la respuesta está escondida en la pregunta.

El secreto de nuestro contentamiento no está en obtener lo que deseamos, sino en redefinir lo que necesitamos. La distinción entre deseos y necesidades ha sido siempre parte esencial del pensamiento cristiano. La mayoría, como Abrahams, solo piensan en lo que desean conseguir y, en consecuencia, se sienten insatisfechos. Otros, como Liddell, redefinen sus necesidades, viven para complacer a Dios, para sentir que «él se agrada».

¿Está dispuesto a redefinir sus necesidades? Hay tres principios que salen a la luz en las páginas de las Escrituras cuando estamos dispuestos a hacerlo para estar satisfechos con nuestro trabajo. Vamos a considerarlos.

Redefinir nuestra ambición

¿Cuál es la ambición que tiene en su carrera? ¿Es destacarse en la industria y ser una figura de autoridad; ganar mucho dinero y prestigio; ser respetado, ser importante, ser «alguien»?

No es pecado tratar de satisfacer estos deseos, lo cierto es que Dios quiere que encontremos un sentido de dignidad y realización en nuestra vocación. Pero el secreto de la satisfacción en el trabajo no es obtener lo que deseamos, sino redefinir lo que necesitamos: complacer a Dios (como Liddell) en lugar de complacernos a nosotros mismos (como Abrahams). Entonces, ¿cuál es la expectativa que Dios tiene respecto a su trabajo?

> Por lo demás, hermanos, os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús, que de la manera que aprendisteis de nosotros cómo os conviene conduciros y agradar a Dios [. . .] procuréis tener tranquilidad, y ocuparos en vuestros negocios, y trabajar con vuestras manos de la manera que os hemos mandado, a fin de que os conduzcáis honradamente para con los de afuera, y no tengáis necesidad de nada. (1 Tesalonicenses 4:1, 11-12)

He sido siempre muy ambicioso. Hubo un tiempo en que trabajaba exclusivamente para satisfacer mis ambiciones personales. Cuando conocí a Cristo, dediqué mi vida a él y le pedí que santificara mis ambiciones. Pero aun así, eran *mis* planes para mi vida, y no los de Dios.

Me permitió seguir dando tumbos. Cuando no lograba alcanzar una meta, nunca se me ocurría preguntarme si era Dios quien me estaba diciendo: «No». Por el contrario, partía en otra dirección, buscando un atajo para superar los obstáculos.

Cuando se aprobó la Ley de Reforma Impositiva en 1986, mis ambiciones chocaron con la cruda realidad del mercado inmobiliario de valores, o, mejor diría, con la desaparición de dicho mercado. *Literalmente*, el concepto mercado de valores dejó de existir de la noche a la mañana. Nadie, pero nadie, me consultaba más. Muchos de mis proyectos de expansión quedaron sin respaldo financiero y, de repente, advertí que lo que quería sencillamente no iba a ocurrir.

¿Cuál fue la consecuencia? Mi ambición chocó con el plan de Dios para mi vida, y los días de gloria fueron reemplazados por interminables meses de agonía, esforzándome por resolver mis

problemas. Había que despedir gente, recortar drásticamente los gastos, buscar prestamistas . . . una experiencia muy humillante. Había pasado siete años pidiendo prestadas carretillas llenas de dinero, y al final tardé otros siete años en saldar todas mis deudas.

Descubrí que el secreto del contentamiento en el trabajo no está en obtener lo que se quiere, sino en *redefinir lo que se necesita.* Quería una empresa que se expandiera indefinidamente, pero lo que realmente necesitaba era crucificar mi ambición. He estado mucho más sereno últimamente, me he preocupado menos por mis negocios y he trabajado con ahínco en mi tarea desde que Dios me ha ayudado a entender cuál es *su* expectativa para mí.

Como resultado de esa experiencia de siete años en el desierto, decidí que no haría más planes para mí mismo. Si Dios quiere que emprenda algo, tendrá que mostrarme muy claramente cuál es su plan para mi vida. Sé lo que necesito: redefinir mis ambiciones. Mi ambición ahora es que haré todo lo que Dios quiera que haga.

El contentamiento en tiempos difíciles

Esto nos lleva a otro asunto. ¿Es posible que las paredes se estén derrumbando alrededor suyo, y aun así seguir contento?

Nunca lo había pensado, pero me sorprendió saber que podemos estar contentos aun en medio del sufrimiento; no la mera incomodidad, sino el sufrimiento grave y agonizante. Aprendí que la clave está en que no sean las circunstancias las que determinen nuestra satisfacción, sino nuestra fe y confianza en Dios. Pablo escribió: «Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:12-13). Nadie va a estar alegre en tiempos difíciles, pero tampoco tenemos que estar descontentos.

Aun en mis horas más oscuras, cuando me parecía que la potencia de mis adversarios y mis propios pecados me destrozarían por completo, sentía paz y sabía con certidumbre que estaba en el centro mismo de la voluntad de Dios para mi vida: no al inicio, sino

cuando me humillaba, confesaba y redefinía mi ambición. Podía sentir esta paz aun cuando estuviera bajo la pesada mano de la disciplina de Dios.

Si estamos en el centro de la voluntad de Dios para nuestras vidas, podemos soportar cualquier cantidad de tensión. Pero cuando no lo estamos, hasta el éxito desenfrenado puede tener sabor amargo.

El Espíritu Santo nos enseña todas las cosas y nos recuerda lo que Cristo nos dijo (véase Juan 14:26). De manera inexplicable y misteriosa, nos hace saber cuándo estamos en la voluntad de Dios, aun cuando nuestras emociones pudieran estar abrumadas por el sufrimiento.

¿Ha escuchado hablar del «dulce» sufrimiento? El Espíritu Santo es su autor. En medio de la calamidad, del dolor, de la angustia, del sufrimiento, el Espíritu de Cristo nos ministra y nos dice que lo que estamos enfrentando es parte del plan de Dios para nuestra vida. Un plan para bien, no para mal (véase Jeremías 29:11; Romanos 8:28).

Una de las declaraciones más notables jamás hechas por un ser humano fue la del apóstol Pablo, cuando expresó: «Por lo cual, por amor a Cristo me *gozo* en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Corintios 12:10, énfasis del autor).

Aun cuando no alcanzamos a ver la luz al final del túnel, e incluso cuando nuestras emociones estén deshechas, podemos sentir contentamiento, gracias a la inaudible voz del Espíritu Santo. «Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones [. . .] porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Romanos 5:3, 5). Podemos deleitarnos en la comunión que viene de sentir los padecimientos de Cristo. Si Dios nos muestra tanta gracia, ¿no es lógico que le permitamos ser el Señor de nuestras vidas?

Redefinición de nuestro jefe

¿Quién es su jefe? ¿Trabaja para usted mismo o es empleado de alguna otra persona? Ya sea que trabaje en forma independiente o

para una empresa grande o pequeña, lo más probable es que se esfuerce por ser «su propio jefe».

Parece que todos queremos ser nuestros propios jefes, ser independientes y determinar nuestras propias metas. El empleo no es más que otro campo en el que nuestro deseo de autonomía choca con el plan de Dios para nuestras vidas. El contentamiento en el trabajo no proviene de obtener lo que queremos —«ser nuestros propios jefes»— sino de redefinir lo que necesitamos.

Pablo escribió:

> Siervos [empleados], obedeced en todo a vuestros amos [empleadores] terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo servís. (Colosenses 3:22-24)

Estar satisfechos exige que redefinamos quién es nuestro jefe. Es al Señor a quien servimos. Por supuesto, seguimos bajo las órdenes de jefes terrenales, sean empleadores o clientes, pero nuestro jefe superior es Dios mismo. Debemos servir a nuestro amo terrenal porque es el delegado de Dios, por ser nuestro empleador. Pero Dios sigue siendo el presidente de la compañía, el dueño de todo. Él tiene el control final de todas las cosas.

Poco después de que empezara a trabajar por mi cuenta, mi socio y yo dedicamos nuestra compañía a Dios. Leí el libro *Dios es el dueño de mi negocio*, de Stanley Tam, y se lo pasé a mi socio. Él lo leyó y se sintió tan entusiasmado como yo. De modo que convocamos a una reunión de directorio y fuimos a almorzar a Burger King (lo único que podíamos costearnos). Decidimos que Dios sería el socio principal y nosotros los socios menores. Desde entonces, nos propusimos tomar las decisiones en su nombre y, aunque no de manera perfecta, lo hemos intentado. Después de que mi socio me vendió su parte cinco años más tarde, seguí adelante

con Dios al timón. Es su compañía, él es el jefe, y confiamos en que él satisface nuestras necesidades. También trabajamos fuerte.

Para estar satisfechos, es preciso que redefinamos quién es nuestro jefe. El amo que por lo general queremos tener somos nosotros mismos, pero el que necesitamos es Dios. No solo necesitamos un nuevo jefe, sino que necesitamos cambiar nuestro propio rol.

Redefinición de nuestro rol

Esteban vendió su compañía, que daba empleo a ochenta personas, a una gran empresa nacional. En el curso de la transacción, decidió permanecer como gerente de sucursal, a pesar de que no era necesario que lo hiciera. Muchos ni siquiera se enteraron de que había ocurrido un cambio de propietario, porque no hubo modificaciones *visibles*. Sin embargo, los cambios en la estructura de autoridad, rendición de informes y metas fueron totales. El *rol* de Esteban varió radicalmente. Lo que él hizo es equiparable a la idea central de una de las parábolas de Cristo.

Jesús dijo:

> ¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz. Así, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. (Lucas 14:31-33)

Cuando un rey decide pelear, debe reconocer que si pierde, muere. Pero cuando se rinde, el monarca rival lo deja en su cargo. Como en el caso de Esteban, no hay modificaciones visibles, pero la estructura de autoridad cambia completamente.

¿Qué quiere decir Jesús al declarar: «Así, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo»? Parece algo difícil de aceptar . . . y lo *es*. Pero no significa que

tenemos que vender todas nuestras posesiones e irnos a la China. Lo que debemos hacer es «entregar» todo lo que tenemos a Cristo. Él nos dejará en el cargo que tenemos, como el rey que se rinde, para que gobernemos lo que antes era nuestro, pero voluntariamente nos rendimos a él. En esencia, nos vendemos a Jesús, y permanecemos como gerente de sucursal. Él es ahora la autoridad máxima, él establece las políticas, él determina las metas, y nosotros le rendimos cuentas.

El secreto de la satisfacción en el trabajo no está en obtener lo que queremos, sino en redefinir lo que necesitamos. Una cosa que necesitamos es redefinir nuestro rol y pasar de propietarios a mayordomos. Él es ahora el propietario, aun cuando nos pide que nos quedemos como administradores y nos hagamos cargo del cuidado de las cosas.

Rendición diaria

Después de luchar durante quince años para ser reconocido como un brillante planificador de negocios, llegué a una sorprendente conclusión. Estoy convencido de que Dios simplemente no quiere darnos más que un día a la vez.

Es un concepto bíblico:

> ¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello. (Santiago 4:13-15)

Cuando nos esforzamos por controlar el futuro según nuestros propios planes, bloqueamos los proyectos que Dios tiene para nosotros.

Un día a la vez. Él quiere que redefinamos nuestra ambición, nuestro jefe, nuestro rol, nuestra rendición completa . . . día a día.

«Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal» (Mateo 6:34).

Cuando el torrente de adrenalina corra por nuestras venas, cuando el corazón se acelere a la vista de un negocio, cuando nuestras sienes latan por la emoción de la conquista, recordemos cuál es la fuente de este placer: el trabajo es una vocación santa. Practicar los principios que hemos delineado en este capítulo es el camino más parecido al contentamiento en el trabajo.

——————— Asuntos a considerar ———————

1. ¿Qué cosas de las que hace le dan realmente el sentimiento de estar «complaciendo a Dios»? ¿Cuáles de sus tareas le proveen una profunda sensación de realización personal?
2. Lea Génesis 2:15 y luego Génesis 3:17. ¿Piensa que el trabajo es el resultado de la caída? Al comprobar que es la tierra la que ha sufrido condenación y no el trabajo, ¿cómo se modifica su perspectiva sobre este?
3. Lea Lucas 14:33. ¿Cómo cree que Jesús quiere que llevemos a cabo este mandamiento en nuestras vidas?
4. ¿Cuál es su ambición máxima? ¿Trascenderá a su muerte? ¿Aprobaría el examen de Lucas 14:33?
5. Lea 1 Tesalonicenses 4:1, 7, 9-12. ¿Cuál debiera ser «más y más» la ambición de un verdadero cristiano? (Véase también Colosenses 3:22-24).
6. ¿Qué área de su vida no ha rendido aún a Cristo? ¿Es usted el propietario de su carrera o el gerente de la sucursal?

Parte 2

Cómo resolver nuestros problemas de relaciones

Capítulo 7

Relaciones rotas

Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz lo es a su manera.

León Tolstói

Tu mujer será como vid que lleva fruto a los lados de tu casa; tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa. He aquí que así será bendecido el hombre que teme a Jehová.

Salmos 128:3-4

Nuestros hijos eran todavía pequeños: uno estaba en edad preescolar y el otro en primaria. Los negocios por fin empezaron a marchar razonablemente bien.

La gente que antes no me daba ni la hora empezó, de pronto, a comportarse muy amistosamente. En una ocasión, el presidente de un banco echó una mirada por el salón del concierto de cámara al que yo había asistido. Cuando vio que no había ninguna otra persona de su categoría, me saludó. Creo que ni se le ocurrió que me daba cuenta de cuáles eran sus intenciones. Cuando empecé a tener éxito, el presidente del banco se comportó como si fuéramos antiguos amigos.

Empezaron a llegarme por correo invitaciones para afiliarme a instituciones o para asistir a presentaciones: actos benéficos para la comunidad, sociedades, cenas, entidades de servicio público. Siempre tenían que ver con dinero. Me parecía increíble la presión para que nos uniéramos a ellos. ¿Cómo elegir? ¿En base a qué criterios calificar nuestros «sí» y nuestros «no»? Por mucho tiempo,

simplemente dije que sí a casi todo. Luego empezamos a notar qué era en realidad aquello en lo que nos estábamos sumergiendo.

Estábamos a punto de quedar atrapados en una red de relaciones superficiales construidas sobre la única base del beneficio económico. Esto reducía sensiblemente el tiempo que podíamos destinar a nuestros hijos, que eran quienes más nos necesitaban y a quienes más amábamos. En cambio, aquellos que absorbían cada vez más nuestro tiempo solo estaban interesados en vincularse con nosotros mientras tuviéramos éxito en los negocios.

Patsy, con la proverbial intuición femenina, fue la primera en advertir lo que ocurría, pero yo estaba más ciego que un murciélago cuando le decía: «¡Hemos llegado!».

«Sí», respondía Patsy, «pero al sitio equivocado».

Una noche, mientras revisábamos la agenda y la cantidad de compromisos que teníamos por delante, llegó el pensamiento: *¿Por qué no ordenamos todo esto sobre la base de quién va a llorar en nuestro funeral?* Lo hicimos. Y el resultado fue que salvamos nuestra familia.

Esta sencilla pregunta: «¿Quién llorará en tu funeral?», es una herramienta que permite discernir y separar los compromisos que implican un desperdicio de nuestro tiempo, y lo hace con la precisión de un rayo láser. ¿Por qué deberíamos, usted o yo, consagrarnos a personas que en realidad no nos aman, a expensas de aquellos que realmente nos quieren? Si aplicamos este criterio, podemos mantener claras nuestras prioridades según los principios bíblicos.

El problema

Seamos sinceros. El trabajo puede ser embriagador. Cuando estamos en la oficina no tenemos que vernos con el imprevisible temperamento femenino ni con niños llorones. Tiene dos atractivos: no solo es un refugio al que podemos escapar, sino que allí nos espera toda la emoción que implica concretar un proyecto.

Sin embargo, no hay medida de éxito laboral que pueda compensar el fracaso en el hogar. Muchos son exitosos en el trabajo, pero fracasan en la vida. Muchos sufrimos en silencio por las

relaciones con nuestras esposas, niños, padres, socios y amigos. Muchas veces, lastimamos a quienes más amamos. Nuestro propio espíritu está también herido, pero no sabemos cómo detener la hemorragia. Los hombres cristianos no tienen inmunidad alguna contra esta clase de sufrimiento.

En la lucha por alcanzar un buen nivel de vida, la mayoría de los hombres dejan atrás una estela de relaciones rotas. Nuestra cultura secular ha mezclado en un mismo caldero la inclinación natural humana a conseguir fama y fortuna con su naturaleza egoísta. El resultado es una extraña e inestable mezcla de ambición y fantasía de grandeza. Con demasiada frecuencia, esta mezcla estalla en su propia cara, haciendo añicos lo que debió haber sido su más valiosa posesión sus relaciones, y solo quedan los fragmentos dispersos de una preciosa vasija, una herencia que había estado destinada a ser el gozo de las generaciones venideras, enlazándolas unas a otras. Pero los guijarros rotos, como en aquel personaje infantil Humpty Dumpty, ya no pueden volverse a unir.

Lo que más necesitamos no es un pegamento barato para unir desesperadamente los pedazos de nuestras relaciones rotas; lo que urge es una clara decisión para tomar esa vasija cuando va cayendo por el aire, antes de que se estrelle y se disperse en miles de pedacitos.

Cuando era un joven hombre de negocios, me hice el hábito de preguntar a los mayores cuáles eran las cosas que más lamentaban, con la esperanza de obtener así percepciones sabias para mi propia vida.

Si bien las respuestas eran de una enorme diversidad, había al menos dos en las que coincidían prácticamente todos. Lo primero que solían decir era: «Estaba tan ocupado atendiendo los negocios de la empresa que nunca me preocupé de ordenar mis propias finanzas. Ahora, a los cincuenta y cinco años, tengo que hacer en diez lo que debí haber hecho en cuarenta».

Luego agregaban: «Estaba tan ocupado tratando de mejorar el nivel de vida de mi familia que, antes de percatarme, mis hijos habían crecido y ya no estaban en casa, y no había llegado siquiera

a conocerlos. Ahora están demasiado ocupados para dedicarme algún tiempo».

¿De qué llegará a lamentarse usted? ¿Está dispuesto a sufrir el precio por correr la carrera de ratas? *No hay éxito laboral que pueda compensar el fracaso en el hogar.*

¿Por qué son tan poco eficientes los hombres en sus relaciones?

Muchos han observado que los hombres tienden a orientarse más a las tareas, mientras que las mujeres suelen estar más orientadas a las relaciones. He comprobado esto en mi propia experiencia. Cuando alguien me invita a almorzar, lo primero que pregunto es: «¿De qué quiere conversar?». Por lo general, pienso: *Si sé de qué quiere hablar, quizás podamos resolverlo por teléfono en cinco minutos en lugar de una hora de almuerzo.*

Cuando una amiga llama a mi esposa para invitarla a almorzar, no pregunta nada. Las mujeres se encuentran simplemente para estar juntas. A los hombres eso nos parece inconcebible. Nos dirigimos con la agenda.

Dios es quien dio a los hombres esta tendencia a pensar en términos de trabajo. Generalmente, aludimos a este hecho con la expresión *mandato creacional* o *cultural*: el mandamiento de llenar, someter y gobernar la tierra (véase Génesis 1:28). Pero solo hallamos paz cuando logramos el equilibrio óptimo entre tarea y relaciones. En cambio, cuando nuestras relaciones no ocupan el lugar apropiado, nuestro ser interior sufre.

La mayoría de los hombres se inicia en esta carrera con ideas claras y motivaciones buenas. ¿Cuál es nuestra meta? Mejorar el nivel de vida de nuestra familia. Nuestro trabajo es un medio para alcanzar ese fin. Pero nos involucramos tanto en él y llega a entusiasmarnos a tal punto, que perdemos de vista la razón por la que trabajamos tan duro. Nos confundimos, y lo que era inicialmente un medio para alcanzar una meta termina siendo un fin en sí mismo.

Por ejemplo, para mejorar los ingresos de su familia, Brian creó una empresa de camiones. Un camión. Recorridos cortos.

Principalmente por la ciudad. El negocio creció. Con el tiempo, salía antes del amanecer y llegaba a casa al anochecer. Una noche, su mujer le contó a Brian que, ese mismo día, su hijo Sean, de cinco años, le había preguntado: «Mamá, ¿dónde vive papá?». Al principio se rio. Sin embargo, luego él se dio cuenta de que había confundido los fines y los medios. Lo que se suponía que era el medio para una vida mejor se había convertido en el fin. Brian logró hacer los ajustes necesarios, aunque le costó un par de años de esfuerzo conseguir que su horario volviera a ser el de una semana laboral normal.

La cultura en la que vivimos da más valor a las posesiones y a los logros que a las personas y las relaciones. Nuestra sociedad hace poco o nada por aclarar nuestra confusión respecto al desenlace de nuestra deseada meta. En lugar de estimular y nutrir las relaciones familiares y personales, la cultura vigente sugiere que el éxito profesional y económico son la medida del valor de un hombre. ¿Cuándo fue la última vez que escuchó a un hombre describirse en términos de la influencia que ejerce sobre sus hijos? Como alguien que trabaja con hombres por vocación, puedo decirle que no muchos lo hacen, aunque cada vez vemos más hombres que dan prioridad a la familia sobre la carrera profesional.

Aun así, la mayoría de ellos se describe en términos de sus logros profesionales y financieros, porque eso es lo que más valora. Nuestra cultura los ha convencido de que el valor está más vinculado a la cuenta bancaria y al título académico que a enseñar a los hijos y amar a la esposa.

Desafortunadamente, todos somos egocéntricos. Desarrollar el interés por el bienestar de otros es una habilidad que requiere entrenamiento. Sin el poder de Jesucristo, solo un puñado de personas llega a interesarse genuinamente por otros. «Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús» (Filipenses 2:21). Sin embargo, se nos exhorta a actuar «con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (Filipenses 2:3-5).

¡Sería una locura descuidar nuestros propios intereses! ¡Nadie más se hará cargo de nuestras vidas! El problema se presenta cuando vivimos según la carne —nuestra naturaleza pecaminosa— y solo nos interesa alcanzar el puesto número uno.

Esto se puede volver un círculo vicioso. Si nadie más se ocupa de lo mío, entonces yo debo hacerlo. Y si paso todo el tiempo prestando atención a mis propios intereses, no me quedará tiempo para ayudar a nadie.

Si todos los hombres tuvieran la misma perspectiva, este mundo sería un verdadero desastre. Cada ser humano sería un refugio de egocentrismo. Gracias a Dios, hay millones de cristianos que se ocupan de los intereses de otros y no solo de los suyos. Es preciso que más personas hagan lo mismo.

Si tenemos la misma actitud que Jesucristo, podemos romper la perspectiva egoísta y secular que nos impone el mundo. ¡Seremos mucho mejor evaluados en términos de relaciones personales!

Hombres malhumorados

Lo que somos tras las puertas de nuestro castillo privado es lo que en *realidad* somos. Ese es el *verdadero* usted y el *verdadero* yo. Podemos dar una imagen a nuestros socios en el negocio y a nuestros amigos, pero cuando llega la noche, sale a relucir el hombre que somos de verdad.

Nos engañamos si creemos que el malhumor y la conducta abusiva hacia nuestra esposa e hijos es una reacción excusable: realmente no nos entienden. «¡Si tan solo supieran lo que tenemos que soportar a lo largo de un día de trabajo, nos harían la vida más llevadera!». Pero como no nos entienden, nosotros también le hacemos intolerable la vida a ellos.

El Dr. Henry Brandt, psicólogo cristiano, afirmó: «Los demás no crean su carácter; solo lo ponen de manifiesto». No son nuestras esposas las que nos hacen estar malhumorados; somos en realidad hombres gruñones buscando un ámbito donde mostrar muestro mal carácter. Es hora de que dejemos de echar la culpa de nuestras actitudes impropias sobre nuestras familias y confesemos que ellos

son el chivo expiatorio de los problemas de carácter que no hemos solucionado por nosotros mismos.

Cuando reconocí que mi esposa no era la causa de mi ira y frustración, abrí la puerta a su amistad. Cuando empecé a involucrarla en mi vida, participándole mis más profundos pensamientos y sufrimientos en lugar de desquitarme con ella por cada frustración, al regresar cada día a casa comencé a encontrarme con una persona amiga.

La clave para nuestras relaciones es la siguiente: *Las personas saben si usted está para ellas o no*. Podemos decir cualquier cosa, pero la gente a la larga descubre la verdad. Si decimos a nuestras esposas que las amamos, pero pasamos la noche del lunes practicando un deporte, la del miércoles en la iglesia, la del sábado en la cancha deportiva, y el resto del tiempo mirando la televisión, ellas sabrán si realmente cuentan con nosotros o no. El tiempo es *todo* en una relación. Cambiemos nuestra forma de actuar y demos tiempo a quien se lo merece.

Conclusión

¿Por qué somos tan ciegos a los problemas que se plantean en nuestras relaciones? Por mi parte, sé que quedo tan ensimismado por la percepción de lo que tengo por delante que olvido dar un vistazo para ver si voy en el rumbo correcto.

No hay ninguna otra área en la vida de un hombre que tenga más potencial de mejora que las relaciones. La mayoría, en su afán por lograr una buena vida, deja una estela de relaciones rotas. Sufrimos en silencio por nuestras relaciones. Nos embriagamos por el trabajo y, cuando perdemos la cabeza, herimos a nuestros seres queridos.

Ningún éxito en el trabajo puede compensar el fracaso en el hogar. Cada quien debe hacer una genuina evaluación y responder a la siguiente pregunta: «Mi manera de usar el tiempo, ¿convence a mi esposa y a mis hijos de que realmente estoy para ellos?». La forma en que empleamos el tiempo es un acto de la voluntad, una decisión. Somos la suma de nuestras decisiones; decidimos quién

está en primer lugar, quién en segundo y quién en tercero en nuestras vidas. Si fallamos en esto, fallamos en todo.

He aquí el concepto principal de este capítulo: *Si no tiene suficiente tiempo para estar con su familia, puede estar 100 % seguro de que no está siguiendo la voluntad de Dios para su vida*. Veamos de manera más específica las relaciones con nuestra esposa e hijos.

——————— Asuntos a considerar ———————

1. La mayoría de los hombres sufren silenciosamente a causa de sus relaciones personales.

   ❑ Estoy de acuerdo ❑ Estoy en desacuerdo. Fundamente su respuesta.

2. Una de las principales causas de las malas relaciones es la constante búsqueda del hombre por mejorar su nivel de vida.

   ❑ Estoy de acuerdo ❑ Estoy en desacuerdo. Explique su respuesta.

3. ¿Por qué se dejan atrapar tanto los hombres por sus carreras laborales que olvidan ser buenos esposos y padres?
4. ¿Le parece que vale la pena el precio que se paga por alcanzar un nivel de vida más elevado? Dé un ejemplo.
5. Comente la siguiente afirmación: «No hay éxito alguno en el trabajo que compense el fracaso en el hogar».
6. ¿A qué cree que se debe el hecho de que los hombres son tan poco eficientes en sus relaciones interpersonales?
7. Lo que somos tras las puertas de nuestro castillo privado es lo que en realidad somos. ¿Cómo es usted detrás de ellas? ¿Qué cambios podría introducir para el bien de su familia?
8. ¿Cree que se comunica adecuadamente en su ámbito de trabajo? Compare sus habilidades de comunicación en el trabajo con las que demuestra hacia su esposa e hijos.

Capítulo 8

Los hijos: Cómo evitar lamentarse

Mi hijo llegó recién el otro día; entró al mundo de la manera normal. Pero había planes que atender y cuentas que pagar, de modo que tuvo que aprender a caminar solo.[13]

Sandy y Harry Chapin

Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.

Efesios 6:4

¡El salmón prácticamente había dado un salto para engancharse al anzuelo! Qué distinto al día anterior, en que ninguno de los cuatro pescadores había podido capturar ni siquiera una bota vieja.

Decepcionados, pero no desanimados, se habían encaramado a su pequeño hidroavión y habían bordeado las montañas de Alaska hasta llegar a una bahía prístina y escondida donde seguramente tendrían buena pesca.

Estacionaron la avioneta y subieron contra la corriente, donde el agua parecía llena de salmones listos para el anzuelo. Al atardecer, de regreso al campamento, vieron con sorpresa que el hidroavión estaba en un lugar elevado y seco. Las mareas tenían variaciones de siete metros en esa bahía en particular, y los flotadores de la nave descansaban ahora en un banco de arena. Como no podrían partir sino hasta la mañana siguiente, se acomodaron para pasar la noche y disfrutar parte de la pesca a modo de cena, antes de dormir dentro de la avioneta.

A la mañana siguiente, la marea había vuelto a subir, de modo que dieron manivela al motor y se dispusieron a partir. Demasiado

tarde, descubrieron que uno de los flotadores se había agujereado y estaba lleno de agua. El peso extra en ese lado hizo que la avioneta se moviera en forma circular. Alcanzó a despegar, pero antes de elevarse, se inclinó, volcándose y cayendo al mar.

El Dr. Phil Littleford, mi amigo, comprobó que todos estuvieran con vida, incluyendo su hijo Mark de doce años de edad. Sugirió que oraran, lo que fue aprobado de inmediato por los demás. A bordo no había equipo de salvamento: ni salvavidas, ni luces de bengala, nada. Se produjo un gorgoteo y el avión se sumergió en el fondo del agua helada. Afortunadamente, todos tenían chalecos que inflaron rápidamente. El agua congelada de la región ártica les cortaba la respiración.

Empezaron a nadar hacia la playa, pero con cada brazada la marea los empujaba mar adentro. Los dos hombres que estaban con Phil y Mark eran buenos nadadores y alcanzaron la orilla, aunque a duras penas.

Los dos compañeros vieron por última vez a Phil y a Mark que desaparecieron como un puntito en el horizonte, abrazados, arrastrados mar adentro.

La Guardia Costera informó que probablemente no habían resistido más de una hora en las aguas heladas: la disminución de la temperatura normal del cuerpo, conocida como hipotermia, habría congelado las funciones corporales dejándolos como dormidos. Mark, por su menor masa muscular, seguramente habría caído dormido en brazos de su padre. Phil podría haber alcanzado la playa, pero hacerlo hubiera significado abandonar a su hijo. Nunca se encontraron los cuerpos.

¿Qué padre no estaría dispuesto a morir por su hijo? Si estamos dispuestos a llegar tan lejos por nuestros hijos, ¿por qué a menudo no parecemos estar igualmente dispuestos a vivir por ellos?

El problema

La vida de familia ha cambiado mucho en las décadas transcurridas desde que yo era niño. A finales de la década del 50, el número promedio de hijos en una familia estadounidense era de 3.7; en

tanto que hoy ronda los 2.0.[14] Pero más llamativo que el cambio en el tamaño de las familias es la modificación de los valores familiares.

Seamos realistas. Ser un hombre, esposo y padre cristiano nunca ha sido tan difícil. Nuestros hijos están bajo una tremenda presión a la hora de probar las drogas, el alcohol, el sexo y todo tipo de comportamientos de riesgo. Una noticia positiva es que cada vez son menos los adolescentes que experimentan con el sexo, lo que afirma que la abstinencia es un mensaje que resuena.[15]

Cuando adoptamos los tres valores empobrecidos de la paz personal, la abundancia y el cristianismo cultural, los padres no dan abasto. Como consecuencia, el sufrimiento emocional que experimentan los jóvenes resulta abrumador. El Dr. James Dobson, reconocido psicólogo cristiano, citó una investigación llevada a cabo por el Dr. Urie Bronfenbrenner. Con la intención de evaluar la cantidad de tiempo que los padres de la clase media conviven cada día con sus hijos, se pidió a los autores de la muestra que estimaran la cantidad de tiempo que pasaban diariamente con los de un año de edad. El promedio arrojó entre quince y veinte minutos.

Sin embargo, en las ciencias sociales, es habitual que las personas exageren el bien que hacen cuando se autoinforman. Por tal motivo, los investigadores adhirieron luego micrófonos a la ropa de los infantes para registrar el tiempo real de interacción. Los resultados son alarmantes. ¡El tiempo diario promedio que los padres estaban con sus criaturas era de *treinta y siete segundos,* con una frecuencia media de 2.7 encuentros diarios de diez a quince segundos cada uno![16]

Desafortunadamente, esta escena se repite cada día en millones de hogares. Los hogares cristianos son tan susceptibles a esta patología como cualquier otra familia. Basta comparar estos contactos de treinta y siete segundos con el hecho de que el mismo niño mira televisión cuatro horas por día —en gran parte moralmente corrupta— para pronosticar un futuro aterrador y apocalíptico.[17]

Una manera de justificar el tiempo en que se deja desatendidos a los niños cuando ambos padres están en procura de su realización

profesional, es alegando que cuenta la *calidad* y no la *cantidad* del tiempo compartido. Un artículo de la revista *Fortune*, titulado «The Money Society» [La sociedad del dinero], sugiere algo muy distinto:

> Los psicoanalistas han comprobado que muchos de los adictos al dinero son hijos de padres que también se muestran ansiosos y adictos al trabajo, o indiferentes a la expectativa que tienen los bebés de que se preste atención a sus gestos y muecas. En consecuencia, esos niños no dejan nunca de buscar el aplauso y la reacción gratificante que se les ha negado, y que ahora el dinero les ayuda a encontrar, hasta sustituye el anhelo de atención personal [. . .]
>
> Pero, según el Dr. Arnold Goldberg, psicoanalista de Chicago, «la apuesta siempre sube porque la necesidad nunca se satisface. El chico quiere una respuesta humana; el dinero es una respuesta no humana». Algunas de estas personas [. . .] acaban en la consulta de Goldberg quejándose de que su vida no tiene sentido.[18]

Si, como descubrimos en el capítulo anterior, una de las dos cosas que más lamentan los hombres mayores es que nunca llegaron a conocer realmente a sus hijos, ¿qué pasos concretos podemos dar para ser una excepción a la regla? ¿Hay algunas ideas que podamos ensayar con nuestros pequeños para demostrarles que estamos dispuestos a vivir por ellos?

Libertad para ser niños

Con los años me he ido soltando, pero soy perfeccionista por naturaleza. Me gusta que las cosas estén bien hechas. Esto no combina bien con las pequeñas criaturas que arrasan con todo lo que encuentran a su paso.

Cuando nuestros dos hijos estaban en la edad de gatear, siempre andaba tenso por los nuevos rasguños que aparecían a diario en nuestra mesa de desayuno. Este era un campo de batalla permanente con mi esposa, que se preocupaba menos por ese tipo

de cosas. A mí me hervía la sangre cada vez que descubría un nuevo rasguño en la superficie lustrosa de la madera.

Por fin, Patsy no pudo aguantar más y dijo: «¡Vas a dejar tranquilos a mis hijos! ¡No permitiré que arruines la vida de un chico que vale más de un millón de dólares por cuidar una mesa de trescientos!».

¡Vaya! Eso sí que hizo mella en mi cerebro. Era obvio que me preocupaba más una mesa de trescientos dólares que el bienestar emocional de mis hijos. Le pedí a Patsy que me perdonara, y le dije: «Déjalos hacer todo lo que quieran en la casa. Una vez que hayan crecido, compraremos muebles nuevos para toda la casa».

Los padres necesitamos darles a nuestros hijos la libertad de ser niños. Un día, mi hija estaba llorando por una pelea con una vecinita. Me despaché con cuatro consejos fáciles para solucionar el problema, pero ella respondió elevando al máximo el volumen de su llanto.

«Papá», sollozaba, «de ahora en adelante cuando me veas llorar, por favor, no digas nada lógico», me dijo entre sollozos.

El crecimiento es una tarea más difícil para los niños que para los adultos. Démosles la libertad de ser niños. Nuestra tarea, dice Dobson, debiera ser simplemente ayudarles a salir adelante en ese proceso.

Protección frente al mundo

Cuando permitimos que nuestros hijos queden expuestos en forma indiscriminada al punto de vista secular de la vida, corremos el riesgo de que sus mentes frágiles y moldeables se adapten a esos valores. Este enfoque da por sentado que nuestros hijos pueden discernir entre lo correcto y lo incorrecto, entre el bien y el mal. Eso es falso.

Durante el período en que escribí este libro, el cantante popular George Michael decía en su disco: «Quiero tu cuerpo», «El sexo es natural, el sexo es divertido, el sexo es lo mejor cuando es uno a uno». De la noche a la mañana, el disco llegó al primer lugar en la cartelera. Cuando el cantante se presentó en Orlando, el diario

comentó: «Mientras cantaba su éxito del momento, sacudía las caderas y miraba seductoramente a las jovencitas de la primera fila [. . .] la mayoría de las cuales tenía entre 13 y 19 años de edad». ¡Nuestros hijos no toman de manera automática las elecciones correctas!

A finales de los 80, la canción de George Michael fue censurada. Hoy sería transmitida en el horario de mayor audiencia. En la involución moral en que se ha convertido nuestra era actual, las estrellas femeninas se han sumado al desfile de la decadencia.

Miley Cyrus no para de hacer *twerking* mientras millones de padres intentan criar niños honorables y niñas que se respeten a sí mismas. Hombres, se está librando una batalla por los corazones y las mentes de nuestros hijos. Después de la actuación de Beyoncé en el Super Bowl, recibí el mayor número de respuestas a una publicación en Facebook. Escribí lo siguiente:

> Hoy estoy triste
>
> Mi mujer y yo vimos juntos a Beyoncé. En la mitad del espectáculo del entretiempo, Patsy dijo: «Tiene una sonrisa tan bonita». Le aseguré a Patsy que no había hombre en el planeta que se estuviera fijando en su sonrisa. Si alguna vez te has preguntado por qué Herodes ofreció a Herodías «hasta la mitad de mi reino» en Marcos 6:23, ahora ya lo sabes. La mujer del presidente dijo que admira a Beyoncé. Lo entiendo. Beyoncé es un ser humano maravilloso. Pero ella y todos sus admiradores están confundidos. Beyoncé es simplemente una bailarina exótica con una gran voz y, sí, tiene una hermosa sonrisa. Es un mensaje terrible para los jóvenes. Anoche me convertí en un dinosaurio. Me entristece, pero prefiero ser un dinosaurio a ser una parte políticamente correcta de la glorificación de la lujuria.

Desde un punto de vista positivo, mi esposa y yo hemos usado canciones que son explícitamente sexuales como un disparador para conversar con franqueza acerca de nuestras perspectivas sobre el sexo y establecer el contraste con el punto de vista secular. Lo cierto es que hablamos abiertamente con nuestros hijos acerca de

cualquier tema, porque hemos comprobado que, de todas maneras, están al tanto de todo. Nuestra meta es *protegerlos*, no *aislarlos*.

Y con Internet, sus hijos también lo saben todo: más de lo que usted cree, y quizá demasiado. Por ejemplo, la escritora y conferenciante cristiana Anne Marie Miller, ella misma una adicta a la pornografía en recuperación, constata que cada vez más estudiantes miran pornografía a edades más tempranas y con mayor frecuencia. ¿Y adivine dónde aprenden nuestros hijos sobre la pornografía? Miller lo explica así:

> ¿Recuerda la primera vez que, como padre, vio pornografía? Probablemente fue el padre de un amigo quien tenía una revista obscena o, tal vez, vio algo que alguien trajo a la escuela. Ahora, cuando un alumno oye una palabra o una frase que no entiende, no le pregunta qué significa (porque teme meterse en problemas). No les pregunta a sus amigos (porque teme avergonzarse por no saberlo) [. . .] Va directamente a buscar imágenes en Google. En casi todas las historias que he oído, así es como alguien se vio expuesto por primera vez a la pornografía: buscando imágenes en Google.[19]

Los niños, que son ingenuos más que sabios, disciernen fácilmente entre aquello que los hace sentir bien y lo que los hace sentir mal. Desafortunadamente, para esta generación de niños que se quedan solos en casa, el pecado se siente como algo agradable. La obligación y el rol de los padres incluye proteger a los hijos del mal y enseñarles rectitud.

Nuestros hijos necesitan de nosotros algo más que una actitud de «hagan como les parezca». El hombre debe llevar las riendas del liderazgo espiritual en su hogar. Los niños necesitan ser orientados hacia el sistema de valores que deseamos para ellos.

Un *sistema de valores* y un *sistema de creencias* se adquiere básicamente por la influencia de los padres, los maestros, los entrenadores, los profesores, los pastores, los compañeros, la

música, las películas y la televisión. Necesitamos asegurarnos de que nuestros hijos estén expuestos a las personas y los medios de comunicación que defienden los valores y creencias que queremos para ellos. Si no es así, debemos hacer los cambios que sean necesarios. Las mentes frágiles de los jóvenes no pueden distinguir el mérito de los valores y creencias que se les presentan, y tienden a aceptar cualquier cosa a la que se ven expuestos.

Cuatro horas diarias de televisión contra treinta y siete segundos de conversación con papá reflejan una situación sobre la que debemos meditar.

Necesitamos influenciar a nuestros hijos lo más que podamos y lo más tempranamente posible, porque una vez que lleguen a la adolescencia serán los amigos (sus pares) quienes ejerzan sobre ellos la mayor de las ascendencias. Enseñarles a nuestros hijos cómo elegir los amigos y ubicarlos en ambientes en los que se encuentre ese tipo de jóvenes, es una contribución enorme a la estabilidad de sus creencias y valores. Piense en lo siguiente: ¿Qué están haciendo con su tiempo que sea diferente aquellos jóvenes que se *conservan* vírgenes? ¿Cómo podemos estimular a nuestros hijos a hacer lo mismo?

Sin un esfuerzo planificado de nuestra parte, nuestros hijos elegirán por sí mismos los valores que, en su ignorancia, los harán sentir bien. Lástima que muchas cosas que se sienten agradables al principio terminan produciendo profundas heridas en la vida de millones de nuestros jóvenes: las drogas, el alcohol y el sexo conducen a las adicciones, a las enfermedades de transmisión sexual (ETS) y a los embarazos sin planificar.

Cada quien debe proteger a sus hijos de esas desgracias, protección que solo nosotros podemos darles, tal como nuestro Padre celestial nos la da. La permisividad almibarada solo atrae la necedad, que es lo que alberga el corazón del joven (véase Proverbios 22:15). Nuestro juicio errado nos lleva, en la actualidad, no a sobreproteger sino a descuidar.

Aliente, en lugar de amargar

Las madres aman y miman a sus hijos. Son los padres rabiosos los que se ocupan de la disciplina. Puede no ser justa esta imagen de los padres, pero cuando erramos el rumbo, esta es generalmente la dirección en la que nos desviamos. El pasaje de Colosenses 3:21 confirma este problema cuando lo incluye en las Escrituras como una de las únicas instrucciones a los padres: «Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten».

Los padres rabiosos están en todas partes. Una vez escuché a un padre gritarle a su hijo pequeño: «¡Por qué no te comportas de acuerdo con tu edad!».

Eso era exactamente lo que el niño estaba haciendo: actuando de acuerdo con su edad. Lo que su padre en realidad quería decirle era: «¡Por qué no te portas como un adulto!».

Gordon McDonald cuenta una historia acerca de James Boswell, el famoso biógrafo de Samuel Johnson. Boswell mencionaba con frecuencia un recuerdo especial de su infancia: un día de pesca en compañía de su papá. Al parecer, su vida había sido profundamente influenciada para bien por este día en particular, porque constantemente se refería a la diversidad de temas sobre los que su padre le había aconsejado.

Muchos años más tarde alguien encontró el siguiente comentario en el diario del padre de Boswell. Estas eran sus palabras: «Fui de pesca con mi hijo hoy; fue un día perdido».[20]

Creo que se trata de una historia que favorece al padre de Boswell. Cualesquiera hayan sido sus propias emociones ese día, supo reprimirlas, porque su hijo recibió enorme provecho de esa jornada. Lo más frecuente es que demos curso a nuestro malestar y les arruinemos el día a todos los demás.

En cambio, su hijo se había sentido profundamente animado durante esa jornada aparentemente inútil, y el recuerdo había llegado a ser la piedra angular de toda su vida. No necesitamos ser la persona más dulce del mundo para tener un impacto favorable sobre nuestros hijos. Lo que a nosotros nos parece un aburrimiento y una pérdida de tiempo puede ser para ellos fuente de gran inspiración. Todo lo que necesitan es nuestro tiempo y atención.

Si logramos aprender a controlar nuestros deseos egoístas, a no montar en cólera con excesiva frecuencia y, en cambio, a estimular a nuestros hijos, les estaremos dejando un excelente legado.

No hay nada que sustituya al tiempo

Una de mis canciones favoritas, «Cat's In The Cradle» [El gato está en la cuna] adquirió un significado especial una noche en que las emociones me dieron un golpe bajo. Patsy y yo nos registramos en una clase para padres que conducían Lyle y Marge Nelsen, una pareja que ha tenido mucho éxito en la crianza de sus cuatro hijos. Antes de que empezara la sesión, nos invitaron a un pícnic familiar. A lo largo de ese día, hubo un aficionado que tomó docenas de fotografías.

En la primera clase del seminario, instalaron un proyector y nos hicieron escuchar «Cat's In The Cradle» a la vez que proyectaban ¡las imágenes de *mis* hijos en la pantalla! ¡Eso sí que fue un impacto!

Días antes, había estado reflexionando en el hecho de que mi hija, que a la sazón tenía doce años, estaría ya en la universidad cuando tuviera dieciocho, de modo que nos quedaba un tercio del tiempo que permanecería con nosotros. Entonces pensé en que, a los doce años, pasaba más tiempo con sus amistades que con la familia.

Mientras seguía meditando, reparé que del 85 % al 90 % de nuestro tiempo ya había quedado atrás. Es mejor que lo aprovechemos ahora si tenemos hijos pequeños, porque el tiempo pasa más rápido de lo que nos imaginamos, y en unos años los amigos serán para ellos sumamente importantes.

Si sus hijos salen bien, todos sus demás problemas cabrán en un dedal. Pero si acaba lamentándose del tiempo que no dedicó a sus hijos, es un dolor que nunca desaparece, como lo expresa el siguiente fragmento, extraído de un ensayo que leí una vez, escrito por un padre y enviado a una columna de consejos.

¿Adónde se fueron los años?

Recuerdo haber estado hablando a mi amigo hace unos años acerca de nuestros hijos. Tenían entonces cinco y siete años, esa edad en la que papá lo es todo para ellos. Me hubiese gustado pasar más tiempo con ellos, pero estaba demasiado ocupado trabajando. Después de todo, quería darles todo lo que no había tenido cuando niño.

Me encantaba la idea de llegar a casa y sentarlos en mi regazo mientras me contaban lo que habían hecho ese día. Lamentablemente, la mayoría de las veces llegaba tan tarde que lo único que podía hacer era darles un beso cuando ya estaban dormidos.

Es sorprendente lo rápido que crecen los niños. Antes de que pudiera notarlo, ya tenían nueve y once. Me hubiese gustado verlos competir en el colegio. Todos comentaban que eran excelentes, pero parece que los partidos estaban siempre programados cuando yo estaba en viaje de negocios o tenía compromisos especiales. Los niños nunca se quejaron, pero podía advertir la frustración en su mirada.

Les prometía constantemente que tendría más tiempo «el año que viene». Pero cuanto más ascendía en la compañía, de menos tiempo parecía disponer.

De pronto, ya no tenían nueve y once, sino catorce y dieciséis. Eran adolescentes. No pude estar la noche en que mi hija salió a su primera cita. Tampoco estuve cuando mi hijo compitió en el torneo de básquetbol. Mi mujer me excusó, y yo me las arreglé para telefonearles antes de que salieran de casa. Podía percibir la desilusión en sus voces, pero les expliqué los motivos lo mejor que pude.

No me pregunte adónde se ha ido el tiempo. Esos pequeñitos tienen ahora diecinueve y veintiuno, y están en la universidad. No lo puedo creer. Mi trabajo me exige menos ahora, y por fin tengo tiempo para ellos. Pero ellos tienen sus propios intereses y no tienen tiempo para mí. Para ser sincero, estoy un poco herido.

Parece apenas ayer cuando tenían cinco y siete. Daría cualquier cosa por volver a vivir aquellos años. Le puedo asegurar que lo haría distinto. Pero ellos ya se han ido, y con ellos, mi oportunidad de ser un verdadero padre.[21]

Como indica el refrán, nadie dice en su lecho de muerte: «Me habría gustado dedicarle más tiempo a mi negocio».

Proteger por medio de la oración

Siete parejas, de nuevos cristianos, empezaron a reunirse para orar. Los resultados fueron tan extraordinarios que he verificado el relato en tres fuentes independientes. Todas las reseñas coinciden.

Parece que estos ingenuos nuevos creyentes descubrieron un versículo en las Escrituras y decidieron reclamar la promesa de Dios. El pasaje dice: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y *tu casa*» (Hechos 16:31, énfasis del autor).

Entre las siete familias sumaban veintitrés hijos, ninguno de los cuales era cristiano. Todas las semanas, las parejas se reunían fielmente para orar por la salvación de sus queridos hijos. A lo largo de dos años, los veintitrés entregaron sus vidas a Jesucristo.

En una cruzada en Denver, el Dr. Billy Graham predicó acerca de este pasaje de las Escrituras, señalando que se había comprobado que en los hogares en que el padre se convertía primero, en el 60 % de los casos, la familia completa se convertía. Cuando la primera en convertirse era la esposa, entre el 40 % y el 50 % de las familias, con todos sus integrantes, aceptaba a Cristo. En las familias en que la primera conversión era la de uno de los hijos, en un 25 % de los casos, toda la familia llegaba a ser de Cristo.

¡El principio subyacente a Hechos 16:31 me entusiasma enormemente! ¿Puede haber mejor manera de equipar a nuestros hijos para una vida con sentido que orar por su salvación eterna? *No hay ninguna otra responsabilidad que pueda igualarse a la de contribuir a la salvación de nuestros hijos.*

Usted ora por sí mismo, ¿verdad? Sabe que necesita protección de la tentación y que necesita perdón, sabiduría, gracia, misericordia, valor, esperanza. Reconoce la importancia de expresar alabanza, honor, gloria y gratitud al Señor.

¿Quién ora por nuestros hijos? ¿No son las necesidades de nuestros frágiles hijos mucho mayores que las nuestras*? No hay contribución más grande al bienestar de nuestros hijos que interceder diariamente por ellos en oración.*

A lo largo de los años, he elaborado una lista de temas de oración respecto a mis hijos. Es un conjunto ecléctico integrado por una variedad de fuentes. Una de ellas es la clase para padres que mencioné antes. Otra fue una grabación de Gordon McDonald. La

Biblia también me ha provisto varios motivos de oración por mis hijos. Por último, mi propio corazón, dolido y quebrantado, y el anhelo de que mis hijos no sean consumidos por la angustia o el sufrimiento que me ha tocado vivir a mí.

He aquí una lista de temas que he ido acumulando. Quizás le sea útil adaptarla a sus propios fines:

- Una fe salvadora (agradecer si ya son cristianos).
- Una fe que crece.
- Una fe independiente (a medida que crecen).
- Que sean fuertes y sanos en mente, cuerpo y espíritu.
- Un sentimiento de destino (propósito).
- Anhelo de ser íntegros.
- Un llamado a la excelencia.
- Que entiendan el ministerio que Dios tiene para ellos.
- Que yo disponga de tiempo especialmente para ellos.
- Que adquieran sabiduría.
- Protección contra las drogas, el alcohol y el sexo prematrimonial.
- Por el cónyuge que Dios tiene para ellos (que está en algún sitio y necesita mi oración).
- Para que glorifiquen al Señor en todo.

¿Se le ocurre algo en todo el mundo que pudiera ser más importante para nuestros hijos que depositar su fe en Jesucristo y experimentar lo maravilloso del plan de Dios para sus vidas? Por medio de la oración y del ejemplo que usted les ofrece, puede tener la seguridad de que, mediante la gracia de Dios, estas súplicas se cumplirán.

Ningún hombre se negaría a morir por sus hijos. Cuánto más importante es que vivamos por ellos.

——————— Asuntos a considerar ———————

1. Los problemas que enfrentan los niños que crecen en esta época no son muy diferentes a los que tuvimos nosotros.

   ❑ Estoy de acuerdo ❑ Estoy en desacuerdo. ¿Por qué?

2. ¿Les da usted a sus hijos la libertad de ser niños, o trata de que se comporten como si tuvieran más edad de la que en realidad tienen? Dé un ejemplo de una situación en la que esperaba de su hijo más de lo que en realidad podía dar.
3. ¿Se muestra furioso con sus hijos con demasiada frecuencia? ¿Qué cambios debe hacer en su propia persona, actitudes y expectativas a fin de reducir la ira?
4. Comente la siguiente afirmación: «No es la cantidad de tiempo sino la calidad lo que cuenta». Reaccione al siguiente comentario: «Nunca he escuchado a nadie que, a la hora de su muerte, diga que desearía haber dedicado más tiempo a su trabajo».
5. La mayoría de los hombres no oran regularmente por sus hijos.

   ❑ Coincido. ❑ No coincido.

   ¿Ora regularmente por sus hijos? Si no lo hace, ¿a qué se debe? ¿Está dispuesto a desarrollar el hábito de la oración?

6. El sistema de valores y creencias que adquieren nuestros hijos se nutre de la influencia que ejercemos nosotros, los maestros, los entrenadores, los profesores, los pastores, los compañeros, la música, las películas y la televisión. ¿En qué medida ha estado controlando esas influencias? ¿Qué modificaciones debería introducir?
7. Una vez que nuestros hijos llegan a la adolescencia, sus pares se transforman en la influencia más importante de sus vidas. ¿Qué podemos hacer antes de que lleguen a esa edad para que estén adecuadamente preparados? ¿Qué podemos hacer cuando están en la adolescencia para ayudarlos durante esos años difíciles?

Capítulo 9

Las esposas: Cómo estar casado y ser feliz

Que la esposa haga que su marido se sienta contento de llegar a casa, y que este haga que su esposa se sienta triste al verlo salir.

Martín Lutero

Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo.

1 Pedro 3:7

Usted los ha visto en los restaurantes. Por una extraña razón, se parecen entre sí. La mirada de él es distante, y ella nunca levanta la vista del plato. Durante el curso de la comida, las únicas palabras que pronuncian son las que dirigen al mozo.

Han estado casados durante más de treinta años, pero apenas se conocen el uno al otro. A medida que los hijos fueron creciendo, los campeonatos y las presentaciones escolares los mantuvieron activos. Ahora tienen el tiempo en sus manos, pero en realidad no hay una relación personal entre ellos, ni saben de qué conversar.

El problema

La mayoría de los hombres no llegan a ser precisamente *in*felices con su matrimonio, pero tampoco saben disfrutar de sus esposas. Tienen problemas para sentir y expresar su amor. En una encuesta escrita que llevé a cabo, la habilidad de amar se destacó como algo

que preocupaba mucho a los hombres. El matrimonio es una tarea difícil, de ese tipo en la que cualquiera pequeña manchita se nota.

Las mujeres pueden ser difíciles de entender. Sigmund Freud, el padre del psicoanálisis, planteó este interesante problema: «A pesar de los treinta años que he pasado explorando el alma femenina, no he podido responder [. . .] a la gran pregunta [. . .] ¿Qué es lo que quiere la mujer?».

¿Por qué le resultaría tan difícil a Freud responder a esa pregunta? ¿Por qué a *nosotros* también nos resulta tan difícil? El camino más fácil para la mayoría de los hombres es sumergirse en el trabajo. Podemos escondernos tras una máscara en nuestro lugar de trabajo. Así, no tenemos que sacrificarnos por entender a nuestra esposa, ni darle a conocer nuestras debilidades y temores.

Muchas parejas viven juntas más como compañeros de habitación que como verdaderos esposos. Satisfacen sus necesidades sociales y sexuales, pero nunca desarrollan intimidad como amigos. Los hombres necesitan tener una persona amiga con la cual sincerarse. Son poquísimos los que llegan a encontrar a esa persona.

El rol de la esposa

Sam sabía, intuitivamente, que su esposa no lo tenía en muy alta estima. No había logrado en la vida la misma posición que el padre de su esposa, y aunque ella no decía nada al respecto, podía percibir su actitud, mezcla de lástima y desprecio.

Una de las necesidades más profundas de un hombre es la de ser respetado. Quizás recuerde a aquella chica con la que tuvo una primera salida y que, apenas intentó besarla, le dijo: «¡No me estás respetando!». Sin embargo, la necesidad que tiene el hombre de ser respetado es mucho mayor que la de la mujer, aunque es cierto que ella también necesita que la tengan en alta estima.

La importancia del respeto se enfatiza en las Escrituras en el pasaje que describe el comportamiento que las esposas deben guardar hacia sus esposos. «La mujer respete a su marido» (Efesios 5:33).

¿Cómo puede una mujer mostrarle respeto a su marido? El pasaje de Efesios empieza con la instrucción básica de Dios hacia las mujeres: «Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor» (Efesios 5:22). El deber de su esposa es el de someterse a usted, siendo esa la máxima expresión de su respeto.

Es imposible someterse a otro a menos que se le respete. Uno puede ser forzado a *obedecer* a alguien, pero no a *respetarlo*. Los hombres necesitan el respeto de sus esposas para construir su autoestima. Es decir que ella debe someterse a su esposo, lo cual es casi imposible a menos que lo respete. Varias encuestas revelan que la lucha por el poder entre los cónyuges es el principal factor de divorcio.

La sumisión de su esposa hacia usted debe ser igual o del mismo grado que su sometimiento a Cristo. ¿No cree que eso carga al hombre con una enorme responsabilidad? Si ella se somete a usted como si fuese Cristo mismo, ¿cómo podría tratarla de una forma menos digna que como Cristo mismo la trataría?

A las mujeres les gusta eludir este concepto de la sumisión. A muchas les parece sencillamente arcaico; el pensamiento moderno ridiculiza esta noción por anticuada. Se argumenta que la mujer contemporánea es tan activa e importante como el hombre. La palabra «someterse» se traduce del griego y contiene la noción de «subordinarse, obedecer, someterse uno ante otro». La meta de este mandamiento no es la de reducir a las mujeres al rol de sirvientas o compañeras de lecho, sino la de proveer una estructura de autoridad dentro del matrimonio.

Lo opuesto a *someterse* es *resistirse*. Para conocer el valor de la sumisión, basta con que consideremos las consecuencias de la resistencia.

En cualquier organización empresarial, la alta productividad y el buen ánimo son el resultado de una estructura de autoridad claramente definida y de las buenas relaciones. En tanto los empleados se sometan a la estructura de autoridad, la organización prospera. Cuando no conocen o no aceptan la estructura de autoridad, baja la moral, se reduce la productividad, y en ocasiones,

las entidades gremiales se organizan para enfrentarse con el liderazgo insensible.

Cuando nuestro matrimonio no marcha de acuerdo con la estructura de autoridad dispuesta por Dios, sea culpa nuestra o de nuestra esposa, la «moral» y la «productividad» merman. Algunas mujeres se unen a las organizaciones feministas, que son la versión matrimonial de las organizaciones gremiales.

La fig. 9.1 muestra la continuidad entre la sumisión y la resistencia. ¿En qué punto se ubica su esposa? Si no se somete, ¿de qué manera su propio «estilo gerencial» ha contribuido a esa actitud? ¿Ha estado promoviendo las «buenas relaciones» en su hogar?



Figura 9.1

Si el rol de la esposa es el de someterse y trabajar bajo la estructura de autoridad, entonces la responsabilidad del hombre es la de promover un ambiente de buenas relaciones. Considerémoslo desde la perspectiva bíblica.

El rol del esposo

Don ocultaba profundos sentimientos de culpa respecto a su esposa. No podía decirle que la amaba, porque en realidad no *sentía* amor por ella. Era demasiado íntegro como para mentir al respecto, de manera que no decía nada.

El mandamiento que las Escrituras nos da a los esposos es que amemos a nuestras esposas: «Maridos, amad a vuestras mujeres, *así como* Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla [. . .] *Así también* los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos» (Efesios 5:25-28, énfasis del autor).

La mayoría de los hombres no ha llegado todavía a comprender cómo Cristo amó a la iglesia (el pueblo de Dios), por eso encuentran difícil amar a sus esposas, ya que no saben cómo hacerlo.

La palabra griega que expresa la manera en que los hombres deben amar a sus esposas es la misma que Dios usa para describir su propio amor hacia el mundo. «Porque de tal manera *amó* Dios al mundo, que ha dado a su hijo unigénito» (Juan 3:16, énfasis del autor). Es también la clase de amor que debemos tener por Dios. «*Amarás* al señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente» (Mateo 22:37, énfasis del autor).

¿Qué clase de amor es este? La clase de amor que nos señala la Biblia es un amor *volitivo* más que un amor *emocional*. El amor de las Escrituras es amor ágape, que quiere decir amar en un sentido moral; es un acto deliberado de la *voluntad*, como un asunto de principio, de deber, de decoro.

La palabra *corazón* no comunica todo su significado a menos que agreguemos una explicación. El corazón, el ser interior, está compuesto de tres partes, como se puede ver en la fig. 9.2.

El *intelecto* es la parte *racional del hombre*, su *voluntad* es su aspecto *volitivo* y sus *sentimientos* son su parte *emocional*. Debemos amar a nuestras esposas como un acto volitivo, un acto deliberado de nuestra voluntad. Afortunadamente, no se nos ordena que nos *sintamos* enamorados de nuestras esposas.



Figura 9.2

El «sentimiento de amar» *puede* estar, o no, presente. Pero el amor no es un sentimiento, y nosotros debemos amar a nuestras esposas, en primer término, por un acto de la voluntad. Quizás, después aparezcan los sentimientos; pero ellos vienen y van. Es más, aparecen y desaparecen en forma constante. Pero el amor que demostramos es una decisión tomada como un acto intencional de nuestra voluntad. *El amor bíblico es una decisión, no un sentimiento*.

La fig. 9.3 muestra otro *continuum*, esta vez para los hombres. En un extremo, tenemos el amor y, en el otro, el odio. La peor expresión del odio es el que toma la forma de la *indiferencia*. ¿En qué lugar se ubica usted?



Figura 9.3

Ahora que hemos considerado el rol tanto del esposo como de la esposa, consideremos cuatro tipos de matrimonios que obtenemos cuando mezclamos hombres y mujeres.

Cuatro tipos de matrimonios

Si una mujer tiene la opción de someterse o resistirse, y el hombre tiene la de amar u odiar, ¿qué tipos de matrimonios pueden resultar de las distintas combinaciones? La respuesta es que obtenemos cuatro tipos de matrimonios. La figura 9.4 muestra estas categorías en las que pueden clasificarse los distintos matrimonios:

- odio y resistencia;
- odio y sumisión;
- amor y resistencia;
- amor y sumisión.

Naturalmente, solo se trata de generalizaciones útiles para el análisis. Hay una infinidad de grados posibles, según el lugar donde la pareja pone su «X» sobre su *continuum*, pero la mayoría de los

matrimonios se puede ubicar en alguna de estas cuatro categorías generales. Consideremos cada una de ellas en forma particular.



Follow for extended description

Figura 9.4

Odio y resistencia

El peor de los matrimonios es aquel en el que ambos cónyuges son infelices, y ambos buscan satisfacer sus anhelos egoístas. Aunque no estaban casados, piensa en Han Solo y la princesa Leia en *La guerra de las galaxias*, o en Scarlett y Rhett *de Lo que el viento se llevó*. La idea que subyace en un matrimonio de odio y resistencia es la de un marido enfadado casado con una esposa que le reprende.

En este tipo de matrimonio la mujer siempre pelea con el esposo, pasa el día ociosa, y se opone a la autoridad de su marido.

Despliega su falta de respeto en las reuniones sociales, haciendo comentarios sarcásticos que él oye allí por primera vez.

Por su parte, él trata a su esposa con dureza y no toma en cuenta sus sentimientos cuando toma decisiones respecto a la familia. La animosidad y la falta de respeto caracterizan el trato que le da a su esposa en privado, aunque en público simula quererla.

Si su matrimonio no es de los mejores, pero todavía están juntos, seguramente no cabe en esta categoría. ¿Por qué? Si fuera realmente un matrimonio de la clase de odio y resistencia, probablemente ya estarían divorciados. Si ninguno de los cónyuges se esfuerza para que el matrimonio funcione, es inevitable el divorcio. La mayoría de los matrimonios que siguen juntos aunque no se lleven bien pertenecen a las categorías de odio y sumisión o amor y resistencia, porque uno de los cónyuges ha tomado la decisión de «soportar» y tratar de hacer que el matrimonio continúe.

Odio y sumisión

Mi esposa se casó conmigo porque la convencí de que era un verdadero cristiano. Desde su niñez había orado para casarse con un hombre conforme a la voluntad de Dios. A pocas semanas de nuestra boda, fue absolutamente obvio que nuestras respectivas definiciones de lo que significa ser cristiano eran totalmente diferentes.

A pesar de que afirmaba ser cristiano, no había correlación alguna entre mi declaración y mi manera de pensar, hablar o actuar. No me ocupaba de animar o cuidar a Patsy en absoluto. Por el contrario, esperaba que ella satisficiera todos mis caprichos.

Patsy seguía sometiéndose, sin tomar en cuenta mis actitudes. La Biblia sugiere que la esposa puede ganar a su esposo si mantiene una conducta recta, y eso es exactamente lo que sucedió en nuestro matrimonio. Ella me siguió respetando, administrando el hogar y orando por mí. A los seis meses, rendí mi vida a Cristo.

Si alguna vez ha visto las repeticiones de *All in the Family* [Mi familia] con Archie y Edith Bunker, tiene la caricatura de este tipo de matrimonio. Él es el tipo obstinado, el emperador que domina su

territorio, y ella es la que responde sumisamente a las exigencias autoritarias de su esposo.

Si esta descripción se le parece a su matrimonio (es el caso más frecuente de los que no funcionan), puede transformarlo radicalmente si sigue las instrucciones que la Biblia da para los maridos (véase la sección siguiente titulada «Ámela como profeta, sacerdote y rey de la familia»). Este aspecto de la vida ha sido tan avasallado por el enemigo que me gustaría transcribir a continuación esos mandamientos escriturales y desafiarlo a cortar o fotocopiar esta página, adherirla al tablero de su automóvil y memorizarla:

> Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. (Colosenses 3:19)
>
> Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo. (1 Pedro 3:7)
>
> Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo. (1 Timoteo 5:8)
>
> Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia. (Efesios 5:28-29)

Amor y resistencia

El movimiento feminista ha fomentado el síndrome del matrimonio «amor y resistencia». En otros tiempos, hubiéramos caricaturizado a este matrimonio con un hombrecito debilucho dominado por una fortachona de voz estridente, al estilo típico de las tiras cómicas.

Pero la mujer que representa el tipo actual de esposa que se resiste es la profesional consagrada a su carrera. La familia que tiene

dos ingresos impone una tensión adicional al matrimonio. El esposo le debe a la esposa una consideración especial cuando está en la casa, aun si la actitud que ella muestra no es la correcta.

El ama de casa tampoco es inmune a la influencia feminista. Quizás muestre su actitud de resistencia actuando ociosamente y descuidando la administración del hogar.

Hace varios años, mi esposa empezó a sentirse mal porque era «*nada más* que ama de casa y madre». Después de analizarlo, advertimos que había sido influenciada en su manera de pensar por el enfoque editorial de algunas revistas femeninas. De inmediato canceló sus suscripciones.

El lugar del esposo en este matrimonio de amor y resistencia debiera ser el de seguir amando a su esposa, sin importar la actitud que ella tenga. Puesto que su amor es un acto de la voluntad y no un sentimiento, puede, por medio de la autodisciplina, seguir nutriendo, queriendo y mostrando consideración y respeto, sin ser duro con ella, pero no es fácil.

La vida de un hombre cuya esposa se resiste puede ser muy difícil, pero Dios será glorificado por la fidelidad a su Palabra. «Que el marido no abandone a su mujer [. . .] [Lo que cuenta es] el guardar los mandamientos de Dios. Cada uno en el estado en que fue llamado, en él se quede» (1 Corintios 7:11, 19-20).

Amor y sumisión

He conocido apenas un puñado de hombres cuyos matrimonios realmente están bien. Después que se trasciende la fachada con la que se procura demostrar que la vida es maravillosa, la mayoría de ellos reconocen que su matrimonio no es como se supone que debiera. Es el mayor problema que vemos en nuestro ministerio, más que todos los demás *combinados*. La Biblia tiene pocos ejemplos de matrimonios óptimos. Las excepciones más admirables son las de Abraham y Sara, y José y María, dos ejemplos extraordinarios de amor y sumisión.

¿Cómo podemos tener un matrimonio que funcione? Aquí presentamos algunas ideas y advertencias para ayudarnos a

construir un matrimonio de amor y sumisión.

Ámela como profeta, sacerdote y rey de la familia
Efesios 5:25 ofrece *la instrucción principal a los hombres casados*: «Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella». Así que si quiere un matrimonio bíblico, necesita entender cómo Cristo amó a la iglesia.

Algunos piensan que Cristo es el apellido de Jesús. Por supuesto, Cristo no es un nombre, sino un título de Jesús que significa «Mesías» o «ungido». Jesús amó a la iglesia —su familia— como su «Cristo o ungido». Puesto que los maridos deben amar a sus esposas (y por extensión a sus hijos, fruto de su unión) *del mismo modo que* el «ungido» ama a su familia, necesitan saber exactamente para qué fue ungido Jesús.

En teología, Jesús, en su papel de Cristo, ocupa el triple oficio clásico de *profeta*, *sacerdote* y *rey*. Según Efesios 5:.25, usted ha sido ordenado profeta, sacerdote y rey de su familia. Analicemos estas tres funciones.

1. El papel del profeta. Un profeta representa a Dios ante el pueblo. En el Antiguo Testamento, un profeta se presentaba ante el pueblo y hablaba. Jesús es un profeta que habló la Palabra de Dios al pueblo y es, de hecho, la Palabra encarnada. Un profeta habla en nombre de Dios.

Como marido, ha sido ungido para ser el profeta de su familia. Usted representa a Dios ante su esposa (y, por extensión, ante su familia). Cuando su esposa reacciona emocionalmente, usted la calma con la sabiduría de Dios. Proclama el evangelio de la fe a su familia. Provee instrucción y entrenamiento bíblico a su esposa e hijos sin volverse legalista. Prepara devocionales familiares y fomenta los devocionales privados. Usted es el árbitro de los valores familiares. Insiste en la asistencia regular a la iglesia. Usted es un *mensajero* de Dios para su familia.

2. El papel del sacerdote. Si un profeta representa a Dios ante el pueblo, entonces un sacerdote representa al pueblo ante Dios. En el Antiguo Testamento, un sacerdote le daba la espalda al pueblo y mediaba por él ante Dios. Jesús es el Sumo Sacerdote que medió

entre el pueblo y el Padre mediante el sacrificio de su vida. Un sacerdote media ante Dios.

Como marido, se le ha ungido para que sea el sacerdote de su familia. Usted representa a su mujer y a sus hijos ante Dios. Dedica tiempo a la oración cada día, recordando las necesidades y preocupaciones de su esposa. Ora por la salvación de sus hijos. Como Job, pide al Señor que perdone los pecados de sus hijos. Usted establece la temperatura espiritual en el hogar. Sacrifica su vida por la de ellos. Es *mediador* ante Dios por su familia.

3. El papel del rey. Un rey se responsabiliza del bienestar de su pueblo. Se asegura de que reciban tanto justicia como misericordia. Jesús es un rey del linaje de David. Un rey dirige, protege y provee para su pueblo.

Como esposo, usted es ungido para ser el rey de su familia. Debe proveer para las necesidades de su familia. Trabaja diligentemente a fin de ganar lo suficiente para la comida y el techo. Administra la disciplina con justicia. Perdona rápidamente y pasa por alto las ofensas. Actúa de manera digna de recibir honores. Trata a su esposa con consideración y respeto. Procura no ser duro con ella. Usted es un *proveedor* para su familia.

Pasar tiempo juntos

Hace varios años, mi esposa y yo iniciamos la costumbre de prolongar la sobremesa unos veinte minutos después de la cena. Los niños salen corriendo a practicar guitarra o a hacer las tareas escolares, y nosotros podemos relatar lo que cada uno ha hecho durante el día. Llevamos décadas haciéndolo. Desde hace unos años, después de cenar, nos sentamos en el sofá y yo le masajeo los pies con loción. No es obligatorio, así que a veces no lo hacemos, pero casi siempre pasamos ese tiempo juntos. Esta inversión que hago le expresa a mi mujer que la amo. Sabe que cuenta conmigo, y el resultado es que hemos llegado a ser amigos íntimos. Podemos conversar sobre cosas que jamás se nos ocurriría hablarlas con nadie más.

Cada pareja necesita un equilibrio entre escuchar y hablar. Encontrar veinte minutos diarios, ya sea en el desayuno o después

de la cena, ayuda a desarrollar una relación *personal* en la pareja. La armonía respecto a las metas y problemas de la familia se logra en la medida en que vamos expresando nuestras diferencias al respecto. ¡No puede haber coincidencia entre dos personas si ellas nunca se encuentran!

Quizás esté pensando: *¡Usted no se imagina lo que es mi esposa! Es la última persona a la que buscaría como amiga. Tenemos muy poco en común*. Piense en su esposa en términos del rol que la Biblia le fija para con ella. Y piense en cómo era cuando se conocieron. ¿Qué le atrajo de ella? Puesto que usted es el líder espiritual, ¿qué responsabilidad tiene que asumir respecto a cualquier desvío que haya habido entre ustedes? ¡Quizás usted tampoco sea la mejor persona con la cual vivir! Concédale a su esposa el beneficio de la duda.

Intente hacer un experimento durante treinta días. Dispóngase a pasar veinte minutos por día conversando con ella. Puede anticiparle de qué se trata el experimento, ¡o simplemente ponerlo en marcha y explicárselo después!

Responsabilidades comunes

Cuando estaba en la universidad, mi compañero de habitación y yo nos dividíamos las responsabilidades del mantenimiento y la limpieza. A medida que transcurrían los meses, me empecé a ofuscar porque sentía que hacía la mayor parte del trabajo mientras que mi compañero lo eludía. Llegó un momento en que no pude soportar más.

«¡Esteban!», estallé. «Te estás aprovechando de nuestro acuerdo. Yo soy el que siempre cambia el rollo del papel higiénico cuando se acaba, el que pasa la aspiradora y el que lava los platos casi todas las veces».

«¿Qué?», fue su reacción de sorpresa. «¡Pero si eres tú el que no lleva su parte de la carga! ¡Yo soy el único que pasa el trapo en la cocina y el que *siempre* saca la basura!».

Nos miramos mutuamente sorprendidos y, de pronto, ambos nos dimos cuenta: cada uno tenía muy presente las cosas buenas que hacía y olvidaba totalmente las tareas que dejaba sin hacer. Ambos

llevábamos el inventario de las fallas del otro y de las propias virtudes. Qué lección más importante fue esa.

Decidimos que si queríamos tener una buena relación como compañeros de habitación, debíamos establecer una relación de *90/10 en los dos sentidos*. En otras palabras, advertimos que si sentíamos que estábamos dando el 90 % y recibiendo el 10 %, lo más probable era que se tratara de una proporción 50/50.

Abusar del derecho que tiene el cónyuge de ser ayudado en las tareas y obligaciones de la casa puede producir fricción en un matrimonio. Estos se derrumban cuando falta cooperación. Una mujer le dijo a su esposo: «Le han puesto nombre a una calle en tu honor».

«¿Sí? ¿Cuál?», preguntó él.

«Don Cómodo», respondió ella.

Nuestros matrimonios serían mucho mejores si aplicáramos, de mutuo acuerdo con nuestra esposa, el principio de *90/10, en ambas direcciones*. ¿Por qué? Porque nuestra naturaleza humana tiende a recordar todo lo bueno que hicimos por ella, y cómo ella nos devolvió con ingratitud.

¿Cómo llegan a tener problemas los matrimonios?

A veces, la gente se casa por razones equivocadas. Como lo expresó un amigo: «Éramos dos garrapatas y creíamos que el otro era un perro». Sin embargo, lo más frecuente es que nos casemos con las mejores intenciones, pero las tentaciones empiezan a trabajar de inmediato en nosotros.

Mi esposa sostiene que la mayoría de los matrimonios empiezan a derrumbarse porque los cónyuges son *críticos* el uno del otro. Cuando usted se siente criticado, naturalmente tiende a defenderse mentalmente. Y empieza a levantar paredes defensivas en torno a su propia imagen, con el lamentable resultado de que construye una muralla entre usted y su pareja.

Las luchas de poder respecto a los derechos que no se han sometido pueden condenar al fracaso a un matrimonio. El derecho que uno supone tener de decirle al otro qué es lo que debe hacer

muestra falta de respeto y de sensibilidades. Tendemos a tratar a los miembros de la familia con una escala de cortesía distinta a la que aplicamos a nuestros amigos y aun a los que son totalmente desconocidos. Como no somos los *dueños* de nuestro cónyuge, debiéramos, al menos, mostrarle el mismo nivel de cortesía y respeto que mostraríamos a un extraño.

Otro problema conflictivo es nuestra preferencia respecto a las tareas. Los hombres preferirían ocuparse de su agenda o esforzarse por alcanzar una meta que nadar por las difíciles aguas de las relaciones personales. ¡Trabajar con hombres que piensan como uno en un proyecto valioso es mucho más atractivo que quedarse sentado hasta la medianoche tratando de expresar lo que siente!

La raíz del problema está en nuestro egocentrismo. Cuando me casé, tenía una idea preconcebida de lo que se suponía que debía ser el matrimonio. Me imaginaba a mi esposa respondiendo a mis diversos intereses con una atención siempre dispuesta, y que todos mis deseos serían órdenes para ella. Cuando me di cuenta de que ella quería ser una compañera y no una esclava, me sentí furioso . . . tanto hacia ella por no capitular como hacia mí mismo por haber sido tan estúpido.

¡El sexo!

Ninguna otra tentación produce tantos problemas a los hombres como el sexo. Se trate de la insatisfacción, el sexo extramatrimonial, la pornografía o las fantasías secretas, lo cierto es que el impulso sexual es nuestro talón de Aquiles. Apenas cree que ha puesto su lujuria bajo control, la tentación vuelve a golpear a la puerta de la pasión.

Una vez, estaba haciendo fila en la Casa Blanca para recibir ciertas instrucciones. Para ser franco, no era realmente la Casa Blanca, sino un anexo, aunque lo llamaban así. Estaba con un amigo, y conversábamos de distintos asuntos. Por alguna razón empezamos a hablar de las tentaciones sexuales y yo me vanaglorié: «Esa es una tentación de la que el Señor me ha liberado; es algo con lo que ya no tengo que luchar».

Entramos a hacer el trámite y al salir decidí ir en un taxi con otras personas. Me apretujaron en el taxi justo al lado de una mujer hermosa y agradable. Nuestros cuerpos estaban tan cerca como un traje de baño mojado sobre la piel. Podía sentir sus líneas, empezando a la altura de mi hombro y todo a lo largo de mi costado, bordeando mi cadera, el muslo y hasta el tobillo. ¡Esos fueron los veinte minutos más largos de mi vida! A tan poco de haber anunciado que ya había superado todo, el Señor se encargó de recordarme cuán débil soy.

Debemos estar consagrados a amar a nuestra mujer, y solo a ella, sin excepción. Nuestra cultura no ha destacado la fidelidad sexual precisamente entre sus valores principales, a menos, claro está, que nos descubran. Pero, ciertamente, ya no hay mucha presión cultural para fingir siquiera ser sexualmente puros.

Para que un matrimonio sobreviva en nuestra época, tanto el hombre como su esposa deben estar al menos tan comprometidos con la institución del matrimonio como lo están el uno con el otro como individuos. Si la institución misma del matrimonio no se considera importante, tarde o temprano, cuando uno de los dos empiece a tener sentimientos negativos, no hay ninguna estructura moral que ayude a buscar solución al problema.

El dinero

Si el sexo es el asesino que sorprende sin aviso al matrimonio, el dinero es el criminal que lo va asfixiando lentamente. Como este es el tema de la próxima sección del libro, no nos vamos a extender ahora, excepto para decir que el manejo adecuado de las finanzas es la variable que más contribuye a sanar las relaciones. No hay mayor tensión en la familia contemporánea que la que imponen las presiones financieras. Las encuestas revelan que las familias consideran que la mayor dificultad que enfrentan es el problema económico. El dinero no es importante . . . ¡hasta que empieza a faltar! Entonces es cuando nos mostramos como realmente somos.

La comunicación

Por el hecho de que los hombres y las mujeres son mentalmente diferentes en tantos aspectos, la comunicación entre cónyuges a menudo se desarrolla en distintas bandas de frecuencia. El resultado inevitable es que la comunicación se torna confusa. Cuando *hablamos* —si es que lo hacemos— no nos entendemos. ¡Cuánto más si no llegamos a hablarnos siquiera!

¿Recuerda ese juego de la niñez en el que nos disponíamos en un círculo y alguien susurraba un mensaje al oído del que estaba a su lado? Luego, esa persona lo repetía al que estaba a continuación, y así sucesivamente alrededor del círculo, hasta que la última lo repetía en voz alta. ¿Recuerda qué diferente resultaba siempre al mensaje original? Esa es la clase de confusión que se produce cuando *conversamos*.

Albert Mehrabian, profesor emérito de psicología de la UCLA, realizó un estudio en el que determinó que solo el 7 % de la comunicación consiste en expresiones verbales. Lo notable es que el 38 % corresponde al tono de voz, y el 55 % restante al lenguaje corporal.[22] Si esto no le parece creíble, como a mí al inicio, considere el siguiente ejemplo.

Cuántos mensajes diferentes cree que podemos comunicar con las siguientes dos palabras: «¿Qué quieres?». Supongamos que ha tenido un día difícil en la oficina; está cansado, frustrado, alguien lo ha tratado mal en el canino de regreso; y al llegar, tiene que detenerse en el camino de entrada, bajar del automóvil, y retirar de su paso la bicicleta y la patineta de su hijo. ¿Capta la escena? Lo que más desea en el mundo es al menos treinta minutos de silencio y tranquilidad.

De modo que entra, saluda a todo el mundo y se dirige directamente a su sillón favorito con el periódico. Unos minutos más tarde, su esposa viene a hacerle una pregunta. ¿Cómo reacciona usted? ¿Deja serenamente el diario a un lado, la contempla con afecto y le dice: «Sí, mi amor, qué quieres»? Quizás, lo más probable sea que le envíe un claro mensaje, adoptando la actitud de sumergir la nariz en el periódico y preguntar con monótono disgusto: «Sí, querida, ¿qué quieres?». O quizá reaccione más abruptamente,

arrugando el diario en una muestra de ira, y gruñendo: «¿Qué quieres?».

Son las mismas palabras, pero tres mensajes totalmente diferentes. ¿Por qué? Imagine las diferencias en el tono de voz y el lenguaje corporal en cada caso de este ejemplo.

El resultado inevitable de la comunicación es la confusión, porque damos por sentado que el receptor capta la trasmisión tal como la emitimos. Pero el receptor siempre tiene su propia manera de entender y su peculiar perspectiva del mundo. Solo mediante el diálogo podemos estar seguros de que realmente nos comprendemos.

Conclusión

Hay muchos hombres que no son precisamente felices en su matrimonio. No se *sienten* enamorados y no entienden la definición bíblica del amor. Pero no tiene por qué terminar así. Las Escrituras aclaran tanto el rol del esposo como el de la esposa.

Hay cuatro tipos de matrimonios que resultan de combinar las reacciones del esposo y de la esposa hacia sus respectivos roles. Él puede amar u odiar a su esposa; ella puede someterse o resistirse a su esposo.

El matrimonio que combina amor y sumisión no es producto de un contrato, sino de la aplicación cuidadosa y cotidiana de los mandamientos bíblicos de amar, valorar, nutrir, respetar, proveer y ser considerado en lugar de torpe.

¿Es poco feliz en su matrimonio? Quizás no sea infeliz, pero sabe que se está perdiendo lo mejor que el matrimonio puede ofrecer. Haga que su mujer lea este capítulo, y luego pasen un tiempo respondiendo las dieciséis preguntas que se enumeran a continuación. Hágase el hábito de conversar acerca de los asuntos que realmente importan.

Preguntas para analizar con su cónyuge

Pasen juntos veinte minutos diarios durante treinta días. Forme de ello un hábito.

1. ¿Dime de tres a cinco cosas de mi persona que realmente te gustan?
2. ¿Cuáles son dos de las cosas que hago y que querrías que dejara de hacer o que modificara?
3. ¿En qué punto de tu peregrinaje espiritual te encuentras?
4. ¿Cuál piensas que es el propósito de tu vida?
5. ¿Qué podríamos hacer juntos en nuestro tiempo libre?
6. ¿Qué viaje has añorado hacer por mucho tiempo?
7. ¿Qué es lo que más lamentas en tu vida?
8. ¿Cuál ha sido tu mayor desilusión?
9. ¿Cómo te sientes respecto al resultado de la crianza de los niños?
10. Si pudieras cambiar una sola cosa de tu vida, ¿cuál sería?
11. Si no tuvieras obligación hacia nadie, ¿qué te gustaría estar haciendo dentro de cinco años? ¿Y de diez? ¿Cuando te jubiles?
12. ¿Cuál sería una forma tangible de expresarte mi afecto?
13. Coloque cada uno una «X» en el punto donde considera que se ubica su cónyuge:

    Hombre: Amor [Anotaciones] Odio

    Mujer: Sumisión [Anotaciones] Resistencia

    Analicen por qué son diferentes sus respuestas. Conversen sobre la disposición de cada uno para cambiar.
14. ¿A cuál de las cuatro categorías corresponde su matrimonio?
15. ¿Qué pasos concretos podría dar cada uno para tener un matrimonio de amor/sumisión?
16. *Esposo*: lea 1 Corintios 13 en voz alta a su esposa. Confiésele los aspectos en los que le ha fallado y pídale perdón. *Esposa*: haga lo mismo.

———— Asuntos a considerar ————

1. ¿Cómo se ha modificado el rol de la mujer en las últimas décadas? ¿Son cambios para bien o para mal?
2. Lea Efesios 5:22-33. ¿Cuál es el rol de la mujer según la Biblia? Si nuestra esposa se nos somete, ¿cuáles son nuestras responsabilidades implícitas?

3. ¿Cuál es el rol del esposo según la Biblia? ¿Considera usted que es importante que un esposo «sienta» amor por su esposa? ¿Por qué?
4. ¿Cuál es la clase de amor que las Escrituras nos ordenan tener hacia nuestras esposas? ¿En qué difiere del amor que vemos reflejado en la televisión y en las películas?
5. Vuelva a la figura 9.4. Si un matrimonio no cabe en la categoría de «amor/sumisión», ¿cuál de las otras tres es más probable que represente? ¿Cuál de las cuatro categorías es la que mejor describe su propio matrimonio? ¿Cuáles son los pasos concretos que puede dar para mejorar su matrimonio?
6. ¿Cuánto tiempo pasa con su esposa cada día? ¿Qué le parece la idea de conversar veinte minutos diarios? ¿Está dispuesto a probar?
7. Si tanto el esposo como la esposa se entregan en 90 % y esperan del otro 10 %, el matrimonio quizás alcance una relación de 50/50. Comente esta afirmación. ¿Qué le parece la idea de proponerle a su esposa probar el concepto de *90/10, en ambos sentidos*?

Capítulo 10

Los amigos: Riesgos y recompensas

En cinco años serás la misma persona que eres hoy, excepto por las personas que conozcas y los libros que leas.

Charles Jones

Y Jonatán dijo a David: Lo que deseare tu alma haré por ti.

1 Samuel 20:4

Nadie en su sano juicio se atrevería siquiera a pedir la clase de ayuda que Roberto me ofrecía. Es más, su proposición fue embarazosa.

La recesión trajo consigo la presión de la falta de flujo de fondos. ¿Puede haber algo más sombrío que la tensión financiera? Roberto y yo habíamos sido amigos por muchos años. Nos complementábamos muy bien. No solo influía el interés que teníamos en los negocios, sino también nuestras personalidades.

Por eso, me resultaba natural visitarle cuando mis problemas empresariales superaban mi propia capacidad de análisis. Él me escuchaba con paciencia un par de horas. Me hacía mucho bien tener con quien expresar y ordenar mis pensamientos.

En una ocasión, Roberto dijo algo muy importante. Quizás esperaba que me diera algún consejo que de manera mágica resolviera mi situación financiera. Algo que me animara. Pero lo que me dijo me dejó sin aliento.

«No sé qué decirte, pero si las cosas empeoraran y sucediera lo peor», me dijo, «tengo suficiente dinero como para que ambos

podamos vivir. Todo lo que tengo es tuyo».

Había algo especial en la manera en que lo dijo. No bromeaba. Estaba hablando muy en serio. Por supuesto, nunca hubiera aceptado su ofrecimiento, pero su gesto de amistad me recordó al Dios que es dueño de todo lo que existe.

De pronto, mis problemas me parecieron minúsculos, y entendí que Dios iba a proveer para mis necesidades. En su amistad, Roberto me había mostrado cuánto me amaba Dios, por lo que podía estar confiado.

El problema

¿Tiene usted un amigo íntimo? No solo me refiero a alguien que lo invita a almorzar, sino a un amigo realmente *cercano*, como aquel que tenía en la secundaria o en la universidad. Esa clase de amigo con el que se habla de cualquier cosa y de todo. El que se reía cuando decíamos tonterías, aquel con el que podíamos ser tal cual somos. Ese amigo con el que sabemos que podemos contar cuando necesitamos hablar con alguien si estamos en problemas o sufriendo.

¿Qué pasó con aquellos amigos de entonces? ¿Por qué los hombres no cultivan amistades con esa misma transparencia y vulnerabilidad que cuando jóvenes?

Una vez que hemos arrancado la última página del calendario de los tiempos escolares, nos disponemos a encarar una carrera, elegir una pareja, empezar una familia, construir nuestra vida y adquirir bienes. Durante esta etapa «constructiva» de la vida no tenemos mucho tiempo disponible para los amigos y tampoco sentimos demasiada necesidad de tenerlos. Después de todo, una nueva esposa y los hijos satisfacen muchas de nuestras necesidades relacionales.

Pero a medida que pasa el tiempo, surgen necesidades que solo pueden ser satisfechas por otros hombres que puedan ponerse en nuestro lugar, que tengan los mismos problemas, las mismas experiencias, que sean cristianos como nosotros. En algún momento, los hombres se dan cuenta de que necesitan amigos, verdaderos

amigos, pero las amistades adultas son difíciles de iniciar y mucho más de mantener.

Las amistades más cercanas que llegan a forjar la mayoría son las relacionadas con sus carreras. Los hombres trabajan todo el día en tareas comunes y esas metas similares generan cierto nivel de amistad y compañerismo, ya sea colgando paneles de yeso o vendiendo inmuebles. Pero las relaciones profesionales rara vez evolucionan hacia un interés personal especialmente profundo.

La mayoría tiene un «déficit» de amistad. Sus registros no consignan verdaderas amistades. Muchos no saben cómo forjar una verdadera amistad, ni cómo brindarla a otros.

Quizás estemos rodeados de muchos conocidos, pero sufrimos la soledad de no tener con quien realmente hablar. No tenemos a quien expresar nuestros sueños y temores más profundos. No tenemos a nadie dispuesto a escucharnos, a mostrarse simplemente amigable y paciente, sin salir del paso con soluciones rápidas.

Los amigos implican riesgos: rechazo, traición, incomodidad, sentimientos heridos. Pero si logramos encontrarlos, vale la pena el riesgo.

Amigos versus conocidos

A un afamado hombre de negocios de nuestra ciudad se lo escuchó decir: «Lo único que necesitas en la vida son cincuenta amigos. ¡Con eso ya tienes una fiesta por semana durante todo el año!».

Por supuesto, no estaba hablando realmente de cincuenta *amigos*, sino de cincuenta *conocidos*. Nadie puede mantener cincuenta amistades verdaderas, porque ser un amigo cabal lleva tiempo y energía. Ninguno de nosotros podría mantener más de unas pocas amistades genuinas.

Una vez hice alarde ante un conocido y dije muy cándidamente que tenía cientos de amigos. En el acto, me respondió: «No es así. Puede que hayas conocido a cientos de personas, pero es imposible conocer de verdad a más que un puñado de ellas. Serías muy afortunado si tuvieras tres verdaderos amigos».

Al principio, me ofendió que pretendiera saber tanto acerca de mi situación. Pero cuando reflexioné en lo que había dicho, advertí que tenía cientos de conocidos, pero que, en realidad, tenía *menos* de tres amigos verdaderos. He cultivado esta área de mi vida y ahora creo poder decir con confianza que tengo cinco amigos, incluyendo a mi esposa.

Todos tenemos un «círculo de amistades», un grupo con el que practicamos deportes, asistimos a la iglesia, salimos a cenar juntos o compartimos intereses de diversa índole. Sin embargo, con frecuencia, se trata de personas con las que podemos contar cuando todo marcha bien.

De lo que estamos hablando en este capítulo es de los amigos en «la adversidad», aquellos que están a nuestro lado cuando nos quedamos sin trabajo, cuando sufrimos una separación matrimonial, cuando encontramos a nuestra hija involucrada en las drogas o, simplemente, cuando estamos frustrados con la vida.

Nuestro círculo de amistades puede incluir algo más que simples conocidos, pero aun así no llegan a conocerme tal como soy.

¿Son verdaderos amigos aquellos a los que cuenta como tales? ¿Son la clase de personas a las que puede recurrir cuando está en problemas, cuando está en las últimas? ¿O, como con aquel empresario que mencionamos, son amigos solo para las fiestas? Creo que la mayoría de los hombres puede contar con seis buenos compañeros, pero difícilmente alguno al que pueda telefonear a las dos de la mañana.

Los amigos son difíciles de encontrar

Era de esperar que un hombre tan destacado como Don atrajera a tanta gente, de modo que no era raro que siempre hubiera autos frente a su casa. Mientras contemplaba al grupo que rodeaba su piscina, caviló: «Me pregunto cuántas de estas personas me mandarían flores la próxima semana si sufriera un accidente automovilístico».

«Las riquezas traen muchos amigos; mas el pobre es apartado de su amigo» (Proverbios 19:4). ¿Cómo podemos saber si nuestro

amigo lo será «en las malas» o cuando estemos en problemas? ¿Resultará ser amigo solo en «los buenos tiempos»? A menos que conversemos de algo más que de las noticias, los deportes y el clima, quizás nunca lo sepamos hasta que sea demasiado tarde.

Creo, francamente, que muchos de los hombres están mal equipados para llevar adelante una conversación acerca de los asuntos más profundos de la vida, o se sienten incómodos de sacar el tema por temor a ofender a alguien. Los «Asuntos a considerar» que vienen al final de cada capítulo de este libro pueden ser útiles para entrar en temas que trasciendan la superficialidad de una conversación corriente. Pero lo que haremos a continuación es una rápida encuesta para averiguar qué clase de amigos tiene usted.

Evaluación

Quizás tiene varios amigos íntimos o tal vez no. Lo más probable es que *conozca* a muchos hombres, pero no esté seguro de la profundidad que pueda tener esa relación. Considere las siguientes preguntas y determine si ha hecho lo necesario a fin de desarrollar algunas amistades genuinas.

1. Cuando las cosas se ponen difíciles y se siente realmente miserable, ¿tiene un amigo con el cual contar?

   ❑ Sí ❑ No

2. ¿Tiene un amigo ante el cual pueda expresar libremente cualquier pensamiento sin temor a parecer ridículo?

   ❑ Sí ❑ No

3. ¿Tiene un amigo que lo escucharía pacientemente mientras usted expone un problema, *sin* darle un consejo? ¿Se comportaría simplemente como un confidente?

   ❑ Sí ❑ No

4. ¿Tiene un amigo que le haría notar si está descuidando sus prioridades, a riesgo de que usted se molestara?

   ❑ Sí ❑ No

5. ¿Tiene un amigo que se arriesgaría a decirle que usted está en pecado? ¿O que no está razonando acertadamente?

   ❑ Sí ❑ No

6. Si cometiera una falta moral, ¿puede estar *seguro* de que su amigo se quedaría a su lado?

   ❑ Sí ❑ No

7. ¿Tiene un amigo con quien siente que enfrentan juntos la vida? ¿Alguien con quien conversar acerca de los conflictos peculiares de los hombres?

   ❑ Sí ❑ No

8. ¿Tiene un amigo en el que puede confiar, y si comparte con él algo confidencial lo *mantendrá* en secreto?

   ❑ Sí ❑ No

9. Cuando se muestra transparente y vulnerable ante su amigo, ¿puede estar seguro de que no lo va a desvalorizar?

   ❑ Sí ❑ No

10. ¿Se encuentra en forma semanal o quincenal con un amigo para confraternizar y orar juntos, y quizás rendirle cuentas en algún aspecto?

    ❑ Sí ❑ No

Si ha tenido que contestar negativamente la mayor parte de estas preguntas, lo insto urgentemente a considerar los conceptos que contiene este capítulo y correr el riesgo de desarrollar algunas amistades íntimas. ¿No sería satisfactorio retomar esta encuesta dentro de un año y responder afirmativamente todas las preguntas? ¿Por qué a los hombres les cuesta desarrollar amistades verdaderas?

Demasiado cerca para sentirse cómodo

Juan sabía que su actitud implicaba realmente una doble vida muy diferente a la imagen que proyectaba. Se le hizo muy patente esa situación cuando fue a almorzar con su amigo Bill. Cuando este le preguntó cómo iban las cosas, sintió como si hubiera penetrado al interior de su mente. Cuanto más crecía su amistad, sentía que sus pensamientos estaban más «al desnudo» ante su amigo.

En realidad, estaba enmascarando totalmente su persona y había engañado a Bill con la imagen que proyectaba. Empezó a cancelar a último momento las citas para almorzar y, por último, dejó de encontrarse con él. Bill se estaba acercando demasiado, y eso lo molestaba.

Los hombres viven una paradoja. Desean sinceramente tener amigos genuinos, pero temen acercarse *demasiado* a alguien. Nos preocupa que, si alguien llegara *realmente* a conocernos, dejaría de apreciarnos. Cuando alguien empieza a acercarse demasiado, comenzamos a retirarnos, cambiamos el tema o buscamos la manera de despedirnos.

Necesitamos recibir aprobación, ser aceptados por otros, pero tememos que ocurra lo contrario: el rechazo. De modo que optamos por guardar distancia. Logramos eludir el riesgo del rechazo cuando evitamos la debilidad frente a alguien.

Pocos hombres tienen amigos que realmente los conozcan tales como son. Mientras se mantiene una distancia prudente, un vínculo superficial (noticias, deportes, el clima), no hay riesgo de tener que abordar las propias debilidades.

Ese es uno de los problemas con la amistad. Cuando nos empezamos a acercar a alguien, *realmente* queremos darle a conocer nuestros secretos. *Queremos ser conocidos*, queremos que alguien se *interese* por nosotros, que nos *ayude* cuando estamos sufriendo. Pero también hay otra fuerza dentro de nosotros, que nos empuja a guardar distancia para no quemarnos con el roce. ¿Por qué nos quemamos?

¡Traición!

Julio César confiaba ciegamente en Marco Junio Bruto. Habían compartido grandes ideas y secretos juntos.

En los idus de marzo del año 44 a. c., César entró al recinto del Senado romano como de costumbre, pero esta vez lo saludaron sus asesinos. Intentó escapar, pero se encontró de frente con los conspiradores. En ese momento, alcanzó a ver a Bruto, que se acercaba con la daga desenvainada, listo para asestar el golpe.

Atormentado por la traición, César dejó de resistirse, se echó la túnica sobre el rostro y exclamó la frase que se hizo famosa: «*Et tu, Brute?*» o «¿Tú también, Bruto?», y se entregó sin más a la muerte.

Si bien pocos son los que llegan a experimentar una traición tan atroz como la que sufrió César, nuestros amigos más cercanos

pueden llegar a «traicionar» nuestra confianza.

El saludo que me prodiga Fred se parece al de un puercoespín alborotado: termino sacándome agujas de todos los rincones. Le dije confidencialmente a mi amigo Jim cómo me esforzaba por aceptar a Fred. Se lo mencioné solo porque necesitaba hablar con alguien.

Dos semanas más tarde, un amigo en común me dijo: «Sé lo que quieres decir respecto a Fred; a mí me pasa lo mismo».

¡Traición! Las consecuencias pueden no ser catastróficas, pero es difícil recuperar el nivel de confianza. Todos tenemos algún confidente, al menos *una* persona con la que nos sentimos cómodos al confiarle *nuestros* secretos.

El problema, como podrá observar, es que si cada persona tiene a su vez otra persona de confidente, ¡pronto todo el mundo estará al tanto de nuestros secretos! En ningún ámbito se produce tanto esta situación como en los círculos cristianos. El chisme mal intencionado a menudo se disfraza como preocupación fraternal: «Tenemos que orar por [fulano de tal]». Benjamín Franklin captó esta idea cuando expresó: «Tres personas son capaces de guardar un secreto, siempre que dos de ellas estén muertas».

Puesto que todos, literalmente *todos*, tenemos al menos un confidente, la única manera de evitar la traición de parte de un amigo es formular algunas reglas elementales. Si se entera de que un amigo ha traicionado su confianza, debe tratar de salvar la amistad hablándole frontalmente con una actitud de amor. Si su amigo se muestra arrepentido (como seguramente ocurrirá) usted habrá salvado a un amigo. Y si no fuera así, no importa mucho haberlo perdido.

En una ocasión, el rey David había sufrido la maldición de sus enemigos que deseaban su muerte, mancharon su reputación y habían hecho circular mentiras acerca de su persona. Pero lo que realmente lo había destrozado y deprimido fue la actitud de un amigo. Escribió:

> Porque no me afrentó un enemigo, lo cual habría soportado; ni se alzó contra mí el que me aborrecía, porque me hubiera ocultado de él; sino tú, hombre, al parecer íntimo mío, mi

> guía, y mi familiar; que juntos comunicábamos dulcemente los secretos, y andábamos en amistad en la casa de Dios. (Salmos 55:12-14)

Pocos sufrimientos emocionales queman tan dolorosa y profundamente como la traición de un amigo.

La confianza, la transparencia y la vulnerabilidad son la materia prima con que se construye una verdadera amistad. Con frecuencia, nuestro temor a ser traicionados supera nuestra disposición a correr el riesgo de confiar a otro hombre nuestros pensamientos íntimos, y preferimos mantenernos invulnerables. Como en la canción: «Y una roca no siente dolor, y una isla nunca llora».[23]

Por supuesto, la realidad es que sí lloramos y sí sufrimos. Por eso necesitamos un amigo.

Mi primer amigo en la adultez

Como cualquier otra empresa que valga la pena, desarrollar con éxito una amistad requiere trabajo, planificación y esfuerzo. Poco después de entregar mi vida a Cristo, asistí a un retiro para hombres. Uno de los oradores principales, Tom Skinner, habló acerca de las relaciones personales y de la importancia de intimar con otra persona para ayudarse mutuamente a alcanzar plena madurez espiritual.

Pensé en lo que había dicho y advertí que no contaba con nadie que me ayudara a llegar a ser el hombre espiritual que deseaba, o con quien pensar, lado a lado, cómo transformar nuestra ciudad para Cristo.

El domingo siguiente, le pregunté a un hombre que me llevaba treinta años si estaría dispuesto a reunirse semanalmente conmigo para confraternizar, orar y controlar mi crecimiento. Me contestó con entusiasmo que sí. Nos reunimos todos los miércoles durante treinta y dos años, hasta que falleció.

Creo que muchos hombres desean contar con una amistad íntima de carácter personal, pero pocos toman la iniciativa para construirla.

Si quiere tener un verdadero amigo, lo más probable es que usted mismo tenga que dar el primer paso.

Correr el riesgo

Por mi parte, busco establecer amistades íntimas y, durante muchos años, he tomado la iniciativa de mantenerlas simultáneamente. Pero debo admitir que he tenido más fracasos que éxitos.

No es que hayan fracasado las amistades. Por el contrario, disfruto de un numeroso círculo de amigos. Lo que ocurre es que muchas de estas relaciones no alcanzan a desarrollar toda su potencialidad. Simplemente, no fue posible perforar el enchapado de la vulnerabilidad, o, en caso de lograrlo, la amistad se volvió demasiado próxima para ser cómoda.

Cuando un hombre siente que alguien se está acercando demasiado y lo pone incómodo, inexplicablemente empiezan a superponerse compromisos con la cita que habían establecido; o aparecen otras razones que impiden encontrarse. En mi propio caso, asumo mi culpa por las amistades que no llegaron a desarrollar todo su potencial, pero sé que al menos estuve dispuesto a correr el riesgo.

El precio de la amistad es la vulnerabilidad personal. Si levantamos un escudo cuando nuestro amigo empieza a acercarse, entenderá el mensaje y se alejará, a menos que esté muy seguro y decidido a lograr que la amistad se desarrolle.

Si nuestro amigo ha asumido ese compromiso, nos presionará a que seamos transparentes. Luego nos toca a nosotros: podemos sacarnos la máscara o poner más rígido el brazo. La transparencia es la clave de la amistad. Si alguien se acerca demasiado y nos molesta, tenemos dos opciones: ser sinceros, o buscar la manera de no vernos, llenándonos de ocupaciones.

Cuatro razones importantes para tener amigos

La verdad es que no hay muchos hombres dispuestos a correr estos riesgos. Parece simple, pero en la práctica resulta complicado. El frágil ego masculino y la compleja dinámica de las relaciones

personales requieren trabajo esforzado y producen frutos escasos. ¿Vale la pena? Desde luego. He aquí cuatro de las ventajas de tener amigos.

Un amigo es alguien que está ahí cuando lo necesitas

¿Cuál es el propósito de tener un amigo? Salomón, el hombre más sabio que jamás haya existido, dijo: «Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante» (Eclesiastés 4:9-10).

Los tropiezos morales, los períodos de sequedad espiritual, los matrimonios rotos, los ataques a nuestro ego, los retrocesos en la carrera, los pecados: ¡*todos* caemos! ¿Quién nos ayudará a levantarnos? Nuestro amigo podrá ayudarnos, si es que tenemos uno, «pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante».

Un amigo puede ayudarnos a esculpir la verdad en nuestro pensamiento. La batalla mental se intensifica a medida que crecemos espiritualmente, y lo cierto es que nunca acaba. Un amigo puede ser de ayuda para defendernos contra un enemigo que no vemos. «Si alguno prevaleciere contra uno, dos le resistirán» (Eclesiastés 4:12). Nadie puede atacar por la espalda a dos que presentan batalla bien cubiertos. Dos hombres que luchan apoyándose espalda con espalda pueden cubrir todos los ángulos.

Un amigo nos mantiene en el buen camino

El banco me negó el préstamo que había solicitado. Era la primera vez que pedía un crédito, y ya hacía tres años que era cliente de ese banco . . . ¡Claro que me encolericé! Le conté a todo el que quisiera escucharme la mala actitud que el banco había tenido conmigo.

Un amigo me paró en seco y me dijo: «Pat, si en la vida te gusta algo, dilo a los amigos; pero si algo no te gusta, dilo a quien

corresponda». Me di cuenta de lo absurdo que era andar contándole a todo el mundo excepto a quienes podían hacer algo al respecto.

El vicepresidente del banco estuvo dispuesto a recibirme. Le expresé lo que mi amigo me había señalado, y le dije que, por consiguiente, había decidido pedir la entrevista para sacar algo en limpio. Conclusión: me dieron el préstamo. Y luego, por justicia poética, me esforcé y tuve que hacer sacrificios para devolverlo.

Me asusta con cuánta rapidez podemos salirnos por la tangente. Creo que la mayoría tiene la capacidad de razonar y convencerse de que sus teorías siempre son correctas. Pero el solo hecho de afirmar que algo es así, no determina que realmente lo sea. Lo peor es que nuestro ego y nuestro amor propio están siempre al acecho de algún instante de debilidad. Un amigo nos ayuda a mantenernos en el carril correcto. «Fieles son las heridas del que ama; pero importunos los besos del que aborrece [. . .] El ungüento y el perfume alegran el corazón, y el cordial consejo del amigo, al hombre» (Proverbios 27:6, 9). Todos necesitamos que de vez en cuando alguien nos haga un sincero «chequeo» para que verifiquemos que no nos estamos autoengañando.

Un amigo nos ayuda a cristalizar nuestros pensamientos

«Solo necesito a alguien con quien hablar», me dijo.

«Ven a verme», le respondí.

Durante una hora y media no hizo sino hablar y hablar. Luego, sin previo aviso, dijo: «Gracias, no sabes cuánto ha significado este tiempo para mí», y se fue abruptamente. Lo único que alcancé a decir fue «Hola» y «Adiós».

Recuerde alguna ocasión en la que estaba profundamente afligido por algo; quizás ahora mismo lo está. Lo cierto es que no logra poner en orden sus pensamientos. *Si solo tuviera con quien hablar*, piensa con añoranza. ¡Para eso están los amigos!

Nuestra mente puede tendernos trampas, pero un amigo puede ayudarnos actuando como un confidente. Cuando hablamos con un amigo nos vemos forzados a organizar nuestros pensamientos y a

expresarlos en frases coherentes. Hablar sobre algo nos ayuda a concretar nuestras reflexiones de una manera que no logra hacerlo ningún otro método de análisis. «Hierro con hierro se aguza; y así el hombre aguza el rostro de su amigo» (Proverbios 27:17). La respuesta apropiada a nuestros interrogantes a menudo sale a la luz cuando «la expresamos».

Un amigo escucha

En otras ocasiones, lo que buscamos no son soluciones, sino alguien que comparta nuestro dolor.

Cuando me llegó la voz del cliente al otro lado de la línea, las manos me empezaron a temblar. Apenas escuché el tono de su voz supe que había cancelado el negocio. Intuí, por alguna razón, que era inútil tratar de hacerlo cambiar de parecer, porque quedaría como un mendigo.

Continuó zumbándome en el oído, pero mis pensamientos volaban mucho más allá . . . *el dinero invertido, los despidos, todo el tiempo perdido, la sensación de frustración. ¿Cómo sobrevivirá mi empresa? ¿Estará Patsy en casa todavía?*

El teléfono sonó cuatro veces; las palmas de la mano me empezaban a transpirar. Los lunes siempre almorzaba con su hermana, y supuse que ya habría salido. Un océano de angustia me invadió ante la idea de no poder hablar de inmediato con mi mejor amiga y esposa Patsy. Entonces, para mi alivio, levantó el teléfono.

Como solo lo haría un amigo, canceló su salida para estar conmigo. Cuando nos encontramos en el estacionamiento del restaurante, verla llegar fue como sentir la tibieza de un rayo de sol en un día lluvioso, y fue un enorme consuelo para mi abatido espíritu.

Me escuchó. Era todo lo que tenía que hacer.

Lo que más necesitaba era que alguien me escuchara, y que lo hiciera sin darme consejos. A menudo, lo que necesitamos no es un consejo sabio, sino una comprensión empática. No queremos palabras, sino compasión.

¿A quién recurre cuando recibe noticias malas o tristes? ¿Tiene alguien que se interesará por usted? ¿Cuenta con un amigo así? «En todo tiempo ama el amigo, y es como un hermano en tiempo de angustia» (Proverbios 17:17). «Amigo hay más unido que un hermano» (Proverbios 18:24).

* * *

Hemos presentado la amistad genuina como algo muy atractivo. Y, realmente, lo es. Sin embargo, como en todo lo que vale la pena, la amistad requiere esfuerzo; una verdadera amistad es algo que se construye.

Para trascender con éxito el nivel superficial de la amistad, es preciso invertir tiempo, confianza y vulnerabilidad. La recompensa será tener un verdadero amigo, alguien por el cual podrá contestar afirmativamente todas las preguntas ya planteadas.

———— Asuntos a considerar ————

1. La mayoría de los hombres no tienen un amigo verdadero con el cual encontrarse regularmente.

   ❑ Estoy de acuerdo ❑ Estoy en desacuerdo. Explique su respuesta.

2. ¿Cuántos hombres conoce que tengan un amigo con las características que mencionamos en la primera pregunta? ¿Por qué cree que a los hombres les resulta difícil establecer y mantener esa clase de amistad?
3. Explique la diferencia entre un *conocido* y un *amigo*. ¿Cree que es posible volver a tener alguna vez un amigo como los que tuvo en la juventud?
4. ¿Ha sentido alguna vez la punzada de la traición de un amigo cercano? ¿Cómo ha afectado ese hecho a sus otras amistades?
5. ¿Tiene un amigo ante el cual pueda mostrarse vulnerable? ¿Qué tendría que hacer para ser vulnerable con un amigo?

6. A veces necesitamos un amigo que nos dé un consejo. ¿Quién lo aconseja a usted?
7. A veces necesitamos un amigo que sea como un confidente. ¿Quién cumple ese rol en su vida?
8. A veces, simplemente, necesitamos un amigo que nos escuche. ¿Tiene usted un amigo que experimente sus sentimientos, sin pronunciar grandes sermones?

Parte 3

Cómo resolver nuestros problemas de dinero

Capítulo 11

El dinero: Una perspectiva bíblica

El problema del dinero es que te hace hacer cosas que no quieres hacer.
De la película *Wall Street*

El hombre fiel recibirá muchas bendiciones.
Proverbios 28:20, NVI

Durante varios meses, Todd sintió la presión de sus deudas acumuladas. Le gustaba la buena vida y se había dejado llevar por la publicidad de las revistas y de la televisión. Pero este estilo de vida imponía una enorme tensión sobre su familia y una pesada carga en su mente.

Su esposa, Janelle, lo respaldaba afectivamente con mucha paciencia, pero también se sentía impotente. De pronto, como de la nada, aparecían pensamientos de divorcio en su mente, pero los despejaba rápidamente. Con todo, se preguntaba si su esposo alguna vez dejaría de perseguir el arcoíris.

Un día de mucho calor, él advirtió que sus vecinos de ambos lados tenían piscinas en el patio trasero de sus casas. Contactó un constructor de piscinas que accedió a pasar por su casa a conversar el proyecto después de la cena. Todd se preguntaba cómo podía afrontar este nuevo gasto. «¿Cómo se supone que debe hacer la gente para tomar decisiones financieras importantes?», preguntó a un interlocutor imaginario.

El problema

Hace poco, pregunté en un grupo de ciento cincuenta hombres si tenían problemas financieros. El 60 % de ellos me respondió que sí. Uno de ellos me dijo: «No tengo ningún problema que el dinero no pueda solucionar».

¿Cómo evalúa usted su coeficiente intelectual bíblico acerca del dinero? La verdad es que la Biblia puede resultar muy confusa sobre este tema. ¿Por qué? Porque las Escrituras dicen tanto acerca de cómo manejar el dinero y las posesiones que el tema podría prestarse a confusión. Howard Dayton, autor financiero y fundador de Compass—*Finances God's way*, un ministerio de formación en esta área, ha contado 500 versículos bíblicos sobre la oración y 2350 sobre cómo administrar el dinero y las posesiones. Es imprescindible escudriñar la totalidad de las Escrituras para alcanzar una percepción global de lo que dice al respecto.

Si cerramos los ojos frente a los pasajes que no nos gustan y escogemos con delicadeza los que nos complacen, tendemos a crear nuestra propia teología prolija y mezquina acerca de Dios y del dinero. El resultado de esta actitud es una perspectiva particular sobre el dinero que, con frecuencia, se adapta a los anhelos de nuestro propio mundo de antojos, y no llega a ser una visión cuidadosamente forjada mediante la búsqueda de la verdad.

Jesús resume el problema del dinero en las siguientes palabras: «Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas» (Mateo 6:24). La palabra *servir* traduce la idea de «ser esclavo, literal o figuradamente, voluntaria o involuntariamente».

No es un asunto de *recomendabilidad*: «*No deberías* servir a Dios y a las riquezas». Sería una cuestión de *prioridad*.

Tampoco es un tema de *responsabilidad*: «No *debes* servir a Dios y a las riquezas». Sería una preferencia *moral*.

Más bien es una cuestión de *imposibilidad*: «No *podéis* servir a Dios y a las riquezas». Aquí *no hay opción*: solo podemos tener un amo, y servirle solo a él. O somos esclavos de Dios o somos esclavos del dinero. ¿Por qué dijo Jesús que no podemos servir a ambos?

Francamente, esta enseñanza es difícil de entender y de aceptar. Yo solía pensar: *Seguramente, este principio debe aplicarse solo a las personas débiles. Puedo entender que sea razonable para una persona con menos autodisciplina e inteligencia. Pero yo soy distinto. Creo que puedo servir bien a Dios y seguir adelante con mis proyectos para enriquecerme*. Si tengo algún respaldo que me habilita a escribir sobre este tema, es el hecho de haber fracasado en una administración bíblica del dinero.

Qué profundo demostró ser Salomón cuando dijo: «El que ama el dinero, siempre quiere más; el que ama las riquezas, nunca cree tener bastante» (Eclesiastés 5:10, DHH). Jesús sabe que tenemos *necesidad* del dinero; sabe la *presión* que sentimos por ganar dinero; y sabe la *tentación* que el dinero ejerce para apartarnos de él.

El dinero es embriagador. Es cual opio que nos vuelve adictos como la garra del alcohol o las drogas. El poder que tiene para transformarnos para mal es casi tan grande como el de Jesucristo para cambiarnos para bien. El dinero puede gobernar nuestras vidas, no para bien ni para siempre, como lo hace Cristo; sin embargo, nos arrastra, como la mariposa nocturna hacia la luz de la llama, hasta que estamos tan cerca que se nos queman las alas.

El dinero esclaviza al hombre y lo oprime hasta matarlo. Después de que su pobre alma ha sido vencida, lo perseguirá el eco de la carcajada burlona por todo el infierno. Luego, el enemigo buscará otra miserable víctima desprevenida, algún otro ambicioso que ansía apenas un bocado más de la buena vida.

El poder del dinero

La próspera zona costera de Florida atrajo a jubilados ricos de todo el país. A Sandy le pareció el lugar perfecto para llevar a cabo la campaña «¡La encontré!» de Cru. A lo mejor recuerde que esa publicidad saturó los medios de comunicación en todos los rincones de la nación. Los afiches de «¡La encontré!» estaban por todos lados. La gente que preguntaba qué es lo que había sido encontrado, recibía por respuesta: «Nueva vida en Jesucristo».

Sandy, el director local del programa, encontró la correlación entre el interés de las personas por el evangelio y la distancia del mar a la que vivían. En otras palabras, cuanto más cerca del agua vivía la gente, menos se interesaba por Jesucristo. Cuanto más se alejaban del mar, más crecía el interés.

La gente acaudalada vive en las propiedades más próximas al océano, mientras los empleados de servicio que trabajan en los hoteles de la costa viven en las instalaciones más alejadas del mar.

Jesús habló mucho acerca del dinero porque este es la tentación más sutil, seductora y acosadora. El dinero no ofrece solo un momento de placer carnal; nos tienta a dejarnos conquistar por un amo inerte, irracional, incapaz de salvarnos de nuestros pecados ni de satisfacer el hambre profunda que tiene nuestra alma de alcanzar verdadera paz, significado y propósito en la vida.

Jesús dijo que la Palabra de Dios sembrada entre espinos «es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa» (Mateo 13:22). Eso es lo que puede verse en la costa.

La prueba para conocer el verdadero carácter del hombre

No hay nada que permita evaluar de manera más concluyente la verdadera personalidad de un hombre que la forma en que invierte su tiempo y su dinero. Si usted quiere saber qué es lo que una persona considera importante, se lo puede preguntar directamente y le dirá lo mejor que pueda pensar al respecto. Quizás, se considere generosa porque siempre deja caer unas monedas para ayudar a los niños necesitados. Pero ¿qué pasa con el resto de su chequera?

Si realmente queremos saber qué cosas son importantes para nosotros, debemos buscar la respuesta en nuestras agendas y chequeras; analicemos nuestra manera de ocupar el tiempo y el dinero, y entonces sabremos qué es lo que realmente nos importa. No hay ninguna manera más eficaz de evaluar la verdadera personalidad de un hombre.

Fuera de control

En el capítulo 1, «La carrera de ratas», mencioné el cambio de valores de las generaciones, que han pasado de una filosofía de vida significativa a otra de generar dinero. Nos hemos convertido en una nación hechizada por la ostentación.

Permítame darle un ejemplo. Un amigo y colega mío —llamémosle Jack— construyó la casa de sus sueños en el mejor momento de sus ingresos y del mercado inmobiliario. Durante el almuerzo, me dijo que sus ingresos se desplomaron a alrededor del 10 % de lo que había estado ganando. Había gastado casi todos sus ahorros, y las deudas se lo estaban comiendo vivo. Con lágrimas en los ojos, me contó que tuvo que vender la casa de sus sueños.

Pero luego Jack me contó una historia extraordinaria. Me dijo que él y su mujer habían acogido a dos niñas adolescentes después de que su madre muriera de cáncer y el marido de su hermana las echara de la casa. Su padre las había abandonado hacía tiempo. Sin un lugar adonde ir, llamaron a la mujer de Jack, que apenas una semana antes se había ofrecido a ayudarlas si era necesario.

Jack y su mujer no tenían ni idea de dónde se metían. Todos los que trabajan con personas sin hogar saben que la regla número uno es *no invitarlas nunca a vivir contigo*. Pero no le digan eso a mi amigo Jack. Cuidaron de esas chicas durante diez meses. Al cabo de ese tiempo, habían ayudado a una de ellas a conseguir una beca completa para una universidad importante. La otra conoció a tres jóvenes cristianas que la invitaron a ser su compañera de cuarto.

Jack y su esposa personifican el tipo de cristianos que a todos nos gustaría ser, ¿verdad? Luego me dijo esto: «Pat, ni en un millón de años habría ayudado a esas chicas si todavía hubiera estado volando alto. Estaba fuera de control. Necesitaba ser humilde. Lo que me está pasando duele, pero lo necesitaba».

La burbuja inmobiliaria que se desplomó durante 2007 y 2008 acentuó el problema. Todos fueron culpables: los bancos, los constructores, los prestatarios. Impulsados por la codicia, todos querían un poco más de lo que les correspondía: un préstamo mayor, un mayor beneficio, una casa más grande. Estoy seguro de

que, en algún lugar, alguien es inocente. Pero la gran mayoría de las personas que compraron casas que no podían permitirse y los que las construyeron, vendieron y financiaron sabían exactamente lo que estaban haciendo.

El dinero, sin embargo, no es la pauta que la Biblia recomienda para evaluar la prosperidad. Tampoco necesitamos impacientarnos por saber si Dios proveerá o no a nuestras necesidades. Dios, que es dueño de absolutamente todo, se ha *comprometido* a satisfacer *todas* las necesidades de los *fieles*: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a las riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Filipenses 4:19). ¿Nuestra parte? «Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel» (1 Corintios 4:2).

Si Dios ha prometido satisfacer todas nuestras necesidades (definidas por él mismo y no por nosotros), si somos fieles y obedientes, quiere decir que, si sentimos que hemos perdido el control, nos estamos provocando ese sufrimiento a nosotros mismos. Es el resultado de servir al dinero en vez de a Dios.

¿Es el dinero o soy yo?

¿Qué es el dinero? El dinero es moralmente neutro, lo mismo que un arma o la morfina. Pero la pistola en la mano de un policía es una herramienta de justicia, mientras que en la mano de un criminal es un instrumento del mal. La morfina en la herida del soldado puede salvarlo, en cambio, es muerte en el brazo de un drogadicto.

El dinero es sencillamente una comodidad, un medio de intercambio, algo inerte para otros fines. Obtenemos nuestro dinero de cuatro maneras:

1. A cambio de nuestro trabajo.
2. Al darlo en préstamo a cambio de una rentabilidad.
3. Por contratar a otros y beneficiarnos de su labor.
4. Por arriesgar invirtiendo, con la intención de ganar dinero.

El dinero, en sí mismo, no es algo complicado. El problema, por lo tanto, debe estar en el ser humano. Jesús habló mucho acerca del

dinero porque sabía cuánto conflicto nos iba a plantear, sabía que sería su mayor rival compitiendo por nuestra devoción.

Necesitamos dinero, mucho dinero, para suplir las necesidades de nuestra familia. El dinero no es una necesidad etérea e imaginaria; es real. Cuando llega el fin de mes y no hemos pagado la hipoteca, la presión empieza a aumentar. La entidad hipotecaria no está buscando a Jesús, ¡quiere dinero en efectivo! Cuando el día diez ha pasado y llega el veinte, el estómago segrega dosis adicionales de ansiedad.

Sea pobre o rico, toda persona necesita dinero. Cuanto más tenemos, más necesitamos. Salomón dijo: «Cuando aumentan los bienes, también aumentan los que los consumen» (Eclesiastés 5:11). Más dinero trae consigo más responsabilidades. Los pobres tienen a veces una ventaja: todavía pueden aferrarse a la esperanza de que el dinero podría darles la felicidad. ¿Cómo puede ser que cristianos bien intencionados tengan opiniones tan diferentes respecto a cómo manejar sus finanzas?

Tres perspectivas acerca de la prosperidad

La Biblia está repleta de enseñanzas acerca del dinero y las posesiones. Sin embargo, la mayoría de nosotros tiene una percepción muy parcial de los principios que Dios ha establecido respecto al dinero.

La figura 11.1 describe las variadas *perspectivas teológicas* que son comunes hoy. Están representadas sobre un *continuum*, porque hay infinidad de perspectivas que se pueden descubrir si se habla con suficientes personas. Parece que cada uno tuviera su propia opinión, respaldada por algún versículo particular de la Biblia.

Las tres perspectivas predominantes son *la teología de la pobreza*, *la teología de la mayordomía* y *la teología de la prosperidad*. Esta última es la que a veces promueve *el evangelio de la prosperidad.*



Figura 11.1

Las dificultades se presentan porque se puede elaborar todo un razonamiento a favor de cada una de estas tres perspectivas. Pero el problema es que Dios tenía la intención de elaborar *una sola teología*, no un menú de opciones de las cuales elegir según los gustos y preferencias individuales. ¿Cómo es que surgen estas diferentes perspectivas?

Muchos decidimos primero lo que queremos hacer y luego buscamos la evidencia que respalde dicha decisión. ¡No es precisamente una estrategia muy objetiva! A esto podríamos llamarle escoger fresas en la Biblia, eligiendo los versículos que nos gustan e ignorando los que preferiríamos que no estuviesen allí.

Cuando cerramos los ojos para no ver algún pasaje, nos estamos engañando y trampeando a nosotros mismos. En otras palabras, vemos y entendemos, pero nuestra poderosa voluntad independiente nos persuade sencillamente a ignorar la verdad.

Para encontrar la perspectiva de Dios sobre este asunto, el hombre debe estar dispuesto a considerar todo el consejo de Dios —toda la Biblia— y a dejar a un lado sus ideas preconcebidas. La figura 11.2 compara las teologías de la pobreza, la mayordomía y la prosperidad.

Teología de la pobreza

Al discípulo de esta teología le disgusta la mundanidad, que simboliza muy bien la obsesión por el dinero. Cree que las posesiones son una maldición y en consecuencia rechaza el materialismo en cualquier forma que se presente. Tiene una fuerte inclinación a ayudar a los pobres, pero poco o ningún recurso para

brindarles realmente alguna solución. Puede haber algunos cristianos acaudalados y responsables que también estén en esta categoría, especialmente si han heredado su fortuna. Como podrá ver en la figura 11.2, esta perspectiva tiene sus méritos.

Cuadro Comparativo: Tres Perspectivas

	Pobreza	**Prosperidad**	**Mayordomía**
Concepto de prosperidad	No-materialista; desdén por las posesiones.	La prosperidad es la recompensa de los justos.	Las posesiones nos han sido confiadas en diversas proporciones.
En una palabra, las posesiones son	una maldición.	un derecho.	un privilegio.
Referencia escritural	Lucas 18:18-22: vender, dar a los pobres (la regla del joven rico).	Mateo 7:7-8: pedir, buscar, llamar.	Mateo 25:14-30: parábola de los talentos.
Alivio	Proverbios 21:20: «Tesoro precioso y aceite hay en la casa del sabio; mas el hombre insensato todo lo disipa».	Proverbios 23:4: «No te afanes por hacerte rico».	Ninguno.

	Pobreza	**Prosperidad**	**Mayordomía**
Cómo se satisfacen las necesidades	Actitud despreocupada: no hay de qué afligirse; busque primero el reino (Mateo 6:25-34).	Transacción: diezmo por una bendición (Malaquías 3:10).	Administración fiel (1 Corintios 4:2; Mateo 25:21, 23).
Concepto	Rechazador.	Propietario.	Mayordomo.
Actitud hacia los pobres	Somos.	Debemos.	Nos preocupamos.
Preocupación	Necesidades diarias	Dinero.	Sabidruría.
Actitud	Despreocupada (Proverbios 3:5-6)	Obsesiva (Proverbios 10:17)	Fiel (Lucas 16:10-11)

Figura 11.2

Teología de la prosperidad

Los que siguen esta teología creen que el que no tiene es porque no pide. Han aprendido a diezmar y han experimentado bendiciones materiales al obedecer este principio. A raíz del éxito producido por sus diezmos, sus intereses empiezan a girar en torno al dinero.

Explican las carencias de otros, que no reciben bendiciones materiales de Dios, como consecuencia de la falta de fe. Otras dimensiones de la relación personal con Dios se vuelven, por algún motivo, menos importantes. Juzgan al que tiene problemas financieros como alguien «que no pide con fe reclamando sus bendiciones». No consideran la alternativa de que Dios pudiera

llamar a alguien a ser pobre. Muchos seguidores de esta teología de la prosperidad viven un estilo de vida consumista.

Teología de la mayordomía

Los mayordomos creen que Dios posee y controla todo. Las posesiones materiales son un privilegio y no un derecho; el mayordomo renuncia a sus derechos. Entiende que las Escrituras afirman que las posesiones han sido confiadas en diferentes proporciones, según las habilidades innatas o sobrenaturales que tiene cada uno, y según su fidelidad y obediencia a los principios bíblicos. El mayordomo cree que la prosperidad es el resultado de una administración fiel de sus talentos, que Dios otorga según su soberana decisión.

Su preocupación no es acumular riquezas ni renunciar a ellas, sino ser sabio en el ejercicio de la administración. Su meta es ser como aquel hombre que se describe en el Salmo 112: «El hombre de bien tiene misericordia, y presta; gobierna sus asuntos con juicio [. . .] Reparte, da a los pobres» (Salmos 112:5, 9).

* * *

¿Cuál es la opción correcta? A partir de las tres descripciones que acabamos de delinear, el lector puede entender por qué surgen las confusiones. Según la crianza, las influencias que se hayan recibido en la vida y cómo *quiere* cada uno interpretar la Biblia, cualquiera de estas perspectivas podría parecer lógica. ¿Significa eso que todas son correctas? No. *Dios tiene una sola perspectiva*, y es la de la *mayordomía*. Un estudio más cuidadoso demuestra que las perspectivas de las teologías de la pobreza y de la prosperidad están llenas de fallas.

Fisuras en el dique

El evangelio de la prosperidad es un dique que no puede retener el agua porque sostiene que uno *da* para *recibir*. La teoría es que usted puede pactar una *transacción* que obligue a Dios, en la que él está

comprometido a *bendecirlo*. Esta perspectiva no tiene en cuenta sus motivaciones, ni el hecho de que puede estar viviendo en pecado, ni considera el plan de Dios para su vida.

Cuando era un hombre joven de negocios, escuché acerca de la idea de prometer un diezmo de cierta cantidad a Dios, y luego, por fe, reclamar que los ingresos se incrementaran hasta corresponder a esa cantidad diezmada. Entonces, elegí una cifra de seis dígitos para mis ingresos, una suma que reflejaba mi íntima aspiración, y le prometí a Dios el 10 % de esa suma.

¡Hasta ese momento me había estado yendo bastante bien! De pronto, mis ingresos se estancaron. Ese fue mi peor año. Traté de comprar a Dios, pero me castigó gravemente, enseñándome una lección que nunca olvidaré: «La bendición de Jehová es la que enriquece, y no añade tristeza con ella» (Proverbios 10:22). Si está pasando problemas por su deseo de enriquecerse, puede estar seguro de que el Señor quiere enseñarle algo.

La teología de la pobreza también está llena de huecos. La persona que piensa que uno debe ser pobre para ser humilde está equivocada. No ha entendido el mandamiento de Dios de que debemos ser industriosos y hacer pleno uso de nuestras capacidades, en cualquier proporción que nos hayan sido dadas. Como nunca ha tenido dinero, ni ha tenido que ganarlo, se muestra suspicaz hacia todo aquel que tenga algún éxito financiero. Cree que los verdaderos cristianos debieran vender sus posesiones y dar el producto de la venta a los pobres.

En una ocasión, invitamos a un destacado orador cristiano a nuestra ciudad para hablar acerca del liderazgo. Decidimos organizar un almuerzo para abogados y jueces el día previo a la conferencia. El domingo, anuncié en nuestra iglesia ambas reuniones, la conferencia y el almuerzo.

Después del culto me vi acosado por un discípulo de la teología de la pobreza. Este hombre, que ha recibido varios títulos de posgrado, ganaba su sustento como maestro interino y apenas cubría su presupuesto básico.

«Creo que no podré asistir a la conferencia», me hizo saber con aspereza.

«¡Cuánto lo lamento!», le respondí.

«Sé que no sería una persona grata en su almuerzo elitista, de modo que tampoco me interesa el mensaje que tengan para dar, cualquiera que sea».

El mensaje, tanto en el almuerzo «elitista» como en la conferencia, apuntaba a la importancia de construir relaciones entre los que tienen y los que no, los ricos y los pobres, los poderosos y los desposeídos. Sus prejuicios le impidieron recibir una especial bendición. «El alma sin ciencia no es buena, y aquel que se apresura con los pies, peca» (Proverbios 19:2). Dios quiere que el mensaje de reconciliación llegue a todas las clases y estratos sociales. Los abogados tienen el mismo derecho y la misma necesidad del mensaje de Dios que cualquier otro grupo.

La mejor de los tres

La teología de la mayordomía une las virtudes de la teología de la pobreza y de la prosperidad con el resto de lo que dice la Palabra de Dios acerca del dinero y de las posesiones. En otras palabras, mucho de lo que plantean aquellas teologías es coherente; el error aparece cuando uno ve sus perspectivas como la visión total. La teología de la mayordomía sería impotente si no incluyera las hermosas promesas de las bendiciones de Dios y sus advertencias de cuidar de los pobres.

Podríamos hacer referencia a cientos de pasajes escriturales para ilustrar la teología de la mayordomía, pero, al fin de cuentas, eso solo nos proveería una larga lista de normas y reglas. Ser mayordomo es más bien una cuestión de actitud, una manera de vivir asumiendo el rol de cuidador o tutor. Es un enfoque de la fe, es ocuparnos no solo de nuestros propios intereses, sino también de los intereses de los demás.

Los defectos de las teologías de la prosperidad y de la pobreza son que no van lo suficientemente lejos. Cuando uno ofrece una cena, los preparativos previos y la limpieza posterior son tan importantes como disfrutar con los amigos a la hora de cenar. Hay que tomar en cuenta tanto el *trabajo* como la *recompensa*.

La teología de la pobreza exagera el rol del trabajo sacrificado, en tanto el evangelio de la prosperidad sobreenfatiza la obtención de beneficios económicos. El mayordomo vive de una manera equilibrada: disfruta de la abundancia de Dios y, a la vez, sirve a otros en amor.

Todd y Janelle fueron afortunados. Como cristianos despertaron a la locura del rumbo que estaban tomando cuando Todd pidió a un buen amigo que le aconsejara respecto a comprar o no esa nueva piscina a crédito. Su amigo lo confrontó con sus apetitos materiales. Todd reaccionó favorablemente. Decidió abandonar la carrera de ratas: esa carrera en la que nadie gana y que —en cambio— cobra tantas víctimas.

Empezó a leer el libro de Proverbios y se sintió abrumado por la cantidad de consejos sobre el dinero que contenían esas páginas delgadas y frágiles. Como el libro de Proverbios tiene treinta y un capítulos, decidió leerlo a lo largo de un mes, un capítulo por día.

Lo más importante de todo es que Todd decidió dejar de vivir hipócritamente su relación con Dios, y se consagró a buscarlo primero a él antes que al dinero. Empezó a diezmar, y daba más que el diezmo cuando se presentaban necesidades especiales en la iglesia. Aunque su prioridad era cubrir los vencimientos de las tarjetas de crédito que ya había dejado de usar, empezó a pensar en abrir una cuenta de ahorro.

Al fin, el significado de la palabra *mayordomo* empezó a cobrar sentido y fuerza en su mente. Los cristianos que mostraban desdén hacia las posesiones materiales lo hacían a un lado, pero ahora reconocía que antes su estilo había sido el de apretar con fuerza el puño cuidando sus billetes. Se imaginó a sí mismo manteniendo ahora la mano no tan apretada, sino suavemente abierta, sosteniendo el dinero, ofreciendo cuidar de él, consciente de que Dios se lo había dado con un propósito. El recuerdo de su infidelidad a Dios en las cosas materiales lo humillaba; le pidió al Señor que le diera un nuevo punto de partida y le mostrara cómo ser fiel en este terreno.

¿Ha estado usted tratando de servir a Dios y al dinero? ¿Ha estado tratando de escoger solo los versículos que le agradan,

pasando por alto los que presentan puntos de vista que no le simpatizan? Pídale a Dios que lo perdone por estar viviendo según sus propias ideas y que lo conduzca a una perspectiva adecuada del dinero. Que lo ayude a incrementar su cociente intelectual bíblico respecto al dinero. Cuando llegue a ser un mayordomo fiel, Dios lo guiará a una vida abundante, que es la verdad del evangelio.

——————— Asuntos a considerar ———————

1. El dinero es el camino a la satisfacción.

   ❑ Estoy de acuerdo ❑ Estoy en desacuerdo. Explique su respuesta.

2. El dinero representa distintas cosas para cada uno de nosotros. ¿Cuáles son las razones por las que quiere tener dinero (por ej., símbolo de prestigio, currículum, autoimagen, adquirir bienes, mejorar el nivel de vida, sostenerse, cumplir su ambición, avaricia, temor, independencia económica)?
3. ¿Quiere ser rico? ¿Qué cree usted que le proveería su «riqueza»? ¿Y a su familia? ¿Y a Dios?
4. Lea Mateo 6:24. ¿Cuál es el mayor riesgo de colocar al dinero en el primer lugar de su vida?
5. Cada quien tiene algún objeto o meta de valor, a menudo no muy claro, que simboliza el «haber arribado». ¿Cuál es el suyo? ¿Estaría dispuesto a decirle a Dios: «Hágase tu voluntad con respecto a este objetivo o ambición»?
6. ¿Qué presiones tiene para ganar y gastar dinero? Lea Efesios 6:10-18. ¿Cómo podemos superar esas presiones?
7. ¿Quiere Dios que los cristianos tengan dinero? ¿Es aceptable que los cristianos se propongan alcanzar la prosperidad económica?
8. ¿Cuál es su perspectiva del dinero? ¿Lo considera un derecho, un mal necesario, un bien que le han confiado y del cual es responsable, o tiene algún otro enfoque? Lea 1 Corintios 4:2.

Capítulo 12

Los cuatros pilares de la estabilidad económica

El credo del empresario es: un dólar que se pide prestado es un dólar ganado, un dólar refinanciado es un dólar salvado, ¡y un dólar devuelto es un dólar perdido!

Ted Miller

El que recoge [riquezas] con mano laboriosa las aumenta.

Proverbios 13:11

Todd y Janelle empezaron a explorar ideas que los ayudaran a ser responsables en lo financiero. En este capítulo, analizaremos cuatro ideas que revolucionarán nuestras vidas y nos ayudarán a convertirnos en fieles administradores.

1. Ganancias: Poco a poco

Devon pidió a los miembros de su grupo de estudio bíblico que oraran por su trabajo empresarial. Las ventas se mantenían bajas a pesar de la llegada de la primavera, y si no lograba vender algunos botes, tendría que dejar el negocio. La tensión reflejada en su rostro y su voz denotaban la seriedad de su pedido.

«¿Qué tendría que suceder para que las cosas tomaran otro giro?», preguntó alguien.

«Tengo que vender cinco botes este mes para salir a flote». El grupo oró con fe. A fin de mes, Devon dio un informe en el estudio bíblico: «¡No van a creer lo que ha sucedido!», exclamó. «No vendimos ni un solo bote, pero vendimos suficientes baterías,

esquíes, cuerdas, anclas y otros accesorios como para hablar realmente de un buen mes. Y ahora empiezan a aparecer en las salas de exhibición los compradores de lanchas».

«¡No puedo creer cómo trabaja Dios! Contestó nuestras oraciones, ¡pero de una forma totalmente diferente a la que esperaba! ¡Lo hizo poco a poco!».

La meta de Brian era tener suficientes propiedades en alquiler como para cubrir sus ingresos anuales proyectados. Había planificado comprar varias casas que le rindieran en efectivo de $50 a $200 cada una por mes.

Recuerdo claramente que este plan no me pareció en absoluto ambicioso. Mi propia meta era vender propiedades grandes y obtener jugosas comisiones que harían palidecer los cheques de la renta de Brian. Cinco años más tarde, yo seguía siendo esclavo de ese evasivo negocio gigantesco, en tanto Brian obtenía sus dividendos mientras dormía.

Sin siquiera saberlo, Devon y Brian habían aplicado un principio escritural: «El que recoge [riquezas] con mano laboriosa las aumenta» (Proverbios 13:11).

Este principio va en contra de la cultura. En la carrera de ratas, la estrategia usual es hacer dinero rápido, pero, como en la fábula de la tortuga y la liebre, aquí también el que corre lento y parejo es el que gana. Y también es una estrategia más fiable.

2. Ahorro: Poco a poco también

El principio del «poco a poco» no se aplica solo a la manera de obtener ganancias sino también al ahorro. «Tesoro precioso y aceite hay en la casa del sabio; mas el hombre insensato todo lo disipa» (Proverbios 21:20). No puede haber contentamiento en un hogar donde no se ha ahorrado nada para enfrentar emergencias y asegurar la estabilidad económica.

Cuando gastamos todo lo que ganamos (y más), nos atemoriza pensar que nuestro automóvil tenga un desperfecto o que la cañería empiece a gotear y arruine el alfombrado. La Biblia incluso nos

enseña que si un hombre no provee a su familia, está negando la fe y es peor que un incrédulo (1 Timoteo 5:8).

Como señalé en el capítulo 7, los hombres que promedian los cincuenta a menudo se dan cuenta de que estuvieron tan ocupados cuidando los asuntos de la empresa que no se dieron tiempo para poner en orden las finanzas de su propio hogar. Entonces tienen que tratar de hacer en diez años lo que pudieron haber hecho en cuarenta: la longitud normal de una carrera. La presión para hacer inversiones de alto riesgo aumenta. Algunas inversiones fracasan y eso no hace sino aumentar la ansiedad que significa tratar de asegurarse una jubilación. ¿Cómo tenemos que hacer para preparar «una reserva» para cuando nos jubilemos?

El principio de la reserva

Usted puede elegir la pensión que desee tener cuando se jubile. Muy bien. Elija cualquier nivel de ingreso que desee, y luego aplique el siguiente principio: cada año de su carrera (una de cuarenta años) ahorre el 10 % del monto que desea como ingreso al tiempo de su jubilación, deposítelo en un plan confiable, y de esa manera contará con el ingreso esperado en forma indefinida.

¿Cómo funciona? He aquí un ejemplo:

Ingreso de jubilación anual deseado	$40.000
Monto a ahorrar por año	$4.000
Tasa de interés anual a conseguir	6,2%
Número de años	40

Estos son los resultados:

La reserva (capital acumulado)	$651.000
Rédito necesario para obtener ingreso previsto	6,2%
Ingreso para jubilación anual	$40.000

Nota: No se han tomado en cuenta los impuestos ni la inflación. El dinero ahorrado se puede proteger con una adecuada planificación impositiva (por ejemplo, en mis pólizas de seguro, los incrementos de valor en efectivo se acumulan con impuestos diferidos), y la pensión queda luego sujeta a tasas impositivas más bajas y a otros recursos de exención, como los bonos municipales.

Si empieza a ahorrar más tarde en su carrera, puede ponerse al día destinando un monto mayor al ahorro u obteniendo mejores intereses. He aquí las tasas de interés que debería conseguir si dispone de períodos más breves para obtener el mismo ingreso para su jubilación:

Período	30 años	20 años	10 años
Tasa de interés	8,3%	12,8%	27.0%
Capital acumulado	$479.000	$316.000	$147.000

Como puede observar, la exigencia de mayor interés aumenta de manera desproporcionada a medida que se acorta el plazo de tiempo. Eso se debe a que no se dispone del mismo tiempo para acumular el interés. Obviamente, la alternativa de obtener tasas de dos dígitos requiere hacer inversiones de alto riesgo, y eso no es fácil.

Para sintetizar, tenga presente que cualquier ingreso deseado se puede alcanzar ahorrando anualmente el 10 % de esa suma durante cuarenta años, a una tasa de interés del 6,2 %. Si se ha retrasado, trate de ahorrar un porcentaje más alto de sus ingresos actuales. Este análisis es apenas introductorio, de modo que sería conveniente recurrir a un asesor financiero competente para que le ayude a definir cuál es su situación actual y qué es lo que necesita para jubilarse con éxito. Pídale que lo ayude a diseñar un programa concreto para llegar a tener esta «reserva protegida», poco a poco, alcanzando así para usted y su esposa la seguridad de una pensión de jubilación previsible.

Estoy convencido de que el fundamento de toda estrategia inversora debe incluir una previsión de seguro permanente. Puede

obtener excelentes réditos si se une a alguna de las diez cooperativas mejor consolidadas.

El principio de la reserva resulta un estímulo para el trabajador joven, pero desanima al hombre mayor que no ha puesto en práctica esta norma de ahorrar dinero poco a poco. Si ha dejado pasar demasiado tiempo y ya no puede beneficiarse de este principio, enséñeles esta estrategia a sus hijos y nietos. Sugiérales iniciar el hábito de ahorrar el 10 % de su asignación y de los trabajos de las vacaciones. Enséñeles el hábito del ahorro. Pocas sugerencias financieras serán tan útiles como esta.

El principio de la reserva encierra la esencia de la perspectiva bíblica sobre el dinero. El cristianismo es una forma de vida, una forma diferente de vivir. Este principio encarna precisamente las cualidades típicas de esa forma diferente de vivir: serenidad, diligencia, aplicación al trabajo, prudencia, paciencia . . . poco a poco.

3. Cooperar: Dónde ahorrar su dinero

Gracias a una buena economía, empezamos a ganar más dinero del que necesitábamos para vivir al estilo en que estábamos acostumbrados. Vivíamos en un vecindario en el que nuestros hijos se sentían contentos, seguros y estables. A mi esposa le gustaba la ubicación y simpatizaba con los vecinos. Una de las mejores amigas de mi hija vivía a dos casas de la nuestra. No había perros que ladraran a medianoche ni autopistas que ahogaran la conversación cuando queríamos cenar en el patio.

Ya que nuestros ingresos habían alcanzado un nivel que nos permitía mudarnos a una casa más grande y costosa, empecé a hacer planes al respecto. ¿No es eso lo que la gente hace cuando puede costearlo? Por lo general, podemos calcular el ingreso de una persona por la clase de vivienda que tiene, ya que la gente, constantemente se muda a la casa más costosa que esté en condiciones de pagar. Gente que tiene un ingreso de $25.000 anuales ocupa una vivienda que es posible pagar con ese ingreso; en tanto, el que gana $50.000 vivirá en una casa acorde con su

nivel; los que tienen ingresos de $150.000 adquieren casas proporcionales a esa suma.

No obstante, nosotros estábamos encariñados con nuestro vecindario. Sabíamos que las personas y las relaciones son más importantes que las posesiones. Sin embargo, la presión social por adquirir una casa más costosa me producía una intensa preocupación. La imagen de tener dinero y de hacerles saber a los demás que uno lo tiene es una fuerza en constante lucha con la perspectiva cristiana de la vida.

Un día, noté que era el único miembro de la familia interesado en mudarme. Eso me hizo pensar. Finalmente, renuncié a mi ambición de trasladarme a una casa más grande, y permití a Dios que obrara. Lo que decidimos fue redecorar nuestra casa.

Al correr de los años, fue tomando cuerpo en nosotros la convicción de que Dios quería que pusiésemos un tope a nuestro nivel de vida. No importa cuánto nos bendijera materialmente por encima de ese nivel, lo hacía para que contribuyéramos al cumplimiento de sus planes.

La decisión fue tomando forma. No es que nos sentamos a escribirlo. Más bien, con el tiempo, nuestro estilo de vida y las acciones concretas fueron traduciéndose en valores explícitos. Al fin, un día lo dijimos en voz alta, y eso arregló definitivamente las cosas.

Así es como ahora vivimos de acuerdo con un nivel de vida preestablecido. Todo lo que Dios nos confía por encima del nivel que necesitamos para vivir y ahorrar para la jubilación, lo entregamos a su obra. El sentido de utilidad y de influencia que hemos adquirido de esta forma nos provee una profunda seguridad de que, en realidad, somos significativos, no para nuestra propia autogratificación, sino en un aspecto perdurable y eterno.

En Mateo 6:19-21, Jesús dijo:

> No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde los ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde los ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

Si queremos ser personas más consagradas, una manera es dar más de nuestros recursos a Dios. Cuanto más dinero ofrendamos a la obra de Dios, tanto más nuestros corazones se adhieren a él. Lo opuesto es igualmente cierto: no dé nada a la obra de Dios, y su corazón no estará en absoluto apegado a él.

¿Cuál es la manera correcta de ofrendar al Señor? Cada uno debe dar al Señor según los ingresos con los que ha sido bendecido, a partir de un mínimo de 10 %. Cuando hablamos de este 10 % mínimo, es lo mismo que hablar del diezmo. Jesús afirmó sin duda el diezmo cuando dijo:

> ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. (Mateo 23:23)

Debemos separar este dinero a medida que lo ganamos. Los que dirigimos nuestras propias empresas o negocios, tenemos que descontar los costos empresariales o de mantenimiento del negocio, antes de deducir el 10 % de las ganancias. Como recibo un seguro médico aparte de mi sueldo, también diezmo el valor en dólares de esas prestaciones.

Este dinero se destina al trabajo de la iglesia. Esta es tanto la congregación a la que pertenece localmente como la obra más amplia del cuerpo de Cristo a escala mundial. Cada iglesia local tiene sugerencias al respecto, y usted debiera seguirlas si su conciencia se lo dicta. Existen muchas organizaciones sin denominación que necesitan de nuestro sostén en la medida que Dios nos guíe en oración a aportar para ellas.

La ofrenda debe ser hecha en secreto para evitar la tentación del orgullo. Si no puede dar con alegría más del 10 %, entonces no lo haga. Pero es una bendición si puede hacerlo. Sea constante en su ofrenda. Dios no necesita donaciones. La ofrenda sistemática es una buena disciplina.

Debiera hacer su ofrenda como un servicio a Dios, no a los hombres. No busque la aprobación de los hombres, ni el

reconocimiento de parte de las personas o instituciones a las que está ofrendando. Dios lo bendecirá por haber dado con generosidad, si bien esas bendiciones pueden ser espirituales más que materiales.

La expresión de ofrenda más elevada es dar sacrificadamente. Puede imaginarse este concepto como el acto de dar hasta que duele. La mayor parte de la gente ofrenda lo que sobra, y no extraña ese dinero cuando ya no lo tiene. La forma más significativa de ofrendar es dar más que aquello con lo que no necesito contar; en realidad, al ofrendar de esta manera, lo que hago es anticipar un depósito allá donde ni la polilla ni el orín corrompen. Esa es la mejor manera de ahorrar dinero.

4. Evitar las deudas: La habilidad de fingir

¿Por qué se endeudan los hombres? El consumismo —la teoría económica basada en que es beneficioso incrementar el nivel de compra— exige que avivemos constantemente nuestro deseo de tener cosas, de tener todo y de todo. La meta es siempre mayor consumo. La estrategia es mantener esa imagen de vida cómoda, tranquila e impecable, siempre un poco por delante del nivel que ya hemos adquirido, apuntando de manera subconsciente a nuestras necesidades internas de amor, aprobación, compañía, alivio de la ansiedad y significación.

Hay dos maneras de adquirir y acumular bienes: *entradas* y *deudas* (Véase capítulo 1: «La carrera de ratas», figura 1.2). Si la atracción del estilo de vida propio de las grandes capitales requiere una inversión que supera nuestro nivel de ingreso (o productividad personal), lo que solemos hacer es financiar nuestra prosperidad (deuda).

La deuda nos atrae como el dulce canto de la sirena que arrastra al marinero a la destrucción contra los arrecifes. Esa melodía seductora sugiere que pedir prestado es la manera de alcanzar esa vida bella y despreocupada. Cuando las posesiones son la medida del hombre, más que sus habilidades o su contribución a la sociedad, se siente presionado a meterse en deudas, como una manera de alcanzar significado en la vida.

Las deudas son lo opuesto a los ahorros. ¿Por qué? *Porque un hombre o gana intereses o los paga*. De la misma manera que nuestros ahorros nos rinden un rédito, la deuda va asociada a un costo por los intereses. Charles Lamb expresó: «La especie humana, de acuerdo con la mejor teoría que puedo formular sobre la misma, está compuesta básicamente de dos razas: los hombres que piden prestado y los que prestan».[24] ¿Cuál cree que es usted?

¡El problema con una deuda es que hay que devolverla! Es bastante fácil obtener un préstamo, pero es difícil juntar el dinero para devolverlo. La deuda genera la obligación de devolver el dinero que hemos pedido para adquirir un bien o una experiencia para la que no contábamos con fondos, pero sí con crédito.

La deuda le permite a la gente simular lo que no es. En Proverbios 12:9 se nos aconseja: «Más vale el despreciado que tiene servidores, que el que se jacta, y carece de pan». Y en Proverbios 13:7: «Hay quienes pretenden ser ricos, y no tienen nada; y hay quienes pretender ser pobres, y tienen muchas riquezas».

La deuda, no siempre, pero casi siempre, es un síntoma del estilo de vida consumista. Como un espejismo, la deuda nos induce a creer que va a satisfacer plenamente nuestros anhelos.

Pero la deuda también genera adicción; una vez que nos damos cuenta de que nos permite obtener cosas, bebemos más y más de este vino dulce. El gusto de las cosas que la deuda nos permite adquirir deleita nuestro paladar. Pero la frustración de tener que darnos luego maña para devolver la deuda produce una secreción ácida que nos carcome el estómago, de la misma forma que la llama del soplete corta el acero.

El verdadero problema, como podrá advertir, es que mucho tiempo después de que se ha pasado la novedad y se han terminado las vacaciones, tenemos que seguir devolviendo el dinero. La deuda permite a los hombres simular por un tiempo que son lo que en realidad no son. Pero las apariencias no engañan al acreedor.

La Biblia no contiene ninguna prohibición en contra de tomar créditos. Sin embargo, muchos de los pasajes que se vinculan con el tema formulan precauciones al respecto, o se refieren a la manera

de resolver los problemas que crea la deuda. Si bien no encontramos una prohibición específica, no se estimula para nada el endeudarse: «El que toma prestado es siervo del que presta» (Proverbios 22:7). En la Biblia se fomenta el ahorro y nunca se estimula el endeudarse.

El padre del mariscal de campo Tim Tebow, Bob, padre de cinco hijos, visitó con su familia las islas Filipinas. Mientras se encontraban allí, sintió que Dios lo guiaba a regresar para predicar el evangelio a los campesinos de la zona montañosa.

Un día, varios de sus amigos recibieron una carta que decía sencillamente: «Dios me ha llamado a las Filipinas a llevar a Jesucristo a los nativos. Para cuando reciban esta carta, estaré en Seattle ocupándome de la venta de nuestro automóvil. He aquí la lista de cosas que voy a necesitar. Por favor, ocúpense de ella».

Cuatro años más tarde, Bob volvió de licencia y visitó nuestro grupo de estudio bíblico. ¡En los primeros cuatro años, ha llevado diez mil personas a Jesucristo y ha plantado veintisiete iglesias! Imagínese la pérdida que hubiera significado para el reino de Dios si no hubiese podido ir si las deudas lo hubiesen forzado a quedarse diciendo: «Quisiera ir, pero no puedo».

Si Dios lo llamara a un ministerio, ¿podría aceptarlo? ¿O se lo impedirían las deudas? En 2 Timoteo 2:4 dice: «Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado». Endeudarse equivale a enredarse con los negocios de este mundo.

Creo que hay tanto razones contemporáneas como bíblicas para evitar el crédito. Estas últimas décadas han sido tumultuosas: desregulación, reforma fiscal, burbujas que estallan, desplomes bursátiles, corrupción en Wall Street, gasto federal fuera de control, un déficit federal asombroso, dependencia de la deuda externa y una economía en constante cambio.

El autor financiero Howard Dayton me alertó por primera vez sobre el hecho de que Estados Unidos no tenía deuda externa antes de 1985. Desde entonces, el Tesoro estadounidense ha tomado prestados más de cinco billones de dólares de entidades extranjeras.[25] Como podrá advertir, Estados Unidos era hasta 1984

un país prestamista, pero desde ese momento se ha transformado en un país deudor.

En Deuteronomio se nos dice que el país que sea obediente a Dios prestará a muchas naciones y no tendrá que pedir prestado de nadie. Pero si la nación es desobediente, los extranjeros se elevarán por encima de ellos más y más, y les prestarán, en tanto que la nación desobediente no podrá prestar a otros (véase Deuteronomio 15:4-6; 28:43-46).

Estábamos a punto de convertirnos en esa nación cuando escribí este libro por primera vez en 1989. Qué diferencia pueden marcar veinticinco años: seguimos hundiéndonos cada vez más en la deuda externa. La precaria dependencia de la continua buena voluntad de otros países es razón suficiente para mantenerse alejado de la deuda.

Intente poner en práctica las siguientes sugerencias: gane poco a poco, ahorre el 10 %, comparta el 10 % o más y evite el crédito. ¡Qué simple! Y qué fácil burlarse de estas ideas. Sin embargo, si seguimos estos principios, estaremos virtualmente garantizados de recibir una promoción laboral a un nuevo cargo: el rol de mayordomo fiel.

———— Asuntos a considerar ————

1. El principio de la «reserva protegida» demuestra lo sencillo que sería para todo el mundo jubilarse con respaldo económico. ¿Por qué entonces la mayor parte de la gente termina atrapada con una magra pensión?
2. ¿Cuánto dinero le resulta suficiente? ¿Por qué? ¿Está dispuesto a poner tope a su nivel de vida? Lea Eclesiastés 5:10-12.
3. La mayoría de los hombres tienen deudas excesivas.

   ❑ Estoy de acuerdo ❑ Estoy en desacuerdo. Fundamente su respuesta.
4. Lea Deuteronomio 28:1-2, 12, 15, 43-46. Los Estados Unidos se transformaron en un país deudor por primera vez en su historia

en 1985. El libro de Proverbios afirma que «el que pide prestado es siervo del que presta». ¿Cree usted que hay una correlación entre nuestra desobediencia a Dios y el incremento de nuestra deuda nacional? ¿Qué riesgos enfrentamos como país a causa de este cambio en nuestra situación?

5. Como individuo, ¿es usted prestamista o deudor? ¿Cree usted que el pasaje mencionado en la pregunta anterior se aplica a los individuos? ¿Por qué sí, o por qué no? Si se aplica, ¿de qué manera?
6. Lea Proverbios 12:9 y 13:7. ¿Ha recurrido al crédito para suplementar su ingreso personal y simular ser lo que no es? ¿Por qué es malo usar el crédito de esta manera?
7. ¿Qué pasos estaría dispuesto a dar esta semana para estar en condiciones de depositar el 10 % como ahorro, ofrendar el 10 % y cancelar sus deudas?

Parte 4

Cómo resolver nuestros problemas de tiempo

Capítulo 13

Cómo tomar decisiones correctas

Una vez —hace muchos, muchos años— pensé que había tomado una decisión incorrecta. Por supuesto, tuve que cambiar de opinión, pues había sido acertada de principio a fin. Pero estaba equivocado en pensar que me había equivocado.

John Foster Dulles

Y acercándose Elías a todo el pueblo, dijo: ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él. Y el pueblo no respondió palabra.

1 Reyes 18:21

En mis treinta, me sentí culpable de cómo pasaba las noches. Perdía un tiempo precioso mirando televisión, ¡para no mencionar los inadecuados pensamientos que los programas me incitaban!

Como soy de los que se levantan muy temprano, francamente estaba demasiado cansado para hacer alguna otra cosa. Para redimir al menos parcialmente el tiempo, hacía ejercicios en una bicicleta fija frente al televisor, pero hasta eso terminaba resultando aburrido. Quería pasar más tiempo con el Señor, pero estaba casado con la televisión.

El mejor momento del día para mí no es el anochecer sino las tempranas horas del amanecer. Una noche al fin se me presentó la gran idea: ¡Por qué no ir a dormir una hora más temprano! Eso me permitiría satisfacer varios objetivos. Podía hacer gimnasia por la mañana, cuando estaba menos cansado, y leer la Biblia al mismo tiempo, usando un atril.

Lo mejor de todo era que podía irme a dormir cuando me sintiera realmente cansado. El canje consistía en mirar una hora menos de televisión para estar una más con el Señor. ¡No había que pensarlo mucho! Por último, me ayudaría a eliminar una fuente de tentación en el área de las fantasías.

A pesar de lo ingeniosa y productiva que parecía la idea, por algún motivo, me resultaba difícil decidirme a hacer el cambio. Sabía que era una idea acertada, pero me estorbaban doce años de inercia acumulada. Después de que se me había presentado la ocurrencia, pasaron meses y meses sin que nada sucediera, hasta que por fin, un día, *decidí* hacer el cambio.

El problema

Hacemos exactamente lo que decidimos hacer; somos la suma de nuestras decisiones. Incluso no tomar una decisión es una decisión en sí misma. Si la obra escolar de su hija empieza a las 11:30 y a las 11:35 usted todavía está hablando por teléfono con la oficina central, ya ha tomado una decisión.

Nuestras decisiones determinan *quién* y *qué* somos, mucho más que cualquier otro aspecto de nuestra vida. Pueden producirse en un instante, o podemos agonizar una semana, e incluso meses y años, hasta que logramos definirlas.

Así como es importante y decisiva la toma de decisiones, el proceso por el que se las realiza resulta misterioso y requiere habilidad. Un manual, el *Bass & Stodgill's Handbook of Leadership* [Manual de liderazgo de Bass y Stodgill], cita más de siete mil quinientas investigaciones y monografías sobre la toma de decisiones a nivel ejecutivo. Sin embargo, el editor no logró establecer un común denominador de factores, rasgos o procesos que pudieran identificar las cualidades de un liderazgo eficiente.[26]

El exasesor de Seguridad Nacional, Zbigniew Brzezinski, una vez reveló: «Visto desde afuera, las decisiones parecen claras y concisamente formuladas [. . .] pero uno descubre que mucho de lo que sucede [. . .] es el producto de condiciones caóticas y de una buena medida de conflicto y ambigüedad personal».[27]

El jefe ejecutivo de una compañía Fortune 500 lo expresó de manera más sucinta: «Sería dichoso si pudiera entender cómo es que llegamos a algunas de las más importantes decisiones que tomamos por aquí».[28]

Si la mayoría de los hombres muestra el mismo grado de dificultad para tomar una buena determinación, ¿podemos pretender que nuestro propio proceso para llegar a una resolución pueda ser mucho más fácil? ¿Hay algún conjunto de principios preestablecidos que pudiéramos seguir y que compensara esta abrumadora evidencia?

Muchos hombres, que no son capaces o no están dispuestos a tomar decisiones sabias, arruinan sus vidas y se llenan de dolor, conflicto y sufrimiento. Problemas de negocios, conflictos matrimoniales, dificultades con los hijos, conflictos de prioridades, problemas morales, éticos, espirituales, con la administración del tiempo, de estrés, de salud, de dinero: prácticamente todos nuestros problemas pueden rastrearse hasta una mala decisión, la que hemos tomado siguiendo un procedimiento que es casi incomprensible.

La distinción entre prioridades y valores morales

Aparte de las decisiones menores, como elegir por qué camino volver a casa del trabajo, las determinaciones tienden a ser *prioritarias* o *morales*. Las prioritarias son elecciones entre lo *correcto* y lo *correcto*. En otras palabras, podemos tomar una o más decisiones, cualquiera de las cuales sería moralmente correcta. Estas resoluciones representan opciones acerca de la manera de distribuir nuestro tiempo y nuestro dinero.

Decidir entre invitar a nuestra esposa a cenar o ir a jugar al club es una de estas. Trabajar el sábado por la mañana o pasar ese tiempo con la familia es también una opción de prioridades. Invertir en la bolsa o disponer de efectivo es una elección entre dos alternativas aceptables. El único imperativo al decidir respecto a prioridades es que seamos sabios: que elijamos entre lo bueno, lo mejor y lo excelente. Dedicaremos el próximo capítulo a investigar cuáles son las prioridades de Dios para los hombres.

Las decisiones morales son opciones entre lo *correcto* y lo *incorrecto*. Hay una moralmente correcta y otra moralmente incorrecta. Hacer lo equivocado es pecado. La determinación entre informar o no a un cliente un recargo es una decisión moral. Cometer adulterio de pensamiento con una beldad de la oficina es también una decisión moral.

El poder para tomar resoluciones morales correctas es el resultado del deseo del hombre de ser íntegro y del poder de Dios que lo capacita para ello. Dedicaremos toda una sección de este libro a tratar con los asuntos referidos a la integridad.

Las decisiones que tienen implicaciones morales *tanto* como prioritarias no son solo las que tienen que ver con la forma de gastar nuestro tiempo o nuestro dinero, sino que conllevan todo el peso de los principios establecidos por Dios. La compra de un nuevo automóvil es una determinación sencilla de prioridades si lo que se está buscando es un medio para movilizarse. Pero la decisión de adquirir el vehículo de lujo que ambicionamos y que nos arrebata un dinero que deberíamos destinar a otras prioridades, como los ahorros que nos hemos propuesto para cubrir la educación universitaria de nuestros hijos o los diezmos para la obra de Dios, adquiere una dimensión adicional de sentido moral, una elección entre lo correcto y lo incorrecto.

Cómo evitar una mala decisión

Puesto que tomar una decisión correcta parece algo tan complejo —y como las consecuencias de equivocarse pueden resultar tan devastadoras—, saber cómo no errar puede ser tan decisivo como saber acertar. Es más, *la mejor garantía de tomar una decisión correcta es saber cómo hacer para no tomar una equivocada.*

Peter Drucker, en un artículo de la publicación *Harvard Business Review*, titulado «Getting Things Done: How to Make People Decisions» [Cómo lograr que las cosas se hagan: Decisiones que involucran a personas], dice lo siguiente:

> Los ejecutivos pasan más tiempo lidiando con gente y tomando decisiones sobre personas que haciendo cualquier otra cosa, y así debiera ser. Ninguna otra decisión tiene alcances tan perdurables en sus consecuencias ni es tan difícil de deshacer. Sin embargo, toman, en general, resoluciones muy pobres en lo referente a los ascensos del personal y la organización del equipo. Tomando en cuenta todos los datos, el éxito promedio de acierto no pasa de .333: cuando mucho, un tercio de las decisiones que toman resultan acertadas; otro resultan poco efectivas y el tercio restante son fracasos rotundos.[29]

En mis estudios de doctorado, aprendí que dos tercios de todas las iniciativas de cambio organizativo fracasan rotundamente, ya sean públicas o privadas, con o sin ánimo de lucro. En resumen: la mayoría de las decisiones fracasan.

Por lo tanto, ¿cómo podemos mejorar nuestro «promedio» en la toma de decisiones? Como la investigación demuestra que tomar buenas decisiones es un misterio, concentrémonos en cómo evitar las incorrectas.

La historia también nos provee ejemplos de cientos de personas que han tomado resoluciones cruciales, algunas buenas y otras malas, y que han cambiado el curso de la historia humana: hombres como Martín Lutero, el apóstol Pablo, Abraham Lincoln, por un lado; y otros como Hitler, Stalin y Mussolini. O más recientemente, Martin Luther King Jr. frente a Osama bin Laden. Pero ninguna resolución ha sido tan decisiva como la que tuvo que tomar Jesús cuando fue tentado por Satanás en el desierto poco antes de iniciar su ministerio público. Jesús nos da el modelo de cómo evitar decisiones inapropiadas.

La magnitud de las decisiones de jesús

Jesús había ayunado durante cuarenta días y tenía hambre. Satanás se acercó con la intención de derrotarlo en su mente. Si lograba

persuadir a Jesús a cambiar de actitud, ganaría la negociación más grande de la historia.

Imaginemos las consecuencias. Si Jesús, al ser tentado, hubiera tomado una determinación equivocada, habría terminado siendo un pecador más como todos nosotros. Nadie creería que es Dios. No sería el cordero inocente muerto como sacrificio por nuestros pecados, y hoy todavía seguiríamos esperando al Mesías.

Pero Jesús tomó las decisiones correctas y, en consecuencia, «no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4:15).

Cómo decidió jesús

La primera decisión que tuvo que tomar Jesús —transformar o no las piedras en pan— consistió en rebelarse o no al plan de Dios para su vida (véase Mateo 4:1-3).

Tal vez, Satanás se preguntaba si Jesús sería fácil de doblegar. La primera tentación que ofreció a Jesús era la misma vieja trampa que le tendió a Adán y a Eva: seducirlo con la comida. Quizás Satanás pensó: «¿Por qué no? ¡Ya dio resultado la primera vez!».

La reacción de Jesús nos ofrece *el primer principio acerca de cómo tomar decisiones correctas*. Respondió: «Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mateo 4:4). Nuestro primer paso para tomar determinaciones acertadas es *vivir de acuerdo con la Palabra de Dios*.

La segunda decisión, la de saltar desde el pináculo del templo, era la elección de poner o no a prueba a Dios. Nosotros también tenemos que decidir si ponemos o no a Dios en donde se vea obligado a intervenir para salvarnos de nuestras absurdas decisiones. Cuando estaba en la secundaria, fui arrestado por estar ebrio siendo menor de edad. Mi padre tuvo que ir al cuartel de policía y firmar para que me liberaran. ¡No necesito entrar en detalles de lo enojado que estaba mi padre!

De la misma manera, no debemos probar a Dios poniéndonos en situaciones en las que se hace inevitable que venga a rescatarnos.

Satanás tentó a Jesús a tomar una decisión en la que las posibilidades de éxito eran casi mínimas . . . a menos que Dios interviniera. Satanás incluso citó las Escrituras para seducir a Jesús. Como dijo Shakespeare: «El diablo puede citar las Escrituras para lograr sus propósitos». Pero Jesús le contestó a Satanás: «Escrito está *también*: No tentarás al Señor tu Dios» (Mateo 4:7, énfasis del autor).

El diablo nos tienta también a escoger los versículos de la Biblia que nos gustan y saltar los que no, buscando respaldo para nuestras prioridades equivocadas y propósitos inmorales. *El segundo principio para una toma de decisiones acertada es no poner a Dios a prueba*. ¡No llegue a situaciones que requieran un milagro para salir del atolladero!

Puedo suponer que para llevar a cabo esas dos primeras tentaciones, Satanás fingió ser un amigo, intentando ganarse arteramente la confianza de Jesús. Pero cuando sus dos primeras tentaciones fracasaron, decidió lanzarse con todo.

La tercera decisión que tomó Jesús, la de adorar o no a Satanás, era la de renunciar a la paternidad de Dios y servir a otros dioses. Con cuánta frecuencia los hombres nos salimos del camino y nos vamos a servir a otros dioses: el dinero, el prestigio, el poder. Cuando era adolescente, renuncié a la paternidad de mi padre, abandoné el colegio y me uní al Ejército. Abandoné la estructura de autoridad de mi hogar y me fui tras mis propios proyectos.

A primera vista, nos puede parecer que esta fue una decisión fácil para Jesús, pero tal vez no lo haya sido. Satanás, el engañador, es demasiado astuto como para llamar a la puerta vestido de rojo y con un tridente en la mano. Seguramente, se enmascaró de alguna forma.

Pero Jesús tampoco nos falló esta vez. Llamó a Satanás por su nombre, y le dijo: «Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás» (Mateo 4:10). *El tercer principio que se aplica a una correcta toma de decisiones es adorar siempre a Dios y servirle solo a él* en todas nuestras determinaciones.

Estos tres principios respecto a la toma de decisiones no nos garantizan que siempre tomaremos la correcta, pero nos dan las

mayores probabilidades para no hacer una incorrecta. Son principios para una *gestión de riesgos*, ideas que nos ayudan a mantenernos cerca del plan y el propósito de Dios para nuestras vidas. Aquí los planteamos nuevamente:

1. Tome sus decisiones de acuerdo con la *Palabra de Dios*: si ellas la contradicen, son malas.
2. Evite decisiones insensatas que *ponen a prueba a Dios*: no se ponga en situaciones que requieran un milagro para rescatarlo.
3. Evite decisiones que menguan su *adoración y servicio a Dios*: no se deje atrapar por la lucha por el prestigio y la persecución de falsos dioses de este mundo.

Jesús se refirió en cada ocasión a la Palabra de Dios para responder a las tres tentaciones de Satanás. Sabía que la fortaleza interior de un hombre no es suficiente, que necesitamos una fortaleza construida con la verdad para tener una estructura moral realmente firme. El hombre que vive según la Palabra de Dios tomará las decisiones acertadas y prosperará en todos sus caminos.

Consecuencias

Todas nuestras decisiones tienen *consecuencias* que siempre incluyen, por lo mínimo, dimensiones *espirituales* y *económicas*. La declaración de Cristo de que el hombre «no puede servir a Dios y las riquezas» considera los aspectos espirituales y económicos que están presentes en todas las decisiones que tomamos. Si bien no podemos *servir* a Dios y al dinero, ambos tienen *consecuencias* en cada elección.

Toda decisión tiene al menos una dimensión espiritual. La premisa básica en la vida cristiana supone que *todo* en la vida es espiritual, de modo que se deduce de ello que toda decisión tiene consecuencias de carácter espiritual.

* * *

Un hombre recibió una oferta de trabajo que no había estado buscando, la cual requería trabajar cincuenta horas en lugar de las cuarenta normales. No necesitaba el dinero, pero aun así aceptó el trabajo.

Había que quitar algo de su programa, de modo que dejó de leer la Biblia y de entrenar al equipo infantil en el que jugaba su hijo. Con esos datos, es obvio que la decisión que tomó era incorrecta.

Aceptar el trabajo bien pudo haber sido una resolución acertada en otras circunstancias (por ejemplo evitar que su esposa tuviera que salir a trabajar). En este caso, sin embargo, podemos ver el efecto que esta determinación tendría en su vida espiritual y en sus relaciones familiares. La manera en que usamos el tiempo y el dinero nos va marcando y modelando.

También podemos afirmar, sin vacilación, que *toda decisión tiene una dimensión económica*. Hay consecuencias económicas en toda decisión que tomamos.

Si usted trabaja en ventas, la decisión de entrenar el equipo de su hijo reduce el tiempo que puede dedicar a las ventas, y en consecuencia, sus ingresos. Si es fiel a Cristo en sus prácticas comerciales, la práctica del ahorro y de la generosidad caritativa, que seguramente irá incrementando, son determinaciones que tendrán consecuencias sobre sus finanzas.

Perdonado, pero sigue en la cárcel

Una de nuestras mayores promesas y esperanzas es que Dios perdona nuestros pecados. Espera con paciencia a que confesemos y renunciemos a nuestros pecados, y luego nos garantiza el derecho a ser coherederos con Cristo.

Sin embargo, hay una tremenda diferencia ente recibir *perdón* y recibir *absolución*. Si un hombre roba en un negocio y luego se convierte al cristianismo y confiesa su pecado, no deja por ello de ser *culpable*. La *sentencia* quizás se vea influenciada por su arrepentimiento, y puede estar seguro de que Dios lo ha *perdonado*; pero aun así debe cargar con las *consecuencias*: tiene que ir a la cárcel por su delito.

Uno de los momentos más patéticos de la historia es aquel que involucró al rey David, un hombre según el corazón de Dios, de cuyo linaje nació Jesucristo. David cometió adulterio con Betsabé. Como si eso no fuera suficiente, orquestó la muerte de Urías, esposo de ella.

Betsabé quedó embarazada y le dio un hijo. Pero Dios, airado con el pecado de David, se enfrentó a él por medio de su profeta Natán. David se arrepintió y exclamó: «Pequé contra Jehová».

Natán respondió: «También Jehová ha remitido tu pecado; no morirás. Mas por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido ciertamente morirá» (2 Samuel 12:13-14).

David, abatido por el dolor, «rogó a Dios por el niño; y ayunó David, y entró, y pasó la noche acostado en tierra. Y se levantaron los ancianos de su casa, y fueron a él para hacerlo levantar de la tierra; mas él no quiso, ni comió pan con ellos» (2 Samuel 12:16-17). A pesar de ello, la criatura murió.

Podemos elegir el camino que queremos seguir, pero no podemos escoger las consecuencias. Dios nos perdona, sí, pero cada decisión tiene sus consecuencias. Somos realmente la suma de nuestras decisiones.

La vida en el carril rápido

Jim pasó ocho años en la cárcel por asesinato. Era traficante de drogas. Una vez preso, encontró en Cristo una segunda oportunidad. Ahora es pastor, y habla con frecuencia ante estudiantes de la secundaria acerca de la decisión de consumir drogas.

«No dejen que nadie los engañe», les dice. «Las drogas pueden ser divertidas, pueden hacerles sentir bien, y es placentero elevarse con ellas. Ustedes conocen lo que son las drogas al principio, y parece divertido. Pero yo conozco el final de su camino». Y entonces les relata acerca de las decisiones que estuvieron a punto de arruinar su vida para siempre.

Si bien la mayoría de nosotros nunca se autodestruirá de la forma en que lo hizo Jim, todos enfrentamos la decisión de hacer cosas que parecen divertidas a primera vista, pero que pueden

terminar en una vida llena de sufrimiento: divorcio, ruina económica, enfermedad y problemas en las relaciones personales. ¿Por qué somos tan necios como para pensar que podremos escapar de esas consecuencias, o que de alguna manera estaremos especialmente capacitados para salir adelante? Los adúlteros terminan en el divorcio, los que usan drogas quedan enviciados, los hombres deshonestos pierden el puesto, los que fuman se enferman de cáncer. No ocurrirá absolutamente en todos los casos, pero es la ley de causa y efecto.

La pregunta crucial para la mayoría de nosotros es: «¿Es esta vida fácil la que Dios quiere que yo viva?». Ya dijimos desde un comienzo que nadie gana la carrera de ratas.

Los hombres en el siglo XXI están agotados, fatigados y sobrecargados. ¿Encuentra usted difícil estar al día con todas sus responsabilidades? El hombre que alcanza a llenar todos los casilleros paga un precio por ello. Todos disponemos de las mismas 168 horas a la semana, de modo que algo se tiene que resentir si somos a la vez líderes en la iglesia, hombres de negocios, líderes comunitarios y atletas. La familia es generalmente quien paga el precio. Todo hombre tiene alguna prioridad que compite con Dios por el primer lugar en su vida. ¿Cuál es la suya? Cuando corremos en el carril rápido, queda muy poco tiempo para Dios y nuestra familia. ¿No siente deseos de abandonar esa absurda competencia? Pida en oración a Dios que le ayude a tomar las decisiones correctas. Mire lo que dicen las Escrituras sobre la carrera de ratas (Gálatas 5:7, 9, por ejemplo). Decídase a salir del carril incorrecto.

Si condujera a toda velocidad por la vía rápida de una autopista, a ciento veinte kilómetros por hora, y decidiera salir de la ruta, no daría un giro imprevisto sin anticipar la maniobra. La primera medida sería notar que la ruta está llena de vehículos, que tiene mucha compañía en esa vía rápida. Encendería la luz direccional e iría buscando la manera de abrirse paso. Y aun así, tendría que esperar hasta llegar a una rampa de salida.

Si decide salirse del carril rápido, Dios lo ayudará, tal como ayudó a Jesús a tomar las decisiones correctas. Él no está tan interesado en su *posición* como en su *actitud*; no le interesa tanto dónde *está*

usted sino hacia dónde se *dirige*. Cuando decidimos abandonar esa absurda carrera, él bendecirá el rumbo que tomemos. Nos dará poder para hacer las adaptaciones, para encontrar la vía de salida. Se trata realmente de la decisión de ser un cristiano bíblico en lugar de ser un cristiano cultural.

Todos hacemos exactamente lo que hemos decidido hacer en nuestra mente. Podemos decidir con o sin ayuda de Dios, pero Dios promete ayudarnos siempre si confiamos en él. «Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Filipenses 2:13). Jesús pagó el precio total, llevó nuestros pecados sobre la cruz, para que el poder de Dios estuviese disponible para nosotros a fin de ayudarnos a tomar las decisiones correctas.

——————— Asuntos a considerar ———————

1. ¿Cuál es su porcentaje de aciertos en la toma de decisiones respecto a cosas importantes?
2. Describa alguna decisión muy buena que haya tomado. ¿Qué factores en la toma de esa decisión contribuyeron al éxito?
3. Describa alguna decisión deplorable que haya hecho. ¿Qué lo llevó a tomarla? ¿Qué consecuencias ha tenido que soportar a causa de ella? ¿Tomaría una decisión diferente si se le volviera a plantear?
4. Los hombres son la suma de las decisiones que toman. ¿Cuáles son algunas de las formas en que ha visto que los hombres arruinan sus vidas por las decisiones que toman?
5. Lea 1 Timoteo 6:6-10. ¿Por qué cree que a los hombres les cuesta tanto vivir de acuerdo con los principios de Dios?
6. Una decisión *prioritaria* es una determinación entre lo correcto y lo [Anotaciones]. Una decisión *moral* es una resolución entre lo correcto y lo [Anotaciones].
7. ¿Cuáles son los tres principios que Jesús aplicó cuando fue tentado a tomar decisiones incorrectas?

8. Toda decisión tiene al menos una dimensión espiritual.

❑ Estoy de acuerdo ❑ Estoy en desacuerdo. ¿Por qué?

9. Toda decisión tiene al menos una dimensión económica.

❑ Estoy de acuerdo ❑ Estoy en desacuerdo. ¿Por qué?

Capítulo 14

Las prioridades: Cómo decidir qué es importante

La angustia por el constante deseo de tener más cosas y un mejor estilo de vida hace que muchos rostros de Occidente muestren las marcas de la preocupación y aun de la depresión, aunque es costumbre disimular esos sentimientos.

Alejandro Solzhenitsyn

Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento.

Mateo 22:36-38

Casi todos hemos ido alguna vez a comprar comestibles con el estómago vacío y sin una lista de compras. Todo lo que tiene buen sabor nos resulta particularmente atractivo, y el carrito de compras termina cargado con demasiadas golosinas y poca comida realmente nutritiva.

Cuando el cajero hace la cuenta y anuncia el total, usted queda en estado de *shock* por el monto de su desfachatada compra no planificada. ¡Quizás lo peor de todo no sea la suma a pagar, sino tener que explicarle a su esposa cómo gastó tanto dinero sin llegar a adquirir lo que la familia necesitaba!

El objetivo de comprar alimentos es conseguir una dieta nutritiva y balanceada para toda la familia. Ir a comprar sin una lista nos expone a gastar tiempo y dinero en productos innecesarios.

Las muchas opciones de la vida compiten por nuestra atención prioritaria igual que las estanterías bien surtidas del supermercado. Para que logremos tener algún grado de control sobre nuestra vida, es preciso que decidamos de antemano a qué queremos consagrarnos.

El propósito de establecer prioridades es distribuir una cantidad limitada de tiempo y dinero en la dirección en que Dios nos guíe. Sin embargo, con demasiada frecuencia seleccionamos nuestras prioridades con la misma actitud de improvisación que cuando vamos a comprar alimentos, y entonces sucede que las cosas a las que asignamos prioridad sencillamente no son aquellas que nuestra familia necesita o las que Dios quiere para nosotros.

El problema

Según el diccionario, una prioridad es algo a lo cual damos preeminencia asignándole cierto grado de importancia o urgencia.

La mayoría de los hombres no ha llegado a definir cuáles deben ser sus prioridades. Entre los que sí lo han hecho, son pocos los que realmente viven de acuerdo con ellas.

Las prioridades entre las que podemos elegir se asemejan a las estanterías bien provistas del supermercado. A menos que sepamos exactamente qué es lo que estamos buscando, nos llenaremos de cosas superfluas que no nos proveerán con la nutrición de una dieta balanceada de «prioridades».

Basta con echar una mirada en el vecindario un sábado en la mañana para darnos cuenta de la variedad de prioridades que los hombres establecen para sus vidas. Un hombre madruga, en tanto que otro duerme hasta las diez de la mañana. Uno juega al golf como todas las semanas, mientras que otro acompaña a su hijo al partido de fútbol.

Un hombre trabaja duro en su jardín, mientras que su vecino va a la oficina a ponerse al día con el papeleo. Un tercero lava el auto y limpia el garaje, mientras otro hace lanzamientos al aro de básquetbol con los niños de la cuadra. Uno se relaja leyendo el

periódico y otro lee su Biblia. Uno lleva a su familia a desayunar fuera de casa, mientras otro lo toma en la cama.

Quizás no haya ningún otro momento de la semana que diga más acerca de nosotros que la manera en que ocupamos el sábado en la mañana. Trabajamos de lunes a viernes, y el domingo es el día del Señor, pero el sábado lo dejamos por nuestra propia cuenta.

El sábado es como el ingreso discrecional de nuestro sueldo. La mayor parte de nuestro sueldo se destina a lo esencial, pero la cantidad sobrante podemos gastarla como queramos. ¿Cómo invierte usted sus sábados? ¿Refleja la manera en que emplea ese tiempo extra las prioridades por las que le gustaría que lo recuerden?

Cómo determinar lo importante

¿Qué es importante para Dios? La respuesta pone de manifiesto lo que debieran ser nuestras prioridades. Determinarlas nos ayuda a reducir nuestro horizonte. ¿Cuáles son las prioridades de Dios para la vida del hombre? ¿Ha preparado Dios para nosotros una «lista de compras»? Mientras exploramos las prioridades de Dios, tenga en mente los siguientes enfoques:

1. ¿Qué es lo que Dios quiere que yo *sea* y que *haga*?
2. ¿Cómo quiere Dios que use mi *tiempo* y mi *dinero*?
3. ¿Cuáles son los rasgos de *carácter* y de *comportamiento* que Dios quiere para mi persona?
4. ¿Cuáles son las *relaciones* y las *tareas* que Dios quiere que enfatice?

Para decirlo con sencillez, Dios quiere que vivamos según las prioridades bíblicas, para que seamos cristianos bíblicos. A riesgo de afirmar lo que es obvio, diremos que los valores seculares conducen a prioridades seculares, en tanto que los valores bíblicos conducen a prioridades bíblicas. Al examinarnos a nosotros mismos, preguntémonos si nuestro sistema de valores está orientado por la perspectiva cristiana de la vida o no.

Cuando decimos sí al enfoque cristiano de la vida, tenemos que adoptar prioridades bíblicas. Serán como una antorcha en un mundo oscuro, que nos orientarán sobre la manera de emplear nuestro tiempo y nuestro dinero. Esas pautas nos darán un método para determinar a qué cosas darle preferencia.

La escritora estadounidense, Gertrude Stein, era propietaria de dos originales de Picasso. Solía decir a sus amistades: «Si la casa se incendiara y solo pudiera llevarme una pintura, me llevaría esas dos». Elegir entre dos prioridades que pesan igual es algo muy difícil, pero es allí donde se pone de manifiesto con mayor claridad cómo ha ido evolucionando nuestra vida interior.

Muchos hombres están más orientados hacia las tareas que hacia las relaciones y, en consecuencia, son más eficientes en sus labores que en sus vínculos personales. Siendo así, consideremos en primer lugar las prioridades en el área de las relaciones, que es el terreno en que nos mostramos más débiles.

Nuestra primera prioridad

Si en algo es absolutamente clara la Biblia es en mostrarnos cuál es nuestra primerísima prioridad.

En una ocasión, un experto en la ley de Dios puso a prueba a Cristo con la siguiente pregunta: «Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?». Jesús le respondió citando el rollo que conocemos como el libro de Deuteronomio: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente» (Mateo 22:36-37).

Si percibimos en toda su magnitud este gran mandamiento, si absorbemos toda la grandeza de su importancia, si saturamos nuestra mente con la Palabra de Dios y si consagramos toda nuestra fuerza a amarle, nuestras vidas tomarán una nueva dimensión. Empezará a hacerse evidente una quietud interior y, como expresa el libro de Sofonías, Dios «se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos» (Sofonías 3:17). Nuestras relaciones se volverán menos rígidas. Cada amanecer nos llenará de entusiasmo en lugar de temor. Volveremos a escuchar el canto de las

aves, como cuando éramos más jóvenes. Y en los aromas así como en los sonidos, nos sentiremos envueltos por la presencia de Dios, y la brisa del Espíritu Santo nos refrescará aliviando la angustia que invadía nuestras almas.

Esta es la esencia de nuestro ser. Por supuesto, no es que vamos a pasar el día sentados meditando solo en bellos pensamientos. Más bien, nos dedicaremos a la tarea que Dios nos ha dado o que va a darnos sin dejar de tener presente que la más importante es la de amarlo. Cualquier labor que él nos encomiende nos da la oportunidad de demostrarle nuestro amor y gratitud de manera tangible.

Conocer a Dios es amarlo. El hombre que entiende cuánto añora Dios mantener con él una relación personal, se sentirá maravillado por la manera en que el Señor ha tomado la iniciativa respecto a su vida. Dios escribió la «declaración de amor» más extraordinaria que jamás se haya escrito: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16).

Cómo llevarlo a cabo

¿Cómo podemos demostrar nuestro amor a Dios? La manera más práctica en la que podemos hacerlo es obedeciéndole. Si usted y yo supiéramos que nos quedan solo veinticuatro horas de vida, ¿qué es lo que nos gustaría decirles a nuestros seres queridos? Por supuesto, querríamos darles a conocer los más preciados tesoros, los más profundos secretos, los más importantes pensamientos. En los capítulos 13 al 17 de Juan se registran los comentarios de Jesús a sus discípulos durante las últimas veinticuatro horas, antes de que fuera traicionado. No cabe duda de que representan algunas de sus reflexiones más importantes.

Juan 14:15 dice: «Si me amáis, guardad mis mandamientos». En el versículo 21: «El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama». Y en el 23: «El que me ama, mi palabra guardará». Obedecerlo es amarlo. ¿Cómo obedecemos a Dios?

Al *estudiar la Biblia*. Una manera práctica de demostrar nuestro amor es obedecer el mandamiento de Dios de estudiar diariamente su Palabra. Comience con unos quince minutos, más o menos. Escoja un lugar y un horario fijos como hacía en el colegio para hacer sus tareas escolares. Yo mismo empecé con quince minutos y pronto se hicieron treinta, luego cuarenta y cinco y, finalmente, una hora. ¡Nunca parece demasiado!

Al *orar*. La Biblia nos dice que debemos orar sin cesar (1 Tesalonicenses 5:17). ¿Qué significa eso? Todos pasamos el día con un diálogo interior. ¿Con quién hablamos? ¿Con nosotros mismos o con Dios? Cuando esté rumiando sobre un problema, incluya a Dios como su compañero de conversación.

Separe también un período de tiempo justo antes o después de su estudio de la Biblia para dedicar a la oración. Durante una semana tome nota de cuánto tiempo dedica por día al estudio de la Biblia y a la oración. ¡Creo que se sorprenderá!

Al *adorar*. Creo que un hombre no puede decir que realmente ama a Dios, a menos que asista con frecuencia a la iglesia. La Biblia nos indica que debemos adorar a Dios en su casa de manera sistemática. ¿Recuerda cómo solía «pasar el rato» en casa de su mujer cuando todavía eran novios? ¡Ni con fuego de metralla lo habrían hecho salir de allí! ¡Eso es lo que logra el amor!

Jesús estableció la iglesia. Él la ama y se entregó a sí mismo por ella. Si bien la iglesia es el pueblo de Dios y no un edificio, la institución es el vehículo histórico para que el pueblo de Dios se congregue. La iglesia física, el edificio, ha sido parte de la vida espiritual desde tiempos antiguos. Antes de que existieran edificios (sinagogas) se usaban tiendas. El último acto del rey David fue edificar los cimientos para un nuevo templo de Dios. La razón para reunirnos es construir una comunidad de personas que se sostengan mutuamente y se apoyen cuando sea necesario.

Únase a una iglesia en la que Cristo sea honrado y en la que la Biblia sea tenida en alta estima.

Al *dar*. Todo cuesta dinero. ¡Esa es una de las realidades de la vida de la que no podemos escapar! Los engranajes del cristianismo

giran a un alto costo. Dios ha planeado que podamos cubrirlo contribuyendo cada uno con 10 % de nuestros ingresos.

La gente necesita al Señor. La difusión del evangelio es el principal trabajo de la iglesia. «¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?» (Romanos 10:14-15). Y podríamos agregar: «¿Y cómo serán enviados, si no contribuimos para solventar los gastos?».

El hombre en el espejo no puede hacer otra cosa que mirar con atención la Palabra de Dios que ofrece libertad y descubrir los principios, preceptos y orientaciones que ofrece. Lea y medite en la Palabra, ore (converse) con el Señor constantemente, adórelo por medio de su alabanza, su tiempo y su dinero.

Prioridad número dos

A la vez que Cristo contestaba al maestro de la ley acerca del más grande mandamiento, le hizo notar otro, que se encuentra en Levítico, y que consignó como el segundo en importancia: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:39).

Nuestra segunda prioridad también gira en torno a las relaciones: amar a los demás. La Escritura nos instruye acerca de toda relación imaginable. La persona más importante, si estamos casados, es nuestra esposa. Ella es un don de Dios, y ante sus ojos ambos son uno solo (véase Génesis 2:24).

Nuestros hijos dependen de nosotros para satisfacer sus necesidades básicas, de la misma manera que recurrimos a nuestro Padre celestial para satisfacer las nuestras. La relación que tenemos con nuestros propios progenitores es de tanta importancia para Dios que la incluyó en los Diez Mandamientos: *honra a tu padre y a tu madre*.

La Biblia nos habla profusamente acerca de cómo deben ser nuestras relaciones personales; además, nos ofrece orientación respecto a la familia, los amigos, los enemigos, los extranjeros, los pobres, los empleadores y los empleados. Hemos dedicado varios

capítulos de este libro a la relación que tenemos con nuestras esposas, hijos y otros.

Las prioridades en cuanto a nuestras relaciones se sintetizan en dos verdades elementales: *amar a Dios y amar a los demás*. Si pudiéramos cambiar radicalmente en estas dos áreas, habríamos demostrado más del evangelio de Cristo que todas las generaciones que nos han precedido.

Con demasiada frecuencia, vemos la paja en el ojo ajeno, sin prestar la debida atención a nuestra propia necesidad de cambiar. León Tolstói lo expresó con mucho acierto cuando dijo: «Todos piensan en transformar a la humanidad, pero nadie piensa en cambiarse a sí mismo».[30] Las prioridades en relación con nuestros vínculos personales son el mejor punto de partida. Consideremos a continuación una prioridad que es, a menudo, severamente marginada en este mundo tan acelerado.

El descanso

¿Está usted cansado? No me refiero al hecho de que esté físicamente cansado, sino emocionalmente agotado. No sé cuál es su situación, pero a cualquier sitio que voy veo hombres exhaustos. Agotados.

Hay dos clases de cansancio que encuentran lugar en mi vida. A veces, vuelvo a casa con un «buen» cansancio. Usted sabe a qué me refiero. Usted se ha dado por entero a una buena causa. Está cansado . . . ¡pero se siente excelente!

Teodoro Roosevelt describió el «buen cansancio» así:

> No es el crítico el que cuenta, ni aquel que señala cómo ha tropezado el líder, ni cómo podría haber actuado mejor el que emprende cosas. El reconocimiento es de aquel que está realmente en la arena; cuyo rostro está sucio por el polvo, el sudor y la sangre; que lucha con valor. Aquel que se equivoca y fracasa, una y otra vez [. . .] que conoce el entusiasmo, la devoción. Que se entrega por entero a una causa valiosa. El que, en el mejor de los casos, solo al final conoce el triunfo

> de un gran éxito; y que, en el peor de los casos, si fracasa, al menos fracasa sabiendo que jamás estará junto a los tímidos que no conocen ni la victoria ni el fracaso.[31]

¡Así se habla! ¡Esa manera de hablar realmente me estimula! Eso sí que es un buen cansancio.

Hoy en día, la mayoría no experimenta esa clase de cansancio, sino el que agobia. Una de las más grandes falacias del cristianismo es que no estamos haciendo suficiente por el Señor. Usted ha escuchado decir: «¡Cómo me gustaría estar haciendo más por el Señor!». No es que no estemos haciendo lo suficiente, sino que estamos haciendo demasiadas cosas equivocadas.

Cuando todavía era un cristiano principiante, no tenía pautas que me orientaran respecto a las prioridades de Dios para mi vida. Carecía de la autoconfianza necesaria para decir «no» porque, sencillamente, no sabía dónde poner los límites. De modo que decía «sí» a todo, y terminaba agotado. Algunas personas se dedican en exceso a obras de bien para acallar sus conciencias, pero en mi caso se debía a mi total ignorancia de las prioridades bíblicas. Sabía tan poco que corría verdadero peligro.

Un otoño, asistí a un retiro para hombres con el propósito de tomarme un descanso. Tom Skinner, el orador principal, me sorprendió —total y completamente— con sus enseñanzas acerca de las prioridades bíblicas. Me sentí tan impresionado que invitamos a Tom a venir a Orlando para participar de su comprensión de las Escrituras con algunos de mis cansados y agobiados amigos. Lágrimas de alivio brotaron de los ojos de varios cristianos «adictos al trabajo» que asistieron a sus charlas.

Jesús *no* dijo: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, *y yo os daré más trabajo*». Él dijo: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, *y yo os haré descansar*. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y *hallaréis descanso para vuestras almas*» (Mateo 11:28-29, énfasis del autor). Parece que siempre destacamos la acción.

Pero Dios está interesado en nuestro descanso. Si es una prioridad para él, debe serlo para nosotros.

Algunos llegamos a preocuparnos tanto que no logramos descansar. El descanso que Jesús ofrece no es solo para aquellos que están físicamente cansados, sino también para quienes lo están en lo emocional y mental. «Dulce es el sueño del trabajador, coma mucho, coma poco; pero al rico no le deja dormir la abundancia» (Eclesiastés 5:12). El cansancio de las preocupaciones quizás sea el peor.

Hemos dedicado unos párrafos adicionales a esta prioridad porque, a pesar de que se pasa por alto, es algo a lo que debemos prestar atención. Isaías se interesó de manera especial por los que estaban agotados, agobiados:

> Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán. (Isaías 40:29-31)

El trabajo

Los hombres necesitan un espacio en el que puedan encontrar su significado y hacer una contribución. Ese espacio es el trabajo. Nuestra inclinación a trabajar tiene su raíz en los comienzos mismos de la creación, cuando Dios ordenó el trabajo como la forma en que habríamos de ocupar nuestros días.

El propósito del trabajo es glorificar a Dios con las habilidades que él nos ha dado. Procurar la excelencia y no conformamos con menos de lo mejor de nuestras potencialidades es demostrar a un mundo, harto de la cháchara de los cristianos, que Cristo puede transformar la vida del hombre aquí y ahora.

Pablo daba tanta importancia al trabajo que afirmó que si un hombre no trabaja (siendo apto), entonces, ¡no debe comer! (véase 2 Tesalonicenses 3:10). Él mismo, a menudo, obtenía ingresos como

fabricante de tiendas. Eso es todo lo que diremos aquí respecto a la vocación, porque ya hemos dedicado un capítulo anterior a la vida de trabajo: «El secreto del contentamiento en el trabajo».

Las buenas obras

Tener una fe sin obras es no tenerla en absoluto. Nuestra fe es lo que nos permite entrar en relación con Dios, no las buenas obras; pero «somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó *de antemano* para que anduviésemos en ellas» (Efesios 2:10, énfasis del autor).

En otras palabras, Dios no nos dio la salvación para nuestro beneficio personal. Más bien, tiene un propósito, un plan para cada hombre que incluye ciertas buenas obras que ya tenía en mente mucho antes de que llegáramos a conocerlo.

Las áreas en las que Dios quiere nuestra colaboración para edificar su iglesia (familia) entran en la categoría de «hacer discípulos». Llegar a ser un discípulo y discipular a otros es la obra principal de un cristiano (véase Mateo 28:18-20). Ser un discípulo incluye tres partes:

1. Un discípulo es llamado a vivir en Cristo. Esto incluye la salvación, permanecer en él y llevar a otros a conocerle (véase Juan 1:12; 8:31-32; Hechos 1:8).
2. Un discípulo está equipado para vivir como Cristo. Esto incluye el crecimiento y la transformación espiritual, y ayudar a otros a aprender de él y a ser semejantes a él (véase 2 Timoteo 3:16-17).
3. Un discípulo es enviado a vivir para Cristo. Esto incluye servir a los demás, dar mucho fruto, amar al prójimo y ocuparnos de los pobres y necesitados (véase Mateo 25:37-40; Juan 13:34-35; 15:8; Gálatas 2:10).

Esta es la agenda de Dios. Nosotros tratamos de complicarla, pero estas son las tres tareas en las que Dios quiere que lo ayudemos.

Diferentes hombres pueden contribuir a estas tres áreas de distinta manera, según sus dones naturales y espirituales. Cada uno de nosotros debe hacer un sincero análisis de sus talentos: inteligencia, sabiduría, habilidades adquiridas y habilidades innatas.

Los dones espirituales en los que pensamos con más frecuencia son los que se refieren al servicio a los demás, a la enseñanza, a animarnos unos a otros, a atender a las necesidades de los demás, al liderazgo (incluyendo la administración), a la misericordia y a la predicación. Hay varios pasajes de las Escrituras que nos dan un inventario de los diferentes dones espirituales que Dios da a los hombres:

- Romanos 12:4-8
- l Corintios 12:1-12
- Efesios 4:11-12
- l Pedro 4:10-11

Por qué no revisar estos pasajes y plantearnos la pregunta: «¿Cuáles son mis dones?».

Una conclusión a la que podemos arribar sobre las prioridades en cuanto a las tareas es que Dios quiere que trabajemos para sustentarnos a nosotros mismos y a nuestras familias, y que a la vez trabajemos en estos tres puntos de su agenda (llamar, equipar y enviar), usando los diversos dones naturales y espirituales que él nos da.

Para resumir, hay cinco áreas de capital importancia para Dios que orientan la construcción de prioridades en nuestra vida:

1. amar a Dios,
2. amar a los demás,
3. descansar,
4. trabajar,
5. hacer buenas obras.

Digamos que usted ha sido acusado del crimen de ser un cristiano bíblico. ¿Habría suficiente evidencia para condenarlo? ¿O

llegaría el jurado a la conclusión de que es solo un «cristiano cultural»? Ser un cristiano bíblico es tener equilibradas estas cinco prioridades.

Todo esto parece muy sencillo, pero sabemos que hay fuerzas que se oponen tenazmente a las prioridades bíblicas.

Las fuerzas que compiten con las prioridades de dios

Como dijo un viejo granjero, tratar de mantenernos al día con todas nuestras responsabilidades ¡es como tratar de poner dos toneladas de fertilizante en un camión con capacidad para una sola! ¿Con qué tenemos que enfrentarnos cuando tratamos de vivir según las prioridades de Dios?

El sistema de este mundo, totalmente opuesto al de la vida espiritual, compite de modo directo con las prioridades bíblicas. Somos extranjeros y peregrinos. Aquí solo estamos de paso.

> No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. (1 Juan 2:15-17)

El dinero, hábil esclavista, fuerza a los hombres a aceptar un ruin sistema de prioridades. Ningún amo ha sido jamás más cruel y feroz que el dinero. «Ninguno puede servir a dos señores [. . .] No podéis servir a Dios y a las riquezas» (Mateo 6:24).

Tomemos por ejemplo a un conocido mío. Joe quería ser rico. También quería ser cristiano. El estudio bíblico interfería con el tiempo que quería dedicar a los negocios, y los horarios de la iglesia coincidían con el tiempo que necesitaba para recuperarse del agotamiento que había acumulado durante la semana. Al final, ser rico era más importante, y terminó alejándose de Dios. «Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos,

se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores» (1 Timoteo 6:10).

Esta competencia, *el mundo* y *el dinero*, forman siempre parte de nuestra vida. Pero deben estar bajo nuestro control, nosotros debemos ser sus amos, y no a la inversa.

Dios sabe que tenemos más opciones que las que pueden abarcar nuestro tiempo y recursos. Por eso, ha establecido con tanta claridad su agenda para nosotros y nos ha mostrado cuáles deben ser nuestras prioridades. Con mucha frecuencia los hombres languidecen pidiendo la guía de Dios y diciendo: «Si tan solo supiera cuál es la voluntad de Dios para mi vida». Todo lo que necesitamos es abrir la Biblia . . . allí están las respuestas.

——————— Asuntos a Considerar ———————

1. ¿De qué manera los sueños y expectativas respecto a sus hijos reflejan sus propias prioridades? ¿Esos anhelos ponen de manifiesto debilidades o puntos ciegos en su propia reflexión?
2. Lea Mateo 22:36-38. ¿Cuál es, y cuál debiera ser, la influencia de este mandamiento sobre la manera en que asignamos prioridades en el uso de nuestro *tiempo* y *dinero*? Dé un ejemplo.
3. Lea Juan 14:15, 21, 23. ¿Cuál es la relación entre *obedecer* y *amar a Dios*? Dé un ejemplo en el cual obedeció a pesar de no gustarle, solo por amor a Dios.
4. ¿En qué área de su relación con Dios no está haciendo todo lo que debiera hacer (por ej., en el estudio de la Biblia, en la oración, en la adoración, en la ofrenda)? ¿Qué paso concreto está dispuesto a dar para mejorar su relación con Dios?
5. Lea Juan 15:12-14. ¿Por quién estaría usted dispuesto a morir? ¿Por qué?
6. Lea Génesis 2:15. ¿Es todo trabajo un llamamiento de Dios? ¿De qué manera puede nuestra vocación contribuir a los planes de Dios?

7. ¿A qué «buena obra» cree que podría estar llamándolo Dios?
8. ¿Es el descanso una prioridad en su vida, o se siente culpable cuando se relaja? Lea Mateo 11:28-30. ¿Cuál es la perspectiva de Cristo respecto al descanso?
9. ¿De qué manera compite «el mundo» en su vida con las prioridades bíblicas? Dé un ejemplo.
10. ¿De qué manera compite «el dinero» en su vida con las prioridades bíblicas? Dé un ejemplo.

Capítulo 15

La administración del tiempo: Cómo hacer la voluntad de Dios

Una de las causas por las que más se inmovilizan las personas es porque tratan de hacer grandes cosas. Los logros más valiosos son el resultado de muchas pequeñas cosas hechas en una sola dirección.

Nido Quebin

Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora.

Eclesiastés 3:1

Pídale a cualquier cristiano informado que le nombre los diez principales líderes cristianos de los últimos cien años, y con toda seguridad va a incluir a Bill Bright, quien con su esposa Vonette, fundó Cru (Cruzada Estudiantil y Profesional para Cristo).

En cualquier grupo de cristianos, pregunte: «¿Ha sido su vida influida por el ministerio de Cruzada Estudiantil y Profesional para Cristo?», y entre un 25 % y 80 % de las manos se van a levantar de inmediato. En un seminario, el 75 % de los estudiantes presentes habían llegado al cristianismo por medio de esta organización.

Mi esposa Patsy y yo nos constituimos en Orlando en los anfitriones de Executive Ministries, uno de los cuarenta o más ministerios bajo la órbita de Cru. Nunca antes nos habíamos encontrado con el Dr. Bright, pero nos llenó de entusiasmo enterarnos de que asistiría a nuestra conferencia nacional. ¡Estaba ansioso por conocerlo!

En los comentarios de la conferencia de apertura, el Dr. Bright hizo una inolvidable afirmación que anoté textualmente: «Trato de

dar prioridad a todo lo que hago a la luz de la Gran Comisión».

Me lo imaginé, entonces, predicando a multitudes de cientos y hasta miles de personas, dando a conocer el evangelio a importantes figuras del gobierno. Y, sin duda, encendió el entusiasmo de sus veinticinco mil miembros de equipo con vibrantes desafíos.

Una de las mejores amigas que Patsy había tenido durante sus estudios universitarios vivía en la ciudad donde tuvimos la conferencia. Era cristiana, pero su esposo, Tom, se había alejado del Señor muchos años atrás, y su matrimonio tenía gasolina solo para seguir funcionando un par de semanas más. Les preguntamos si aceptarían ser nuestros invitados a la cena de cierre del encuentro, y nos respondieron afirmativamente.

Durante la cena, Nancy DeMoss le habló al Dr. Bright de nuestro amigo Tom. Sin embargo, unas cien personas muy encumbradas estaban deseosas de saludarlo esa noche, después de su discurso. Pensé que no tendría oportunidad para presentar a Tom al Dr. Bright. ¡Esos que esperaban para verlo eran gente de dinero! Y, como usted podrá imaginar, el ministerio siempre está necesitando más dinero. De modo que di por sentado, con toda naturalidad, que el Dr. Bright preferiría alternar con potenciales colaboradores cuando terminara la cena. Me equivoqué. Enfiló directo hacia Tom.

Durante la hora y quince minutos que siguió, habló y escuchó a Tom y le ayudó a consagrar su vida a Cristo. Cuando terminaron de conversar, solo quedaban seis personas en el salón: Bill y Vonette, Tom y su esposa, Patsy y yo. Eso es hacer contactos significativos.

Cuando Bill Bright dijo que trataba de priorizar todo a la luz de la Gran Comisión, no tenía idea de que eso significaba una persona cada vez. Desde entonces, una vez tras otra lo he visto dejar a un lado a la multitud para ministrar a un individuo en particular.

Con la pauta de una persona cada vez, el Dr. Bright ha administrado su tiempo mejor que nadie. No llegó a ser un gran líder por hacer cosas grandiosas, sino por hacer muchas cosas pequeñas en la misma dirección. Estoy seguro de que, si se hubiese propuesto ser alguien extraordinario, hubiera tropezado de bruces como la mayoría de nosotros. No se propuso ser alguien extraordinario: se propuso ser fiel.

El problema

En una encuesta que llevé a cabo, la administración del tiempo demostró ser el principal problema que aflige a los hombres. En este mundo competitivo, sencillamente no logramos encontrar tiempo suficiente para hacer todo lo que debemos y deseamos. ¿Cómo encontrar tiempo para responder a todas nuestras responsabilidades?

Sin embargo, si hay una característica común a todos los hombres en esta época de «elección múltiple», es que tenemos la misma cantidad de tiempo para usar. Bill Bright, Rick Warren, Martín Lutero, Abraham Lincoln, usted, yo: todos tenemos las mismas 168 horas a la semana. Puesto que todos hemos sido dotados de la misma cantidad de horas, debe haber otros factores que expliquen las diferencias en los resultados que logramos.

El problema de la administración del tiempo es más de *estrategia* que de *técnicas* y *manejo*. No se trata tanto de memorizar veinte ideas ingeniosas para que nos ayuden a concretar todo lo que hemos anotado en nuestra lista de actividades, si bien esas sugerencias y técnicas pueden ser muy valiosas. Más bien, se trata de tener una clara comprensión del *propósito* de Dios para nuestra vida, de vivir de acuerdo con las *prioridades* bíblicas y de hacer *planes* que reflejen la voluntad de Dios.

En este capítulo, examinaremos los aspectos estratégicos de la administración del tiempo. No vamos a tratar pautas que tienen que ver con el control de las interrupciones o con no gestionar dos veces el correo electrónico. Hay muchos libros y seminarios excelentes que pueden ayudamos con la administración diaria del tiempo. Lo que queremos abordar aquí es la perspectiva a largo plazo: cómo discernir a qué dar nuestro tiempo en forma prioritaria y cómo hacer de nuestras prioridades un plan de acción.

Queremos considerar algunos de los temas que necesitamos resolver *antes* de ponernos en acción. Con demasiada frecuencia, marchamos delante de Dios y tomamos decisiones sin consultarlo.

Del propósito . . . a la administración del tiempo

Bill Bright solía concluir sus cartas con la siguiente expresión: «Atentamente, en el cumplimiento de la Gran Comisión en esta generación». Creo que eso es lo más cercano a una «Declaración escrita de propósito para la vida» que podríamos encontrar (véase Mateo 28:19-20). El Dr. Bright sabía cuál era el propósito de su vida. ¡Eso hace mucho más fácil la determinación de prioridades y la administración del tiempo!

Una pareja que viajaba por el campo se extravió. Divisaron un anciano a lo lejos del camino y le preguntaron: «Señor, ¿dónde estamos?».

«¿Adónde quieren ir?», fue la respuesta.

«No lo sabemos», dijeron ellos.

«Entonces, no importa dónde estén».

Cuando no tenemos claridad respecto a dónde nos dirigimos, no tiene importancia donde estamos. Solo cuando sabemos cuál es nuestro propósito —hacia dónde vamos— podemos tomar decisiones respecto a cómo usar nuestro tiempo.

Haga el siguiente razonamiento: nuestro propósito nos ayuda a determinar las prioridades. Estas proveen un terreno sólido sobre el cual afirmarnos cuando hacemos planes y establecemos metas. La administración del tiempo no es otra cosa que «poner en marcha» estratégicamente esta progresión: de los propósitos a las prioridades y de las prioridades a los planes y metas.

Dios siempre provee tiempo suficiente para que cumplamos sus planes. Tenemos el tiempo que necesitamos; todo lo que se requiere es que lo usemos productivamente. Tenemos que dejar de ir siempre tras «el gran éxito» y dedicarnos a cumplir metas a mediano plazo. Tenemos que hacer jugadas más efectivas. Si lo hacemos así, tendremos todo el tiempo que necesitamos. De lo contrario, no tendremos otra alternativa que hacer tiros a larga distancia. «Cosas pequeñas en una misma dirección», esa es la manera de hacerlo.

El tiempo en perspectiva

No hay período de tiempo más largo que las cuarenta y ocho horas que demora la biopsia de un quiste que le han extraído del pecho a

su esposa. No hay lapso más breve que la fecha de vencimiento de un pagaré a noventa días. A veces, el tiempo pasa demasiado lento y otras, demasiado rápido.

El diccionario lo define como un *continuum* en el cual los hechos ocurren en una *sucesión* aparentemente *irreversible* desde el pasado, por el presente y hacia el futuro.

¡En otras palabras, el tiempo continúa avanzando! Una vez que usted ha perdido un vuelo, ¡lo ha perdido y ya! Lo irreversible del hecho es algo contundente. Si tan solo pudiéramos repetir nuestra vida y corregir nuestros errores. Si tan solo pudiéramos retirar esa palabra ofensiva, o recuperar el tiempo que no disfrutamos con nuestros hijos. Han crecido y se han marchado. Una sucesión irreversible. A su vez, el diccionario define la administración como el acto, la manera o la práctica de administrar, supervisar y controlar. Puesto que el tiempo invertido es irreversible, ¿cómo hacemos para controlarlo y aprovecharlo de la mejor manera posible? Quizás el tiempo sea irreversible, pero no tiene por qué ser una mera cadena de reacciones. Podemos influir en él. ¿Cómo podemos sintonizarnos con la manera en que Dios quiere que usemos nuestro tiempo?

Cómo discernir la voluntad de dios

Me pregunto si su experiencia respecto a cómo discernir con claridad la voluntad de Dios es similar a la mía. He notado que paso por cinco etapas antes de llegar a sintonizarme con la voluntad de Dios:

1. Le digo a Dios lo que voy a hacer.
2. Dios responde.
3. ¡Le *suplico* a Dios que de todos modos me deje seguir adelante!
4. Finalmente, me humillo y lo escucho.
5. Dios me revela lo que *él* va a hacer.

Primer paso: le digo a Dios lo que voy a hacer

> Del hombre son las disposiciones del corazón . . . (Proverbios 16:l)

No sé cómo será en su caso, pero hay muchas cosas respecto a las cuales no quiero molestar a Dios, a menos que no me quede otro remedio. Sé que tiene muchas cosas que atender: las guerras en Oriente Medio, las sequías en el norte del país, el hambre en África, los terremotos en América Central. En lugar de perturbar su precioso tiempo, con frecuencia hago planes sin consultar a Dios, con la sincera intención de incluirlo más adelante en mis proyectos.

En una ocasión, decidimos abrir un edificio en Tampa. Se lo mencioné después de haber tomado la decisión. En lugar de pedirle su consejo, le dije lo que estaba por emprender: «Ah, de paso, hemos decidido instalar una propiedad en Tampa. Por favor, bendícenos».

Segundo paso: Dios responde

> . . . mas de Jehová es la respuesta de la lengua. (Proverbios 16:1)

¡Unos meses más tarde, la tierra chocó con la luna y nuestra empresa en Tampa se vio en serios problemas! Nuestro principal arrendatario se declaró insolvente y nuestra agencia gastaba dinero como si creciera en los árboles. Fue entonces cuando me di cuenta de que había estado adelantándome a los planes de Dios y que mis propios proyectos no tenían su sello aprobatorio. «Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre, mas el consejo de Jehová permanecerá» (Proverbios 19:21).

Tercer paso: ¡le suplico a Dios que de todos modos me deje seguir adelante!

> Todos los caminos del ser humano son limpios a sus ojos, pero las intenciones las juzga el Señor. (Proverbios 16:2, NVI)

Aun cuando Dios me había respondido y había puesto claramente en evidencia que me estaba adelantando a sus planes, mis inversiones económicas, emocionales y de tiempo ya habían avanzado de manera sustancial. De modo que le supliqué respecto a mi proyecto, rogándole que cambiara su punto de vista y me permitiera tener éxito.

A veces, Dios cambia de posición (o al menos nos parece que lo hace) y nos deja seguir nuestro propio camino, hasta que nos encontramos con una importante lección. Otras veces, como en el caso de nuestra propiedad en Tampa, Dios se presenta en nuestra vida para ejercer su disciplina, a menudo dolorosa. Y, en otras ocasiones, pone freno de inmediato a nuestros planes y el asunto queda cerrado.

Cuarto paso: finalmente, me humillo y lo escucho

> Encomienda a Jehová tus obras, y tus pensamientos serán afirmados. (Proverbios 16:3)

Después de haber suplicado en vano y reconocido que no podré persuadir a Dios a hacer las cosas a mi modo, por lo general, me encierro a lloriquear un poco. ¿Cuándo aprenderé que una «escena de lástima» nunca pone las cosas en perspectiva?

Tarde o temprano, recupero el sentido común y callo ante el Dios todopoderoso que quiere orientarme respecto a cómo usar mi tiempo. Es un Dios lento para la ira y grande en misericordia. ¡Cuánta gratitud siento por su paciencia conmigo!

Me sirve de aliento el recuerdo del salmista: «Hubiera yo desmayado, si no creyese que veré la bondad de Jehová en la tierra de los vivientes. Aguarda a Jehová; esfuérzate, y aliéntese tu corazón; sí, espera a Jehová» (Salmos 27:13-14). Aun cuando caigamos, él vendrá en nuestro rescate, si lo escuchamos y lo esperamos con paciencia. Puede que tengamos que cargar con algunas consecuencias, pero siempre nos rescata del hoyo.

Quinto paso: Dios me revela lo que va a hacer

> Todas las cosas ha hecho Jehová para sí mismo. (Proverbios 16:4)

Cuando hemos escuchado durante un tiempo, quizás muy prolongado, la voz del Señor, empieza a forjarse en nosotros una especie de sensibilidad a su voluntad. A veces, nos deja solos con nuestros pensamientos, quizás durante años, haciendo que confiemos en él y solo en él.

> Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. (2 Pedro 3:8-9)

Tuvimos que cerrar la agencia en Tampa con una considerable pérdida financiera. Aun cuando Dios nos ha perdonado, tenemos que asumir las consecuencias de nuestras decisiones.

Esta experiencia me ayudó a ceder a Dios el control de mi vida de una manera nueva y más profunda. Los planes que había hecho para mi vida quedaron como cosa del pasado; me lamento de haber tenido siquiera esas ambiciones personales. Mi oración es la siguiente: *Quiero crucificar esos proyectos, y me propongo no hacer nunca más planes por mi propia cuenta. La forma en que invierta mi tiempo de aquí en adelante dependerá solo de tu orientación, y solo después de haberte escuchado con paciencia. Amén.*

Pasé de «planificar, luego orar» a «orar, luego planificar».

Discernir la voluntad de Dios es la piedra angular sobre la que debemos descansar antes de empezar a movernos hacia adelante.

La estrategia más efectiva para la administración del tiempo

No hay nada que haga perder más tiempo a un cristiano que procurar hacer su propia voluntad. No hay nada que nos haga perder más tiempo que tener que deshacer lo que no deberíamos haber hecho en primer lugar. Cuando hacemos planes sin tener en cuenta a Dios y luego tenemos que suspenderlos, perdemos tiempo, dinero y relaciones personales.

La estrategia más efectiva para la administración del tiempo es eliminar los tres primeros pasos de los cinco que acabamos de describir. En vez de desperdiciar el contado tiempo que tenemos haciendo proyectos que no cuentan con la aprobación ni con la orientación de Dios, podemos hacer mejores planes si *primero* lo escuchamos. Cuando no logramos oír su voz, debemos esperar que actúe pacientemente: su tiempo es siempre perfecto. Esta es la verdadera *estrategia* de administración del tiempo y no una simple *táctica*.

En lugar de insistirle a Dios que bendiga los planes que ponemos en marcha (y que él ha obstaculizado), podemos humillarnos y escuchar sus instrucciones antes de empezar.

Cuando una meta, plan o idea empieza a tomar forma, es el momento para consultar a Dios. Debemos orar por nuestros proyectos antes de decidir al respecto.

Es casi imposible cambiar una decisión que ya ha sido tomada. Antes de actuar, deberíamos orar y buscar el consejo de hombres consagrados. Esta es la mejor estrategia para administrar nuestro tiempo.

Eficiencia versus efectividad

Había tres jóvenes ejecutivos, tan diferentes entre sí como la tierra, el aire y el fuego.

Uno de ellos, rara vez consultaba con su jefe. Fijaba las prioridades por su cuenta, pero con frecuencia tenía que rehacer el trabajo o, peor aún, descubría que había llevado a cabo un proyecto que a nadie le interesaba. Era descuidado y el jefe solía encontrar errores en sus cálculos, por lo que tenían que ser hechos de nuevo.

No era eficiente —hacía mal su trabajo— y *tampoco era efectivo*: trabajaba en los proyectos equivocados.

El segundo de estos ejecutivos era un planificador. Desarrollaba un proyecto y mantenía informado a su jefe. Nunca preguntaba si estaba en el camino acertado o si su jefe tenía alguna sugerencia para hacerle, pero al menos lo mantenía informado al detalle. Era muy *eficiente*. Hacía un buen trabajo. Pero *no era efectivo* porque con frecuencia no abordaba los proyectos que debía.

El tercero de estos profesionales era realmente sabio. Cuando un proyecto se formaba en su mente, le presentaba la idea a su jefe. Escuchaba con atención la voz de la experiencia. Hacía los ajustes y, a veces, abandonaba por completo el proyecto. Cuando por fin emprendía su tarea, podía avanzar con soltura en el trabajo, con la misma agilidad con que se deslizan las agujas de un reloj suizo. Era *eficiente* (hacía su trabajo de manera correcta) y *efectivo* (hacía el trabajo que correspondía hacer).

Ser eficiente es hacer correctamente una tarea. *Ser efectivo es hacer justo lo que corresponde hacer*. No basta con hacer correctamente el trabajo si se trata del que no corresponde. Como el tercer ejecutivo que hemos mencionado, las personas más efectivas en la administración del tiempo son las que consultan con «el jefe» y confirman que están haciendo el trabajo que corresponde. No hay premio alguno por hacer bien el trabajo que no corresponde.

En nuestro peregrinaje espiritual, es posible llevar con eficiencia todas las disciplinas: leer la Biblia, orar, asistir a la iglesia, diezmar, pero si no las traducimos a la vida cotidiana, nos estamos condenando a una vida espiritual sin efectividad. Deberíamos recordar continuamente aquel refrán de Sócrates: «Una vida sin análisis no vale la pena vivirla».

Debemos ver nuestra existencia espiritual como el primer eslabón de todo lo que hagamos, y no como una actividad independiente, sin relación alguna con los detalles de la vida diaria. Ser efectivos con la administración de nuestro tiempo requiere tender un puente entre la vida espiritual y la cotidiana, para que percibamos todo lo que hacemos como parte de una sola existencia.

Nuestro lema debiera ser: «Una sola vida, una sola vía». Cuando vivimos como si todo en la vida fuese espiritual —como efectivamente lo es—, trasladamos la voluntad de Dios a las minucias de nuestra vida, que es a donde pertenece. La sabiduría —no el trabajar duro— es el prerrequisito para una administración efectiva del tiempo (la que Dios ha prometido a todo aquel que se la pida).

Trabajo duro

Una de las más grandes decepciones en la administración de nuestro tiempo es esa teoría de que el trabajo duro es el camino hacia el éxito. Si bien es cierto que el perezoso no cosechará éxito alguno, no lo es a la inversa, que el trabajo duro asegure el éxito.

Es la bendición de Dios la que determina las posibilidades del hombre. El nivel de vida que alcanzamos es el resultado de que Dios haga su parte, y nosotros la nuestra. Nuestra parte consiste en ser fieles: ser diligentes, industriosos, creativos. La parte de Dios es la de dar crecimiento según le parezca.

Nosotros sembramos y trabajamos la tierra, pero Dios es quien envía la lluvia y el sol y hace que la semilla crezca. No sabemos si nuestra esforzada labor nos hará ricos o no. ¡Ni siquiera podemos predecir lo que nos va a ocurrir de aquí a diez minutos! Estas cosas pertenecen a la providencia de un Dios soberano. Como escribió Salomón:

> Por la mañana siembra tu semilla, y a la tarde no dejes reposar tu mano; porque no sabes cuál es lo mejor, si esto o aquello, o si lo uno y lo otro es igualmente bueno. (Eclesiastés 11:6)

Puesto que Dios decide de qué manera bendecirnos, ¿para qué agobiarnos tratando de hacernos ricos? El mejor consejo respecto a la administración del tiempo es no darnos demasiada importancia a nosotros mismos ni a la contribución que podemos hacer a nuestro propio éxito. Por supuesto, tenemos que trabajar duro. Pero, «No te

afanes por hacerte rico; sé prudente, y desiste. ¿Has de poner tus ojos en las riquezas, siendo ningunas? Porque se harán alas como alas de águila, y volarán al cielo» (Proverbios 23:4-5).

* * *

El propietario de una casa de regalos llegaba a su negocio a las siete de la mañana, de lunes a sábado. Se quedaba allí hasta las nueve y media de la noche, treinta minutos después de haber cerrado. Para asegurar mayor ganancia para sí, no contrataba a nadie para cubrir el turno vespertino. Sin embargo, quince años después, seguía viviendo al día, con muy pocas reservas a las cuales acudir en caso de que el negocio marchara mal. El hecho de trabajar tanto y ver que no adelantaba lo amargaba. Sus clientes percibían esa tensión y hostilidad y, por ese motivo, rara vez volvían.

El propietario de una agencia de seguros, en cambio, se negaba a trabajar de noche y los fines de semana. Su teoría era la siguiente: «Si no puedo hacer cierto negocio antes de las seis de la tarde, es porque no necesito ese dinero». Como su vida de hogar era equilibrada, se mostraba cálido y bien dispuesto en su trato con los clientes. Estos siempre sentían que les asignaba importancia. Encontraba tiempo para practicar deportes una vez por semana y contribuía a la vida de la comunidad participando en el programa de la universidad local.

El trabajo esforzado es una virtud —es decir, tiene su dignidad— solo cuando es parte de un programa total equilibrado. El buen administrador encuentra tiempo para todas las prioridades que Dios ha dispuesto para el cristiano.

Las cosas que perduran

Hay una muy delgada línea que representa el umbral entre este mundo y el otro: la muerte física. Un factor que condiciona la administración efectiva del tiempo es comprender la importancia de cruzar esa línea. Una vez que la cruzan, los hombres que no

conocen a Jesucristo tienen un destino muy diferente del que tenemos aquellos que sí lo conocemos.

La pregunta decisiva respecto a la administración del tiempo es: ¿Está usted haciendo con su tiempo alguna cosa que tiene posibilidades de perdurar para siempre? ¿Ha logrado hacerle espacio en su agitada vida a las buenas obras que pueden significar una contribución perdurable? ¿O está tan ocupado en mantener su nivel de vida u otras ambiciones personales que todo lo que está haciendo quedará atrás?

En su libro *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, Dale Carnegie hizo una descripción que se aplica a muchos de nosotros: «El dolor de muelas que padece le importa mucho más que una hambruna que mate a un millón de personas en China. Un forúnculo en la nuca es para él/ella una catástrofe mucho peor que cuarenta terremotos en África».[32]

La única parte de nuestra vida que cruza el umbral entre este mundo y el siguiente es el alma. De modo que si queremos hacer una contribución que perdure eternamente, deberíamos interesamos más por los demás, y por ayudar a la gente a descubrir cómo ganar la vida eterna. Esta actitud debería empezar por nuestro propio hogar y extenderse hacia todos los campos de la vida, no como una rutina sino como una actividad nacida de nuestra intensa gratitud a Dios.

¿Ha notado alguna vez cómo se empeña una persona que ha dejado de fumar para convertir a todo el que se le cruza por delante en un no fumador? ¿Se ha dado cuenta de que la persona que ha disfrutado de un elegante lugar para cenar le cuenta a todo el mundo de su descubrimiento? Francamente, muchos hombres parecen más interesados en convertir a otros en no fumadores o concurrentes a su restaurante favorito que en mostrarles el camino a la vida eterna.

Con frecuencia, no expresamos nuestra fe en Cristo a otros porque tememos que se ofendan y dejen de tratarnos. Lo cierto es que, de todos modos, a la mitad de la gente nunca les vamos a caer bien, ¡de modo que sería mejor que tuvieran algún motivo! Si hay

cien personas a las que usted no les simpatiza, y una se convierte a Cristo, ¿no valdría la pena el esfuerzo? Lo cierto es que 99 % sí estaría dispuesto a responder y analizar el interrogante: «¿Dónde se encuentra usted en su peregrinaje espiritual?». Mi propia experiencia es que prácticamente todos los hombres quieren discutir este importante tópico. Solo tiene que preguntar.

Cuando planifique el uso de su tiempo, asegúrese de incluir momentos para aquellas cosas que tengan la posibilidad de ser perdurables.

El camino a la grandeza

¿No se maravilla usted ante los logros de algunos hombres? ¿Cómo hacen para lograr tanto con su tiempo? El apóstol Pablo fue uno de ellos.

Sin embargo, Pablo no hacía cosas grandiosas. Efectuaba cosas pequeñas, obedientes, que al sumarse, daban un total extraordinario. Y aun así, no fue considerado un gran personaje en su propia generación. Cuando llegó a Roma, casi al final de su vida, nadie había oído hablar mucho de él (véase Hechos 28:21-22). Sus muchas pequeñas contribuciones solo fueron percibidas retrospectivamente en toda su grandeza.

Los grandes hombres experimentan, con frecuencia, oposición y desacuerdo de parte de los demás, como ocurrió con Pablo, Martin Luther King o Jesús mismo. Jesús dijo que un profeta carece de honra en su tierra natal (véase Mateo 13:57). Sin embargo, mucho después de su partida, la sabiduría de lo que han dicho y hecho reverbera en la mente de sus seguidores.

El libro de los Hechos describe las travesías de Pablo. En una ocasión, viajó a Corinto. Apenas llegó, usó su tiempo en instalar tiendas y hablar en la sinagoga en el día de reposo. Más tarde, se le unieron unos amigos y pudo dedicar todo su tiempo a la predicación. Cuando los judíos empezaron a acosarlo, se dedicó a predicar en especial entre los gentiles. Simplemente siguió abriéndose espacio.

Se quedó en Corinto un año y medio y después se trasladó a Éfeso, Cesarea, Antioquía, Galacia y Frigia, fortaleciendo a los

discípulos dondequiera que iba. Estudiar su vida es un manual sobre cómo hacer bien esas pequeñas cosas. La suya no fue una vida de esplendor. No tenía ninguna organización internacional, salvo unos pocos amigos que se mantenían a su lado. Había entendido que Dios siempre nos da el tiempo necesario para cumplir con sus planes.

Conclusión

Nuestros propósitos, prioridades, planes y metas son los que determinan la manera en que invertimos el tiempo. Y al igual que Pablo o que el Dr. Bright, la manera en que usamos nuestro tiempo determina quién y qué somos. El paso crítico es empezar escuchando antes de tomar decisiones, porque una vez tomadas es casi imposible cambiar.

No basta hacer bien una tarea: ¡es preciso hacer *correctamente* el trabajo que *corresponde* hacer! Esa es la forma de plantear una verdadera estrategia de administración del tiempo. El trabajo esforzado no es suficiente por sí solo: tenemos que distribuir en forma equilibrada nuestro tiempo entre diversas prioridades. De ninguna manera podemos considerarnos administradores efectivos y estratégicos del tiempo si no consagramos una parte a hacer cosas que tengan la posibilidad de perdurar para siempre.

Es preciso que administremos nuestro tiempo según las prioridades de Dios y que tomemos nuestras decisiones según la premisa de que todo en la vida es espiritual. Cuando nos dispongamos a ser un trozo de arcilla maleable en las manos del artesano divino, él nos moldeará y formará para que lleguemos a ser administradores efectivos de nuestro tiempo y nos mostrará su voluntad para nuestra vida.

——————— Asuntos a considerar ———————

1. «Una de las causas por las que más se inmovilizan las personas es porque tratan de hacer grandes cosas. Los logros más valiosos son el resultado de muchas pequeñas cosas hechas en una sola dirección» (Nido Quebin). ¿Puede dar un ejemplo de

un caso en que se propuso un proyecto tan ambicioso que nunca logró arrancar siquiera? ¿Cuáles fueron los factores que impidieron el éxito? ¿Cuál es la mejor manera de progresar?

2. Lea Eclesiastés 3:1-8. Somos muchos los que estamos constantemente esforzándonos. La vida parece un conflicto. Es como si siempre estuviéramos tratando de cargar dos toneladas de fertilizante en un camión que soporta una sola. Según este pasaje, hay un Dios soberano que lo controla todo en el mundo. ¿Tenemos o no el tiempo suficiente para hacer todo lo que Dios quiere que hagamos? ¿Cómo deberíamos encarar cada día si es cierto que Dios tiene todo bajo control?
3. ¿En qué área ha estado esforzándose demasiado? ¿Qué modificaciones debería introducir para reconocer y disfrutar mejor del plan de Dios para su vida?
4. Lea Proverbios 16:2. ¿De qué maneras se engaña a sí mismo pensando que Dios le debe una aprobación por los proyectos que usted ha elaborado sin su orientación?
5. Lea Proverbios 16:3. ¿Qué cree que significa «Encomienda a Jehová tus obras, y tus pensamientos serán afirmados»?

Parte 5

Cómo resolver nuestros problemas de temperamento

Capítulo 16

El orgullo

Soy doblemente grandioso, no solo los noqueo, sino que elijo el round.
Muhammad Ali

Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.
Santiago 4:6

Me pregunto si su experiencia con las camareras se parece a la mía. Cuando desayuno fuera de casa, casi siempre estoy de buen humor; la mañana es mi mejor momento del día.

Nada peor para empezar mal el día que una camarera malhumorada. Usted sabe a qué me refiero. Sin un asomo de sonrisa, nos arroja la taza de café sobre la mesa, salpicando café en la manga de nuestra camisa blanca. ¡Cuidado! ¡Aquí llegan los cubiertos! ¡*Clank*!

Usted pidió huevos fritos y se los traen chamuscados. No cabe duda de que la camarera está resentida con los hombres y amargada por su situación en la vida. Es inevitable pensar: «Con semejante actitud, no sorprende que sea camarera».

Con el paso de los años, empezamos a mirar despectivamente a las camareras. La próxima vez, observe cómo tratan los hombres a las camareras, y luego compare el trato que le dan a sus colegas.

El problema

Los hombres quieren y necesitan sentirse bien respecto a sí mismos. ¿Qué podría ser más natural y beneficioso que sentirse bien respecto a uno mismo y tener una buena autoimagen? Pero ¿cuándo el

orgullo por nuestra posición o éxito logrado puede transformarse en pecado? ¿Hay algo de malo en el hecho de que se nos hinche el pecho con el triunfo que nuestro hijo logra en una competencia?

El orgullo es un pecado de comparación, pues medimos nuestros logros confrontándolos con las debilidades de nuestro prójimo. Para poder sentirnos mejor disminuimos a los demás, a veces directamente, y otras solo en nuestro pensamiento. La manera más fácil de mirar con altivez a otros es escoger a personas de menor altura y éxito. Es sumamente fácil encontrar debilidades en otras personas a fin de compararlas con nuestros puntos fuertes.

El sutil pecado del orgullo acecha a todo hombre cristiano. El más invisible de los pecados —el orgullo— se filtra en la vida cristiana de la misma forma que el agua en el foso alrededor de un castillo de arena en la playa. No requiere ningún esfuerzo de parte nuestra acceder al pecado del orgullo, pero, en cambio, exige todas nuestras fuerzas mantenerlo fuera.

¿Cuántas clases de orgullo hay?

Dos clases de orgullo

La Biblia nos habla de dos tipos de orgullo. El primero, el o*rgullo tipo 1*, se encuentra en Gálatas 6:4: «Así que, cada uno someta a prueba su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse solo respecto de sí mismo, y no en otro». La clave del orgullo apropiado está en no compararnos con los demás.

En lugar de medir nuestro valor por comparación con otros, se nos estimula a autoexaminarnos. La Biblia es la vara con la que podemos medirnos. Si resultamos aprobados, podemos felicitarnos, pero no a expensas de otra persona.

El *orgullo tipo 2* es un sentimiento espurio de superioridad que acecha a los cristianos. Como los que viven en comunión con Dios llevan una vida más recta que otros, es fácil mirar despectivamente a quienes son menos espirituales.

C. S. Lewis dijo en una ocasión: «Un hombre soberbio siempre está teniendo en menos, mirando hacia abajo a las personas y las

cosas; y, por supuesto, mientras uno esté mirando hacia abajo, no puede ver lo que está por sobre uno».[33]

Jesús narra una parábola dirigida precisamente a esa clase de personas que «confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros» (Lucas 18:9). Un líder religioso oraba a Dios y le agradecía porque no era como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como el recolector de impuestos que estaba allí cerca. Él era, en cambio, un buen hombre. El publicano —a quien, por lo general, se lo vinculaba con prostitutas, glotones y borrachos— también oraba, pero no se atrevía siquiera a levantar la mirada, y suplicaba a Dios que tuviera misericordia de él porque sabía que era pecador.

Cristo concluye la parábola diciendo: «Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido» (Lucas 18:14). Al compararse con el recolector de impuestos, el líder religioso se estaba exaltando a expensas de otro, y confrontándose con un hombre débil en vez de hacerlo con un Dios fuerte.

¿Por qué no lo hizo con respecto a Moisés, Abraham o al rey David? ¿Por qué cuando usted o yo nos comparamos con soberbia con otros hombres elegimos precisamente al que no es afectuoso como esposo, o a aquel que viaja demasiado y no pasa tanto tiempo con sus hijos como nosotros, o al colega que no tiene nuestro mismo nivel intelectual?

Escogemos las debilidades de los otros porque *el orgullo es un pecado de comparación en el cual cotejo mis puntos fuertes con las debilidades de otro.*

Dos clases de humildad

Así como hay dos clases de orgullo, también hay dos clases de humildad. En Romanos 12:3, confirmamos la definición de la clase apropiada de orgullo —orgullo tipo 1—, y encontramos también cómo definir la clase correcta de humildad: la humildad tipo 1.

> Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.

La *humildad tipo 1* es, sencillamente, no tener «más alto concepto de sí que el que debe tener». Esto confirma el refrán de que «la humildad no es pensar que uno es poca cosa, es más bien no pensar en uno mismo». Un hombre humilde no mira a los otros con altivez. Puede ser a la vez orgulloso y humilde: orgulloso de sí mismo sin compararse con otros, y humilde porque no piensa de sí más de lo que debe.

Al mismo tiempo, muchos sufren de una clase incorrecta de humildad. La *humildad tipo 2* es lo opuesto del orgullo tipo 2. Si comparo mis debilidades con las fortalezas de otro, terminaré con una imagen negativa de mi persona. El autodesprecio es un veneno abrumador y dañino para el espíritu y la mente. Así como hace daño valorarse más de lo que debiéramos, pensar de nosotros menos de lo que debiéramos es una actitud que lo condenará a una vida de mediocridad.

Cómo mantener el equilibrio

Un gimnasta que actúa sobre la barra de equilibrio debe hacerlo con plena confianza, pero a la vez, tiene que mantenerse cauto para no inclinarse hacia uno u otro lado.

Cada uno de nosotros camina sobre una barra de equilibrio entre el orgullo y la humildad. Debemos cruzarla confiadamente con la adecuada combinación de orgullo tipo 1 y humildad tipo 1. Sin embargo, debemos ser cautos para no caer ni hacia el lado del orgullo tipo 2 ni hacia la humildad tipo 2.

Si empezamos a sobrevalorarnos, resbalamos y caemos de la barra hacia al orgullo tipo 2. Y si comenzamos a tener pensamientos derrotistas, nos resbalamos hacia el otro lado y caemos en la humildad tipo 2.

La figura 16.1 ilustra la barra de equilibrio sobre la que nos desplazamos, procurando mantener al orgullo y a la humildad en una perspectiva apropiada. El orgullo y la humildad no son mutuamente excluyentes. Más bien, como muestra la figura, tenemos que cultivar el orgullo tipo 1 y la humildad tipo 1 al mismo tiempo. Si mantenemos la actitud adecuada, no miraremos despectivamente a los demás, sino que nos evaluaremos y nos sentiremos satisfechos sin compararnos con otros. No pensaremos de nosotros más de lo que debemos, sino que lo haremos con sobriedad de acuerdo con nuestra fe.

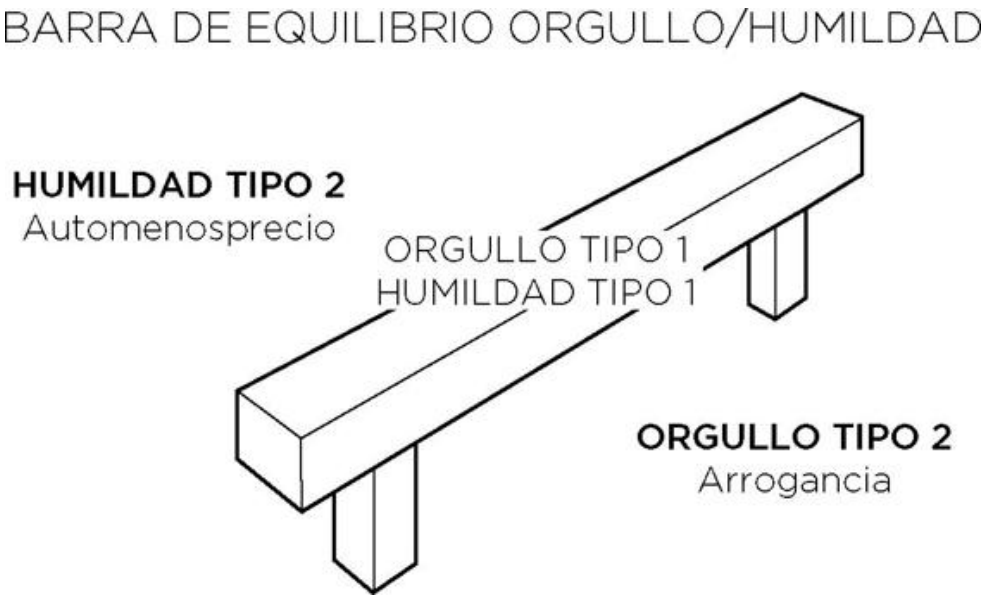


Figura 16.1

Mi absurdo orgullo personal

Mi mayor anhelo el primer año después de graduarme de la universidad, y estar trabajando en el mundo de los negocios, era ser titular de una tarjeta de American Express. Esa pequeña tarjeta verde me parecía un pase al éxito que anunciaría al mundo que yo era alguien.

Sin embargo, no tenía un crédito que me respaldara, de modo que requería conseguir a alguien que firmara como garante. Tan ansioso estaba por alcanzar esa imagen que le pedí a mi suegro que

me diera su respaldo (y lo hizo). La compañía imprime sobre la tarjeta el año en que uno se incorpora como «miembro», y ese dato se vuelve cada vez más importante a medida que pasan los años. Una vez observé a un grupo de hombres, en un almuerzo, que comparaban la fecha en sus respectivas tarjetas, lo que permitía al más antiguo poseedor de la credencial hincharse de presunción.

Si pidiera al vicepresidente de comercialización de la compañía American Express que definiera su producto, ¿qué piensa que diría? ¿Cree usted que respondería: «Es fácil, nuestro producto es una tarjeta plástica que puede ser utilizada para adquirir todo lo que desee en cualquier lugar del mundo»?

No. Si usted llamara al vicepresidente de comercialización de American Express y le pidiera que defina su producto le diría que lo que venden es *prestigio*. Cada operación de la compañía American Express está dirigida a favorecer la noción de que ser poseedor de una tarjeta de American Express es tener «prestigio».

Mi propio apremio para conseguir esa tarjetita verde era producto de un intenso deseo de tener prestigio. Obtener una tarjeta de American Express es ganar prestigio.

Cuando la tarjeta Gold de American Express se volvió popular, ya no la deseaba. Como significaba que el poseedor tenía acceso a un crédito de cinco mil dólares, mi razonamiento era que si la solicitaba daría un paso atrás en mi imagen. ¿Por qué? Porque en ese entonces tenía una cuenta bancaria que me otorgaba mucho más que eso como crédito y no quería que nadie pensara que mi acceso a un crédito era apenas de $5.000.

Pero cuando salió la tarjeta Platinum, ¡esa era otra historia! Para tener acceso a una tarjeta de ellas, uno debió haber gastado un mínimo de $10.000 con la actual tarjeta en los últimos doce meses. ¡Eso sí era prestigio! Con la tarjeta Platinum uno podía exhibir en todas partes su imagen de prestigio.

Un pequeño problema: no había gastado ni cerca de ese monto con mi tarjeta verde. De modo que aun antes de que la tarjeta Platinum entrara en vigencia, empecé a comprar todo con la tarjeta verde: pasajes aéreos, hospedajes en hotel, ropa, zapatos y maletas. Me maravillaba ver en cuántos lugares aceptaban la tarjeta

de American Express. Por supuesto, esto era exactamente lo que la compañía se había propuesto.

La meta que se fijan es generar cada vez mayor volumen de venta por tarjeta. Una manera de alcanzar esa meta es ofrecer más «prestigio» por gastar más dinero. El costo del nivel de prestigio que ofrece la tarjeta Platinum es siete veces mayor que el de la tasa anual de la tarjeta verde.

Un día advertí que mi motivación por poseer la tarjeta Platinum de American Express no era por los beneficios adicionales o las conveniencias que me ofreciera, sino para sentirme más importante que las personas que no la tenían.

En mi mente, había concebido la necesidad de la tarjeta Platinum por el hecho de que viajaba y tenía muchos compromisos sociales. En realidad, estaba sencillamente dejándome moldear a la imagen de este mundo. Ahora llevo con gusto una simple tarjeta verde (más vale poco prestigio que perderlo todo).

Demasiado de algo bueno

Dios ha bendecido mis negocios con abundancia, con prosperidad y con honra. Cuando conversaba con un amigo acerca de por qué Dios me habría bendecido tanto, mientras otros hombres de mucho más talento luchan por salir adelante, él respondió: «Dios te está bendiciendo porque confía en ti». He guardado esas palabras como un tesoro.

Sin embargo, en algún lugar del camino, llegó un momento en que me sentí satisfecho de mí mismo. Mi corazón se hinchó de orgullo, no digamos de arrogancia, pero sí de una sutil altivez respecto a los demás, de un sentimiento de satisfacción por haber logrado más que otros.

Un día, Dios decidió llamarme la atención. Advirtió que mi confiabilidad se estaba viniendo abajo y decidió disciplinarme con firmeza con una prueba que se prolongó durante dos años. Él puso mi negocio en una situación difícil, pero fue el aprendizaje más importante y el tiempo espiritualmente más provechoso de mi vida. No quisiera tener que volver a pasar por esa prueba, pero no la

cambiaría por nada. Fue Dios quien me libró de una vida de orgullo insensato.

Todos los hombres tienden a sentirse satisfechos de sí mismos y a olvidar quién es Dios y lo que ha hecho por nosotros. Moisés recomendó al pueblo de Israel que cuando se sintieran bien con su situación debían alabar al Señor su Dios y cuidar de no olvidarlo.

> No suceda que comas y te sacies, y edifiques buenas casas en que habites, y tus vacas y tus ovejas se aumenten, y la plata y el oro se te multipliquen, y todo lo que tuvieres se aumente; y se enorgullezca tu corazón, y te olvides de Jehová tu Dios. (Deuteronomio 8:12-14)

Ni padre tolerante ni tirano

Otra causa del orgullo tipo 2 es la ausencia del temor de Dios. El temor de Dios, sobre el cual hablaremos en el próximo capítulo, es un concepto difícil de captar. Temer a Dios es odiar el mal, es estar consumido por un sentimiento de reverencia hacia Dios. Dios es amor, pero es también santo y justo. El hombre debe adorar a Dios con reverencia y temor «porque nuestro Dios es fuego consumidor» (Hebreos 12:29).

Un Dios justo merece nuestro temor reverencial. Si no lo fuera, podría transformarse en un *padre tolerante* o en un *tirano*. No tememos a un padre tolerante, porque sabemos que siempre podremos convencerlo para que no nos castigue.

Temer a un tirano opresivo es temer a la injusticia, es el miedo a recibir lo que *no* merecemos. Pero el temor a Dios es la reverencia que concedemos a un Dios Todopoderoso porque él tiene el poder y la autoridad para darnos lo que *sí* merecemos. El temor a Dios mantiene humilde al hombre; la ausencia del temor a Dios nos conduce al orgullo tipo 2.

El rey David escribió: «La iniquidad del impío me dice al corazón: No hay temor de Dios delante de sus ojos. Se lisonjea, por tanto, en sus propios ojos, de que su iniquidad no será hallada y aborrecida» (Salmos 36:1-2).

El hombre que no teme a Dios se vuelve tan orgulloso que no puede detectar su propia pecaminosidad.

El frágil ego masculino

¿Usa usted el fijador de cabello de su esposa? ¡Por supuesto que no! ¿Se ha preguntado alguna vez cómo logran los comerciantes que los hombres usen fijador en aerosol? Lo venden en envases negros.

El negro es el color de los machos. La mafia conduce automóviles negros, los trajes oscuros proyectan una imagen de fuerte personalidad y las prendas de cuero negro son el símbolo de los muchachos rudos. De modo que si usted quiere que los hombres adquieran algo que tradicionalmente ha sido fabricado solo para mujeres, tiene que apelar al machismo del ego masculino y venderle el producto en un envase negro.

Cuando disponga de un momento, compare los ingredientes de su propio envase negro de fijador con el contenido del que usa su esposa. Por supuesto, no hay diferencia alguna dentro del recipiente, sino solo en el envase. Este ha sido diseñado para permitir que el ego masculino siga sintiéndose fuerte y poderoso como un león orgulloso. Mucho de lo que hacemos tiene el propósito de mantener la imagen que tenemos de nosotros mismos. El ejemplo del fijador, sencillamente, apunta a lo fácil que es engañarnos a nosotros mismos y al esfuerzo que invertimos para sentirnos importantes.

Nuestra mayor fortaleza es nuestra mayor debilidad

Cuando estoy en la oficina, soy una persona muy racional y lógica. Mi manera incisiva y precisa de considerar los problemas ha sido una de mis mayores ventajas.

Un día, al llegar a casa, encontré a mi esposa con la cara larga.

«¿Qué te pasa, querida?», pregunté.

Entonces, relató una de esas típicas peleas de vecindario en las que se embarullan los niños. Pero no se trataba de cualquier niño sino de nuestros hijos, y ese día había sido bastante difícil para ella. Tenía los nervios totalmente deshechos. Escuché con atención y

luego le aconsejé tres sencillos pasos que podía dar para enmendar las cosas.

En ese momento me pareció que había dicho algo indebido, porque rompió a llorar. Lo que sucedía es que no quería que le resolviera el problema; no estaba interesada en mi análisis; simplemente quería que alguien la escuchara.

A veces, nuestras mayores virtudes pueden transformarse en nuestras mayores debilidades. Lo que es nuestra ventaja en la oficina puede jugarnos en contra en casa. De la misma manera, cuando nos volvemos confiados en nuestro andar como cristianos, esa seguridad puede transformarse en nuestra debilidad si empezamos a compararnos con otros.

El orgullo tipo 2 es una tentación más frecuente para los cristianos que para los inconversos. A raíz de nuestra búsqueda de una conducta recta, es fácil percibir que nuestra moralidad *es* superior a la de quienes nos rodean. Cuando más nos confiamos en nuestra propia rectitud, tanto más proclives estamos a volvernos orgullosos. Dios prefiere un pecador humilde que un hombre religioso y soberbio.

Ni pequeños ni jerarquías

Mi hija tenía dos roedores, uno de ellos era el más pequeño de su camada. Ella sabía que era así y por eso lo había elegido. Así son las mujeres, ¿no es verdad?

Cada camada tiene un enanito. Es el pequeñito que tiene que esforzarse más para obtener su ración de comida. Las leyes de la naturaleza indican que el más fuerte es el que sobrevive.

Cuando era adolescente, intenté en una oportunidad criar pollos para ganar algún dinero. La aventura tenía la intención de ser un acontecimiento comercial, pero resultó más una oportunidad de aprendizaje que de obtener utilidades.

Esos pollos establecían sus propias reglas. El líder podía picotear a quien quisiera. Luego venía el pollo número dos. Podía picotear a cualquiera menos al número uno. El tercero picoteaba a todos

menos al número uno y al número dos. ¡El pobre pollo del final de la lista tenía muy poca suerte!

Los seres humanos organizamos nuestra propia sociedad con esos criterios del picoteo y de los pequeños de la camada. Dios no lo hace así. Cristo vino a traer un nuevo orden: el de amar a nuestros prójimos como a nosotros mismos en lugar de considerarlos según un orden de jerarquía.

¿Recuerda a la camarera de la que hablamos al comienzo del capítulo? Hable alguna vez con la camarera. Las más jóvenes, divorciadas y solitarias, mantienen niños pequeños con el dinero que muchos hombres destinan solo para almorzar. Las de más edad trabajan con frecuencia porque sus esposos han muerto y no han dejado ninguna provisión para ellas. Tanto las jóvenes como las mayores están *obligadas* a trabajar y, porque algunos de nosotros nos creemos mejores que ellas, no precisamente en las mejores circunstancias. ¿Por qué «picotearlas» con nuestras actitudes? ¿No deberíamos hacer un esfuerzo por levantarles el ánimo y hacerles saber que hay cristianos que se preocupan por ellas? O, para ser realmente prácticos, tal vez duplicar nuestra propina normal.

El precio de juzgar a otros

Un síntoma de soberbia es muy fácil de detectar: la crítica constante a los demás. En ningún otro lugar se ve más esta conducta que en la comunidad cristiana. Los hombres están siempre juzgando la condición espiritual de otros a partir de apariencias externas. Pontifican constantemente acerca de por qué algunas personas tienen éxito y otras no. No hay por qué desmerecer a los hombres cristianos que no tienen éxito de acuerdo con los criterios mundanos, ni volverse suspicaces hacia los que sí lo lograron.

Jesús dijo:

> No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido. ¿Y por qué miras la paja que está en

> el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en el ojo tuyo? (Mateo 7:1-3)

Si me muestro severo juzgando a los demás, ellos lo serán conmigo. ¿Cómo opera este principio? Todos hemos conocido alguna vez a alguien muy especial. Es agradable en su conversación y nunca habla mal de nadie. Uno puede decir realmente que tiene un corazón puro. Nunca lo hemos visto perder el control de sí mismo. ¿Cómo habla usted a otros acerca de esa persona? ¿Acaso no la pone en un pedestal? Es una persona agradable, por lo que la gente le devuelve el mismo trato.

También conocemos a otros que son sarcásticos e irritantes. Siempre están menospreciando a los demás con indirectas y alusiones étnicas burlonas. Uno sospecha que siempre tienen intenciones ocultas. No podríamos confiar en ellos aun si de eso dependiera nuestra vida. Cuando se le presenta la oportunidad de opinar acerca de ese hombre, ¿acaso no lo hará negativamente? He aquí los resultados: «El que ama la limpieza de corazón, por la gracia de sus labios tendrá la amistad del rey» (Proverbios 22:11). Si es humilde y amable con los demás, ellos también lo serán con usted. Si se muestra cáustico, no perderán oportunidad de comentar a otros su agresividad.

El orgullo: un pecado de transición

El orgullo es el primero de los siete pecados capitales (véase Proverbios 6:16-19). Es la fuente de otros pecados. Por la puerta del orgullo, los hombres entran a practicar los pecados propios de un corazón duro. Es el patriarca de los pecados del hombre.

En una ocasión, un hombre que tenía menos éxito que yo en los negocios, me dio un consejo sin que se lo pidiera. Me recomendó no construir determinado edificio. Ignoré su consejo, considerándome más sabio que él. A los pocos meses, me encontré atrapado en una lucha por no sucumbir. Los locales no se alquilaban lo suficientemente rápido y los pagos de la hipoteca nos estaban consumiendo. Mi soberbia me había llevado a juzgar mal, en lugar

de buscar consejo. «Los pensamientos son frustrados donde no hay consejo; mas en la multitud de consejeros se afirman» (Proverbios 15:22).

El orgullo puede llevarnos a discordia, celos, engaño, altivez, alardes, ira, envidia, arrogancia, rebeldía, odio, autojustificación, hipercrítica y actitudes santurronas.

El pecado del hombre ciego

Jesús dijo de los fariseos que eran «guías ciegos» (Mateo 23:16). No hay ningún otro grupo en la Biblia al que Jesús se haya opuesto más que a los fariseos. Despreciaba la hipocresía que tenían; sus corazones soberbios le resultaban repugnantes. Ningún pecado violaba tan contundentemente su nuevo mandamiento —el de amarnos unos a otros— como la altivez de estos guías ciegos.

¿Es usted ciego a las necesidades de otras personas? ¿Percibe el enojo de un hombre como un pedido de ayuda o como una provocación al contraataque? ¿Actúa de manera diferente hacia personas de distinta clase social según la jerarquía que usted mismo ha establecido? Dios no tiene favoritismos; nosotros tampoco debiéramos tenerlos. Cristo nos dio el ejemplo de su humildad; nosotros debemos tener la misma actitud que él. Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes. No debemos mostrarnos altivos, sino dispuestos a asociarnos con los de menor condición social, y no debemos ser engreídos.

El orgullo tipo 2 es un camino que nos lleva a tiempos difíciles. El orgullo del hombre termina humillándolo. Antes de caer en la ruina, lo ha anidado en su corazón. El orgullo precede a la destrucción y el espíritu altivo a la caída. La ruina es su subproducto. El Señor detesta a los hombres que se muestran soberbios; ninguno quedará sin castigo.

El orgullo tipo 2 es difícil de detectar. Se disfraza entre las sombras. Somos ciegos al orgullo que cultivamos porque es difícil ver bien en la penumbra de las sombras. Montar en cólera con su esposa o entretenerse con otras mujeres en sus fantasías secretas son pecados fáciles de percibir. El orgullo, en cambio, es más sutil.

Estoy convencido de que todos somos culpables del pecado de orgullo, y debemos pedirle a Dios que nos humille para que no suframos las consecuencias de la soberbia: desgracia, destrucción, ruina y la oposición de Dios a nuestros planes. Puede parecer desagradable, pero solo la cirugía mayor puede extirpar este corrosivo mal de nuestro corazón.

Pero tampoco olvidemos que, como ocurre con cualquier imperativo moral, ninguno de nosotros puede llegar a ser este tipo de hombre por sus propias fuerzas. De verdad, ¿hay algo en su historia personal que sugiera remotamente que puede lograrlo?

Sin embargo, Jesús fue este tipo de hombre, y al depender en oración de él para que viva en nosotros y a través de nosotros por fe, podemos vencer nuestro orgullo. De hecho, ¿no estaría de acuerdo en que esa es la única manera en que sucederá?

——————— Asuntos a considerar ———————

1. ¿Es erróneo disfrutar del reconocimiento de otros y dejar que nuestro pecho se hinche de orgullo cuando recibimos un cumplido? ¿Acaso no necesitamos que nos animen?
2. ¿Piensa usted que es fácil o difícil diagnosticar en uno mismo el pecado de orgullo? ¿Por qué?
3. Lea Romanos 12:3. En el contexto de este versículo, ¿cuál es una de las maneras en que podemos definir el orgullo equivocado?
4. Lea Gálatas 6:4. Describa la clase de orgullo que se recomienda en este versículo.
5. ¿De qué forma se ha visto recientemente afectado por el orgullo (la arrogancia) de otra persona? ¿Cómo cree que esa persona llegó a desarrollar esa actitud?
   Posibles respuestas:
   - Se sintió satisfecho de sí mismo y olvidó a Dios (Deuteronomio 8:10-14, 17-19).
   - Ausencia del temor a Dios (Salmos 36:1; Marcos 5:39-40).

- Piensa sinceramente que no necesita a Dios (Santiago 4:13-17).
- Otros motivos: [Anotaciones]

6. Lea Proverbios 3:34; 16:5, 18; 18:12; Lucas 18:14. ¿Cuál es el destino del hombre soberbio?
7. Describa un área de su vida —trabajo, esposa, hijos— donde el orgullo sea un tropiezo. ¿De qué manera lo afecta? ¿Qué puede hacer al respecto?

Capítulo 17

El miedo

Lo único a lo que tenemos que temer es al miedo mismo.
Franklin Delano Roosevelt

¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!
Jesús, Mateo 14:27

Le sorprenderá saber que Franklin Delano Roosevelt nació en una familia aristocrática. Con todo, sus padres, ricos e influyentes, lo educaron sabiamente según el concepto de que los privilegiados deben asumir mayores responsabilidades, a fin de ayudar a los menos afortunados.

A pesar de ser tímido cuando adolescente, Roosevelt se desarrolló al incorporarse a la Universidad de Harvard donde contribuyó a la vida universitaria por su participación en los deportes y en el periódico institucional.

Roosevelt ya era conocido como funcionario público (había sido senador nacional y secretario asistente de la Marina) cuando ocurrió una tremenda tragedia: sufrió un grave ataque de polio. Los terribles días que siguieron lo dejaron con un dolor físico insoportable. Pero fue ese mismo Roosevelt, cuya carrera para muchos acababa, quien sacó valor desde lo profundo de su ser, recuperó el uso de las manos y aprendió a caminar con muletas. Durante su convalecencia se sintió oprimido por el miedo al fuego y por la posibilidad de quedar atrapado en un edificio que se estuviera incendiando. Su vida ya estaba devastada: ¿quién lo hubiera culpado por pasar el resto de ella sumergido en la autoconmiseración? Pero en vez de eso, luchó una vez más hasta superar sus debilidades y vencer sus temores.

Ocho años más tarde, llegó a ser gobernador del estado de Nueva York. Y once años después de haber sufrido la parálisis que lo dejó inmovilizado y de haber sido instado a retirarse, Franklin Delano Roosevelt —hombre de temor y de valor— juró como el trigésimo segundo presidente de los Estados Unidos de Norteamérica.

Mientras juraba, el país estaba sumido en la Gran Depresión. Uno de cada cuatro hombres estaba desempleado, muchos carecían del dinero suficiente para alimentar a sus familias, y una gran cantidad había perdido sus viviendas. La gran nación había sido puesta de rodillas: Dios había humillado a los Estados Unidos.

Igual que las piernas de Roosevelt, la nación estaba paralizada por el miedo. ¿Quién podía simbolizar mejor la parálisis que sentía la gente? Los hombres en todas partes sentían la feroz garra del miedo y se preguntaban si ya les tocaría a ellos. Imagínese que uno de cada cuatro hombres en su vecindario no tuviera trabajo, que a su vecino ya le hayan iniciado juicio por la hipoteca y que usted se haya quedado completamente sin ahorros por la quiebra del banco. ¿A dónde recurrir?

Fue en ese trasfondo que Roosevelt tomó con dificultad el micrófono y pronunció el discurso inaugural más animador del siglo XX: «Lo único a lo que tenemos que temer es al miedo mismo».

El problema

¿De qué tiene miedo? ¿Qué le preocupa? ¿Se siente nervioso por el trabajo? ¿Piensa que se avecina una carta de despido? Tal vez trabaje bajo la tensión constante de un jefe que siempre está intentando subcontratar y reducir personal. Quizás acaba de enterarse que tiene una enfermedad que lo va a inhabilitar y no sabe cómo se las arreglará para sostener a su familia. La muerte puede parecerle, en este momento, mejor que la vida.

Algunos estamos atareados con un negocio que pende de un hilo deshilachado. Hace meses que estamos trabajando en ello, y si las cosas salen mal, tendremos que reacomodar todo nuestro estilo de vida, y aun quizás perderlo todo. La sola idea de tener que empezar de nuevo hace que palidezcamos y temblemos.

Quizás uno de sus hijos está metido en las drogas, y usted —incómodo y asustado—, no sabe a dónde recurrir en busca de ayuda. Algunos estamos afligidos porque nos encontramos a punto de perder un ingreso, y eso nos dejará sin margen de maniobra, o peor aún, podría hacer que perdamos el trabajo. Quizás usted se siente intimidado por la gente y, en consecuencia, todas sus relaciones personales están afectadas por la ansiedad.

Algunos sienten que su vida no tiene rumbo, temen que Dios los haya abandonado. Otros, tienen miedo de la incertidumbre del futuro. Muchos más no tienen seguridad de que al morir se encontrarán en la presencia de Dios.

Hay quienes nos vemos consumidos por los problemas que cada día nos trae a la puerta. Piensa: *No tengo ningún problema con la vida eterna, la salvación y todo eso; ¡son las próximas veinticuatro horas las que me aterrorizan!*

Todo hombre lucha con algún miedo. Miedo al fracaso, miedo al rechazo, miedo a una tragedia repentina, miedo a los demás . . . miedos de todo tipo se abren camino hacia nuestros pensamientos conscientes. Si bien algunos de esos temores son provechosos —muchos héroes han surgido justamente en reacción a esas amenazas de la vida— la mayoría de ellos paralizan a la gente. Y aunque el miedo en sí no es ciertamente pecaminoso, si nos lleva a no creer en Dios, puede *convertirse* en pecado.

Para la mayoría de nosotros, la forma en que el miedo nos afecta tiene lugar a través de un proceso que apenas comprendemos. Así que dediquemos este capítulo a explorar y comprender en qué consiste el miedo y cómo afrontarlo.

El miedo y el valor son cosas opuestas. El diccionario define el valor como un estado mental que nos capacita para hacer frente a una dificultad o tragedia con confianza y decisión. El miedo es el estado de agitación mental que nos paraliza y nos impide mirar más allá de la dificultad en sí misma.

La Biblia reiteradamente nos exhorta a no tener miedo. Cuando Jesús habla, a menudo comienza con las palabras: «¡No temas!». Se nos dice que Dios no nos ha dado un espíritu de temor sino de poder, amor y dominio propio (véase 2 Timoteo 1:7). Hasta se nos

dice que el hombre que todavía tiene miedo no ha sido perfeccionado en el amor (véase 1 Juan 4:18). Si en todas partes en las Escrituras se nos estimula a no tener miedo, ¿a qué se debe que constantemente luchemos con todo tipo de temores?

¿Por qué tengo miedo?

Tener miedo es no confiar *plenamente* en Dios, quien nos insta a no temer. Nos promete que si depositamos todas nuestras ansiedades en él, se hará cargo de nosotros (véase 1 Pedro 5:7). Ahora bien, si no tomamos al pie de la letra sus palabras en este terreno, quiere decir que no hemos confiado plenamente en él. El miedo y la falta de confianza van de la mano; donde encontramos al uno, encontramos a la otra. De modo que si queremos entender por qué tenemos *miedo*, debemos entender por qué no *confiamos* en Dios.

Hay tres razones claramente visibles que nos muestran por qué optamos por el miedo en lugar de confiar en Dios.

Siempre se me ha mentido

Recuerdo que en la secundaria sospechaba que mi novia había salido con otro muchacho. Cuando se lo pregunté, lo negó con vehemencia. Luego decidí enfrentarme en una pelea con el que sospechaba era su «otro» caballero de brillante armadura. ¡Mis temores resultaron ciertos y el precio que tuve que pagar por confirmar la mentira de mi noviecita fue una nariz sangrante!

Todas las personas que conozco mienten. Usted miente. Yo miento. Mi esposa miente. Mis padres mienten. Mis colegas mienten. Mis hijos mienten. Siempre se nos ha mentido.

¿Conoce usted algún pecado más difundido que las mentirillas piadosas? Las mentiras blancas se clasifican sin la menor duda entre los pecados verbales más frecuentes. Un investigador descubrió que, cuando dos desconocidos mantenían una conversación, el 60 % de los participantes mentían, en promedio, tres veces en el breve lapso de diez minutos.[34] Otra encuesta comprobó que los adultos admiten decir unas trece mentiras piadosas por semana. Esa misma cifra quizás sea a su vez una mentirilla. Estoy seguro de que en realidad

la cifra es mucho mayor, pero ¿quién se declararía mentiroso? *Todos* decimos mentirillas.

Si siempre se nos ha mentido, si todos los que conocemos mienten, ¿puede sorprendernos que al leer la Biblia nos resulte difícil creer que es verdad? A pesar de que la Biblia nos dice: «¡No temáis!» y nos insta a confiar en Dios, al menos, ocasionalmente, nos preguntamos si es en realidad verdad, puesto que, por lo general, se nos ha mentido.

No hay nada gratis

La Biblia promete que, si confiamos nuestra vida a Dios, él va a satisfacer todas nuestras necesidades y dirigir todos nuestros pasos. Este mensaje nos produce intriga: si confesamos nuestros pecados y debilidades, Dios no solo nos perdonará, sino que nos limpiará de toda maldad. En otras palabras, *Dios nos dará todo lo que siempre hemos deseado, a cambio de todo lo que deseamos librarnos.*

A la mayoría de los hombres les cuesta aceptar tamaña oferta la primera vez que la oyen. Parece un almuerzo gratis, ¡y sabemos bien que no existe nada gratis! Sin embargo, Dios nos ofrece un «almuerzo gratis», que ha sido totalmente pagado por otro.

Si confesamos nuestros pecados y lo seguimos a él, nos dará todo lo que siempre hemos anhelado: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza, todas nuestras resoluciones de cada Año Nuevo. Para obtener ese regalo gratis, todo lo que tenemos que hacer es permitirle que borre de la memoria lo malo que hayamos hecho.

¿Puede sorprender que les cueste tanto aceptar el evangelio a muchos hombres? El evangelio es algo increíble. Jesucristo vino porque los hombres eran incapaces de cumplir las demandas de Dios. Como él es justo, alguien tenía que ser castigado por nuestros pecados, de modo que Jesucristo ocupó nuestro lugar. Fue por *nuestros* pecados, los suyos y los míos, que murió Cristo. ¡No fueron *sus* pecados sino los *nuestros*! Eso es lo que expresan las Escrituras al decir: «Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra

su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:7-8).

A los hombres les cuesta confiar en Dios porque la experiencia nos dice que nada es gratis. En lugar de aceptar lo que nos dice, seguimos buscando el lazo, la trampa. *¿Dónde está el anzuelo?*, nos preguntamos. El resultado es que no llegamos a confiar plenamente en Dios y el miedo ronda en los pasillos de nuestra mente.

Somos realmente culpables

La tercera razón por la que no confiamos en Dios gira en torno a nuestra culpa moral, la cual nos convence de nuestra condición pecaminosa. Nos sabemos culpables de depravación moral en pensamiento, palabra y acción. Reconocemos que nuestros pecados son despreciables, nos disgusta nuestra maldad y nos dolemos por nuestro corazón incurable y perverso.

Somos realmente culpables. Merecemos la ira y el castigo de Dios. Debiéramos, en verdad, tener temor de él, que tiene el poder de darnos lo que en realidad merecemos. Pero en su insondable amor, no nos ha impuesto el castigo que merecíamos y, en cambio, lo ha descargado sobre Jesucristo.

A usted le puede resultar difícil confiar en Dios porque sabe que *es* culpable, y sencillamente no puede creer que él muestre tanta gracia como para perdonar y quitar toda la culpa que usted siente por sus pecados. Sin embargo, eso es *exactamente* lo que él hace.

Cuando los hombres no aceptan el perdón de Dios porque sienten con tanto peso su culpa moral, no han sido «perfeccionados en el amor» y el miedo que les genera la culpa los sigue abrumando. Pero «el perfecto amor [Jesucristo] echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí el castigo. De donde, el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor [Jesucristo]» (1 Juan 4:18). Dios ha detenido el castigo, de modo que no debemos temer, sino confiar en él.

Podemos decir, entonces, que a los hombres les cuesta confiar en Dios porque se les ha mentido durante toda la vida, porque no creen que haya algo gratis y porque les cuesta aceptar su perdón total. Y

quienes no confían en Dios se encuentran, a menudo, atrapados en el *ciclo del miedo*.

El ciclo del miedo

Un día, Jesús necesitaba pasar un momento solo, de modo que les indicó a sus discípulos que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla. El cielo estaba despejado, brillante, y se hicieron a la mar. Durante la travesía, se desató una tormenta y la barca comenzó a ser azotada por las olas y el viento (véase Mateo 14:22-31).

En ese momento, Jesús vino caminando hacia ellos . . . caminando sobre las aguas. ¡Los discípulos se sintieron aterrorizados al verlo, pensando que se trataba de un fantasma! El miedo hizo presa de ellos.

Inmediatamente, Jesús les dijo: «¡Tened ánimo; *yo soy, no temáis!*».

Me imagino que Jesús hubiera tenido algo más para decirles, pero en ese momento, Pedro exclamó: «Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas». Si estaban tan cerca como para verse y escucharse, ¿por qué hacer un pedido tan ridículo? ¿No hubiera sido mejor decir: «¡Señor, sube a la barca y sálvanos!»?

Jesús quizás vio la posibilidad de sacar de esto una enseñanza, porque en lugar de sugerir una idea más prudente, simplemente le dijo: «Ven».

Entonces, sucedió algo sorprendente. ¡Pedro bajó del barco y empezó a caminar sobre las aguas! Siempre pensamos en el hecho de Jesús caminando sobre las aguas, pero Pedro, un hombre como nosotros, también caminó sobre las aguas. ¡Eso sí que requería fe!

Justo cuando Pedro iba camino a convertirse en héroe y en una celebridad, empezó el ciclo del miedo: *vio el viento*. La realidad se hizo presente. De pronto, Pedro se percató de la locura que estaba cometiendo: ¡estaba caminando sobre el agua! Vio el viento y se dio cuenta de que estaba en medio de una feroz tormenta.

¿Cuántas veces hemos iniciado un proyecto —quizás un nuevo trabajo— con mucha fe, solo para encontrarnos, luego en medio de una feroz tormenta? Quizás empezamos la navegación con cielos

claros y brillantes, tal vez sentíamos que el Señor era quien nos enviaba en esa misión, y entonces vino la tormenta. Miramos alrededor nuestro y vemos el viento. El primer factor en el ciclo del miedo es la *realidad*: vemos el viento.

Lo que ocurrió después fue que Pedro perdió su motivación original de parecerse a Jesús. En lugar de eso, al ver el viento, «*tuvo miedo*». El segundo factor de este ciclo es nuestra *reacción*. Cuando se hace presente la realidad, reaccionamos con miedo. Quizás habíamos trazado grandes planes para construir una empresa. Nuestra mente soñaba con la gloria que significa ser dueños de nuestra propia compañía. Pero cuando se instala la realidad —y las ventas no alcanzan a cubrir los costos— nuestra reacción es el miedo.

Una vez que el miedo hizo presa de Pedro, se dio cuenta de que «comenzaba a hundirse». Su fe lo había mantenido a flote, pero cuando optó por el miedo, en lugar de seguir confiando, *empezó a hundirse*. El tercer factor del ciclo es la *consecuencia*. El resultado de nuestra reacción a la realidad es que empezamos a hundirnos. Nuestra fe nos mantiene a flote, pero cuando vienen los vientos y azotan nuestra profesión y nuestra empresa, entonces empezamos a hundirnos en las agitadas aguas de nuestros problemas.

Ahora bien, Pedro no era ningún tonto. Cuando empezó a hundirse, tuvo el suficiente ánimo como para clamar pidiendo auxilio (cosa que muchos no atinamos a hacer). Enseguida exclamó: «¡Señor, sálvame!». Esta simple oración es el cuarto factor del ciclo del miedo: el *retorno*. Pedro regresó a su fuente. Su fe no fue suficiente como para mantenerlo a flote; por eso, sabiamente reconoció que necesitaba ayuda y volvió a su fuente de poder, Jesús, y le gritó: «¡Señor, sálvame!». Cuando usted empieza a hundirse en las profundas aguas de sus temores y problemas, ¿se acuerda de volver a la fuente?

¿Ha notado alguna vez que cuando alguien está realmente en las últimas, no clama a nadie más que a Dios? ¿Ha oído alguna vez al ambicioso empresario caer de bruces en tiempos difíciles y exclamar: «¡Dinero, por favor sálvame!»? Hasta el ateo declarado, cuando siente su vida amenazada, exclama: «¡Dios mío!».

¿Cómo respondió Jesús a esta breve plegaria de Pedro: «¡Señor, sálvame!»? Podría haberse mostrado muy disgustado, que es lo que quizás hubiera hecho yo. Mientras leía este relato, pensaba: «¡Qué idiota, Pedro! ¿Cómo pudiste ser tan estúpido para actuar así?».

Le hubiera dejado tragar un poco de agua para que aprendiera un par de lecciones. Pero la reacción de Jesús no fue condenatoria. En lugar de despacharse con un sermón, nos presenta el quinto y último factor de este ciclo del temor: el *rescate*.

De inmediato, sin dudar un instante, Jesús extiende su mano y alcanza a Pedro. La noticia maravillosa respecto al ciclo del miedo con el que todos luchamos es que no importa cuánto viento haya, no importa lo feroz que sea la tormenta que nos acosa, no importa cuánto miedo tengamos, ni cuán profundo nos hayamos hundido . . . si nos volvemos a Jesús, él nos rescata.

No promete salvarle el negocio, ni arrebatarle el hijo de las drogas, llevar a su esposa a la fe en Cristo o evitar que usted pierda su puesto de trabajo; lo que promete es salvarlo a usted. La maravillosa promesa es que si nos volvemos a él cuando tenemos miedo, Jesucristo nos va a rescatar.

Todos luchamos con este ciclo del miedo. No existe ninguna cura «para siempre». Pero sí podemos incrementar cada vez más el tiempo que seguimos aferrados a la indicación de Jesús: «¡Tened ánimo; *yo soy, no temáis!*». Aprendamos a obedecer a Jesús y a cruzar *del precipicio del miedo* a *la cima del valor*.

De un precipicio a otro

En esta historia de Pedro caminando sobre las aguas, Jesús mostró mucha paciencia y salvó a Pedro del ciclo del miedo. Pero ¿puede un hombre romper ese ciclo y superar realmente sus temores?

A menudo, nos encontramos sobre el «precipicio del miedo», asomándonos a un extenso y profundo abismo, al otro lado del cual percibimos el «precipicio del valor», que es donde quisiéramos estar parados. ¿Cómo llegamos allí? La figura 17.1 ilustra este dilema. Es Jesús quien nos da la respuesta.

Instantes después de haber salvado a Pedro, Jesús le dijo: «¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?». Es decir, por medio de la fe podemos cruzar de un lado al otro del precipicio. Cruzamos del «precipicio del temor» al «precipicio del valor» por *el puente de la fe*. La figura 17.2 muestra de qué forma este puente cruza el desfiladero entre el temor y el valor.

¿Qué es la fe?

«Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» (Hebreos 11:1). *La fe siempre está orientada hacia el futuro*. No necesitamos valor para enfrentar lo que ya conocemos. Es lo incierto del futuro lo que da curso a nuestras dudas y temores.

No conocemos los detalles de lo que va a suceder en el futuro, pero sí sabemos que Dios se hará cargo de todas nuestras necesidades y que nos tendrá para siempre a su lado. Eso es la fe. Un viejo refrán lo resume con estas palabras: «No sabemos qué nos depara el futuro, pero sí sabemos quién lo controla».



Figura 17.1

Jesús es el autor y consumador de nuestra fe (véase Hebreos 12:2). Si fijamos nuestra mirada en él, él aumenta y perfecciona nuestra fe. En muchas oportunidades he escuchado al Dr. Bill Bright decir: «La fe es como un músculo. Cuanto más se la ejercita, tanto más crece».

De manera que cuando nos encontramos al borde del precipicio del temor, mirando a través del abismo hacia el precipicio del valor, recordemos que la fe en Jesús y en el hecho de que él es quien controla el futuro es el puente por el que podemos cruzar ese vacío.

Temor santo versus miedo secular

Uno de los conceptos peor interpretados en la Biblia es el temor de Dios. ¿Cuál es la diferencia entre el temor de Dios y el miedo secular (los demás temores) con los que luchamos?

A menudo, el temor de Dios se pasa por alto, como si se tratara de un problema de traducción. Se suele sugerir que temer a Dios es simplemente pensar en él con reverencia. En realidad, esto implica una comprensión de quién es Dios y el odio hacia todo lo que no es de él. En Proverbios 8:13 se nos dice: «El temor de Jehová es aborrecer el mal». Para odiar sin equivocación el mal, un hombre debe ser capaz de distinguir entre el mal y el bien.



Figura 17.2

Tememos a otros por motivos muy concretos. *Los hombres tienen poder para darnos lo que no merecemos o para quitarnos o impedir que tengamos lo que sí merecemos*. Tienen capacidad para hacer lo malo.

Recuerdo mi primer gran negocio. La comisión que iba a ganar era de seis cifras. ¡Estaba realmente entusiasmado! Cuando iba a cerrar el trato, el comprador se puso furioso, bramó y amenazó con no hacer el negocio a menos que redujera la comisión. Como neófito, me derrumbé frente a la posibilidad de no obtener el negocio y la reduje a un sexto de mi ganancia original. Tenemos motivo para temer a los hombres: pueden tratarnos injustamente.

Debiéramos temer a Dios por las mismas razones prácticas. Él tiene poder para darnos lo que realmente merecemos. Dios *no* tiene la capacidad de actuar injustamente.

Lo que merecemos es el castigo por nuestros pecados. Pero Dios eligió evitarnos el castigo y, en cambio, envió a Jesús a sufrir una muerte vicaria ocupando nuestro lugar por el pecado. ¡Caramba! ¡Eso *sí* que es difícil de captar! Dios es justo, a diferencia de los

hombres, y exige que el mal sea castigado. Pero gracias a él, que ideó un plan para que pudiéramos escapar de su ira: Jesucristo. Y por fe en Cristo, podemos ahora acceder a la vida eterna que Dios nos ha dado en forma totalmente gratuita.

¿Sabemos a quién temer? Tememos a los hombres, pero ellos, en realidad, no tienen poder sobre nosotros. Nos preocupa que puedan engañarnos en un negocio, que nos nieguen un aumento, que nos echen del trabajo, que nos asalten. Pero Dios es quien tiene verdadero poder. Él tiene el poder de la vida y la muerte, el poder de juzgar nuestros pecados. Es quien nos ha preparado una morada eterna, y ha prometido que «a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Romanos 8:28). Él nos dice que seremos «*más* que vencedores» (Romanos 8:37, énfasis del autor). Ahora bien, permítame preguntarle: ¿A quién vale la pena temer, a Dios o a los hombres? «El temor del hombre pondrá lazo; mas el que confía en Jehová será exaltado» (Proverbios 29:25).

John Witherspoon dijo con mucha sabiduría: «Solo el temor a Dios puede librarnos del miedo a los hombres».[35] Nos irá mucho mejor si tememos a Dios, que puede darnos lo que realmente merecemos, en lugar de temer a los hombres que —si bien pueden darnos lo que no merecemos y privarnos de lo que sí merecemos— no tienen en realidad poder alguno para hacernos un daño permanente.

¿Tuvo jesús miedo alguna vez?

No. Enfática y absolutamente no. Nunca. Ni una vez siquiera.

El hecho de que Jesús jamás tuvo miedo es algo que nos ofrece esperanza. Fue *tentado* a tener miedo, pero nunca sucumbió. Si hubo alguna situación en la que era lógico sentir miedo, fue en el monte de los Olivos, la noche que fue traicionado por Judas (véase Lucas 22:39-46).

Jesús conocía su futuro, su destino. Toda su vida conducía a esa inevitable noche. De modo que se retiró con sus discípulos al lugar al que habitualmente iban, el monte de los Olivos. Sabía que lo

acosaría la tentación de sentir miedo. Entonces les dijo a los suyos: «Orad que no entréis en tentación».

Luego se apartó a una distancia como de un tiro de piedra y pronunció su bien conocida plegaria: «Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad sino la tuya». El hecho de que le pidiera a Dios que cambiara de opinión es el primer indicio que tenemos de la torturante situación que estaba viviendo: esperaba su turno para morir, sabía que al día siguiente moriría y estaba tentado a sentir miedo.

En ese momento, Dios envió un ángel para fortalecerlo. ¿Ha estado usted alguna vez en aprietos y le ha pedido a Dios que lo libere de la tentación de rendirse y sentir miedo? Cuando se lo pedimos, siempre nos fortalece, como lo hizo con Jesús. En 1 Corintios 10:13, encontramos la promesa: «Pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar».

En este momento, la agonía de Cristo alcanzó su punto más alto, porque empezó a sudar grandes gotas de sangre. Este fenómeno, que en medicina se llama *hematidrosis*, ocurre solo en raros casos de ansiedad extrema.

Desenredemos nuestras emociones

Para comprender mejor, conviene que *desenredemos nuestras emociones* y diferenciemos el *temor* de la *ansiedad* y del *terror*.

La Biblia describe la condición de Jesús en ese momento como *agonia*, término que se traduce como «agonía» o «angustia» producto de un conflicto. Según los comentaristas, esta es la única vez que se utiliza ese término en la Biblia. Creo que podemos afirmar decididamente que Jesús pasó por la más terrible tentación que jamás se haya experimentado, pero no pecó.

Puesto que había sido fortalecido, podía sostenerse en el precipicio del valor. Las *circunstancias* no cambiaron, pero sí su *actitud*. Dios no eliminó la situación que le provocaba la agonía, sino

que lo fortaleció de manera que no sucumbiera ante el miedo. Agonía, sí. Miedo, no. Esa es nuestra esperanza.

Jesús les dijo a los discípulos: «Orad que no entréis en tentación». Jesús superó la tentación, y por eso podemos contar con su poder para superarla también.

Cuatro pasos para vencer el miedo

Cuando suframos un ataque de ansiedad, tratemos de desenredar nuestras emociones y eliminar el miedo. El primer paso es abrirnos camino en medio de la niebla hasta el «puente de la fe». El segundo es pasar a gatas por el puente hasta llegar al «precipicio del valor». El tercero es someter nuestras circunstancias y actitudes a Dios y a su voluntad. El cuarto es esperar con paciencia que Dios actúe.

Podemos desenredar nuestras emociones y eliminar el miedo. Quizás no podamos modificar las circunstancias, pero podemos restringir nuestras emociones a la agonía y angustia propias de la situación.

Recuerde:

> No os ha sobrevenido ninguna tentación [temor] que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar. (1 Corintios 10:13)

Todo momento de miedo es, a la vez, una oportunidad para confiar en Dios y alejarnos del «precipicio del miedo» pasando por el «puente de la fe» hacia el «precipicio del valor». Tarde o temprano, todos veremos «el fuerte viento». Todos sentiremos miedo en algún momento y empezaremos a hundirnos. Esas son las oportunidades que tenemos para confiar en Dios, clamar a él y pedirle: «¡Señor, sálvame!».

———— Asuntos a considerar ————

1. Todos los hombres luchan con el miedo.

   ❑ Estoy de acuerdo ❑ Estoy en desacuerdo. Explique su respuesta.

2. ¿Por qué es tan difícil tener fe, no tener miedo y confiar en Dios?
3. ¿Con qué está luchando ahora que le produce miedo? ¿Cómo puede superar ese miedo? (Analice «El ciclo del miedo»).
   El ciclo del miedo:
   - Realidad: vemos el viento.
   - Reacción: nos asustamos.
   - Consecuencia: empezamos a hundirnos.
   - Retorno: «¡Señor, sálvame!».
   - Rescate: Jesús extiende su mano.
4. ¿Por qué no podemos superar el miedo de golpe? ¿Por qué tenemos que luchar con el miedo día a día? Lea Mateo 6:34.
5. El valor y el miedo son dos emociones opuestas (véase Mateo 14:27). ¿Qué cosas le producen valor? ¿Cuál es el camino bíblico hacia el valor? Lea Marcos 4:40 y remítase a la figura 17.2.
6. Describa las diferencias entre el miedo secular (miedo a los hombres) y el temor a Dios. Lea Proverbios 8:13; 1 Pedro 3:10-14.
7. Cuando usted ha hecho todo lo que está de su parte, y aun así las cosas parecen no mejorar, ¿cómo debe reaccionar? Lea 1 Pedro 4:12-19; 5:6-7, 10.

Capítulo 18

La ira

«Pierdo la paciencia, pero se me pasa en un instante», dijo el estudiante. «Así es con la bomba de hidrógeno», le respondí. «¡Pero fíjate el daño que produce!».

George Sweeting

Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios.

Santiago 1:19-20

Daniel y su esposa, Kristin, volvían a casa después de una merecida cena. Las calles de la ciudad estaban congestionadas por el tráfico. En un semáforo, Daniel redujo la velocidad para detenerse y, en ese momento, un taxi se abrió paso hacia el estrecho espacio que quedaba delante de su auto.

Daniel se aferró a la bocina y empezó a vociferar improperios al conductor. Pero se encendió la luz verde y el taxista siguió su camino. Daniel decidió darle una lección y empezó a perseguirlo calle abajo, haciendo sonar el claxon, pitando y sacudiendo el brazo por la ventanilla.

Por fin, el taxista tuvo que detenerse ante un semáforo en rojo y Daniel se puso junto a él, del lado de la puerta del pasajero. Bramó y desvarió, pero la ventanilla permaneció cerrada. Después de unos treinta segundos, el chofer del taxi se inclinó, bajó la ventanilla, y le preguntó a secas: «¿Qué quieres que haga, amigo? ¿Que me muera?».

¿Qué es lo que lo enfurece? No hace mucho iba saliendo del enorme complejo de tiendas donde solemos hacer las compras

cuando vi a un hombre que reprendía ásperamente a su hijito de siete años. Su cohibida esposa, con un bebé en brazos, solo atinaba a mirar con el rostro serio y un gesto de temor. De pronto, sin previo aviso, el padre le dio una cachetada en la cara a su hijo.

El niño empezó a llorar, la madre se puso histérica, y yo monté en cólera ante la injusticia, hasta sentir que las venas del cuello me iban a estallar. No hay nada que me encolerice tanto como ver a un padre abofetear a su hijo.

El problema

¿Cómo respondió usted a la pregunta? ¿Qué es lo que lo enfurece? Me pregunto si pensó, como yo, en alguna situación en que una justa indignación lo hace hervir por dentro; o si reflexionó acerca de alguna ocasión en que se enojó porque no pudo hacer lo que quería.

A veces, nos encolerizamos por una causa justa, pero el 99 % de las veces nos enfurecemos porque somos *egoístas* e *impacientes*. Acabo de citar un ejemplo de ira que me favorece, pero le puedo asegurar que el 99 % de los ejemplos que podría dar no me dejarían muy bien parado.

La ira reside tras las puertas cerradas del hogar de la mayoría de nosotros. En mi caso, nunca he perdido la paciencia en la oficina, no me gustaría que mis colegas pensaran que no sé controlarme. Porque el Evangelio es verdad, me he vuelto más paciente con cada año que pasa, pero tengo que admitir que, cuando teníamos niños en casa, rara vez pasaba una semana sin que las chispas de la vida familiar proporcionaran buena leña para un fuego ardiente de ira.

Actuamos bien en la oficina o en los encuentros sociales, pero *lo que somos tras las puertas cerradas de nuestro castillo privado, es lo que en realidad somos*. Al final de un día largo y difícil en el trabajo, cuando usted recoge el puente levadizo hacia su castillo privado, su familia convive con su *verdadera personalidad*.

La ira destruye la calidad de nuestra vida personal, nuestro matrimonio y nuestra salud. Las palabras coléricas son como flechas irrecuperables arrojadas por el brazo del arquero. Una vez disparadas, atraviesan el aire hacia su destino y no pueden ser

recuperadas ni deshacer el daño que producen. Igual que las flechas del arquero, nuestras palabras coléricas perforan como una hoja dentada, y desgarran el corazón al penetrar.

Cuando la ira atraviesa el alma del hogar, drena la vitalidad de la familia. Quizás, de pronto, advierte que la secretaria lo encuentra atractivo. Piensa en el hecho de que su mujer ya no lo aprecia. Nunca se le ocurre que quizás la culpa está en usted, y que si la secretaria lo conociera tal como *realmente es* —ese hombre colérico que se muestra tras las puertas cerradas de su hogar— lo encontraría tan codiciable como un globo desinflado.

Este capítulo está dirigido al *verdadero usted* que vive tras las celosías cerradas. Ese es el hombre al que quiero dirigirme y eso me incluye también.

Tres clases de hombres iracundos

Freddie Fosforito tiene «la mecha corta». Cualquier cosa lo hace explotar. Tiene un punto de irritación tan bajo, que pierde la paciencia con demasiada facilidad. Su ira es un problema de *frecuencia*. Algunos de sus amigos dicen: «Freddie está furioso con el mundo».

Las mínimas irritaciones lo sacan de quicio. Es un hombre airado que busca motivos para enojarse y estallar a la menor provocación, aunque su ira se evapora tan rápido como aparece. Él cree que el daño que produce no tiene consecuencias. No se le ha ocurrido pensar que no es la explosión en sí, sino la frecuencia de sus estallidos lo que hace de él una persona poco grata de tratar. Freddie tiene un espíritu iracundo.

Cary Control no se pone furioso todos los días. ¡Pero hay que ver cuando explota, es dinamita pura! Pierde el control y se despacha con una metralla verbal que hace temblar las rodillas de su esposa y encoger a sus hijos de miedo. Su problema de ira es un problema de *intensidad*.

Cuando se casó, solía pegarle a su esposa, aunque trataba de contenerse en el momento del golpe. De inmediato, rompía en llanto y le suplicaba que lo perdonara.

La amargura que siente Cary por la situación que le toca vivir lo consume cada instante de su vida, y a veces las presiones cotidianas sencillamente lo superan. La intensidad de sus enojos lo asusta, pero no sabe cómo hacer para mantener la calma todo el tiempo. A veces, sencillamente, tiene que dejar que escape el vapor. Cary está sentado en un volcán de ira.

Gary Rencor nunca ha tenido un ataque de ira. En cambio, bulle de rabia y planea su venganza. Sus contraataques están dirigidos a desacreditar al hombre que detesta. Con frecuencia, se despierta a la medianoche, empapado en un sudor frío que le recuerda a la persona que lo ha ofendido. Su problema de ira es un problema de *duración*.

Como es de los que guardan rencor, los jugos tóxicos de la ira arden en la boca de su estómago como el removedor de herrumbre sobre una bisagra oxidada. Cuida su úlcera con los alimentos apropiados, pero los problemas de alta presión y la colitis requieren prescripción médica. Gary simplemente no puede perdonar y olvidar.

Freddie Fosforito, Cary Control y Gary Rencor nos muestran los tres síntomas principales de la ira: *un punto de irritación bajo* (el problema de la frecuencia), *la pérdida de control* (el problema de la intensidad) y *la retención del enojo* (el problema de la duración). Si estos son los *síntomas* de nuestra ira, ¿cuáles son las *razones* subyacentes que nos provocan enojo?

¿Qué es lo que nos irrita sin motivo?

Hay siete razones que estimulan nuestra naturaleza pecaminosa y obstaculizan nuestro esfuerzo por vivir en el Espíritu. En una vida totalmente rendida al señorío de Jesucristo, estas son, a la vez, oportunidades para elegir entre enojarnos o confiar a Dios un área más de nuestra vida.

1. Violación de derechos. Todos creen tener ciertos derechos. A nivel físico, cada uno de nosotros siente que tiene derecho a determinado «espacio». Los psicólogos nos dicen que consideramos como espacio privado cuarenta y cinco centímetros por delante de

nuestro rostro. Una de las reacciones posibles frente a la invasión de este espacio es el enfermarnos de rabia.

2. Frustración con nuestra situación en la vida. Muchos se llenan de amargura por la ira que les produce empezar a sospechar que su «ostra» no tiene la añorada perla que anhelaban. Debemos aceptar lo que nos ha tocado en la vida de parte del Señor, siempre y cuando hayamos hecho una administración fiel de nuestras habilidades.

Para muchos otros, Proverbios 19:3 establece: «La insensatez del hombre tuerce su camino, y luego contra Jehová se irrita su corazón». Existen menos puestos de éxito que los que desean alcanzarlos. Si no estamos contentos con lo que tenemos, la solución no es obtener más, sino aprender a ser felices con nuestra situación.

3. Metas bloqueadas. Establecer y cumplir metas realistas puede ser fuente de enorme satisfacción personal. Todos nos fijamos metas, aunque algunas personas no son demasiado conscientes del proceso. Cuando nos vemos impedidos de alcanzar nuestras metas, sea por motivos valederos o no, con frecuencia reaccionamos con ira.

En Salmos 37:5-8 se nos da la mejor fórmula para establecer metas y la manera adecuada de reaccionar cuando no podemos cumplirlas:

> Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará. Exhibirá tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía. Guarda silencio ante Jehová, y espera en él. No te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades. Deja la ira, y desecha el enojo; no te excites en manera alguna a hacer lo malo.

4. Las irritaciones. Las pequeñas molestias cotidianas a veces parecen pesar más que nuestros verdaderos conflictos.

«Ella siempre aprieta el tubo de pasta dental en la parte superior, cuando debiera hacerlo por la parte inferior». «¡Billy!, ¿cuántas veces tendré que decirte que no juegues con la pelota dentro de la casa?».

No hay nada tan irritante para mí como una camisa pegajosa en un día cálido de verano. Usted sabe a qué me refiero; esos días en que uno sube al auto y parece un horno. El sudor empieza a gotear desde el rostro y en pocos instantes, estamos empapados. Cuando llegamos a nuestro destino, queremos bajar del auto, pero la camisa queda pegada al respaldo del asiento.

En Eclesiastés 7:9 se nos urge: «No te apresures en tu espíritu a enojarte; porque el enojo reposa en el seno de los necios». En otras palabras, no tengas un «espíritu» iracundo.

5. La incomprensión. Como ya he mencionado, hace muchos años escuché al Dr. Henry Brandt decir algo que me produjo una impresión imborrable: «No son los demás los que moldean nuestro temperamento, solo lo ponen de manifiesto». Cuando alguien hiere mis sentimientos, y la ira empieza a crecer visiblemente dentro de mí, tengo que admitir que no es la otra persona la que me está produciendo ira; solo hace salir la que ya estaba acechando al borde mismo de mis pensamientos conscientes.

A menudo, pensamos que la gente no nos entiende: no entienden nuestras emociones, nuestras actitudes, nuestras habilidades, nuestro potencial. Quizás sea así. Pero la autocompasión y un ataque de enojo no nos ayudan a resolver el problema

Benjamín Franklin comentó: «La ira nunca aparece sin motivo, pero rara vez es justificado».

6. Expectativas infundadas. Puedo esperar que un desconocido me defraude. Pero cuando mis amigos cristianos lo hacen, me siento muy mal. El problema es que a menudo establezco expectativas demasiado elevadas para mis amigos y mi familia. ¡Tendrían que ser perfectos para satisfacer algunas de mis expectativas!

Con frecuencia somos demasiado estrictos en lo que esperamos de nuestros seres queridos. Pero todos tropezamos y necesitamos cierta flexibilidad en la definición de nuestras expectativas. «Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo» (Efesios 4:31-32).

7. Motivos patológicos/psicológicos. Ocasionalmente, un hombre puede tener problemas con la ira a causa de una enfermedad o desorden emocional. Quien ha sido víctima de abuso en la niñez tiene estadísticamente más probabilidad de desarrollar la misma conducta anormal de su propio padre.

Un hombre, cuyas erupciones frecuentes e intensas de ira desunen a los miembros de la familia o, peor aun, que llega a golpearlos, debiera buscar terapia profesional, ahora mismo, hoy.

Sinceramente, la mayor parte de nuestra ira termina siendo pecaminosa. Los siete motivos de enojo que acabamos de revisar tienen dos características en común: el *egoísmo* y la *impaciencia*. Nos sentimos tan contentos como una almeja mientras la gente nos consiente, está de acuerdo con nosotros y nos da lo que queremos. Pero no siempre es así, y nuestro egoísmo e impaciencia con frecuencia nos llevan a reaccionar con ira.

Por supuesto, habrá ocasiones en que ella es apropiada.

¿Puede ser justificada la ira?

Lo que casi siempre nos provoca ira son cosas como la llamada de nuestra suegra justo cuando la familia está por sentarse a cenar, o la tardanza sistemática de un socio, o el vehículo que se mete justo delante del nuestro cuando aminoramos la marcha al llegar a un semáforo con la luz roja.

Las cosas que por lo general no nos mueven a ira, pero debieran hacerlo, son el prejuicio racial, el aborto, la pérdida de los valores morales y otras injusticias similares.

Cuando presenciamos *un acto de injusticia* cometido contra otra persona, una reacción bien orientada y controlada de ira —una justa indignación— puede producir un resultado positivo. Cuando sentimos ira frente a la injusticia, cuando el hedor del prejuicio y el fanatismo alcanzan nuestra propia nariz, el hombre justo se inflama de una pasión orientada a corregir el daño que ha percibido. La grandeza de nuestra nación descansa precisamente en nuestro odio a la injusticia.

La *traición* maliciosa de un amigo es una causa razonable de ira. Un secreto que ha sido traicionado parece ser un motivo justo de enojo. Un rumor falso que amenaza nuestra reputación podría ser motivo justificado para que ardamos en ira.

Aun así, nuestro enfoque básico debiera ser el de evitar el enojo. «El necio da rienda suelta a toda su ira, mas el sabio al fin la sosiega» (Proverbios 29:11). Debiéramos mantener el control de nuestra ira y ser pacientes. «Mejor es el que tarda en airarse que e1 fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu que el que toma una ciudad» (Proverbios 16:32).

Todos hemos sentido la punzante flecha de la traición de vez en cuando, pero en lugar de reaccionar con ira, podemos descansar en una extraordinaria promesa.

La promesa para la maldición inmerecida

Quisiera contarles un maravilloso secreto. En realidad, no es tan secreto: está en la Biblia. Pero pocos conocen este bocadillo escogido. Usted no tendrá que afligirse nunca más por un rumor injusto, porque hay *una promesa para la maldición inmerecida.*

La primera vez que empecé a extender las alas y volar un poco más alto en los negocios, ¡enseguida los perdigones empezaron a zumbar en mis oídos! «Nunca obtendrá el financiamiento que se requiere para construir ese edificio».

«No tiene la habilidad necesaria para lograrlo». «He oído decir que tiene problemas financieros». La gente parece ensañarse contra uno.

Aprendí una lección rápida: *El objetivo más visible es al primero que se le dispara*. Usted puede pasar inadvertido en medio del rebaño, o bien sobresalir por su habilidad, y ser objeto del ataque.

Cuando los rumores falsos y los comentarios maliciosos empezaron a alcanzarme, me sentí derrumbado. Allí estaba yo, tratando de elevarme por encima del lodazal de la mediocridad, ¡y todos los disparos me apuntaban!

Una mañana, mientras me lamentaba ante el Señor de la injusta crítica que recibía, me guio con suavidad hacia un proverbio que

transformó mi vida. Ahora ya no me preocupo más por lo que otros puedan decir de mí. En vez de eso, me remito a la promesa que Dios nos da cuando somos tratados injustamente: «Como el gorrión sin rumbo o la golondrina sin nido, la maldición sin motivo jamás llegará a su destino» (Proverbios 26:2, NVI).

De alguna manera misteriosa, por el poder del Espíritu Santo de Dios, una maldición inmerecida entra por un oído y sale por el otro. Dios nos ayuda milagrosamente a discernir la verdad de la falsedad.

Quizás recuerde haber oído algún jugoso chisme acerca de un hombre a quien conoce, y, a pesar de ello, reconocer la falsedad de lo que se ha dicho. Aunque entró por un oído, usted lo dejó salir por el otro.

¿Cuál es el ámbito más proclive a los rumores maliciosos? La viña del Señor, la comunidad cristiana. A veces, se les da la doble función de «cadena de oración». He aquí como funciona: escucho un sabroso chisme acerca de Tom; lo han visto almorzando con otra mujer. Yo soy una persona suficientemente respetable como para andar pasando un chisme que no he verificado. Pero al día siguiente, cuando almuerzo con Ed, le pregunto, de modo discreto, si sabe algo acerca de Tom por lo que debiéramos estar orando. Ed me mira sorprendido y, entonces, sospecha que hay algo. Eso es justo lo que esperaba.

Él me pregunta si sucede algo en lo que pudiera prestar su ayuda. Entonces le digo: «Bueno, probablemente no debería mencionarlo, *pero* acabo de oír que Tom tiene *una aventura amorosa* (observe el cambio de "ser visto en un almuerzo" a "tener una aventura amorosa"). Sería mejor que lo tengamos en oración».

Esa noche, Ed y su esposa cenan con los Thompson. Al comer el postre, Ed menciona que Tom necesita que oren por él.

«No me digas, ¿con qué motivo, Ed?».

«Bueno, he oído decir que está pensando en separarse de Jane. Tiene una amante a la que mantiene en un apartamento céntrico. Debemos pedir al Señor que intervenga».

¿Podría sorprendernos que Tom se inunde de enojo a causa de la traición? Y lo peor es que la mujer a la que invitó a almorzar, que se trataba de una clienta, no concretó el negocio. Pero Tom en realidad

no tiene de qué preocuparse. La promesa para quienes reciben una maldición inmerecida es que Dios pronto pondrá las cosas en su lugar.

¿Qué sucede cuando nos enojamos?

Cuando mi hijo tenía ocho años, adquirió la costumbre de derramar su leche con chocolate. Una noche, derramó un enorme vaso y salpicó por todos lados. Enfadado, me marché como una tromba al dormitorio, igual que una criatura caprichosa, y me negué a regresar a la mesa.

«El que fácilmente se enoja hará locuras» (Proverbios 14:17). Cuando nos enojamos, corremos el riesgo de volvernos muy necios. Por supuesto, estas cosas ocurren casi siempre en el hogar, tras las puertas cerradas, una vez que hemos levantado el puente para aislar nuestro castillo durante la noche.

Nuestra ira tiene sus consecuencias. «El de grande ira llevará la pena; y si usa de violencias, añadirá nuevos males» (Proverbios 19:19). Nuestra empresa solía contar con un ejecutivo que se enojaba a la menor provocación. Atemorizaba a todo el personal auxiliar, y los demás ejecutivos lo detestaban.

Yo seguía perdonándolo y olvidando, hasta que me llegó la noticia de las consecuencias de su ira. Al parecer, había ahuyentado a todos los agentes inmobiliarios de la ciudad, de quienes dependemos estrechamente para el alquiler de nuestros edificios. La gota que colmó el vaso fue enterarme de que estaba desanimando a los inquilinos que nos llamaban por consultas de rutina.

Una mañana, lo cité a mi oficina y le dije: «Fred, te estimo, lo digo con toda sinceridad. Pero el aspecto laboral de nuestra relación ha llegado a su fin. Estás despedido».

El hombre de temperamento airado tiene que pagar las consecuencias de su irritabilidad. Cuando se pasan por alto sus reacciones, con toda seguridad habrá que salir otra vez a su rescate.

Cuando nos comportamos como Gary Rencor nos volvemos prisioneros de la persona que detestamos. El Dr. S. I. McMillen, en su libro *None of These Diseases* [Ninguna de estas enfermedades],

describe elocuentemente el destino de la persona que guarda rencor:

> En el momento en que empiezo a odiar a un hombre: me transformo en su esclavo. No puedo disfrutar de mi trabajo porque llega a controlar hasta mis pensamientos. El resentimiento libera demasiadas hormonas por la ansiedad en mi cuerpo y empiezo a sentirme fatigado a las pocas horas de trabajar. Lo que antes disfrutaba, ahora me parece mera rutina. Hasta las vacaciones dejan de brindarme placer. Puedo conducir un auto de lujo a orillas de un lago flanqueado de hermosos árboles otoñales, robles y abedules. En cuanto a mi experiencia de placer se refiere, lo mismo daría conducir una camioneta en medio del barro y la lluvia.
>
> El hombre al que odio me persigue a todas partes y no puedo escapar de su garra tiránica que se mantiene aferrada a mi mente. Cuando el mozo me sirve un jugoso bife con papas fritas, espárragos, ensalada y de postre tarta de fresas acompañada de helado, me daría lo mismo comer pan rancio y agua. Mastico la comida y la trago, pero el hombre al que odio no me permite disfrutarla [. . .]
>
> El hombre al que odio puede estar a miles de kilómetros de mi dormitorio; pero, con una crueldad más perversa que la del peor capataz de esclavos, fustiga mis pensamientos con tal frenesí que mi mullido colchón se transforma en una mesa de torturas.[36]

Otra de las consecuencias de la ira concierne a nuestra salud. Entre el 75 % y el 90 % «de todas las visitas al médico son por dolencias y quejas relacionadas con el estrés».[37] La ira produce secreciones a nivel de las glándulas suprarrenales, tiroides y pituitaria; y libera toxinas en la corriente sanguínea. Nuestra ira (lo mismo que el temor) es motivo de ataques cardíacos, infartos, arteriosclerosis, alta presión sanguínea, úlceras y una lista interminable de otras enfermedades fatales.

¿Cuándo es pecado la ira?

Casi siempre. La ira se las arregla para transformarse en pecado. «Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios» (Santiago 1:19-20). Cuando somos pacientes hay paz, pero cuando reaccionamos con enojo provocamos el enojo de otros. ¡Antes que podamos darnos cuenta, nuestro comentario acerca del horrible tatuaje de fulano culmina en acusaciones sobre la herencia de nuestra madre!

La mejor guía respecto a la ira la encontramos en Efesios 4:26-27: «Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo». Hay tres perlas de sabiduría en este pasaje. Primero, contrólese cuando esté enojado y no peque. Segundo, nunca vaya a dormir estando enojado. Deberíamos caer de rodillas, perdonar al ofensor y pedir perdón. Tercero, cuando estamos enojados, corremos el riesgo de perder el autocontrol. El diablo puede advertir la hendidura en la puerta y ganar posición. Nunca deje que el sol se ponga sobre su enojo. Ese es el momento en que se transforma en pecado.

Cómo reaccionar a la tentación de la ira

He aquí algunas pautas bíblicas sobre cómo reaccionar a la tentación de pecar cuando sentimos ira.

- *Mantenga el control*. «El necio da rienda suelta a toda su ira, mas el sabio al fin la sosiega» (Proverbios 29:11).
- *Pase por alto las ofensas*. «La cordura del hombre detiene su furor, y su honra es pasar por alto su ofensa» (Proverbios 19:11).
- *Evite relacionarse con hombres de temperamento irritable*. «No te entremetas con el iracundo, ni te acompañes con el hombre de enojos, no sea que aprendas sus maneras, y tomes lazo para tu alma» (Proverbios 22:24-25).
- *Aplaque la ira*. «La blanda respuesta quita la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor» (Proverbios 15:1).

Conclusión

Los hombres casi siempre se enojan como consecuencia de su egoísmo e impaciencia más que por la reacción frente a la injusticia que se comete contra otros. Freddie Fosforito tiene «mecha corta»; su ira es un problema de frecuencia. Cary Control no se enoja todos los días, pero cuando lo hace . . . ¡más vale no estar cerca! Pierde los estribos; su ira es un problema de intensidad. Gary Rencor planifica la venganza de su ira. Si alguien lo ofende, se las va a pagar. Su ira es un problema de duración.

Los hombres se enojan injustificadamente por las siete razones que hemos descrito. La única ocasión en que se justifica nuestra ira es cuando, siempre que actuemos con control, reaccionemos de manera constructiva ante la injusticia o la traición.

La promesa que se nos ofrece para una maldición inmerecida, en Proverbios 26:2, nos protege de los falsos rumores y chismes que hacen todo lo posible por manchar nuestro buen nombre.

Cuando un hombre se enoja, corre el riesgo de hacer cosas necias. El hombre airado debe pagar las consecuencias de su mal temperamento. A menudo, es la salud la que paga las culpas.

¿Es usted un hombre colérico? ¿Se ha estado engañando a sí mismo creyéndose un buen tipo solo porque en la oficina todos lo quieren? Recuerde que su verdadera persona es la que se muestra tras las puertas cerradas de su castillo privado. Ese es el hombre que, junto conmigo, debe releer este capítulo.

Si usted se enoja con facilidad y quiere vencer el pecado de la ira, lo primero que debe comprender es que no puede hacerlo solo. Si intenta conquistar su ira mediante el esfuerzo o la voluntad humana, fracasará. Pero Jesús *en* usted puede y le dará el poder para lograrlo —por lo general con el paso del tiempo— si lo hace parte de su búsqueda. Entonces, ¿qué debe hacer a continuación, en términos prácticos?

Primero, invite a Jesús a guiarle en cada paso del camino y a darle su poder y su fuerza. Segundo, empiece por aislar las razones de su enojo basándose en la lista de los siete motivos de ira que mencionamos al principio de este capítulo. Pídale a Dios que le

revele a fondo cuál es su pecado en el terreno de la ira. Tercero, pídale que lo perdone y que lo transforme en un hombre paciente y sin egoísmo.

Cuarto, la próxima vez que sienta que la sangre empieza a hervir dentro de usted, pregúntese: «¿Me estoy enojando por motivos *egoístas*? ¿Me estoy enojando por *impaciencia*?». Si es así, *retenga lo que está a punto de hacer o decir*.

Por último, diríjase a aquellos a quienes ha herido con su ira y pídales perdón. Si les ha provocado profundas heridas, quizás no respondan de inmediato a su pedido. No importa. A medida que demuestre haber cambiado, ellos reaccionarán a su transformación. ¿Qué cosa podría ser más emocionante que la perspectiva de recuperar su hogar, que ahora es una cámara de torturas, y convertirlo en un palacio?

——————— Asuntos a considerar ———————

1. No tiene nada de malo que los hombres se encolericen.

   ❑ Estoy de acuerdo ❑ Estoy en desacuerdo. Explique su respuesta.
2. Lea Efesios 4:26-27. ¿Cuándo la ira se transforma en pecado?
3. ¿Qué es lo que más le molesta, aquello que realmente lo saca de quicio? ¿Cree usted que su reacción airada es justificada?
4. ¿En qué casos el beneficio de la ira puede compensar su costo? (Una pista: aplique el análisis tradicional de «costos/ganancias» que se hace en los negocios).
5. Lea Proverbios 22:24-25. ¿Qué riesgos implica vincularse con gente de temperamento airado?
6. Revise las maneras apropiadas de reaccionar frente a la tentación de encolerizarse:
   - según Proverbios 29:11
   - según Proverbios 19:11
   - según Proverbios 15:1

7. ¿Es Dios un Dios de ira? Lea Salmos 30:5; 78:38-39; 103:8; Jonás 4:2; 2 Pedro 3:9. Basándose en lo que estos versículos nos dicen acerca de Dios, ¿cuál debiera ser nuestra actitud?
8. Según Gálatas 5:16-17, ¿cómo describiría las dos fuerzas que luchan en su interior? ¿Cómo puede una persona vivir en el Espíritu?

Capítulo 19

El deseo de ser independiente

Soy el arquitecto de mi destino, el capitán de mi alma.
William Ernest Henley

Conozco, oh Jehová, que el hombre no es el señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos.
Jeremías 10:23

Brad se alejó bamboleando unos pasos de su papá, con afán de explorar. ¡De pronto, se dio cuenta de que había cruzado la habitación y, lleno de terror, se volvió y corrió hacia su papá tomándose con fuerza de sus piernas!

En un momento, recuperó el valor y, paso a paso, llegó hasta la habitación contigua. Hubo unos minutos de quietud, ¡hasta que Brad apareció atropelladamente por la puerta y se dirigió presuroso hacia su papá, abrazándose a él con tal fuerza que casi lo desploma!

Brad tenía dos años y ya empezaba a demostrar su deseo de independencia. Esta precoz autonomía coexistía con la absoluta confianza de que su papá cuidaría de él. Del mismo modo, como hijos de nuestro Padre celestial, podemos elegir confiar en él o rebelarnos contra su autoridad.

El problema

Se nos educa para ser independientes. Desde sus primeros sermones, mamá y papá nos enseñaron a ser independientes en la vida y a crear nuestro propio lugar. A la mayoría de los hombres se

les enseña que deben defenderse solos. «¡La vida es lo que haces de ella!», se nos dice.

Aprendemos desde pequeños que podemos ser los autores de nuestro propio destino; podemos ser los capitanes de nuestra alma, los amos de nuestra suerte o, al menos, parecerlo.

Los hombres quieren controlar sus propias vidas. Aunque no se nos hubiera enseñado a buscar independencia, nuestra propia naturaleza humana nos empujaría en esa dirección. Queremos ser libres para trazar nuestro propio rumbo. Queremos tener poder para modelar los sucesos de nuestra vida. Así es como demostramos nuestro deseo de ser independientes. Pero, en nuestro esfuerzo por ser autónomos, a menudo rompemos filas con Dios y tomamos nuestro propio camino.

Hay una diferencia abismal entre asumir la *responsabilidad* de nuestra vida y tratar de vivir *independientes* de Dios. Debemos ser responsables por nuestra vida, nadie va a ir a trabajar por nosotros, nadie va a pagar nuestras cuentas. La diferencia es esta: la responsabilidad reconoce *nuestra parte* y *la parte de Dios*. La nuestra es confiar en Dios y cumplir fielmente con nuestras obligaciones. La de Dios es proveer para todas nuestras necesidades y nuestro bienestar. La independencia se rebela contra la influencia de Dios y cree que puede satisfacer por sí misma sus necesidades.

El hombre independiente piensa: *Quiero hacer lo que deseo, cuando quiera, donde quiera y con quien quiera. Quiero tener el control de mi vida. Satisfacer mis ambiciones. No quiero depender de nadie. La gente me decepciona. Dios me va a decepcionar. Puedo hacerlo solo.*

Si logro ser independiente, no necesitaré depender de nadie, no tendré que confiar en nadie y evitaré el sufrimiento que podría producirme el hecho de que alguien me decepcione o me desilusione.

Si logro ser independiente, tendré el control de mi propia vida, tendré el poder, sea por medio del dinero o de la influencia, para abrirme camino; tendré la libertad de ir y venir como se me antoje.

Más a menudo de lo que se piensa, este deseo de ser independiente se disfraza. Todas las apariencias hacen creer a

nuestro cónyuge y a nuestros amigos que estamos en el camino correcto, pero a menudo, practicamos una especie de autosuficiencia pasiva. No es una rebelión declarada, pero lo cierto es que no buscamos el consejo de Dios y, frecuentemente, rechazamos sus advertencias: seguimos el nuestro.

Lo opuesto a este deseo de ser independientes de Dios es depositar nuestra confianza en él. El hombre que no confía en Dios confía en sí mismo y en las filosofías de este mundo, que son el compendio de la autonomía.

El movimiento del potencial humano

Yo era muy activo en este movimiento, tanto antes como después de convertirme al cristianismo. Todos los libros que exponían los méritos de «construir el camino hacia el éxito» estaban en mi biblioteca. «Lo que la mente puede concebir y creer, lo puede lograr», expresaba esta ideología.

Es más, creo que mi vida es, en muchos sentidos, producto de esta corriente de pensamiento. En realidad, habría sido muy difícil estar en el mundo de los negocios y no sentirse, al menos en parte, influenciado por la creencia de que «uno puede lograr todo lo que se proponga». Los cristianos no tenemos ninguna inmunidad natural contra el deseo de ser independientes.

Esa concepción es acertada. Por el poder de nuestra capacidad y la fortaleza de nuestras propias manos *podemos,* efectivamente, alcanzar el éxito a nivel humano. El problema, sin embargo, es que Dios no quiere que confiemos en nosotros mismos, sino en él.

El contraste entre confiar en el hombre y confiar en dios

Jeremías, el profeta de las lamentaciones, registra una emotiva descripción en la que contrasta el destino del que cree en sí mismo (el hombre independiente) y del que confía en el Señor (el hombre dependiente).

El hombre independiente

> Así ha dicho Jehová: Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová. Será como la retama en el desierto, y no verá cuando viene el bien, sino que morará en los sequedales en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada. (Jeremías 17:5-6)

El hombre que depende de su propia fuerza o confía en el sistema de valores de este mundo será miserable. La clase de hombre del que habla Dios en este pasaje no es precisamente un tipo malvado o perverso. Describe, más bien, a un hombre de valor, a uno que, por las apariencias, es un triunfador. Pero en su interior, se ha vuelto contra Dios. ¿Y cuál es el destino de este hombre independiente? Como un arbusto que no produce semillas, transcurre a los tumbos sin dar fruto, sin llegar a ninguna parte.

El hombre independiente nunca puede satisfacer su sed de significado y propósito en la vida. ¿Será ese «desierto» un estado mental o un sitio concreto? Conocemos hombres que viven en la opulencia, pero los surcos en sus rostros nos revelan que viven en una tierra desolada.

Hace poco, me crucé con un distinguido caballero que salía de una tienda. No pude evitar observar su rostro dulce y amable. Se me ocurrió, en ese momento, que la cara de cada hombre nos dice la historia de su vida. El rostro de algunos es suave como el de ese caballero, pero la cara de muchos otros es dura y nos habla de una vida independiente en una tierra devastada.

El presidente Lincoln denegó una vez un cargo a una persona, citando como razón: «No me gusta su cara».

Un miembro del gabinete manifestó su sorpresa y le hizo saber que le parecía que no era una razón valedera.

Pero Lincoln cerró el caso afirmando: «Todo hombre, pasados los cuarenta años, es responsable de su rostro».

El rostro del hombre declara su clase de vida: dependiente o independiente.

El hombre dependiente

> Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto. (Jeremías 17:7-8)

Si el hombre independiente será miserable, es grato saber que el dependiente será bendecido. La metáfora de un árbol plantado junto al agua nos trae la imagen de un entorno tropical exuberante, repleto de sabrosos frutos: ¡un verdadero oasis! La vida en dependencia de Dios debe saber a miel, ¿o no?

Cuando observamos más cuidadosamente este pasaje, vemos que este hombre «no *verá* cuando viene el *calor*» y «en el año de *sequía* no se *fatigará*». ¿Está Jeremías describiendo un oasis? Nada de eso. Lo que pinta son tiempos difíciles. El cristiano no está exento de pasar tiempos difíciles. Dios hace que la lluvia caiga sobre malos y buenos. Los tiempos duros llegan para todos los hombres: simplemente son parte de la vida. «Allí estaba yo, tranquilo, atendiendo mis negocios, y de pronto . . . ¡la vida dio un vuelco!». A todos nos toca sufrir.

La diferencia entre el hombre que confía en Dios y el que confía en sí mismo no está en las *circunstancias*, sino en la *reacción* ante esas circunstancias. Dos personas pueden padecer el mismo cáncer, pero tratar la situación de manera totalmente diferente. El hombre que confía en Dios asume una actitud positiva. Sabe que vendrán tiempos malos, pero no teme; no se preocupa ante las inevitables pruebas de la vida.

Esa es la diferencia entre el rostro de los hombres independientes y los dependientes: el primero teme al futuro en

tanto que el segundo sabe que Dios se hará cargo de él.

Cuanto más cerca del agua crece el árbol, mejor nutrición tendrá. El agua es la fuente de nuestra vida física, de la misma manera que Dios es la fuente de nuestra vida espiritual. Cuando confiamos en Dios, estamos realmente cerca de la fuente de vida.

* * *

El viento aullaba y la lluvia azotaba en ambas direcciones. Hacía cincuenta años que no se veía en Nueva Orleans una tormenta semejante. Mike reunió a su familia debajo de la escalera, mientras escuchaba con atención la radio portátil, en espera de algún indicio de que la tormenta disminuyera.

Hacía varios años que Mike había plantado dos árboles en su jardín: un roble y un olmo. Estos habían crecido y sus ramas extendían su sombra sobre casi la mitad del patio.

A la mañana siguiente, cuando pasó la tormenta, Mike salió para evaluar los daños. Para su sorpresa, el gigantesco olmo había sido arrancado de cuajo y yacía recostado sobre la verja del vecino.

«¡No tiene raíces!», exclamó Mike. El olmo no tenía raíces que le sostuvieran. El roble, en cambio, estaba de pie, un solemne recordatorio de que cuando las tormentas de la vida nos arrasan, necesitamos tener raíces profundas.

El hombre independiente tiene raíces superficiales como el olmo. Es como «la retama en el desierto». El hombre dependiente, en cambio, tiene raíces profundas como el roble.

La ilusión del poder

Si queremos ser independientes necesitamos poder: ya sea la fuerza bruta para superar difíciles condiciones de vida o el poder político que nos permita ejercer cierta influencia sobre nuestras vidas. El dinero da poder. El dinero lubrica el sistema. Una posición de poder permite a un hombre ser independiente de los demás.

Pero ¿qué es el poder, el *genuino* poder? La clase de poder en la que casi siempre pensamos es, en realidad, impotente. El poder

genuino es dominio exclusivo de Dios y de aquellos a quienes él lo otorga. Sin el poder de Cristo, no habría mundo alguno.

> Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten. (Colosenses 1:16-17)

Sin su poder, las hojas de los árboles literalmente se caerían al suelo. Él es el Señor de todo el mundo, aun de aquellos que lo rechazan. «¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre» (Mateo 10:29). Esa es la clase de poder genuino que tiene Cristo. ¿Qué clase de poder es el que tienen los hombres?

La Biblia nos dice que no podemos tener verdadero poder a menos que confiemos en Cristo. En Mateo 5:36 se nos hace notar que no tenemos poder para cambiar el color de un simple cabello. En Mateo 6:27, Jesús señala que no tenemos poder para agregar ni un segundo a nuestra vida. En Santiago 4:14 se nos recuerda que no podemos decir con certeza qué ocurrirá el día de mañana. Y el pasaje de Hechos 27:20 deja en claro que no tenemos poder para salvarnos de una catástrofe. Jesús acaba totalmente con nuestra soberbia al declarar que nadie puede tener vida eterna a menos que confíe en él. ¿Dónde está, entonces, nuestro poder? No tenemos poder alguno excepto aquel que Cristo nos da.

Los partidos que jugamos para ganar nuestra autonomía solo confieren un poder minúsculo. No somos más que una miniatura débil e impotente. El poder que desplegamos unos sobre otros nos asemeja a un puñado de hormigas ciegas: nos movemos agitadamente, conspiramos y planificamos, sin advertir u olvidar que nunca podremos tener poder genuino y real a menos que Dios nos lo conceda por gracia.

Es como si fijáramos la vista en el agujero en lugar de la rosca. Nos fijamos en pedacitos de la vida y perdemos de vista el conjunto.

Nos preocupamos demasiado por cosas superficiales y hacemos caso omiso a los problemas globales de la vida.

Jesús, y solo él, puede sanar a los enfermos, satisfacer nuestra necesidad de encontrar significado a la vida y garantizamos trascendencia más allá de nuestra minúscula porción de ochenta años de vida terrenal.

El momento decisivo

El momento decisivo de nuestra vida es cuando dejamos de buscar al Dios que queremos tener y empezamos a buscar al verdadero Dios, tal cual es. Cuando queremos forjar nuestra independencia, tratamos de hacer un Dios tal como lo queremos, en lugar de conocerlo como realmente es. Esto, concretamente, es adorar ídolos.

En la actualidad, tenemos muchos dioses sustitutos (o ídolos) —el dinero, la profesión, el club social, la influencia, el prestigio, la apariencia física, las posesiones, el poder y el número de amigos en Facebook— que mantenemos a costa de enormes inversiones de tiempo. Más allá de la importancia que pudieran tener estos otros objetivos, lo cierto es que reducen el tiempo real que disponemos para el único Dios verdadero.

Los occidentales tendemos a elaborar nuestro propio Dios, mediante una definición concisa y compacta de quién es él. Estoy convencido de que nuestra perspectiva es muy diferente a la de los cristianos en Rumanía o Egipto. John White escribió acerca de Dios:

> Durante esta segunda mitad del siglo, Dios ha sido considerado de manera trivial, empaquetado como un entretenimiento, presentado como una especie de panacea psicológica, un pegamento celestial que mantiene unidas y felices a las familias, una máquina celestial que provee para todos nuestros antojos, una fórmula para el éxito, el recaudador de fondos para empresas seudoreligiosas, una frase almibarada para usar en las etiquetas, una especie de pastel espiritual cubierto de helado.[38]

De alguna forma, Dios es como el presidente de los Estados Unidos. Sabemos algo acerca del presidente: escuchamos sus conferencias de prensa y leemos acerca de sus perspectivas e ideas. Algunos han podido estrechar su mano o quizás han visitado la Casa Blanca. Pero ¿cuánto conocemos de él *en verdad*? En realidad, muy poco.

De la misma manera, tenemos una percepción muy pequeña de Dios. Pero podríamos saber más acerca de él si nos lo propusiéramos. No lo conocemos como es porque nunca nos lo hemos propuesto. La diferencia entre el presidente y Dios es que con Dios podemos llegar a conocerle tan íntimamente como queramos. Todo lo que tenemos que hacer es invertir tiempo.

El arquitecto húngaro, Erno Rubik, inventó ese rompecabezas conocido como el cubo mágico de Rubik, que tiene cuarenta y tres quintillones de posiciones posibles. A veces, entender la Biblia puede parecer tan difícil como descifrar el acertijo de Rubik.

Si somos realmente sinceros, debemos reconocer que cuando leemos la Biblia, con frecuencia nos sentimos confundidos. No entendemos mucho de lo que leemos. Parte de la Biblia parece estar escrita en códigos y en clave. Por ejemplo: «Si tu ojo fuere causa de pecado, arráncalo» (Mateo 18:9). ¿Qué quiere decir eso? ¿Cómo debemos interpretar las Escrituras? ¿Cómo desciframos el código?

No debiera sorprendernos que nuestras mentes finitas, geográficamente limitadas y moldeadas por la experiencia, arriben a conclusiones diferentes acerca de quién es Dios. Demóstenes dijo: «No hay nada más fácil que el autoengaño. Ya que lo que desea cada hombre es lo primero que cree». Nuestro error no radica tanto en la conclusión a la que arribamos, sino en el hecho de que nos engañamos a nosotros mismos con la información que él nos ha provisto.

La única manera de escapar de la trampa de tratar de llevar una vida independiente, es empezar a buscar a Dios tal como él es. Cuando conozcamos al Dios que es, él nos ayudará a descifrar sus misterios y nos mostrará cómo llegar al pináculo de la confianza en su persona.

¿Está preparado para dejar de buscar al Dios que desea y empezar a buscar al Dios que realmente es? Para que podamos llegar a ese momento decisivo, se nos pide que busquemos a Dios tal cual es, sin embellecer su figura. Él exige que abandonemos nuestro deseo de ser independientes.

Conclusión

Nuestros recuerdos nos traen a la memoria cómo fuimos empujados hacia el mundo de la realidad. Se nos educó para que fuéramos independientes, responsables de nuestra vida y trazáramos nuestro propio destino.

Los hombres quieren controlar sus vidas: eso es así en razón de nuestro entrenamiento y nuestra naturaleza. Si logramos tener el control, podemos ser realmente autónomos y hacer lo que queramos. La ideología del potencial humano aviva las ascuas de nuestra autoconfianza. La tentación es que nos hagamos cargo de nuestras propias vidas y establezcamos nuestras propias normas.

Sin embargo, Dios ha establecido valores morales y espirituales de carácter absoluto. Nuestro pequeño y mezquino poder no es tal cosa cuando se compara con el poder de Dios. ¿Quién puede siquiera agregar un segundo a su vida o salvarse a sí mismo?

El hombre que confía en sí mismo o en las instituciones humanas está destinado a vivir una vida miserable, en tanto que aquel que confía en Dios será bendecido. Confiar en Dios es depender de él, en tanto que confiar en el hombre es actuar según nuestro deseo de autonomía.

El momento decisivo de nuestras vidas es cuando dejamos de buscar al Dios que queremos tener y empezamos a buscar al Dios que es. Dios se revela a todo hombre que sinceramente desea abandonar su rebelión para conocerlo tal cual es.

En las páginas anteriores, se le ofreció la oportunidad de recibir a Cristo en su vida. Quizás no estaba listo para hacerlo en ese momento, pero ha estado repasando mentalmente las cosas mientras seguía leyendo.

Tal vez usted ya sea cristiano, pero se da cuenta, al leer estas páginas, de que ha estado viviendo una farsa delante de Dios, que no lo conoce como realmente es y que no es más que un cristiano cultural. Quizás ha llegado ahora el momento decisivo de su vida. Usted advierte que hay más de Dios por conocer que lo que pensaba y le gustaría avanzar hacia ese nuevo nivel con él para llegar a ser un cristiano bíblico.

Si está listo para aceptar el compromiso de seguir a Cristo y buscar al Dios que es, sea por primera vez o bien reafirmar su compromiso, entonces la plegaria que sigue le ofrece una manera de expresar ese deseo a Dios. Recibimos a Cristo por fe, como un acto de voluntad. Es una decisión, no una plegaria. Sin embargo, una oración es una excelente forma de expresar el anhelo y la actitud de nuestra mente y corazón. He aquí una sugerencia:

Señor Jesús, confieso que he pecado contra ti al buscar mi propio camino, rebelándome contra ti y confiando en mí mismo. No te he conocido como realmente eres, sino que he buscado al Dios que yo quería tener. Estoy empezando a advertir la diferencia. Perdóname, Señor. Te abro la puerta de mi vida y te recibo como Señor y Salvador. Gracias por morir en la cruz por mis pecados. Toma el control de mi vida y haz de mí el hombre que quieres que sea. Amén.

¿Expresa esta oración el deseo de su mente y corazón? Si es así, ¿por qué no se arrodilla ahora mismo, dondequiera que esté, y expresa su fe en Cristo por medio de esta plegaria? Al hacerlo, la Biblia promete que Dios lo escuchará y responderá a su oración y entrará en su vida. En Apocalipsis 3:20, Cristo dice: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a Él, y cenaré con Él, y Él conmigo».

Dé a conocer lo que ha hecho a sus amigos. Vaya el próximo domingo a una iglesia donde Cristo sea honrado y donde la Biblia sea tenida en alta estima.

1. ¿Por qué la mayoría de los hombres trata de controlar su propia vida?
2. ¿De qué formas ha actuado como «el arquitecto de su destino»?
3. Lea Deuteronomio 5:7. ¿Cuáles son las cosas a las que transformamos en «dioses» en nuestra cultura?
4. ¿Qué puede hacer para tener presente su compromiso de dejar de tratar de controlar su vida, y «[confiar] en el Señor de todo corazón» (Proverbios 3:5, NVI)?
5. ¿Se ha estado engañando usted mismo respecto a su medida de poder personal? ¿Qué clase de poder es realmente el de los hombres? ¿Qué clase de poder tiene Dios?
6. La mayoría fabrica el Dios que quiere tener. ¿Cuál puede ser el momento decisivo en la vida del hombre?
7. ¿Hizo usted la plegaria de compromiso que sugerimos al final del capítulo? Si es así, ¿cuáles son los próximos dos o tres pasos que debiera tomar? Si no lo hizo, ¿cuáles son los próximos dos o tres pasos que debiera dar?

Capítulo 20

Evitar el sufrimiento

Dios prepara a grandes hombres para grandes tareas por medio de grandes pruebas.

J. K. Gressett

Enviamos a Timoteo [. . .] para confirmaros y exhortaros respecto a vuestra fe, a fin de que nadie se inquiete por estas tribulaciones; porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos.

1 Tesalonicenses 3:2-3

Había luchado y perseverado durante meses y meses, pero cada día era igual al anterior en medio del torbellino de las dificultades económicas. La presión de los problemas que me acosaban había terminado por convertir el amor que tenía a Dios y a mi familia en un insípido pedazo de pan viejo. Habría hecho cualquier cosa por evitar más sufrimiento.

Agobiado por las desgracias laborales, una tarde regresé más temprano a casa, como lo estaba haciendo últimamente. Mientras conducía por la autopista, el corazón se me aceleró cuando una brillante descarga eléctrica cruzó de pronto el horizonte. Si el camino hubiera continuado en esa dirección, el rayo, con seguridad, hubiera fundido el asfalto haciendo un agujero.

Para serle sincero, no pude menos que desear, aunque solo fuera un pensamiento fugaz, estar bajo ese rayo. ¡Qué maravilloso sería desaparecer en un esplendor de gloria! Todos mis problemas quedarían resueltos, y estaría con el Señor.

Nunca consideré *seriamente* el suicidio, pero si por causas naturales perdía la vida, me habría sentido muy agradecido de

escapar del sufrimiento.

El problema

La vida es una batalla. El deseo de la mayoría de los hombres es ser felices, evitar el dolor y el sufrimiento, y escapar del páramo de infortunios que para muchos resulta la existencia.

Queremos vivir la buena vida. ¿Por qué no? ¿Quién sería tan tonto como para buscar para sí una vida de sufrimiento? Dios mismo *quiere* bendecir nuestras vidas con abundancia. Sin embargo, la Biblia también señala que el sufrimiento es parte del orden de Dios. No es que debamos ir en busca del sufrimiento, pero tampoco debemos sorprendernos cuando nos encuentre. *Todos* vamos a sufrir. La única decisión que podemos tomar es si sufriremos con Cristo o sin él.

Accedemos a un compañerismo muy personal con Cristo cuando el sufrimiento llega a nuestra vida.

> Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. (1 Pedro 4:12-13)

Martín Lutero lo expresó de la siguiente manera: «Ningún hombre debe cargar una cruz sobre sus espaldas, ni adoptar tribulaciones para sí [. . .]; pero si la cruz de la tribulación fuera su sino, entonces debe sufrir con paciencia, en la certeza de que eso será bueno y provechoso para él».

Los interrogantes que flotan en nuestra mente cuando padecemos reflejan lo crucial del tema:

«¿Le importo a Dios?».

«¿Sabe Dios la agonía que estoy sufriendo?».

«¿Quiere Dios ayudarme?».

«¿Puede Dios ayudarme realmente?».

«¿Cuál es su voluntad para mí? ¿Es ayudarme o dejarme caer?».

La absoluta verdad es que cuando la vida transcurre por carriles normales no examinamos nuestro andar. Dios no llega a recibir la gloria por habernos bendecido, porque con frecuencia nos otorgamos el crédito a nosotros mismos. Si no fuera por ningún otro beneficio, el sufrimiento al menos capta nuestra atención. ¿Por qué sufren los seres humanos? ¿Es Dios quien causa el sufrimiento? ¿O solo permite que suceda? ¿Es totalmente independiente el sufrimiento de Dios?

Siete razones del sufrimiento humano

Imagínese a un padre amoroso tranquilizando a su hijo que llora inconsolablemente. No sabemos con exactitud por qué llora el niño, pero advertimos la preocupación del padre. El hijo le dice a su papá cómo se siente, aunque no logra precisar sus palabras. Por fin, el padre lo abraza y el consuelo y la ternura del amor paterno empiezan a fluir hacia el niño. ¡Si pudiéramos acercarnos para escuchar lo que dicen!

De la misma forma, cuando sufrimos, podemos entrar a la presencia de nuestro Padre celestial y él secará nuestras lágrimas. «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros» (1 Pedro 5:6-7).

¿Cuáles pudieron haber sido las razones de ese llanto? Vienen a mi mente siete razones que podrían explicar no solo esta escena padre/hijo, sino todos los motivos de nuestros propios sufrimientos:

1. Un error involuntario.
2. Un error de juicio.
3. Un problema de integridad.
4. Un cambio en el ambiente.
5. La existencia del mal.
6. La disciplina de Dios.
7. La prueba de Dios.

Exploremos estas razones. Supongamos que nuestro muchachito —al que llamaremos Billy— ha estado jugando béisbol con sus amigos en la calle.

Primera razón: un error involuntario

Quizás por descuido, la pelota ha rodado por la alcantarilla y se ha perdido para siempre. Billy no ha hecho nada malo, no ha sido culpa de nadie, pero aun así está sufriendo. Ha corrido a casa, en busca de su papá, llorando desconsoladamente.

Jack invirtió una suma en un negocio petrolero que prometía mucho, pero ha perdido toda su inversión y ha tenido que pagar impuestos sobre ingresos fantasmas. Todos cometemos errores involuntarios que, no obstante, nos provocan sufrimiento. Es imposible predecir un error ingenuo, y si bien nadie ha hecho nada malo, igualmente sufrimos.

Segunda razón: un error de juicio

Otra posibilidad es que el pequeño Billy haya dirigido la pelota . . . ¡directo hacia la ventana de la vecina! Más que un error inocente, Billy sabía que no debía jugar tan cerca de la ventana de la señora Johnson, porque su papá se lo había dicho. Pero, en realidad, no ha hecho nada deshonesto. Sin saber qué castigo le esperaría, le contó todo a su papá. Su padre le ha aconsejado que debe ir a hablar con la señora Johnson, explicarle lo sucedido y pagar el vidrio con su dinero semanal.

Andrew firmó como garante en el préstamo que su cuñado obtuvo para comprar un auto. Seis meses después, el banco persigue a Andrew por el pago de las deudas. ¿Hizo algo malo? Sí, avalar un préstamo para un amigo no es una buena decisión según las Escrituras y, aunque no ha quebrantado ninguna ley o mandamiento, ha pasado por alto un principio.

Si el propio banco no estima suficiente la solvencia de quien solicita el préstamo, ¿por qué habría de ser más acertado nuestro juicio? Así lo demuestra el estudio realizado por la Federal Trade

Commision, que comprobó que 50 % de los garantes terminan pagando los créditos que han avalado.[39]

Un error de juicio difiere de un error inocente en lo siguiente: hay principios que, de aplicarse, pueden evitar un error en el juicio, en tanto no hay pautas que nos prevengan de un error inconsciente.

Involuntario o no el error se ha cometido y provoca sufrimiento. Todos cometemos errores de juicio de vez en cuando.

Tercera razón: un problema de integridad

Nuestro pequeño Billy ha regresado llorando porque quiso robarse el bate de béisbol de los otros niños y lo descubrieron. Está llorando porque los muchachos le dieron una paliza.

Un hombre mintió acerca de las características del producto a un cliente, que lo compró sobre la base de esos datos. Más tarde, cuando el comprador advirtió que el vendedor había mentido, habló con el jefe de ese empleado y el vendedor mentiroso fue despedido. A veces, hay quienes cometen errores con malicia, «pecan» y deben pagar las consecuencias morales y de otra índole a causa de sus actos.

Los hombres, a menudo, cometen errores inocentes o por mal cálculo, pero a veces nos metemos en problemas porque somos deshonestos y pecamos. Además de los principios que orientan la vida, la Biblia contiene parámetros respecto al pecado, que son mandamientos que deben ser obedecidos. Todos debemos también someternos a las leyes civiles.

Cuarta razón: un cambio en el ambiente

Billy podría haber seguido disfrutando del juego en la calle con sus amigos si no hubiese venido un policía a correrlos de allí. Este les ha dicho que se ha dispuesto una nueva ordenanza municipal prohibiendo el béisbol en la calle. Alterado por este cambio, el niño hecho un mar de llanto corre hacia su papá.

A veces, estamos muy tranquilos, ocupados en nuestros asuntos, y de pronto, la vida da un vuelco: el Congreso aprueba un paquete de reformas impositivas que amenazan con quebrar nuestro negocio,

o el mercado sufre una crisis y no podemos cubrir las diferencias. Un accidente de tráfico deja inválido a nuestro hijo o hija. Cuando el entorno cambia más allá de nuestras posibilidades de control, podemos llegar a sufrir terribles consecuencias, aun sin haber hecho nosotros nada malo para provocarlo.

Quinta razón: la existencia del mal

Quizás Billy estaba disfrutando del juego cuando, de pronto, sin previo aviso, apareció el provocador de la otra cuadra y le dio un puñetazo en la cara.

Ron había estado trabajando durante meses en la venta de un plan de seguro a un ejecutivo que ya había hecho contratos similares con él durante muchos años. Apenas un día antes de cerrar el trato, un vendedor inescrupuloso convenció al ejecutivo de cancelar todos sus contratos previos con Ron y reemplazarlos por uno muy inferior.

¿Hicieron algo malo Ron o Billy en estos casos? No. Aunque nos gustaría inmensamente que las cosas fueran de otra manera, lo cierto es que el mal existe en el mundo. Ocurren cosas injustas. Este no es un mundo perfecto y por ahí hay lobos decididos a comernos vivos si se les presenta la ocasión.

Sexta razón: la disciplina de Dios

El papá de Billy lo mandó a su cuarto como castigo por haber lanzado la pelota a la ventana del vecino.

Después de haber sido anciano de su iglesia durante ocho años, Ted se ensoberbeció. Daba por sentado que lo que él decía era la última palabra. Dios guio a los otros ancianos para que serenamente le pidieran que bajara el tono.

Aun si los que ejercen autoridad pasan una falta por alto o no perciben el pecado de una persona, Dios sí lo sabe. Y cuando él ve el mal, nos disciplina.

No importa cuál sea el origen de nuestro sufrimiento, Dios usa esas situaciones para modelar nuestro carácter:

> Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque, ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. (Hebreos 12:7-8)

Séptima razón: la prueba de Dios

El papá le dijo a Billy que no podría ir a jugar béisbol antes de ayudar a su mamá a lavar los platos. Su papá se preocupaba por su carácter y conducta, de modo que quería saber hasta qué punto Billy estaba dispuesto a colaborar con la familia.

Génesis 22 nos relata cómo Dios probó a Abraham pidiéndole que levantara su cuchillo y sacrificara a su único hijo, Isaac:

> Y cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar [. . .] y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña. Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Entonces el ángel de Jehová le dio voces desde el cielo, y dijo: Abraham, Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único. (Génesis 22:9-12)

Dios nos prueba para ver si nuestro carácter es puro. «El crisol para la plata, y la hornaza para el oro; pero Jehová prueba los corazones» (Proverbios 17:3).

Quizás recuerde la historia de Job. Satanás había estado recorriendo la tierra, y acusó a Job de ser recto y temeroso de Dios solo porque gozaba de una buena vida. Dios le dio a Satanás luz verde para que lo sometiera a prueba. Perdió todas sus posesiones, sus hijos murieron y su salud se vino abajo. Sin embargo, en medio de todas estas desgracias, no pecó y esto agradó a Dios.

* * *

Si está llegando a la conclusión de que no es fácil desprendernos del sufrimiento, está en lo cierto. Sufrimos por nuestra propia culpa o por la de otro. Por errores inconscientes o como consecuencia de nuestros pecados.

A veces, Dios nos prueba, y otras nos disciplina. En algunas ocasiones el entorno se modifica y en otras el mal que existe en el mundo nos alcanza.

Cualquiera sea el motivo de nuestro sufrimiento, podemos humillarnos y someternos al plan de Dios para nuestra vida, pero no podemos evitarlo. Sufrir forma parte de la vida tanto como comer, y es inevitable que consumamos también algo de sufrimiento, así como aceptamos verduras poco agradables si queremos estar bien nutridos.

Resistir el sufrimiento

Con frecuencia, antes de humillarnos cuando estamos sufriendo, pasamos por diversas etapas de resistencia o rebelión, en un intento por evitar el dolor. Pero evitarlo o resistirlo nos impide aprender las lecciones que nos trae.

El sufrimiento no puede enseñarnos nada a menos que aceptemos vivir la angustia. Anne Morrow Lindbergh escribió:

> No creo que el mero sufrimiento enseñe algo por sí mismo. Si así fuera, todos seríamos sabios, porque todos sufrimos. Al sufrimiento se le debe añadir el duelo, la comprensión, la paciencia, el amor, la receptividad y la disposición a seguir siendo vulnerables. Todos estos y otros factores combinados, si las circunstancias son las adecuadas, *pueden* enseñarnos y *pueden* llevarnos a renacer.[40]

Hay cinco formas por las que intentamos evitar el sufrimiento y escapar de sus garras:

1. Protestamos. Cuando sufrimos, una de nuestras primeras reacciones es protestar contra Dios pidiendo su justicia. ¿Es justo que Dios nos dé un trato distinto al que anhelamos? Nuestro debate

con él a menudo refleja que consideramos injusta su actitud. Su promesa es que «muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le librará Jehová» (Salmos 34:19).

2. Comparamos. Nos comparamos con otros, señalando que somos mejores que ellos y que, por consiguiente, merecemos misericordia. O nos comparamos con otros hombres deseando estar en su lugar. Pero el salmista nos recuerda: «No temas cuando se enriquece alguno, cuando aumenta la gloria de su casa; porque cuando muera no llevará nada, ni descenderá tras él su gloria» (Salmos 49:16-17).

3. Nos quejamos. Nos desalentamos por las circunstancias y nos compadecemos a nosotros mismos. Nos quejamos del sufrimiento que soportamos y sentimos lástima de nosotros. Nos lamentamos como el salmista: «He aquí estos impíos, sin ser turbados del mundo, alcanzaron riquezas. Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia; pues he sido azotado todo el día, y castigado todas las mañanas» (Salmos 73:12-14).

4. Gritamos. Nos enojamos, sacudimos los puños y levantamos la voz contra Dios a causa de nuestro dolor. ¿Acaso no va a darnos ningún alivio? Pero esta queja es vana, «porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios» (Santiago 1:20).

5. Dudamos. Cuando el sufrimiento se prolonga y advertimos lo devastadora que puede llegar a ser la angustia, dudamos de que Dios sea real y nos asustamos. Pero al leer las Escrituras, encontramos tanta evidencia acerca de su fiel misericordia y compasión hacia nosotros, que no podemos sino recibir su aliento. «No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia» (Isaías 41:10).

Después de la protesta, la comparación, la queja, los gritos y la duda

Es obvio que no pasamos por todas estas etapas cada vez que sufrimos, pero lo más natural es que experimentemos una variedad de emociones y pensamientos negativos. La solución al sufrimiento,

sin embargo, no consiste en libramos de él, sino en aprender a disfrutar de la comunión y participar del sufrimiento de Cristo, no decaer en tiempos de dificultad, no mostrarnos ansiosos por nada, resistir con paciencia y andar en el poder del Espíritu Santo.

A veces, Dios nos librará conforme a nuestros deseos, pero es probable que tenga planes mejores para nosotros y que, en consecuencia, no nos libere rápidamente del dolor. Lo que debemos hacer, de acuerdo con sus planes, es depositar toda nuestra ansiedad en él.

Considere, por ejemplo, este salmo de David:

> Jehová, no retengas de mí tus misericordias; tu misericordia y tu verdad me guarden siempre. Porque me han rodeado males sin número; me han alcanzado mis maldades, y no puedo levantar la vista. Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza, y mi corazón me falla. Quieras, oh Jehová, librarme; Jehová, apresúrate a socorrerme. (Salmos 40:11-13)

Empatía por nuestro sufrimiento

Cuando sufrimos podemos estar seguros de que Jesús sabe exactamente lo que estamos experimentando:

> Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro. (Hebreos 4:15-16)

Puesto que Cristo sufrió tal como nosotros, podemos encontrar en él un modelo para orientar nuestras actitudes, tal como hizo el apóstol Pablo, que dijo: «A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte» (Filipenses 3:10). Él conocía por

experiencia la empatía que Cristo podía expresarle en medio del padecimiento.

El privilegio de sufrir

A lo largo de la historia, los cristianos en todo el mundo han sufrido persecuciones e injusticias, desconocidas para la mayoría de los estadounidenses. Es más, fue la opresión religiosa la que dio origen a la nación de los Estados Unidos.

Pero en muchos países, todavía hoy —Irán, Irak y Afganistán, entre los más visibles— los cristianos son perseguidos duramente o encarcelados si hablan de su fe en público. En países como Corea del Norte, los cristianos se congregan en la clandestinidad para evitar ser detenidos y ejecutados por la policía secreta. En todo el mundo, muchos cristianos viven en constante peligro y muchos son asesinados por causa de su fe.

¿Cuál fue la actitud del apóstol Pablo respecto a su propio sufrimiento? Las Escrituras nos dicen que Pablo tenía una dolencia física, quizás en la vista, a la que se refería como «el aguijón de la carne». En tres oportunidades, le pidió a Dios que se lo quitara. Pero Dios le dijo: «Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9).

¿Cuál fue la reacción de Pablo? «Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo *me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias*; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Corintios 12:9-10, énfasis del autor).

Sorprendentemente, Pablo se gozaba en el sufrimiento. Pero no por el mero sufrimiento, sino por el gozo de participar en la comunión de Cristo.

Sufrir por hacer el bien es parte de la experiencia cristiana. Por eso, Pablo nos exhorta: «Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no solo que creáis en él, sino también que padezcáis por él» (Filipenses 1:29).

En realidad, en tanto no hayamos sufrido —no por algo superficial, como sería no conseguir el auto que nos gusta, sino como verdaderos cristianos—, en tanto no sintamos toda la angustia que significa no saber si Dios en verdad se preocupa por nosotros, no llegaremos a comprender plenamente lo personal que puede llegar a ser el ministerio del Espíritu Santo.

Solo cuando haya sido arrinconado contra la pared, cuando todos sus recursos se hayan agotado, cuando no tenga más ideas a las cuales recurrir, ni consejo sabio que algún amigo le pudiera dar, cuando todos los favores que nos debían han sido retirados, cuando estamos totalmente exhaustos y desesperanzados —no por un rato, sino a lo largo de las semanas, meses y aun años—, solo entonces nuestra fe en el Señor pasará de ser abstracta a algo enteramente personal.

Quizás lo conozca en alguna medida, pero solo cuando llegue a sentir que está a punto de morir —a menos que Jesús se muestre compasivo con usted— llegará a confiar plenamente en él. Una vez que haya pasado el umbral de su gracia, recibirá un increíble poder para superar la ansiedad. El tentador no podrá asustarlo con la inseguridad de lo que todavía no conoce: usted ya ha visto cómo Dios extiende sus manos y responde a su acto de fe.

La restauración del pueblo de dios

Es imposible evitar el sufrimiento. Aun el hombre que está tan pendiente de su propia seguridad que ni siquiera sale de su casa, tarde o temprano, descubrirá que el sufrimiento golpea a su puerta.

Nuestra actitud debiera ser la de esperar confiadamente el sufrimiento que nos toque:

> Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna. (Santiago 1:2-4)

Por muy dura que se ponga la vida, recuerde que no se acaba hasta que se acaba. No se dé nunca por vencido. Mientras el puñal no haya penetrado el corazón, mientras siga latiendo el pulso, siempre queda una posibilidad. Dios *siempre* restaura a sus hijos. Por eso Job pudo mantener su integridad delante de Dios cuando sufría, porque confiaba plenamente en él; sabía que controlaba la situación.

La promesa que recibimos de Dios es de restauración. «Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, *afirme, fortalezca* y *establezca*» (1 Pedro 5:10, énfasis del autor).

La buena vida incluye el sufrimiento, esa forma exclusiva de participar en los padecimientos del Señor Jesús. Podemos sufrir por diversas razones, pero tenemos una esperanza. Podemos resistir o evitar el sufrimiento, pero todo hombre será marcado de alguna forma por el dolor; es una parte de la vida que puede llegar a ser dulce si no tratamos de huir y escondernos.

Dispuestos a morir

Al comenzar este capítulo, le conté que creía que la muerte era la única escapatoria del sufrimiento. A veces, el dolor es tan grande que la muerte nos parece lo mejor. Como Pablo, podemos decir: «Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (Filipenses 1:21). Morir por Cristo es, francamente, mucho más fácil que vivir para él. Pero la muerte no es la respuesta en este caso.

Cuando Pablo iba camino a Jerusalén, hacia el final de su ministerio, Agabo profetizó que sería apresado y echado a la cárcel. La gente le rogó que no se fuera, pero él respondió: «¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no solo a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús» (Hechos 21:13).

Pablo vivió y sufrió por Cristo, quizás como ningún otro hombre sobre la tierra. No buscaba la muerte como una forma de evitar el sufrimiento. Sin embargo, sabía que ella sería algo dulce para él,

porque iría a encontrarse con el Señor Jesús. La muerte será algo dulce para nosotros también. El cristiano está dispuesto a morir por Cristo; pero una vez que hemos afirmado eso, es más importante aún que reconozcamos la necesidad de aceptar el dolor del sufrimiento, y que vivamos para el Señor.

——————— Asuntos a Considerar ———————

1. ¿Tiene usted como meta en su vida evitar el sufrimiento? ¿Por qué sí, o por qué no?
2. Lea 1 Pedro 4:12-13. ¿Se sorprende usted cuando le toca sufrir? ¿Cómo puede gozarse en el sufrimiento? ¿No le parece una actitud poco realista?
3. Describa una situación reciente o actual por la que haya sufrido. ¿Cuál de las siete razones mencionadas como causa del sufrimiento humano le parece haber operado en su caso?
    1. Un error involuntario.
    2. Un error de juicio.
    3. Un problema de integridad.
    4. Un cambio en el ambiente.
    5. La existencia del mal.
    6. La disciplina de Dios.
    7. La prueba de Dios.
4. ¿Cómo reacciona habitualmente ante el sufrimiento? ¿Se resiste? Revise las cinco formas en que intentamos evitar el sufrimiento y comente cuál o cuáles emplea usted.
5. Lea 1 Pedro 5:10. ¿Cuál es la promesa que recibimos como cristianos cuando sufrimos? ¿Cree usted que Dios siempre restaura al cristiano que sufre? ¿De qué manera lo hace?

Parte 6

Cómo resolver nuestros problemas de integridad

Capítulo 21

La integridad: ¿Cuál es su precio?

Si dices la verdad, no tienes que acordarte de nada.
Mark Twain

El que odia disimula con sus labios; mas en su interior maquina engaño.
Proverbios 26:24

Kyle era un contratista especializado en pequeños edificios conocido por la excelente calidad de su trabajo. Una compañía de cierta envergadura le encargó la construcción de un edificio más grande, lo cual nunca antes había hecho.

Había miles de pequeños detalles que debían coordinarse con toda exactitud para poder cumplir los plazos señalados. A medida que se acercaba la fecha de la inauguración como una barcaza rumbo al muelle imposible de detener, apuró a su equipo, llevándolos al borde de un motín. Había asegurado que lo harían a tiempo, y lo hicieron.

El jefe máximo de la empresa que había contratado a Kyle notó que la compañía de este no tenía gran envergadura, de modo que retuvo el último pago. Argumentó que la calidad del trabajo no era la esperada y, en consecuencia, merecía un descuento adicional. Por eso no pagaba. Kyle necesitaba ese dinero desesperadamente para pagar el jornal de los operarios. Al fin tuvo que ceder y aceptar menos de lo que le correspondía, perdiendo sus utilidades.

El problema

¿Alguna vez, al abrir el refrigerador en busca de, digamos, mermelada, se ha sentido frustrado al no hallarla? Entonces, le dice a su esposa: «¿Dónde está la mermelada?».

Ella va a la cocina, estira la mano hacia el anaquel y le alcanza el frasco con un gesto de triunfo.

A veces, tenemos las cosas tan cerca de nuestros ojos, que no las vemos. Con la deshonestidad pasa lo mismo. Está tan a la vista que, a menudo, no nos damos cuenta de hasta qué punto colorea todos los aspectos de la vida de manera global y completa. Sin embargo, si nos quitamos los anteojos que nos hacen ver las cosas de color rosa, nos encontraremos con un mundo totalmente diferente por los matices desteñidos de la deshonestidad.

En realidad, la deshonestidad ha prevalecido tanto que la hemos aceptado como norma, y lo es. Quizá sea normatividad, pero es algo que está separando a los hombres de Dios.

Mire las noticias o lea los titulares:

«La investigación del Pentágono apunta a casos de corrupción».

«Fulano admite haber engañado a su esposa».

«El comité de ética anuncia una censura».

«La evasión fiscal alcanza el 20 %».

«Se descubre una red de falsificación a nivel universitario».

Por nefastos que nos resulten estos delitos que ocupan los titulares, la deshonestidad que tiñe la vida diaria del cristiano entristece a Dios igual o más que ellos. La mayoría de los hombres está atrapado por la mentira de mantener una «imagen cristiana» de honestidad, cuando en realidad la descuidan a diario. Albert Wells Jr. encontró esta cita:

> La honestidad siempre fue algo raro. Diógenes, el filósofo griego, encendía una lámpara en pleno día y salía en busca de un hombre honesto. Blas Pascal dijo que no esperaba encontrar más de tres hombres realmente honestos en un siglo. El Institute of Behavior Motivation (Instituto de la Motivación de la Conducta) ha comprobado que el 97 % de

las personas miente, y que lo hace alrededor de mil veces el año.[41]

Cuando estamos realmente solos, cuando falta la presión de la gente igual a nosotros para mantenernos en la senda estrecha y recta, es cuando en realidad se pone a prueba nuestra verdadera personalidad.

* * *

Un hombre que viajaba a mi lado en el avión solicitó un trago: un *bourbon* con Coca-Cola. La atareada azafata, después de atenderlo, le dijo que volvería por el importe, el cual dejó sobre la mesita. La azafata fue y volvió varias veces por el pasillo y, obviamente, se olvidó del dinero. Después que hubo hecho unas seis pasadas, mi vecino se estiró, tomó su dinero y lo deslizó en su bolsillo. ¿Cuál es el precio de la integridad? Este hombre se vendió por el valor de un trago de seis dólares.

Este asunto es de vital importancia, porque a menos que nos comprometamos a observar integridad absoluta en cualquier situación, no importa lo pequeña o grande que sea, entristecemos a Dios y nos privamos de recibir la bendición que anhelamos y que Dios mismo quiere darnos. «El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto» (Lucas 16:10).

Un rasgo en común

Los grandes héroes de la Biblia tienen distintos orígenes y caracteres. Algunos eran reyes. Otros, como Gedeón, venían de familias paganas. Sansón lucía una figura imponente, Moisés temía hasta de su propia sombra. Jonás dudaba, mientras que David tenía una fe inconmovible.

¿Qué rasgo en común, si es que había alguno, tenían estos hombres, aparte de su fe en Dios? ¿Por qué Dios se acercó a hombres tan distintos entre sí? La respuesta puede ser dolorosa a

muchos oídos: *Dios sabía que podía confiar en estos hombres cuando estuviesen completamente solos.*

Algunos obedecían a Dios de manera voluntaria y le eran fieles; otros, en cambio, eran como niños caprichosos: protestaban, pataleaban y discutían todo el tiempo. Pero todos eran íntegros. A la larga, después de renegar y protestar, siempre se encaminaban por la senda recta. *Después de su fe, esta característica —la integridad— era la que distinguía más que ninguna otra cosa la vida de estos héroes bíblicos*. La honestidad era el rasgo en común que hizo que Dios los tomara en cuenta y bendijera sus vidas.

Las cosas pequeñas

Cuando pensamos en la deshonestidad, por lo general imaginamos delitos graves: evadir impuestos, robar en la empresa, mentirle a un cliente, engañar a nuestra esposa.

Si restringimos nuestra reflexión a estos asuntos de mayor envergadura, pasaremos por alto el hecho de que, para ser confiables en las cosas importantes, debemos primero serlo en las pequeñas. A los ojos de Dios, somos tan culpables cuando nos llevamos una toalla de un hotel como cuando asaltamos un banco. Por supuesto, las *consecuencias* son diferentes, pero el veredicto de culpabilidad es el mismo.

Una noche, me detuve en casa de un colega para dejar unos papeles. Junto a su teléfono había una libreta con el logo de la compañía. El manual instructivo de la empresa establecía que los elementos de oficina en ningún caso podían ser de uso personal. A partir de ese día, mi confianza en ese hombre nunca volvió a ser igual. Para él, esa libreta resultó ser realmente cara.

En una de las parábolas de Jesús, le dice a un mayordomo deshonesto: «Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?» (Lucas 16:11-12).

* * *

Un taxista me ofreció en una ocasión un recibo en blanco. «Llénelo como quiera», me dijo.

«No, muchas gracias. Soy cristiano, y eso no sería correcto».

Después de sorprenderse y de mirarme por un rato, sacudió los hombros y respondió: «Está bien, como usted diga».

Es imprescindible que demostremos honestidad en las cosas pequeñas antes de que Dios nos asigne mayores responsabilidades. La primera parte de Lucas 16:10, citada anteriormente, promete una recompensa cuando somos dignos de confianza con las cosas pequeñas: «El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel». Cuando mostremos honestidad, el mundo que nos rodea se sorprenderá y dedicará un poco más de consideración a la reflexión sobre el cambio que Cristo puede producir en la vida de un hombre.

La tranquilidad de ser usado en cosas grandes

Un hombre llegó a tener mucho éxito como agente de negocio inmobiliario. Un esperanzado admirador le preguntó qué era lo que le había permitido sobresalir.

«No soy más que un hombre corriente, un trabajador esforzado y un vendedor honesto. No tengo nada de especial», respondió. «Lo que ocurre es que hay tanta deshonestidad en este ramo, que un agente simple y honesto como yo, ¡de pronto parece algo grandioso!».

Dios está buscando un puñado de hombres rectos. Usted no tiene que ser el más inteligente, ni el de mejor apariencia, ni el más astuto para obtener un puesto en el equipo de Dios: solo tiene que ser fiel. Dios está buscando hombres fieles, honestos, en los cuales pueda confiar.

Hay tantos atrapados en las arenas movedizas de la deshonestidad que un hombre común, trabajador y honesto, resulta extraordinario a los ojos de Dios. Dios lo va a usar a usted si sabe que es confiable. ¿Lo es?

No robarás

Después de que Dios observó durante un tiempo a la humanidad en su conjunto, decidió establecer diez normas. Escogió la mentira, el engaño y el robo como asuntos de particular importancia. La honestidad está presente en todos los Diez Mandamientos. Así que cada vez que desobedecemos alguno de los Diez Mandamientos, estamos cometiendo un acto de deshonestidad. El peso de nuestra obediencia a esos Diez Mandamientos está claramente definido:

> Mirad, pues, que hagáis como Jehová vuestro Dios os ha mandado; no os apartéis a diestra ni a siniestra. Andad en todo el camino que Jehová vuestro Dios os ha mandado, para que viváis y os vaya bien, y tengáis largos días en la tierra que habéis de poseer.
> (Deuteronomio 5:32-33)

Nuestra prosperidad está absolutamente ligada a nuestra obediencia en ser honestos. Pero como todos sabemos, no podemos ser honestos —ni poseer ninguna otra virtud descrita en este libro— con nuestras propias fuerzas. Pero Cristo en nosotros sí puede. Quienes nos hemos rendido a Cristo, nos comprometemos a dejar que trabaje en nosotros para transformarnos y parecernos cada vez más a él. «No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Romanos 12:2).

La mentirilla piadosa

John le dijo a Bill que estaría presente el día de la inauguración de sus oficinas, pero no fue. Después, Bill se enteró de que antes de decirle que iría ya se había comprometido con otra cita para el mismo día, con la que sí cumplió. «¿Por qué no me dijo simplemente que ya tenía otro compromiso?».

Eso fue como una cuña en su relación hasta este día. Las relaciones personales se construyen sobre la base de la confianza. El frágil hilo de la confianza del que penden las relaciones puede

romperse con facilidad. Las *mentiras piadosas* son motivo de fractura en muchas relaciones:

«Me alegro de que hayas llamado. Estaba a punto de llamarte».

«Vamos a almorzar juntos un día de estos».

«Estaré orando por ti . . .».

«La mentira piadosa no lastima a nadie», se argumenta. Pero eso no es totalmente cierto: quien dice una mentira de ese tipo es siempre una víctima de sí mismo, porque se está privando de la bendición que Dios quiere otorgarle.

A fin de cuentas, la pequeña mentira piadosa te alcanzará. Como escribió el crítico de arte inglés del siglo XIX, John Ruskin, mentimos de muchas maneras:

> La esencia de la mentira está en el engaño, no en las palabras. Se puede mentir con el silencio, por cometer un error, por el acento en una sílaba, por el gesto que enfatiza el sentido de una oración. Todas esas clases de mentiras son peores y mucho más ruines que una mentira llana verbalizada en forma explícita. No hay inconsciencia más absurda que la de quedarse tranquilo con un engaño cometido, argumentando que se expresó solo con un gesto o el silencio en lugar de hacerlo en voz alta.[42]

La senda angosta

El comediante y actor estadounidense George Burns dijo una vez: «Lo más importante de una actuación es la honestidad. Si la puedes simular, lo has logrado todo».

Como en tantos otros aspectos del peregrinaje espiritual, el camino de la integridad es, con frecuencia, el menos usado. La calle que lleva por nombre «Honestidad» no es una calle populosa. Para distinguirse delante de Dios, lo único que usted tiene que hacer es diferenciarse de la masa de hombres, y eso es algo muy fácil de lograr.

Cristo dijo que el camino hacia la vida eterna es una senda estrecha.

> Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan. (Mateo 7:13-14)

La deshonestidad es un camino ancho. Pocos alcanzan la vida abundante aquí en la tierra, a la que podemos acceder por la «obediencia», porque la deshonestidad nos obstaculiza.

El relativismo moral encuentra un lugar cómodo en el terreno de la honestidad. El argumento «ético» es el siguiente: si nadie te ve engañar (mentir o robar), entonces no te van a atrapar; y si no te atrapan, nada va a suceder, porque a menos que te atrapen, en sentido técnico no has hecho nada incorrecto.

Sea que se trate de toallas de hotel o impuestos, no devolver un vuelto equivocado o pasar el semáforo en rojo, irse antes de hora de la oficina o llegar tarde a casa, el principio que opera es el siguiente: el camino angosto conduce a la vida abundante, y son pocos los que la alcanzan.

Tres razones por las que fracasa un negocio

Los negocios fracasan por una (o más) de las siguientes razones: un error de cálculo, un cambio en la situación o un problema de integridad.

Error de cálculo

La ampliación de una importante avenida debía terminarse en tres años. La carretera no se inauguró hasta quince años después. Los inversionistas habían calculado colocar el capital y retirar las utilidades del negocio en un lapso de dos o tres años. Cuando los planes empezaron a demorarse, todos decidieron tirar la toalla.

Los seres humanos cometemos errores. Todas las personas que he conocido son bastante tolerantes con un negocio que fracasa, siempre que se aclaren los motivos. Son pocos los hombres tan arrogantes como para creer que todas las inversiones que hacen van

a resultar tal como habían planeado. Todos sabemos que los hombres son seres humanos y que pueden cometer errores de cálculo.

Cambios en la situación

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, tres hermanos (uno de los cuales es mi suegro) abrieron con auspicio gubernamental una escuela de vuelo para veteranos. Ofrecieron instrucción de vuelo a miles de soldados que regresaban de la guerra. Sin previa advertencia, cuatro años después de concluida la guerra, el Congreso enmendó la ley de proteccionismo, y la instrucción de vuelo no siguió siendo considerada con derecho a subsidio. El negocio se vino abajo completamente y tuvieron que cerrar, liquidando uno a uno sus equipos de instrucción.

No importa lo capaz que sea usted, las indefiniciones del ambiente bursátil —sea competitivo o regulado— pueden atraparlo con más sigilo del que un león despliega para asaltar a su presa. Antes de que pueda advertirlo, la calamidad le cae encima y no le queda otra alternativa que salir lo mejor posible de la situación. Las reformas impositivas y otras modificaciones legislativas han motivado quiebras repentinas de distintas compañías.

La integridad

La tercera razón por la que se frustra un negocio es el problema de la integridad. Los hombres que cometen fraude para sacar provecho de un negocio son como el primer cerdito del tradicional cuento infantil. Una casa construida con paja se viene abajo al primer viento fuerte.

Mentir a los clientes, ocultar información que podría hacer abortar el negocio, influir en el precio pretendiendo que hay otro que le va a «quitar» la compra (cuando usted sabe que no es así), negar el aumento en los jornales de quienes lo merecen, no pagar las facturas cuando puede hacerlo: todas estas conductas son tenidas muy en cuenta por Dios, que está a la busca de un puñado de hombres buenos.

De una vez por todas

Un dilema que todos enfrentamos es decidir si queremos ser honestos o no en cada situación. A lo largo de un día cualquiera, todos tenemos decenas de oportunidades de mentir, engañar y robar.

Si tenemos que elegir cada vez que tomamos una decisión entre ser honestos o no, nos consumiría mucha energía y correríamos el riesgo de tomar una pobre decisión y comprometer nuestra integridad. ¿Por qué no definir de una vez nuestra posición en este campo? ¿Por qué no decidir ser *siempre* honestos?

Eso es lo que a Dios le gustaba tanto de Job. Después que perdió su familia y sus bienes, no pecó culpando a Dios de su situación. Entonces Dios le dijo a Satanás: «¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón *perfecto* y *recto*, temeroso de Dios y apartado del mal, *y que todavía retiene su integridad*, aun cuando tú me incitaste contra él para que lo arruinara sin causa?» (Job 2:3, énfasis del autor). A causa de su integridad, «bendijo Jehová el postrer estado de Job más que el primero» (Job 42:12).

Si dejamos en claro el asunto de una vez, y nos decidimos a elegir siempre el camino angosto y ser íntegros, podemos liberarnos del peso de tener que tomar cientos de decisiones a diario, esas pequeñas que, como el agua que gotea sobre una roca, pueden desgastar nuestra condición moral. Es posible lavar la mancha de deshonestidad que ensombrece la vida de tantos hombres.

Como el ama de casa que no sabía lo percudida que estaba la ropa blanca hasta que probó un nuevo jabón, también descubriremos un nuevo brillo en nuestra alma, Dios sabrá que puede confiar en nosotros, en lo poco y en lo mucho, y nos hará *depositarios*, como a Job, de verdaderas riquezas.

———— Asuntos a considerar ————

1. La mayoría de los hombres «hace concesiones» en cosas pequeñas (por ejemplo, pasar en luz amarilla, exceder la

velocidad máxima, llevar cosas de la oficina a la casa, prometer un trabajo para una fecha sabiendo que es imposible cumplir).

❑ Estoy de acuerdo ❑ Estoy en desacuerdo.

Explique su respuesta. Dé ejemplos, personales y observados.

2. Lea Lucas 16:10. El principio aquí es: «Tal como ocurra en las cosas pequeñas, ocurrirá en las grandes». ¿Está de acuerdo con este concepto? ¿Piensa que es posible mantener dos juegos de normas: uno para lo «pequeño» y otro para lo «grande»? ¿Por qué sí o por qué no?
3. ¿En qué área de su vida tiene conflictos para mantenerse plenamente honesto y confiable? ¿Qué está dispuesto a hacer al respecto?
4. Lea Lucas 16:11-12. Jesús plantea en estos versículos dos preguntas retóricas. ¿Cómo las contestaría? ¿Por qué?
5. Lea Levítico 6:1-5. El principio escritural de la restitución, ¿es válido en nuestra época moderna? ¿Está usted en deuda de restitución hacia alguien?
6. La mayoría de los hombres tiene que tomar infinidad de decisiones cotidianas con respecto a la integridad. Sin embargo, es posible definir el asunto de una vez para siempre, comprometiéndose a ser honestos en toda circunstancia. ¿Está dispuesto a comprometerse de una vez para siempre a ser íntegro?

Capítulo 22

Las fantasías secretas

Los pensamientos secretos del hombre pasan, sin sentir culpa ni vergüenza,
de lo sagrado a lo profano, de lo obsceno a lo ligero.
Thomas Hobbes

Llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.
2 Corintios 10:5

Dos compañeros y yo estábamos comiendo emparedados al aire libre en la pintoresca calle principal del pueblo. Las hojas traslúcidas brillaban por el sol que se filtraba en el reverdecer de la incipiente primavera. ¡El aire puro influenciaba un estado mental similar!

Cuando ya nos marchábamos, pasó cerca de nosotros una mujer muy agradable; era hermosa, lozana, elegante. Parecía el complemento ideal del día. Muchos voltearon la cabeza a su paso, incluyendo los dos amigos que estaban conmigo. Observé cómo la seguían con la mirada y podía advertir que la habían desnudado mentalmente en lo íntimo de sus fantasías. Nadie dijo nada y nos encaminamos de regreso a la oficina.

Me encontré en un verdadero dilema. Me sentía indignado por la evidente lujuria de estos dos colegas; pero, al mismo tiempo, estaba plenamente consciente de que lo único que me diferenciaba de ellos era que yo había sido más eficaz en controlar el movimiento de mis ojos.

Como la gente *espera* que los hombres cristianos no tengamos pensamientos lujuriosos hacia las mujeres, oculté cuidadosamente mis fantasías. Sin embargo, me daba cuenta de que pretender que no había visto nada era un engaño. Porque sabía que lo secreto de

mis pensamientos era diferente a la imagen que proyectaba. No me gustaba sufrir la presión de esa doble vida, pero era algo que me ponía muy incómodo. Pensaba que era un problema que me aquejaba únicamente a mí (quizá no había recibido pleno perdón por mis pecados o tal vez no era tan cristiano).

Nunca se me había ocurrido pensar que otros cristianos luchan con el mismo problema. Después de todo, ¿quién quiere hablar acerca de sus fantasías secretas? ¿Por qué no lograba controlar mis pensamientos de deseo, envidia, lujuria, celos, ambición extrema, deseo de dinero y poder, y todos los resentimientos que iban y venían en mi mente?

El problema

¿Alberga pensamientos secretos que distan mucho de la imagen que los demás tienen de «su» persona? ¿Se sentiría incómodo si sus amigos y colegas supieran lo que pasa por su mente? Si pudiera oír sus pensamientos, ¿le pediría su esposa el divorcio?

Cada quien tiene una vida íntima secreta, una existencia invisible que solo nosotros conocemos, mientras los demás la ignoran totalmente. Esta vida secreta es, por lo general, muy distinta a la persona *visible* que los demás conocen. Esa es la *verdadera* persona, la que Dios conoce.

Para algunos de nosotros, nuestra vida secreta consiste en un mundo de sueños que alberga intrincados planes que nos traerán fortuna, fama y poder. Otros construimos encuentros afortunados con mujeres hermosas que nos seducen. Cada uno de nosotros inventa la imagen secreta de lo que le gustaría ser, lo cual sería muy incómodo reconocer ante los demás.

Algunos hervimos en un caldo de odio, amargura y resentimiento porque la vida no ha resultado ser lo que habíamos planeado. Nos llenamos de celo y envidia por el golpe de suerte que le tocó a otro sin que lo buscara. Nos parece despreciable todo lo que dice una persona rica, no porque sea incorrecto lo que dice, sino porque lo despreciamos por su éxito.

Parece que no hay descanso del constante fluir de pensamientos negativos que surgen en nuestra mente. Como se trata de un terreno tan sensible, es un área a la que se le ha brindado muy poca atención. ¿Por qué tienen fantasías los hombres? ¿Qué es lo que ocurre en lo recóndito de nuestra mente?

La batalla por el dominio de la mente

Una mañana, iba en mi automóvil a dirigir un estudio bíblico para caballeros. Me gusta conducir solo; es uno de los pocos sitios donde puedo pensar sin que nada interrumpa mi reflexión.

El abundante tráfico fluía sin detenerse. Cuando disminuí la velocidad ante un semáforo, me dio gusto comprobar que la próxima intersección tendría luz verde. Cuando frené, el conductor del auto que estaba a mi lado advirtió el espacio que quedaba frente al mío, y sin previo aviso, se metió. Frené en seco y me fijé en el espejo retrovisor. No pasó nada. Me encolericé, pero como iba camino a mi estudio bíblico, me recuperé rápidamente y mantuve mi apariencia espiritual. Hasta perdoné al intruso por su actitud atrevida.

Se encendió la luz verde y la larga línea de vehículos avanzó lentamente. ¿Quién fue el último que logró pasar? ¡Lo adivinó! el conductor que me había adelantado. Y yo quedé atrapado por la luz roja. ¡Fue demasiado, con o sin estudio bíblico! Solté un improperio audible que procedió de alguna región interna todavía no consagrada a Dios.

Si este fuera un incidente aislado, no tendría que preocuparme demasiado. Pero día tras día batallamos por el control de nuestra mente. Hay una constante guerra entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo incorrecto, las fuerzas que luchan por obtener el control de nuestros pensamientos. El verdadero campo de batalla del cristiano es su mente.

Le agradará saber que el apóstol Pablo se lamentaba de esta constante lucha contra el pecado, al igual que nosotros. Él expresó:

> Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero,

> esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí.
>
> Así que, queriendo yo hacer el bien hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Romanos 7:15-24)

¡Qué reconfortante descubrir que uno de los más grandes cristianos de toda la historia tenía los mismos conflictos que nosotros! De todas maneras, si no entendemos la naturaleza de esta lucha, tenemos pocas esperanzas de ganarla. Nuestras victorias podrían ser solo accidentales en lugar de ser planificadas.

Sin embargo, cuando empezamos a captar la simplicidad en torno a esta batalla, podemos equiparnos con los recursos adecuados para recuperar el control de nuestros pensamientos secretos. Hoy en día, los cristianos están, a menudo, mal equipados para esta batalla. La situación se asemeja un poco a reclutar civiles para el ejército y enviarlos a la guerra sin enseñarles a usar sus rifles.

Pablo, por su parte, respondió a la pregunta que él mismo se había planteado: «¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?», diciendo a continuación: «Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro» (Romanos 7:25). ¿Cómo nos equipa Dios a través de Jesucristo para ganar esta batalla de la mente? Es casi como si tuviéramos dos mentes.

La mente «x» y la mente «y»

Una interesante teoría en el campo de la administración fue la que desarrolló Douglas McGregor, profesor en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, MIT, que se conoce con el nombre de «Teoría X y Teoría Y». El creador de la Teoría X cree que la gente es básicamente perezosa e irresponsable, y que hace mal el trabajo a menos que sea supervisada siempre. Los investigadores de la Teoría Y creen que la gente, por lo general, quiere hacer bien su trabajo, y que procede de acuerdo con objetivos claramente definidos. Con solo respaldarlos y estimularlos, cumplirán su tarea.

Puede haber cierto sustento bíblico para esta teoría. La Biblia describe dos partes de nuestra mente: una que está controlada por la naturaleza pecaminosa, a la que podríamos llamar *Mente X*, y la otra controlada por el Espíritu, *Mente Y*. Como seguidores de Cristo, no se nos abandona a nuestras propias fuerzas para batallar contra la naturaleza pecaminosa de nuestra «Mente X», sino que se nos ha dado el Espíritu Santo para que enseñe y oriente a nuestra «Mente Y». El Espíritu Santo es el medio por el que Dios nos ha equipado para ganar la batalla en nuestras mentes.

Si entendemos la forma en que operan ambas mentes, podemos obtener la victoria sobre nuestros pensamientos secretos. He aquí la clave:

> Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne [Mente X]; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu [Mente Y]. Porque el ocuparse [Mente X] de la carne es muerte, pero el ocuparse [Mente Y] del Espíritu es vida y paz. (Romanos 8:5-6)

Dejemos bien claro que no significa que tengamos dos mentes distintas en sentido físico. Lo que tenemos son dos naturalezas diferentes: una pecaminosa (carnal) que responde a la influencia del pecado, y otra de la «nueva creación» (espiritual) que responde al Espíritu Santo de Dios. Los pecados de nuestros pensamientos secretos se incuban en nuestra Mente X, en la naturaleza pecaminosa que tenemos.

Cada quien tiene tanto la Mente X como la Mente Y. Podemos vivir de acuerdo con nuestra naturaleza pecaminosa y ser un hombre de tipo Mente X, o podemos vivir por el Espíritu y ser un hombre del estilo Mente Y. Con demasiada frecuencia vacilamos entre una y otra naturaleza, y corremos el riesgo de ser tildados como un hombre de «doble ánimo, que es inconstante en todos sus caminos» (Santiago 1:8).

¿Cuándo se transforma en pecado la actividad de la Mente X? ¿No es ambigua la diferencia entre un pensamiento a secas y un pensamiento pecaminoso?

La frontera difusa

El pequeño Juan trazó una línea en la arena y le dijo a su hermano: «¡Si cruzas esta línea, te pego!».

El temerario Jaimito pasó inmediatamente la línea con actitud desafiante y cruzó los brazos sobre el pecho en actitud triunfal. Su hermano vaciló un instante, trazó otra línea en la arena, y repitió: «¡Más vale que no cruces esta línea, porque ahora sí que te pego!».

¿Dónde se ubica la vaga línea que separa la *tentación* del *pecado*? ¿Se trata de una línea esculpida en piedra o trazada en la arena? ¿Es acaso una frontera que podemos volver a trazar cuando no estemos conformes con los resultados inmediatos? ¿Cuál es la diferencia entre la tentación y el pecado concreto en nuestra vida interior?

Muchas veces no llegamos a entender con claridad la diferencia entre la tentación y el pecado, de modo que a menudo nos sentimos como si estuviéramos vadeando aguas cuya profundidad desconocemos; somos como aquel hombre de un metro ochenta que se ahogó en un metro de agua.

Saber dónde está esa frontera difusa se parece a la acción de poner a funcionar un aparato para graduar la intensidad de la luz en una habitación a oscuras y que no conocemos. En la oscuridad no podemos distinguir por dónde caminar sin tropezar con un mueble. Pero a medida que aumentamos la iluminación, podemos percibir objetos difusos en la habitación, al menos lo suficiente como para

desplazarnos sin peligro, aunque lo hagamos de manera lenta y temerosa. Luego, cuando encendemos totalmente la luz, podemos distinguir con claridad por dónde es seguro caminar y por dónde no lo es.

Entender la diferencia entre tentación y pecado es saber por dónde es seguro caminar y por dónde no. La luz proviene de la Palabra de Dios. El aparato para graduar la intensidad de la luz es nuestra propia comprensión de qué es lo que dice la Palabra de Dios. Cuanto más sabemos, más brillante es la luz. Cuanto más brillante es la luz, los objetos son menos difusos y nos podemos mover con mayor seguridad.

La tentación no es pecado

Los pensamientos que entran a nuestra mente no son pecados. Lo cierto es que el cristiano se puede ver asediado por más pensamientos negativos que antes de su conversión, porque el tentador se esforzará por desalentarnos en nuestro nuevo camino.

Nos preguntamos: «¿Cómo puedo ser un *verdadero* cristiano si sigo teniendo estos pensamientos? Seguramente, mi fe no es genuina». Si pensamos de esa forma, ¿quién cree usted que ganará? Pero lo cierto es que no tenemos más control sobre nuestros pensamientos que el que podemos tener sobre el lenguaje vulgar del hombre que está sentado a nuestro lado en un restaurante. Son cosas que oímos sin tener control sobre el hecho de escucharlas o no.

Muchos se fustigan mentalmente porque tienen pensamientos inapropiados recurrentes. ¡Los pensamientos no *son pecados!* Por supuesto, podemos cargar nuestra mente con tanta basura que estará predispuesta a la tentación. Aun así, los pensamientos son solo eso. La tentación mental se puede convertir en un pecado solo si permitimos que nuestra Mente X cruce la difusa línea sin que la detengamos.

Cuando la tentación cruza la raya

¿Cuál es la diferencia entre una tentación en nuestra mente y un pecado concreto? El mejor ejemplo es el sexo. Todos los hombres se sienten físicamente atraídos hacia las mujeres; entonces, ¿cuándo podemos considerar que la atracción mental se torna pecado? ¿Hay algún límite que podamos definir claramente, pasado el cual trascendemos de la tentación al pecado? ¿Podemos trazar una línea que nunca deberíamos cruzar?

Cuando nuestras observaciones *normales* se convierten en preocupaciones *anormales*, entonces hemos trascendido la frontera. El Dr. R. C. Sproul, en su libro *Agradar a Dios* observó lo siguiente:

> La lujuria no es darse cuenta de que una mujer es sexualmente atractiva. La lujuria nace cuando nosotros convertimos una simple percepción en una fantasía absorta. Cuando inducimos pensamientos sexuales en nuestras mentes y los alimentamos, hemos pasado de la simple percepción a la lujuria. En palabras de Lutero, no podemos evitar que los pájaros vuelen sobre nuestras cabezas, pero es otra cosa si los invitamos a construir sus nidos en nuestro cabello.[43]

Un amigo dijo: «La tentación es sentirnos sexualmente atraídos por una mujer bella. El pecado es dar vuelta a la manzana para volverla a ver».

Cuando el pecho se nos llena de orgullo por un trabajo bien hecho, nos sentimos satisfechos como personas. ¿Cuándo se puede transformar en pecado esta satisfacción con nuestro rendimiento personal? Cuando empezamos a comparar nuestros logros con los de otros hombres y empezamos a evaluarnos como superiores, entonces hemos cruzado la frontera.

Dwight L. Moody expresó: «Cuando los cristianos se ven expuestos a la tentación debieran orar para que Dios los sostenga, y cuando sean tentados, no deben descorazonarse. No es pecado ser tentados; el pecado es caer en la tentación».[44]

El encubrimiento del pecado

El pasatiempo de Tom era mirar mujeres. Lo que más le gustaba, cada vez que viajaba, era sentarse en las salas del aeropuerto y observar a las mujeres que pasaban. Después que conoció a Cristo, advirtió que su obsesión por las mujeres no era del agrado de Dios, pero la mantuvo como algo secreto. *Después de todo*, se decía *todos tenemos derecho a algún pequeño vicio, ¿verdad? Esto no le hace mal a nadie. Es un delito sin víctimas*.

En realidad no, Tom.

No hay secretos delante de Dios; él conoce cada palabra que vamos a pronunciar incluso antes de que esté en nuestros labios. Puede que nadie más se entere, pero Dios lo sabe. El objetivo de nuestra vida de fantasías secretas, ya que no es un secreto para Dios, debería ser vivir una vida de santidad personal.

¿Cuándo cruzamos la frontera hacia el pecado, y qué debiéramos hacer al respecto? Simplemente, confiéselo, pida perdón a quien haya ofendido (si procede), corrija la situación si puede (de ser el caso), reciba el perdón de Cristo y siga adelante. «El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia» (Proverbios 28:13).

¿Por qué parece ser tan difícil dominar nuestros pensamientos?

Lo que los otros ven

Ir a un bar no es pecado, pero preferiría ir preso que ser visto en un bar. Francamente, las razones de esta preferencia son egoístas, no espirituales. No quiero que mi reputación se vea perjudicada, de modo que evito los bares. Tiene menos que ver con lo que Jesús pensaría que con lo que pensarían mis amigos.

La *visibilidad* de nuestras palabras y acciones es lo que nos ayuda a mantenernos en la senda correcta. Nos permite desarrollar cierto grado de autodisciplina. A veces, pienso que la presión de nuestros pares nos induce a vivir más rectamente que el temor a un Dios santo. Todos queremos llevarnos bien con los demás y gozar de buena reputación. Estas ambiciones nos ayudan a controlar nuestro comportamiento.

El incrédulo no tiene control sobre sus pecados de *alta visibilidad* porque no cuenta con el Espíritu Santo que lo haga sensible a ellos y le dé convicción, ni tiene la presión que proviene de la familia de la iglesia. El inconverso vive de acuerdo con su Mente X.

Por supuesto, la presión no es mala en sí misma. Si no existiera, no tendría que rendir cuentas a nadie y la tentación a pecar sería mucho más irresistible.

Pero la *baja visibilidad* de nuestra vida mental la hace inmune a la presión y nos libera de rendir cuentas, salvo la que nace de nuestra propia autodisciplina y la dependencia del Espíritu que nos fuerza a examinarnos. ¿Cuál es el resultado de esta situación? Con frecuencia, llevamos una vida mental secreta, desenfrenada, que sería bochornosa si los demás llegaran a conocerla.

Mi propia percepción

Mientras que nuestros pecados más visibles pueden ser obvios para los demás, puede que nosotros mismos no seamos conscientes de ellos.

Como cristianos principiantes, todos traemos nuestra carga excesiva de equipaje al entrar en nuestra nueva fe. Lamentablemente, venimos cargados de ira, resentimiento, amargura, egocentrismo, lujuria, envidia y celos.

Aun antes de conocer a Cristo, ya solíamos encubrir buena parte de nuestra vida mental, pero cuando nos hicimos cristianos nos volvimos expertos en ocultar nuestros pensamientos. Controlamos cuidadosamente nuestra manera de hablar y actuar a fin de mantenernos dentro de la descripción del nuevo rol, tal como lo percibimos, y en gran medida porque eso satisface nuestras propias expectativas. Los pecados *de baja percepción* son como puntos ciegos. Es en esas áreas de baja percepción donde se libran algunas de las más feroces batallas mentales. El salmista inquiere: «¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos. Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí; entonces seré íntegro y estaré limpio de gran

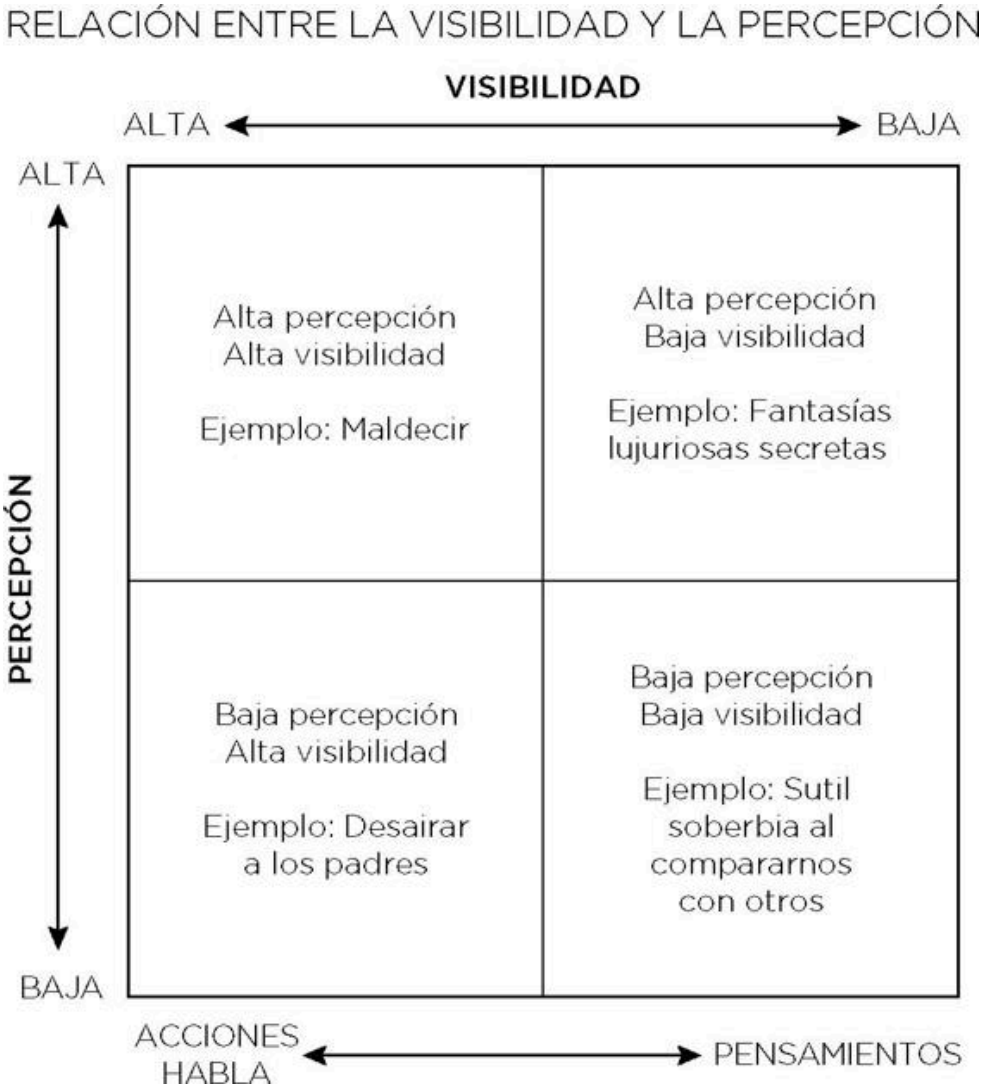
rebelión» (Salmos 19:12-13). Es difícil vencer a un enemigo al que no percibimos.

La vinculación entre la percepción y la visibilidad

La figura 22.1 muestra la relación entre la *visibilidad* y nuestra *percepción* del pecado. La primera se orienta hacia el mundo externo, hacia los «otros»; en tanto la percepción se orienta hacia el mundo interno, hacia el «yo». Observe que nuestros pecados *más visibles* son, por lo general, pecados del *habla* y de la *conducta*. Ocasionalmente, podemos discernir de qué manera los pensamientos secretos de un hombre lo llevan a pecar, pero casi siempre tiene que *hacer* algo para que percibamos su falta.

Por otro lado, los pecados *poco visibles* son, por lo general, los de nuestros pensamientos secretos. Nuestro vocabulario se limpia bastante una vez que nos volvemos cristianos, pero la presión no es suficiente para motivarnos a poner coto a la sutil soberbia de considerarnos más de lo que somos. Es necesario que ahondemos en la vida espiritual a fin de encontrar la motivación para vencer nuestra secreta vida interior.

La visibilidad de nuestros pecados nos provee alguna motivación para percibir y modificar nuestras faltas, pero es imposible modificar aquello de lo cual no somos conscientes. La percepción de nuestros pecados se vincula al grado en que examinamos o no nuestra vida. La *alta percepción* puede ser el resultado de que adoptemos costumbres del grupo en relación con nuestro vocabulario y comportamiento; pero en lo que hace a la vida mental, debemos depender de que el Espíritu Santo nos haga conscientes de «nuestros errores ocultos». Antes de que aceptara al Señor, de cada dos palabras que hablaba una era mala. No cabe duda que la alta visibilidad de esta pecaminosa conducta en mi vocabulario me ayudó a tomar conciencia clara de mis faltas en ese terreno. Por medio de la oración, Dios cambió de manera drástica este aspecto de mi conducta.



Follow for extended description

Figura 22.1

Pero, en cambio, la ambición por controlar mi propio destino y ser mi propio jefe sin recurrir a nadie, ni siquiera a Dios, escapó a mi percepción durante años, ayudada por la falta de oposición que le brindaba su baja visibilidad. Consideremos qué es lo que ocurre al combinar la visibilidad y la percepción.

Alta visibilidad / Alta percepción

Como podrá observar en la figura 22.1, los pecados que se prestan a la alta visibilidad y la alta percepción son los más obvios; son faltas

que todos, hasta los incrédulos, reconocen como tales.

En una ocasión, un amigo inició una aventura amorosa de la que todos, hasta su propia esposa, estaban enterados. Algunos de sus amigos lo enfrentaron directamente para que suspendiera ese público romance. Él estaba muy consciente de lo que hacía y, por lo descarado de su conducta, todo el mundo estaba al tanto. (Si quiere saberlo, lo cierto es que siguió haciéndolo).

Alta visibilidad / Baja percepción

Estos son, con frecuencia, pero no siempre, pecados típicos de los incrédulos. Un hombre se había hecho cristiano, pero varios años después seguía siendo muy conocido por sus arrebatos de ira en el trabajo. Cuando se lo hacían notar, respondía que le parecía perfectamente normal dejar escapar la presión. Nadie había logrado que tomara conciencia de que la ira puede transformarse en pecado. Desde entonces, ha hecho notables progresos.

Baja visibilidad / Alta percepción

Consideremos ahora los problemas poco visibles, donde la vida mental se explaya sin obstáculo. Los pecados poco visibles pero altamente percibidos por uno mismo son la obsesión típica del hombre cristiano. «Sé que no es correcto pensar así, pero no estoy dispuesto a renunciar» o «No puedo evitarlo».

Una vez, un amigo me ofreció conseguir un préstamo empresarial por medio de un contacto que tenía. Sin embargo, cuando lo fui a buscar no había forma de lograr que siguiera adelante con el trámite. Me sentí herido. Estaba tan enojado que no quería perdonarlo. Durante meses alimenté mi enojo. Pronto me encontré lleno de amargura y resentimiento. No tenía el valor de enfrentarlo, de modo que la ira me emponzoñaba.

Tenía plena conciencia del pecado que albergaba en mis pensamientos, pero su baja visibilidad me permitía no rendir cuentas ante nadie. Por último, la convicción de pecado que produjo en mí el Espíritu Santo fue tan intensa que me reconcilié con esa persona.

Baja visibilidad / Baja percepción

Los pecados más disimulados son los que se ven y se perciben poco. No solo no los ven los demás, sino que nosotros mismos no los percibimos. Como rara vez nos entregamos a la introspección, podemos seguir adelante sin advertir nuestras faltas y nuestros malos pensamientos.

Cierto día, me di cuenta de que soy «hipercrítico». Critico todo: a las personas, los edificios, los automóviles, la ropa, el paisaje, los colores . . . nada escapa a mi crítica. Eso por sí solo no sería problema; lo que advertí es que a la *crítica* le agregaba la *comparación* conmigo mismo. Es decir que, de una forma muy sutil, constantemente disminuía a los demás para sentir que era mejor que ellos.

Esto es, en esencia, el pecado de orgullo. Hemos dicho en el capítulo 16 que el orgullo es un pecado de comparación, mientras que las Escrituras nos enseñan a no pensar de nosotros mismos más de lo que debemos pensar (véase Romanos 12:3).

Si nos comprometemos a tomar más conciencia de nuestra vida interna, si hacemos una pausa ocasionalmente para preguntarnos *«¿Por qué?»* cuando sintamos que nuestros pensamientos nos son ajenos, habremos dado, de esa manera, un paso gigantesco hacia la conquista de nuestros pensamientos secretos.

La mente que se hace trampas a sí misma

Una fábrica que producía dos tipos de cerveza, común y clara, hizo una encuesta entre su clientela. «¿Prefiere la cerveza común o la cerveza clara?», era la pregunta. Sorprendentemente, dos tercios de la gente encuestada prefería la cerveza clara. ¡Durante años, la cervecería había estado produciendo nueve veces más cantidad de cerveza común que clara! Llegaron a la conclusión de que la gente había interpretado la pregunta en el sentido siguiente: ¿Bebe usted la clase de cerveza preferida por la gente fina y de buen gusto, o bebe *usted simplemente el artículo ordinario?*[45]

Tenemos una increíble capacidad de hacer trampas y engañarnos a nosotros mismos. Nuestra autoimagen es tan importante que estamos dispuestos a creer casi cualquier explicación que parezca

razonable para justificar nuestros fracasos, con tal de aparecer siempre como héroes. El profeta Jeremías observó ese hecho cuando dijo: «Engañoso es el corazón más que *todas* las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?» (Jeremías 17:9, énfasis del autor).

A menos que desarrollemos una clara comprensión de cómo se construyen nuestros pensamientos, motivaciones y ambiciones, seguiremos albergando pensamientos impuros, motivaciones equivocadas, ambiciones egoístas. Si no dejamos un centinela apostado en la atalaya, el enemigo puede deslizarse a nuestros pensamientos, favorecido por nuestra baja percepción.

Salomón entendió esto cuando dijo: «Del hombre son las disposiciones del corazón; mas de Jehová es la respuesta de la lengua Todos los caminos del hombre son limpios en su propia opinión; pero Jehová pesa los espíritus» (Proverbios 16:1-2).

Juan había decidido adquirir un nuevo automóvil porque el consumo de combustible del que tenía no era satisfactorio. ¡El nuevo auto se desvalorizó en $4.000 durante el primer año, pero ahorró $400 en combustible en el mismo período! En realidad, lo que Juan buscaba no era menos gasto sino más prestigio.

El control de nuestros pensamientos

A estas alturas, puede que esté pensando que es imposible conquistar su vida interior. Todo lo contrario, el Espíritu Santo será quien indague en nuestro espíritu (nuestra Mente X) y señale nuestras faltas, si tan solo se lo pedimos. «Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre, la cual escudriña lo más profundo del corazón» (Proverbios 20:27). El rey David preguntó retóricamente: «¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?» (Salmos 139:7). Podemos escapar de Dios, pero no ocultarnos de él. La clave para vencer en la batalla de nuestra mente —nuestros pensamientos secretos— es sometemos al autoexamen y al análisis del Espíritu. Nuestra plegaria debiera ser la del rey David: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno» (Salmos 139:23-24).

Llevemos cautivo todo pensamiento

Criar hijos es un trabajo duro. ¿Por qué es tan difícil? Los niños ponen a prueba los límites de la autoridad y el orden. No importa qué límites les hayamos fijado, siempre querrán probar y volver a probar los límites de nuestra paciencia.

Unos amigos nuestros habían determinado que su hija no iría a ver películas para mayores de trece años hasta que los cumpliera. Todas sus amigas ya iban cuando tenían diez y once años. Cada fin de semana les preguntaba a sus padres si podía ir a ver tal o cual película. Siempre eran del tipo inconveniente para menores. Invariablemente, ponía a prueba los límites.

Nuestros pensamientos obran como lo hacía esta niña. Cada día nos piden que les permitamos trascender la frontera de autoridad y orden que les hemos impuesto. Siempre quieren probar los límites. Requiere disciplina y esfuerzo mantener activa nuestra Mente Y, y poner a raya a nuestra Mente X. ¿Cómo lo logramos?

«Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Corintios 10:5). No debiéramos permitir que ningún pensamiento siga su curso libremente. Como aquella niña que quería probar a sus padres, nuestros pensamientos quieren seguir su propio curso. Pero debemos llevar a todos y cada uno de ellos cautivos a Cristo. ¿Por qué? Citando las palabras con que Salomón cerró el libro del Eclesiastés: «Porque Dios traerá toda obra a juicio [nuestra vida interna], juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala» (Eclesiastés 12:14).

Por supuesto, ya sabe que no tiene suficiente fuerza de voluntad para lograrlo; pero Cristo en usted sí la tiene. Cuando Cristo es quien controla nuestra vida, el Espíritu Santo actúa con poder. Cuando permitimos que sea el viejo hombre quien nos controle —la naturaleza pecaminosa— el Espíritu se apaga. La solución es llevar todo pensamiento cautivo; y si comprobamos que hemos pecado, confesarlo y pedirle a Cristo que tome el control. Esa es la esencia de lo que significa vivir por el poder del Espíritu Santo.

———— Asuntos a considerar ————

1. Cada uno de nosotros tiene una vida secreta —una vida «invisible»— que es notoriamente diferente a la imagen que proyectamos de nuestra persona.

   ❑ Estoy de acuerdo ❑ Estoy en desacuerdo. ¿Por qué?

2. Lea Jeremías 23:24. ¿Cree usted que Dios conoce sus pensamientos? ¿Por qué se esfuerzan los hombres por llevar una vida recta delante de los demás, semejantes a ellos, y en cambio no asignan la misma prioridad a la integridad y rectitud de sus pensamientos secretos?
3. ¿Qué aspecto de su vida íntima le presenta serios conflictos (por ej., la lujuria, las fantasías, el odio)?
4. Lea Romanos 8:5-6. El verdadero campo de batalla es la mente. Según este pasaje, ¿entre cuáles dos influencias debemos elegir (v. 5)? ¿Cuáles son los resultados de nuestra elección (v. 6)? ¿Ha escuchado hablar de la «Teoría X y Teoría Y»?
5. ¿Cuál es la diferencia entre la tentación y el pecado? ¿Son pecados nuestros pensamientos?
6. ¿Cuándo una tentación cruza en nuestra mente la frontera hacia el pecado?
7. Lea 2 Corintios 10:5. ¿Qué significa «llevar todo pensamiento cautivo»?

Capítulo 23

Cómo rendir cuentas: El eslabón perdido

Nuestra sociedad muestra muy poca correlación entre lo que decimos creer y cómo realmente nos comportamos. Hay una desconexión en alguna parte.

Anónimo

Fieles son las heridas del que ama; pero importunos los besos del que aborrece.

Proverbios 27:6

Carta abierta a los hombres y sus pastores

Querido pastor:

Usted me conoce muy bien. Suelo sentarme en las primeras filas de la iglesia cada domingo; siempre estoy ahí. Cuando nos retiramos del culto, lo saludo con un apretón de manos y una sonrisa. Usted se muestra igualmente contento de verme.

Pero no conoce muy bien mi «verdadero» yo. Porque detrás de la sonrisa feliz hay una vida un tanto desequilibrada. Ocasionalmente, me ha preguntado cómo andan las cosas, y le he contestado: «Muy bien, ¿y usted?». (He aprendido que la mejor manera de mantener mi reserva es enfocando la atención nuevamente en la otra persona).

La verdad es que nunca estoy seguro de que quiera escuchar mi respuesta. Sé que tiene que tratar con muchos casos tristes, donde hay sufrimiento real: gente que pierde su

empleo, su hogar, sus familias, sus seres queridos. Francamente, me siento un tanto incómodo de hablarle acerca de mi situación espiritual. Se supone que debo estar en el peldaño más alto de la escala. Después de todo, soy un comerciante exitoso.

He tratado de echar una mirada a mi vida, examinar mis caminos, pero lo cierto es que no sé cómo hacerlo. Disfruto muchos de sus sermones. Conmueven mis sentimientos y mi espíritu, pero el lunes a las 9:00 de la mañana, cuando comienzan a sonar los teléfonos y recibo las primeras quejas de los clientes, sencillamente no logro convertir mi fe en algo práctico. Necesito ayuda.

De algún modo, me doy cuenta de que mis problemas son espirituales, pero no logro encontrar respuestas espirituales. Sé que mi matrimonio da la impresión de ser un éxito, pero por detrás de las rejas cerradas de mi castillo privado, la vida es muy diferente. Me daría vergüenza que usted supiera cuán diferente es.

Mis hijos ya no parecen querer pasar más tiempo conmigo. Sinceramente, los he excluido de mi vida durante tanto tiempo, que no los culpo. He pasado más noches en habitaciones solitarias de hotel de las que quisiera acordarme. Al principio, creía que lo hacía por mi familia. Les quería dar un mejor nivel de vida. Pero ahora me doy cuenta de que lo hacía por mí mismo, para mi propia gratificación personal. Quizás pensé que me haría sentir más importante. De todos modos, terminé mezclando los fines con los medios, y ahora me da la impresión de que no piensan gran cosa de mí.

Conozco a muchísimas personas, pero en el fondo soy un hombre solitario. Ni siquiera sabría con quién hablar si decidiera poner mi frustración en palabras. No tengo a nadie a quien responder en absoluto por mi vida. Nadie sabe, ni pareciera importarle, cómo me va económicamente o en los negocios, ni con mi esposa o con mis hijos, ni tampoco en lo espiritual. Sé que usted está interesado en mí a nivel de grupo, pero le estoy hablando acerca de mí mismo

personalmente, como individuo. No es que espere que usted me dedique tiempo, pero me gustaría que existieran vínculos que unieran a los hombres para hablar de estas cuestiones. Creo que podría salir algo bueno si usted respaldara la idea.

Francamente, he hecho algunas cosas en mis negocios de las cuales ahora me lamento. He actuado con poca honestidad en algunos casos y he puesto mi integridad en peligro. Me siento culpable de ello, pero ya que nadie conoce las cosas, sigo pretendiendo que todo está bien.

Realmente no soy muy diferente a otros. A menudo, me pregunto si por detrás de esas sonrisas plásticas de los domingos por la mañana, alguien más se siente de la misma manera que yo.

Y bueno, nunca pensé en mandarle esta carta, pero sentía que tenía que sacarme algunas cosas del pecho. Realmente desearía poder decirle en persona estas cosas. Hay tanto que quisiera saber y sobre lo que me gustaría conversar. Bueno, me imagino que nos veremos este domingo.

Afectuosamente,

James

El problema

Solía jugar al tenis en pareja, con un compañero de equipo que siempre se enojaba cuando yo rozaba la red con la pelota. Hasta que le dije: «Mira, déjame tranquilo. ¿Acaso crees que lo hago a propósito?». Nadie que confíe en el Señor va a desobedecer *intencionalmente* las Escrituras. Los hombres no fracasan a propósito en su vida espiritual. James, el autor ficticio de la carta al pastor, no había querido que su vida fracasara. Y, sin embargo, vemos a diario a los hombres dejando de brindar su potencial pleno: pareciera que se les desinflan las gomas. ¿Por qué pasa eso? Los creyentes no fallan porque *quieren*. La verdad es que todo cristiano genuino quisiera vivir una vida de obediencia mediante la fe en Cristo Jesús. Pero, por desgracia, «el espíritu está dispuesto, mas la carne es débil», y las tentaciones asaltan a cada paso.

Mi amigo, Howard Ball, dijo una vez: «A veces la gente comenta que vivir una vida cristiana fiel es difícil. Eso no es cierto en absoluto. No es difícil, es humanamente imposible».[46] Ningún hombre tiene la fuerza y la voluntad para tomar *siempre* las elecciones correctas. Justo cuando creemos que estamos llegando al control de nuestra vida . . . ¡zas! «Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga» (1 Corintios 10:12).

Una de las principales razones por las cuales los hombres se meten en problemas es que no tienen que responder a nadie por sus vidas. Haga una encuesta y descubrirá que muy pocos han incorporado el principio de rendir cuenta a otros sobre sus vidas. Es el *eslabón perdido* de la vida cristiana. En las tres décadas que llevo trabajando con hombres por vocación, he comprobado que lo que más les cuesta a los hombres es rendir cuentas ante los demás. ¿Por qué?

Algunos hemos invertido toda nuestra vida para lograr ser «nuestros propios amos», por la precisa razón de que *no queremos* dar cuenta a otros de lo que hacemos. Otros, quizás, por ser más reservados por naturaleza, no quieren que los demás se entremetan en sus vidas privadas. Y no faltan los que sí tenemos interés, pero no estamos seguros de lo que significa saber «responder ante otros», ni cómo se hace.

Cada día, los hombres fallan moralmente, espiritualmente, en sus relaciones con otros, en sus prácticas laborales. No porque no quieran llegar a la meta, sino porque tienen *puntos ciegos* y *puntos débiles* que creen poder controlar por sí mismos. Pero no pueden. Y por eso pierden sus familias, sus negocios, sus trabajos, sus ahorros y dañan la relación con Dios, porque no hay nadie a quien hacerle las preguntas difíciles: «¿Cómo?, ¿por qué?, ¿qué? y ¿quién?».

Algunos tienen fracasos graves porque, en un momento de pasión, estallan abruptamente, se desintegran, se carbonizan. Pero la forma más común por la que muchos se meten en problemas surge de cientos de pequeñas decisiones —decisiones que pasan inadvertidas— que, poco a poco, como una gota que cae sobre la roca, desgastan su carácter. No sucede estrepitosamente o de

manera repentina, sino sutil, a lo largo del tiempo, a medida que los atrapa una telaraña de actitudes poco transparentes, claudicaciones y pensamientos equivocados, que pasan sin ser reprendidos por nadie.

La Palabra de Dios nos dice cómo estar firmes en la fe y resguardarnos de las caídas: «El alimento sólido [la Palabra de Dios] es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal» (Hebreos 5:14). Pero los hombres *sí* fallan cuando no tienen que responder a nadie por sus creencias y su conducta.

En un mundo en el que el diablo siempre está acechando y, a menudo, triunfa, ¿cómo podrá entonces un hombre ordenar su vida para tener la mayor probabilidad de vencer? La respuesta está en el eslabón perdido: saber rendir cuenta a otros de nuestra conducta.

El propósito y la definición de dar cuentas

El propósito de dar cuenta a otros es nada menos que volvernos cada día más como Cristo en todos nuestros caminos y crecer en nuestra intimidad con él.

Es Jesús crucificado quien constituye el objeto de nuestra búsqueda, nuestra devoción, nuestro sacrificio y nuestros afectos. Es a él a quien amamos. Cualquier cosa que sea menos que una profunda intimidad con el Cristo vivo resultará un logro muy pobre. Al dar cuenta a otros anhelaremos, lucharemos y nos esforzaremos para obtener la plenitud de su poder y de su presencia en cada experiencia de nuestra vida. Para poder apropiarnos más cuidadosamente de su gracia le pedimos a alguien que nos asista, a fin de volvernos más obedientes y consagrados al Señor Jesús.

¿Hay alguien que alguna vez lo haya buscado para que le rindiera cuenta de algo de su vida? ¿Ha buscado a alguien para darle cuenta de algún aspecto de su vida? ¿Pero, después de todo: qué es exactamente eso de rendir cuenta a alguien?

El responder ante otros es como una fusión nuclear. Todos han oído hablar de ella, comprenden que es importante, pero muy pocas personas saben realmente cómo explicarla.

Aquí le ofrecemos una definición útil de lo que es responder ante otros, cuando se trata de un cristiano: *Es poder responder regularmente por las áreas clave de nuestra vida ante personas calificadas.*

Exploremos los cuatro aspectos de esta definición: *responder, áreas clave, regularmente* y *personas calificadas*.

Responder ante otros

En el ambiente comercial, cada persona debe responder a alguien más. Aun el dueño independiente debe responder ante sus clientes y proveedores. Soy dueño de mi propio negocio, sin embargo, tengo que dar estados de cuentas tanto de las finanzas como de la administración a un número limitado de socios y prestamistas.

La fórmula más exitosa que conozco para la contabilidad comercial exige una reunión mensual en la que las metas para los siguientes treinta a sesenta días se tratan y se fijan de común acuerdo. A partir de ese momento, el que está en relación de dependencia tiene la libertad de trabajar dentro de esas metas y lograr que se ejecuten. Pero el precio de esa libertad es tener que informar con precisión (saber responder ante alguien). En la reunión mensual, el subordinado debe dar un informe de los resultados obtenidos durante el mes anterior antes de que se propongan nuevas metas para el futuro.

A menos que sepamos responder regularmente acerca de las áreas claves de nuestra vida, al igual que las ovejas, comenzaremos a extraviarnos. Y, sin embargo, someter nuestras vidas a la inspección de otros es algo que va en contra de nuestro deseo de ser independientes. Aunque decidimos vivir como cristianos, a menudo deseamos que todo quede «entre Jesús y yo». Pero el camino trazado por las Escrituras señala que entre los creyentes se debe saber responder ante otros.

> Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú

también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo. (Gálatas 6:1-2)

Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. (Filipenses 2:3-4)

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. (Juan 13:34)

Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante. (Eclesiastés 4:9-10)

Fieles son las heridas del que ama; pero importunos los besos del que aborrece. (Proverbios 27:6)

Hierro con hierro se aguza; y así el hombre aguza el rostro de su amigo. (Proverbios 27:17)

¿Qué clase de «respuestas» debemos dar? Las respuestas que damos en una relación de este tipo son primordialmente acerca de las *metas* que nos fijamos y los *niveles* que deberíamos alcanzar en la vida.

Cada uno de nosotros debería fijar metas para ayudarnos a lograr una verdadera comprensión de los *propósitos* de Dios para nosotros y las *prioridades* que él nos pide. Necesitamos a alguien ante quien responder, darle un informe preciso acerca de cómo estamos avanzando hacia esas metas.

La Biblia bosqueja criterios generales para nuestro *carácter* y nuestra *conducta* que se aplican a todos los cristianos. También necesitamos personas en nuestras vidas para desafiarnos y alentarnos a vivir a la altura de esos estándares.

He aquí, a grandes rasgos, acerca de qué deberíamos querer responder ante alguien más:

- metas
- propósito
- prioridades
- niveles
- carácter
- conducta

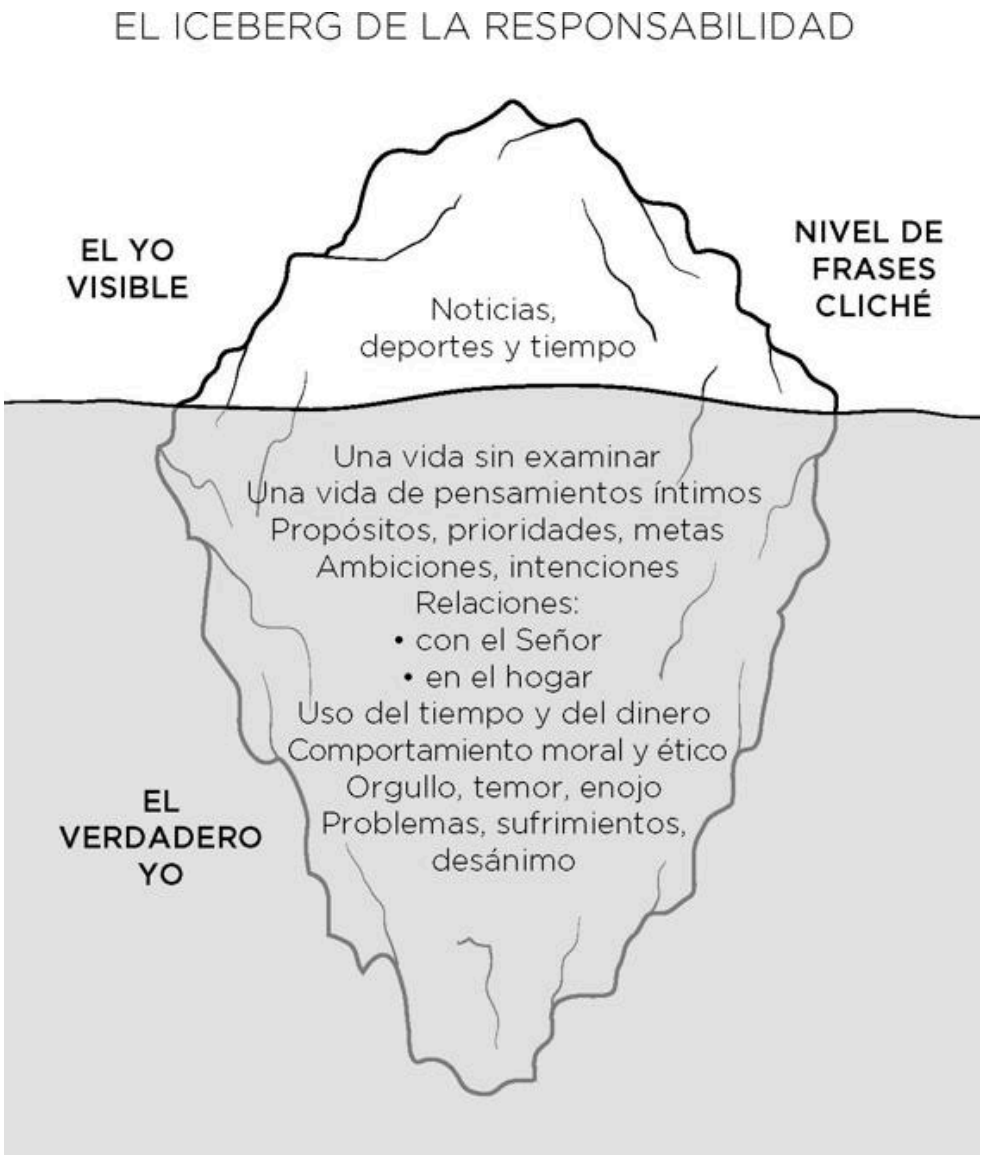
Áreas clave por las cuales responder

El *Titanic* era considerado por los expertos como un barco insumergible. Sin embargo, uno de los desastres más grandes de la historia ocurrió durante su viaje inaugural cuando chocó, la noche del 14 de abril de 1912, contra la parte oculta de un iceberg. Se ahogaron más de mil quinientas personas cuando el costado sumergido de esa montaña de hielo abrió una grieta de cien metros en el casco de la que, en ese momento, era considerada la nave más grande del mundo.

Un iceberg es uno de los fenómenos más bellos y peligrosos de la naturaleza. Lo que alcanzamos a ver de estas porciones desprendidas de un glaciar es hermoso: su aspecto impecable es el que nos gusta tener frente a nuestros amigos. Pero solo se ve una octava o una décima parte del iceberg; el resto está oculto bajo la superficie del agua. Allí es donde se agazapa el peligro.

Al igual que un iceberg, lo bello de nuestra vida es una décima parte, más o menos, de lo que la gente alcanza a ver. Lo que está bajo la superficie, sin embargo, es donde realmente vivimos la mayor parte de nuestra vida real. Es la vida que escapa al escrutinio de otros cristianos. Las profundidades escabrosas de nuestras vidas secretas son las que, a menudo, producen grietas en nuestras relaciones con otros y dañan nuestra vida espiritual. Lo que pasa inadvertido y sin examinarse con cuidado puede hundirnos cuando no sabemos responder a otros por esas áreas de nuestra vida.

La figura 23.1 muestra cómo la mayor parte de nuestras conversaciones gira en torno a las cosas cliché de la existencia: las noticias, los deportes y el clima. Pero esto es apenas la puntita del iceberg, nuestro yo «visible». Nuestro yo «real» lucha diariamente con acuciantes problemas en las áreas clave de nuestra vida, y cada uno de nosotros necesita a alguien que lo ayude a navegar alrededor de los peligros sumergidos de una vida no sujeta a examen.



Follow for extended description

Figura 23.1

Las áreas de nuestra vida por las cuales debemos responder pueden ser examinadas desde distintos ángulos. Hay que distinguir entre lo *personal* y lo *profesional*. Los hombres que elijamos para tener a quién responder por nuestras profesiones y nuestras prácticas laborales podrían no ser los mismos a quienes les pidamos que nos ayuden a mejorar nuestra relación con nuestra esposa y nuestros hijos.

Otra distinción digna de ser considerada es la diferencia entre estas áreas en las que *todos los hombres* necesitan que se los examine y las *de alto riesgo personal*: aquellas en las que cada uno en particular tiene una lucha difícil. Por ejemplo, si es un adicto a las tarjetas de crédito, a la pornografía, al juego, a las drogas, al alcohol o a la atracción por personas del mismo sexo, sería inteligente que responda ante alguien que haya luchado en esa área. De lo contrario, sabe que podrá «manipularlos».

Quizás la distinción más útil sea definir las áreas según *categorías*. Las áreas clave en las que todos necesitamos rendir cuentas son:

- Relación con Dios.
- Relación con la esposa, de estar casado.
- Relación con los hijos, de tenerlos.
- Uso del tiempo y del dinero.
- Conducta moral y ética.
- Cuestiones de lucha personal.

¿Hay algo con lo que usted lucha constantemente? ¿Cuáles son sus puntos débiles? ¿No le gustaría saber cuáles son sus puntos ciegos? ¿En qué aspecto de su vida íntima lucha más? ¿Cuál es su área de mayor riesgo? Estas son las preguntas que la *persona a quien rendimos cuenta* debiera estar haciéndonos *regularmente*.

Regularmente

El término *regularmente* sugiere que los contactos con el «compañero» elegido deberían ser más o menos frecuentes y sistemáticos. Durante treinta y dos años, hasta su fallecimiento, mantuve una reunión semanal con un amigo treinta años mayor que yo y ambos respondíamos ante el otro acerca de nuestra relación con Dios, y en menor medida, sobre nuestra familia (también gozamos de comunión en la oración).

Mi propia experiencia es que los hombres que no se encuentran cada semana terminan no reuniéndose. Estoy seguro de que es

posible tener encuentros quincenales o mensuales, pero los recomiendo semanales. La figura 23.2 ilustra una lista de comprobación de las cuestiones que querrá tratar en esas reuniones periódicas. Puede añadir otras áreas que considere oportunas.



Guía de control semanal de una hora

Utilice estas preguntas como guía. No es necesario hacer todas las preguntas, pero asegúrese de cubrir cada área semanalmente.

Preguntas para iniciar la reunión

- ¿De qué manera lo ha bendecido Dios esta semana?
- ¿Qué problemas han llamado más su atención durante esta semana?

La vida espiritual

- ¿Lee usted la Palabra de Dios a diario? (¿Cuán a menudo? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Por qué no?
- ¿Cómo son sus oraciones? (Centradas en sí mismo, en intercesión por otros, alabanza, confesión, gratitud). ¿Cómo está evolucionando su relación con Cristo?
- ¿Se ha sentido tentado en esta semana? ¿Cómo respondió a la tentación?
- ¿Tiene usted algún pecado sin confesar en su vida?
- ¿Se congregó en la iglesia para adorar esta semana? ¿Fue fortalecida su fe en Jesucristo?

Vida de hogar

- En caso de estar casado, ¿cómo está su relación con su esposa? (Actitudes, tiempo, enojos, frustraciones, progreso, intimidad, relación de su cónyuge con Cristo).
- En caso de tenerlos, ¿cómo van las cosas con los hijos? (Cantidad y calidad de tiempo, valores y creencias, educación, lucha espiritual).
- ¿Cómo van sus finanzas? (Deudas, ofrendas, ahorros, mayordomía).
- ¿Has dedicado su tiempo a quien se lo merece?

Vida laboral

- ¿Cómo van las cosas en el trabajo? (carrera, relaciones, tentaciones, estrés, problemas, trabajar demasiado).

Vida ministerial

- ¿Qué ha hecho esta semana para (1) llamar a alguien a vivir «en» Cristo: salvación o permanecer, (2) equiparlo para vivir «como» Cristo: crecer o capacitar, o (3) enviarlo a vivir «para» Cristo: hacer discípulos, amar, servir a los demás.
- ¿Ha dado a conocer su fe a alguien?
- ¿Qué ha hecho esta semana por otra persona que no pueda serle devuelto? (ayudar a los pobres, brindar ánimo, mostrar misericordia, servir a otros)

Preocupaciones radicales

- ¿Se siente usted en el centro de la voluntad de Dios? ¿Siente la paz de Dios?
- ¿Con qué está luchando en su vida interior? ¿Mantiene sus prioridades en su debido orden?
- ¿Es su comportamiento moral y ético el correcto? ¿Cómo se está desempeñando en su área crítica particular?
- ¿Hay coherencia entre lo que muestra y lo que realmente es? (En caso negativo, ¿en qué sentido?).
- ¿Has sido fiel en las áreas clave anteriores? Si no es así, ¿cuál es su plan?

Oración

- Concluya con diez a quince minutos de oración. Céntrese en las preocupaciones de la semana.

MIM
Teléfono: 407-472-2100
Fax: 407-331-7839
www.maninthemirror.org

Follow for extended description

Figura 23.2

También puede tener estas preguntas en una tarjeta personal. Un día, le enseñé la tarjeta a un amigo. La leyó despacio, se quedó callado y se quedó mirándola durante un buen rato. Finalmente,

levantó la vista y dijo con gran emoción: «¿No es interesante que todo lo que un hombre necesita saber para mantener su vida en el buen camino quepa en el anverso y el reverso de una tarjeta personal?». Puede encargar estas tarjetas llamando a Man in the Mirror al 407-472-2100 o visitando maninthemirror.org y buscando «accountability cards».

Estas preguntas podrán parecerle un tanto forzadas, especialmente al comienzo. Y a menos que sean acompañadas de una preocupación personal, de compasión y de afecto amistoso, resultarán artificiales. Usted puede ser creativo en la forma de preguntar. Lo más importante es darle a la persona a quien se pregunta todo el tiempo que quiera para responder con claridad y realmente «dar cuenta». Recuerde que, en última instancia, el propósito es que en nuestro andar nos volvamos cada vez más parecidos a Jesucristo.

Cómo escoger personas ante quienes responder

Un comisionista federal muy exitoso me preguntó en una ocasión si estaría dispuesto a integrar un grupo de apoyo y control. Mientras conversábamos acerca de la función que tendría este grupo, nos dimos cuenta de que lo que se necesitaba no era un equipo de respaldo *político* sino *espiritual*.

La mayoría de los que había invitado a integrar el grupo hubieran admitido de inmediato que no estaban calificados para ayudarlo desde el punto de vista político y, en cambio, todos estaban muy dispuestos a ayudarlo a sostener el testimonio cristiano en la arena pública.

¿Qué significa responder a un grupo de *personas calificadas*? El principal requisito de este grupo de apoyo es que las personas que lo integren amen a Cristo, que deseen ver que usted progresa y alcanza el éxito y que ellos también estén dispuestos a rendir cuentas. Responder a una persona así puede producir una diferencia enorme en la calidad de su vida espiritual. ¿Cuál es el tipo de hombre más indicado para brindar este apoyo?

Seleccione gente que tenga habilidad y sabiduría, hombres a quienes respete, con quienes sienta compatibilidad y en cuyo juicio pueda confiar. Lo que menos queremos es terminar en una relación en la que aceptemos con reservas a la persona a quien le hemos dado autoridad para plantearnos preguntas difíciles. «El que anda con sabios, sabio será; mas el que se junta con necios será quebrantado» (Proverbios 13:20).

Quizás prefiera tener distintas personas a quienes responder en diferentes áreas. No pretenda automáticamente que el hombre que puede ayudarlo en su relación con el Señor sea también capaz de ayudarlo con las finanzas.

Lo más probable es que alguno de sus actuales amigos sea un buen candidato para escoger como apoyo. Aun si elige a una persona totalmente desconocida, es muy probable que entre ustedes se desarrolle una amistad. Por eso, sería oportuno releer el capítulo 10 («Los amigos: Riesgos y recompensas») en este particular contexto.

Cabe aquí una palabra de advertencia: los hombres no debieran mantener una relación de esta naturaleza con ninguna mujer a excepción de sus esposas. La tentación que implica tener una relación tan íntima con cualquier otra mujer es una invitación al desastre.

Las esposas, por su parte, pueden ser de especial ayuda en las áreas de debilidad personal, donde la vulnerabilidad resulta particularmente frágil. Estoy convencido de que el hombre debe procurar desarrollar un vínculo de esta índole en el matrimonio, abarcando la mayor cantidad de áreas que le sea posible. Cuando tengo que tomar una decisión en la que no estoy seguro de mi propio criterio, me gusta poner el asunto a consideración de mi esposa, Patsy. Ella sabe los valores por los que intento vivir y siempre me plantea una o dos preguntas que me ayudan a enfocar el asunto desde otro ángulo y me proveen una percepción que aún no había considerado.

Asegúrese de elegir personas para cubrir todas las áreas: *moral*, *espiritual*, *económica* y *relacional*. Qué trágico sería alcanzar mucho éxito en su familia y en su relación con el Señor e ir a la quiebra por

no saber tomar decisiones económicas sensatas. Aquí, el método de prueba y error no es un rendimiento satisfactorio.

Es triste reconocer que todos nos hemos visto alguna vez afectados por filtraciones en la información. Tenemos la sensación de que una vez que le hemos contado nuestro secreto a alguien, llegará a saberse. Una de las razones por la que los hombres no quieren rendir cuentas a otros es por este tema de la *confidencialidad*. Estamos en un terreno muy serio, y cuando voy a dar a conocer mi verdadero yo a otra persona quiero estar absolutamente seguro de que puedo *confiar* en él. El temor a ser traicionado por un amigo es algo que con frecuencia nos impide correr el riesgo de abrirnos totalmente. Cuando esté por elegir a una persona ante quien rendir cuentas, converse este tema con él.

Busque a alguien con quien pueda tener compañerismo. En otras palabras, no busque a un «jefe» sino a un compañero de lucha, de tal manera que puedan ayudarse mutuamente. «Si cayeren, el uno levantará a su compañero».

Evite pedir ayuda a personas con las que hay otras cosas de por medio. Si usted le debe dinero a otro, tal vez no sea la persona más indicada a quien rendir cuentas en el área económica. Si alguien ha estado durante años insistiéndole en que se una a un grupo de golf que lo separaría de su familia un fin de semana por mes, no escoja a esa persona para que lo acompañe en el terreno de los vínculos con su esposa e hijos.

Por último, no se exceda. El tiempo es escaso, y puesto que seguramente los encuentros serán sistemáticos (intente hacerlo cada semana), no sería conveniente tener tantos vínculos, de modo que termine demasiado atareado con «los deberes» de la vida. Si usted forma un grupo de cuatro hombres para asistirlo, las diversas habilidades de cada uno de ellos probablemente lo ayuden a cubrir todas las áreas.

Pero después de todo, ¿por qué es todo esto tan importante?

Aquí y allá

La última razón por la que debiéramos preocuparnos por rendir cuentas *aquí* es nuestro compromiso de rendir cuentas *allá*. Todos debemos responder a Dios por cada aspecto de nuestra vida.

> Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. (Mateo 12:36)
>
> De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí. (Romanos 14:12)
>
> [Dios] pagará a cada uno conforme a sus obras [. . .] en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio. (Romanos 2:6, 16)

Un día, todos daremos cuenta delante de Jesucristo. Cuanto más firme sostenemos aquí las riendas, tanto más se agradará Dios de nosotros cuando estemos ante su tribunal. Las relaciones de rendición de cuentas pueden ayudarnos a vivir de una manera que sea agradable a Dios.

En un nivel práctico, la paz y el gozo de la vida diaria nace de la integridad y del equilibrio que mantenemos en las áreas principales de nuestra vida. Ya se trate de lo moral, lo espiritual, lo relacional o lo económico (las cuatro grandes áreas de riesgo), cuando utilizamos nuestra vida con sabiduría y habilidad, sentimos una enorme satisfacción personal. Si no tenemos la ayuda de otras personas ante quienes rindamos cuenta, ninguno de nosotros puede desarrollar plenamente todo su potencial.

El senador Bill Nelson, de Melbourne, Florida, que es donde está radicado el Centro Espacial Kennedy, participó del viaje del Columbia, en la misión anterior al trágico lanzamiento del *Challenger*. En su libro titulado *Mission* [Misión], describe su experiencia espacial. Allí explica que mantener la órbita adecuada es una tarea delicada. Como en el espacio no hay resistencia, un hombre sería literalmente capaz de volcar por sí solo la enorme nave. Para mantener la órbita correcta, las computadoras a bordo

están constantemente haciendo correcciones de curso y altitud. A fin de lograr estos ajustes se lanzan pequeños cohetes. Cuando se quiere hacer cambios mayores, se lanzan cohetes más grandes.[47]

Si estos no estallaran o si produjeran una sobrecompensación, la nave espacial podría hacer un viraje y salirse de órbita, disparándose por el espacio hacia los confines del universo.

Para mantener nuestras propias vidas en la órbita correcta tenemos que hacer *constantemente* correcciones de rumbo y altura. Las interrogantes que nos hacen nuestros compañeros de apoyo son como esos pequeños cohetes que nos ayudan a corregir el rumbo y mantenernos en órbita. Si no corregimos el curso, corremos el riesgo de girar fuera de control y perdernos en la lejanía.

La diferencia ente buscar consejo y responder a alguien

Muchos hombres se meten en problemas porque una vez que han buscado consejo cristiano creen que eso es todo. Dicho en pocas palabras, buscar consejo agrega calidad a nuestras decisiones (la mayoría deberíamos buscar más consejo), pero *buscar consejo por sí mismo no nos permite avanzar suficientemente*.

Por mi parte, cuando busco consejo, rara vez brindo todos los detalles, hechos y trasfondo de la situación. Por lo general, solo le doy a mi consejero lo que, a mi juicio, es información suficiente para que esté en condiciones de darme una respuesta Y debo reconocer que con frecuencia adapto y recorto la información de tal forma que mi consejero arribe a la conclusión a la que deseo que llegue.

Uno no tiene obligación alguna de decirle a su consejero qué es lo que ha decidido hacer finalmente. Así, podemos obtener excelente consejo y, sin embargo, hacer lo que deseamos (lo cual puede o no ser la decisión correcta).

A menos que nuestros consejeros tengan derecho a plantearnos preguntas difíciles, no habremos avanzado suficiente. A menos que haya algunas personas que nos estén examinando y ayudando a evaluar el éxito en las áreas esenciales de la vida, no cabe la menor

duda de que *mantendremos* una vida secreta paralela que no se ajustará a los requerimientos de Cristo.

Que no nos equivoquemos en esto: nadie puede vivir solo la vida cristiana. Cuando quedamos a expensas de nuestros propios recursos nos convencemos de nuestra infalibilidad: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?» (Jeremías 17:9).

De nosotros depende que busquemos consejo. Pero cuando hemos buscado una persona ante quien responder, esta tiene el derecho y la responsabilidad de tomar la iniciativa. Buscar consejo es solicitar respuesta a las preguntas que planteamos. Responder ante otro es contestar las preguntas que él nos hace. ¿Hay alguien en su vida que le haga preguntas?

La diferencia entre ser amigo de alguien y responder ante alguien

La mayoría de las relaciones nunca pasan del nivel superficial de conversación: las noticias, los deportes y el clima. Cuando le preguntamos a alguien: «¿Cómo estás?», usualmente nos responde: «Bien, gracias». Los hijos fracasan, no se hablan con la esposa, hace tres meses que se atrasan con el alquiler, pero todo está «muy bien».

El hecho de responder ante alguien no significa que se desarrollará espontáneamente la amistad; esta nace de la decisión intencional de vivir con total transparencia ante aquel a quien respondemos. Esta relación no solo le da al otro derecho para hacernos las preguntas difíciles, sino que esas mismas preguntas establecen los cimientos de la relación. Algunas cosas podrán plantear dificultades, pero el lado amigable de la relación no debe interferir con el aspecto de la rendición de cuentas.

En una relación de amistad no se plantean preguntas difíciles acerca de las áreas radicales de la vida cuando no han sido solicitadas, porque la otra persona no da por sentado que está autorizado a invadir la privacidad del amigo. Es muy raro que un hermano en Cristo nos haga preguntas profundas si no lo

autorizamos a hacerlo, aun cuando él quizá tenga el deseo de hacerlas.

Una de las experiencias más perturbadoras en mi vida cristiana ocurrió muy al comienzo de mi peregrinaje espiritual. Seis personas nos comprometimos a reunirnos semanalmente. ¡Era tan nuevo en la fe que, francamente, ni siquiera había oído hablar de este asunto de responder ante otro! Conversábamos de una gran variedad de temas, pero más que nada nos reuníamos para tener comunión. Uno de los miembros del grupo, Howard Dayton, estaba escribiendo un libro cristiano acerca de la administración del dinero y las posesiones, de modo que parte del tiempo lo dedicábamos a analizar sus ideas.

Un día, de la nada, nos enteramos de que un miembro del grupo renunció al trabajo, se divorció de su esposa, abandonó a sus tres hijos pequeños y se casó con su secretaria . . . todo lo cual nos tomó por sorpresa. Ninguno de nosotros tenía la menor idea de que estuviera teniendo problemas. *¿Cómo es que no sabíamos nada?*, se preguntará. Es más fácil de lo que se cree: sencillamente porque no nos hacíamos las preguntas profundas unos a otros. Esta experiencia me enseñó que la comunión por sí misma, sin el compromiso de responder ante otros, no vale de mucho.

La alta incidencia de fracasos morales y espirituales entre nosotros sugiere que los hombres tienen problemas y que necesitan alguien a quien responder por sus vidas. ¿Por qué no establecer esos vínculos?

Razones por las que no respondemos a otros

El espíritu humano, dejado a su libre arbitrio, siempre buscará seguir el camino que le plazca. Después de que hemos sido conquistados por Jesucristo, continúa la lucha entre el viejo hombre de la carne (la Mente X) y el nuevo hombre del Espíritu (la Mente Y). Nuestro viejo hombre, en realidad, no quiere rendir cuentas a nadie y se resiste a este concepto con todas sus fuerzas. He aquí algunas de las razones más frecuentes por las que eludimos tener que responder a otro.

Falta de disposición

Muchas ligas deportivas profesionales tienen que suspender regularmente a sus jugadores por infringir las políticas sobre abuso de sustancias. Desde Lance Armstrong hasta Roger Clemens, estos hombres pensaban que podían manejar sus vidas por su cuenta. El gran Lawrence Taylor, *linebacker* All-Pro perenne de los Gigantes de Nueva York que fue suspendido por la liga en 1988, hizo la siguiente declaración:

> Por Dios, no lo hice a propósito. Me gustaría que no hubiese ocurrido, pero sucedió y debo enfrentar las consecuencias [. . .] No quise que me ayudaran mis compañeros. No permití que mi esposa me ayudara. Estaba haciendo las cosas por mí mismo y tratando de obtener éxito por mis propios medios porque *quería saber que podía lograrlo por mí mismo* [énfasis agregado]. En la vida las cosas no son así. Vaya si lo he comprobado.[48]

Para que un alcohólico o drogadicto pueda ser ayudado, el primer paso es que reconozca que tiene un problema. Negarlo impide toda esperanza de superar la enfermedad. Cualquier consejero en el campo del alcoholismo o el consumo de drogas podría decir cuán difícil es lograr este primer paso.

Mis padres tuvieron que educar a cuatro hijos varones ingobernables. Cuando alguno de nosotros discutía con mamá respecto a alguna de sus indicaciones, ella arqueaba las cejas y decía: «¡Puedes llevar una mula hasta el agua, pero no puedes obligarla a beber!». Para responder a otros, tenemos que estar dispuestos a hacerlo.

A menos que enfrentemos la realidad de nuestra tendencia a pecar y a engañarnos, y reconozcamos la necesidad de que otros nos ayuden, nunca nos mantendremos en un programa de control. Quizás empecemos, pero después de unos pocos incidentes difíciles, preferiremos no tener que enfrentar esas penetrantes y molestas preguntas.

El problema de una personalidad fuerte

En una ocasión, traté de establecer un vínculo de apoyo con otro hombre, pero resultó en un fracaso. Los dos éramos neófitos tratando de cubrir todas las necesidades del otro. Al poco tiempo me di cuenta de que él ya no estaba interesado en lo que yo tuviera para decir o preguntar.

Estaba dispuesto a que nos reuniéramos, pero no lograba doblegar su ego y dar lugar a la acción reguladora de las preguntas frontales acerca de su andar con el Señor, con su esposa y con sus hijos. En lugar de ser receptivo a la posibilidad de que yo le aportara ideas, se cerraba y defendía su posición.

Un día, se me ocurrió pensar: *¿Para qué discutir con él? Si no le interesa, ¿por qué habría de preocuparme por su desarrollo espiritual?* Entonces, le hablé acerca de su actitud. Ese fue nuestro último encuentro en ese terreno. Su fuerte personalidad le impedía reconocer fracasos y humillarse ante otro hombre.

El problema del éxito

Hace poco le pregunté a un exitoso empresario si rendía cuentas a otro por sus decisiones.

«Es interesante que usted me plantee esa pregunta», contestó. «En el transcurso de los últimos años, he tomado conciencia de que no tengo ante quién responder. A medida que he ido alcanzando más y más éxito, todos dan por sentado que tengo todas las respuestas. El prestigio mundano que acompaña al éxito intimida a la mayoría de las personas que pudieran acercarse a hacerme preguntas personales. Parece que se supone que si tengo éxito en los negocios, todas las demás áreas de mi vida seguramente estarán en orden. Para serle franco, no rindo cuentas a nadie».

Los hombres altamente exitosos corren mucho riesgo. Confiados en sus propias habilidades, tienden a pensar que ningún problema es tan difícil que no puedan controlarlo por sí solos. Son competentes y seguros de sí mismos, toman al toro por las astas y logran salir adelante, pero todos tenemos debilidades y flaquezas.

Un amigo hizo circular un aceptado consejo a hombres que administraban negocios propios: escoja a una persona confiable en su empresa y concédale la autoridad de entrar a su oficina cuando considere que usted se está desviando de rumbo, cerrar la puerta y decirle lo que piensa.

El problema de la vulnerabilidad

El precio de la amistad es la vulnerabilidad. El precio de una relación en la que respondemos a otros también es la vulnerabilidad. En la amistad, la vulnerabilidad personal es *voluntaria*, pero cuando respondemos a otro tenemos la *obligación* de ser vulnerables. Para superar el nivel de la comunicación que solo trata de noticias, deportes y clima, el hombre debe estar dispuesto a mostrar esa parte de sí mismo que se oculta bajo la superficie.

Ser vulnerable significa correr el riesgo de que nos desaprueben. Seamos sinceros, ninguno de nosotros iría espontáneamente a alguien para que saque a la luz nuestras fallas y manchas. Cuando rendimos cuentas a otro, tomamos una decisión voluntaria de hacerlo porque sentimos que recibiremos mayor galardón de Jesucristo si estamos dispuestos a pagar el precio de que otro hermano nos lime, de la misma forma que el «hierro con hierro se aguza».

Nadie quiere ser rechazado: ese es uno de los grandes temores que nos impiden ser sinceros ante otro. Queremos el reconocimiento del otro, no su rechazo. Tengo la sospecha de que muchos de los que deciden responder a otro avanzarán con lentitud en este aspecto de la vulnerabilidad. No importa. Eso sí, tenga cuidado de no mentir a su compañero ni jugar con él. Más bien, dígale con franqueza que quiere avanzar paso a paso, que quiere ver cómo se amalgama la relación. Pero tenga presente que hasta tanto no sea transparente y vulnerable, no estará respondiendo a su compañero en un nivel que trascienda «la mera superficialidad». No se engañe a sí mismo pensando que ya ha cubierto esa área cuando en realidad no es así.

He hecho muchas cosas en mi vida de las que estoy profundamente avergonzado. Todos tenemos de qué avergonzarnos. Responder a alguien no significa que saquemos a ventilar todos los trapos sucios como si eso significara ser vulnerable. Si usted ya ha definido una cuestión con Cristo, creo que hay cosas que es mejor no volver a tocar. Pero en aquellas áreas en las que *todavía* estamos luchando, sí necesitamos ayuda y esta solo estará disponible en la medida que nos mostremos vulnerables en una relación de dependencia. Si tenemos culpas con relación al pasado, hablemos del tema, porque Jesús quiere sanarnos.

Aun así, es posible que engañemos a la persona ante quien respondemos. No lo haremos solo si asumimos el compromiso de ser vulnerables.

El problema de la estructura

La razón por la que muchos se meten en dificultades no es tanto que no entiendan qué se supone que deben hacer, sino más bien que carecen de una estructura que les dé la disciplina necesaria para hacer lo que ya saben que deben hacer.

Un día, le pregunté a un grupo de hombres respecto a la frecuencia con que practicaban deportes. Algunos dijeron que lo hacían regularmente y que pertenecían a un equipo. La mayoría no lo hacía en forma sistemática ni pertenecía a ningún equipo.

Si queremos realmente derrotar al «viejo hombre» que hay en cada uno de nosotros, necesitamos organizarnos. Los pocos que regularmente responden a otros son quienes han trazado planes y se han comprometido con una estructura o programa específico: pertenecer al «equipo». Responder a otro requiere la misma asignación prioritaria y la misma regularidad que las vacunas para la alergia.

Reúnase a la misma hora y en el mismo lugar para mayor comodidad. Y cuando lo anote en el calendario, prográmelo como una cita semanal recurrente.

Cómo empezar

Elija a alguien con quien usted crea que puede tener compatibilidad. Dígale que está buscando con quien construir una relación en la que pueda rendir cuentas. Si tiene igual interés, pásele este capítulo para que lo lea. Luego siéntense a planificar un encuentro semanal, escojan las áreas que quieren abarcar y empiecen a reunirse. Analicen juntos la *Guía de control semanal de una hora* y consideren si la analogía del témpano se aplica a ambos. Fotocópiela o recórtela y úsela como un modelo para dirigir la conversación.

Si esto le parece demasiado simple, no se engañe. Si fuera tan simple, muchos más lo estarían practicando. Allí donde se ha promocionado este concepto, no más de un 15 % de los hombres han dado un paso concreto y se han mantenido constantes. Rendir cuentas a otro requiere esfuerzo, compromiso y mucha, mucha paciencia. Sin embargo, el premio vale ese esfuerzo.

Conclusión

El eslabón perdido en la mayoría de nosotros es una relación en la que respondamos a otro. No hemos establecido vínculos en los que tengamos que responder por cada área importante de nuestra vida a una persona que tenga el mérito requerido y a quien se le haya autorizado a hacernos las preguntas difíciles: esas preguntas acerca de las *metas* que perseguimos y las *pautas* que Dios ha establecido.

Hemos aprendido que es importante rendir cuentas a alguien aquí y ahora porque, finalmente, Dios nos las pedirá de todo lo que hemos hecho. Responder a alguien va mucho más allá de un mero consejo o de una amistad; requiere que respondamos a preguntas que se nos plantean, las que, a veces, son muy duras.

Si usted forma parte de la amplia mayoría de los que no tienen a alguien que les pregunte: «¿Quién? ¿Qué? ¿Por qué? y ¿Cómo?», entonces quiero desafiarlo a que complete este eslabón faltante en su vida. Puede ser ese el factor que le posibilite sincronizar su comportamiento con sus creencias y evite que pierda el control.

Guía de control semanal de una hora

Rendir cuentas a alguien es contestar en forma sistemática preguntas relativas a las áreas básicas de nuestra vida, planteadas por personas calificadas para hacerlo.

Sugerencias generales:

1. Utilice las preguntas de la figura 23.2.
2. Procure asegurarse de que cada una de las personas tenga oportunidad para expresarse. Sin embargo, si algún miembro del grupo tiene un conflicto particularmente difícil durante esa semana, sea tan flexible como para enfocarse en ese tema aunque les lleve toda la hora.
3. Deje que cada persona complete una sección, y luego pase a la persona siguiente. Esto dará continuidad y dinámica a la reunión.
4. No pase por alto el tiempo de oración.
5. Pruebe pequeños grupos de tres o cuatro hombres. Podrán trabajar bien si todos son parcos al hablar (una hora transcurre muy rápido).
6. Relea el capítulo 23 («Cómo rendir cuentas: El eslabón perdido») al menos una vez por año y vuelva a analizar en grupo las preguntas finales. Se sorprenderá al ver cómo se modifica su comprensión de este concepto, año a año.
7. Persevere. Querrá abandonar, quizás con frecuencia. Cuando se sienta así, pídale a Dios que lo fortalezca.
8. Respondan uno al otro en relación con las *metas* que se han propuesto en forma individual y a las *pautas* de la Palabra de Dios.
9. Nunca olvide el propósito que tiene el responder a otro: ser cada día más semejante a Cristo en todos los aspectos de su vida. Recuerde que Jesús es el objeto de su investigación, de su devoción, de su esfuerzo, de su interés. Conformarse con menos que una verdadera intimidad con el Señor viviente será un pobre logro para el grupo.
10. Finalmente, si se siente incómodo con el formato sugerido, siéntase en libertad de modificar estas preguntas y redactar su propia guía de control. La esencia es más importante que la forma. Quizás prefiera dividir las distintas áreas para rendir cuentas a más de una persona.
11. Concluya su guía de control con diez o quince minutos de oración. Concéntrese en las preocupaciones de la semana.

———— Asuntos a considerar ————

1. ¿Cuántos hombres conoce que se reúnen regularmente con un hermano cristiano para dar cuentas de su vida? ¿Por qué cree que tan pocos hombres tienen este tipo de relaciones?
2. ¿Cómo podrían haberse evitado algunos de los fracasos morales públicos del pasado reciente?
3. Analice la siguiente afirmación:

   > Algunos hombres tienen fracasos graves porque, en un momento de pasión, estallan abruptamente, se desintegran, se carbonizan. Pero la forma más común por la que muchos se meten en problemas surge de cientos de pequeñas decisiones —decisiones que pasan inadvertidas— que, poco a poco, como una gota que cae sobre la roca, desgastan su carácter. No sucede estrepitosamente o de manera repentina, sino en forma sutil, a lo largo del tiempo, a medida que los atrapa una telaraña de actitudes poco transparentes, claudicaciones y pensamientos equivocados, que pasan sin ser reprendidos por nadie.

4. ¿Cómo definiría el concepto de rendir cuentas a otro? ¿Cuáles son los ingredientes esenciales para que una relación así funcione?
5. ¿Cuál es la diferencia entre responder a otro y buscar consejo? ¿Entre rendir cuentas a otro y mantener una amistad?
6. ¿Cuáles son las áreas clave en las que el hombre debe rendir cuentas?
7. ¿Cómo elegiría a una persona a la cual responder?
8. ¿Está usted dispuesto a establecer un vínculo de esta naturaleza? ¿Por qué sí o por qué no?

Parte 7

Conclusión

Capítulo 24

¿Cómo puede cambiar el hombre?

Son pocas las personas que llegan a pensar más de dos o tres veces al año. Por mi parte, he logrado reputación internacional por pensar una o dos veces por semana.

George Bernard Shaw

Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará y tendrá más.

Jesús, Mateo 13:11-12

La autopista que une a Miami con Orlando se extiende interminablemente a lo largo de casi cuatrocientos monótonos kilómetros: es la carretera más agobiante del mundo. Volvíamos después de pasar un par de días maravillosos, pero muy cargados de actividades, visitando a los padres de mi esposa que viven en Miami. En el trayecto, me invadió un total desinterés por la vida.

Empecé a plantearle preguntas a Dios. Durante una hora y media, sin interrupción, brotaban quejas de mi interior, una tras otra. No tenía la menor idea de su origen.

Era como si Dios me dijera: *¡Ya me sales con otra!*, pero me dejaba ventilar la protesta. Francamente, hoy no podría recordar ni siquiera tres de las preguntas de aquel día. Patsy fue testigo de todo el espectro de mis emociones, de comienzo a fin. Hacía pocos meses que nos habíamos casado, y temí que pensara que estaba perdiendo el juicio. Era muy nuevo como creyente y mi corazón estaba lleno de preguntas que le hacía a Dios. Al fin, así como apareció, el borbotón inquisitivo se detuvo de pronto.

Cuando acabé, la sensación que tuve fue: *Mira, aprecio tu interés, pero no necesitas saber todo eso ahora mismo. No te preocupes. Solo confía en mí. Soy todo lo que necesitas. No puedes resolver todos esos problemas. Para eso estoy aquí.*

Me sentí inundado de paz, aunque no había recibido respuesta a una sola de mis preguntas.

Me gustaría poder decir que eso era todo lo que me hacía falta y que nunca más tuve necesidad de cuestionar a Dios después de aquella oportunidad, pero usted sabe que no es verdad. Fue suficiente para ese momento. No llegué a saber más de lo que sabía antes de iniciar el interrogatorio, pero eso no era lo más importante. Sentía que Dios me amaba, y eso era lo que valía.

La vida es un enorme signo de interrogación. Dios es una inmensa respuesta. Cualquiera sea la pregunta, él es la respuesta. No importa nuestra condición: desanimados o animados, cansados o fortalecidos, queridos o traicionados, íntegros o deshonestos, dolidos o felices, ricos o pobres, exitosos o fracasados, famosos o desconocidos, Dios es la respuesta. Él es todo lo que necesitamos.

Sentí que mi resistencia se derretía, que se derrumbaba dentro de mí la sensación de querer tener todo bajo control, y me rendí a él esa mañana de una manera más profunda, allí mismo, en la carretera. Como me ha ocurrido muchas veces desde entonces, al hacerlo sentí que entraba a un nivel más profundo de peregrinaje y adquiría una sensación más íntima de mi relación con Dios. Mi vida empezó a cambiar a partir de ese momento.

Quizás usted se encuentre en un momento de su vida, sea por haber leído este libro o por alguna otra razón, en el que desea cambiar. Quiere alcanzar un nivel más profundo en su vida espiritual.

El problema

Cuando empezamos este libro, planteamos el siguiente interrogante: «¿Por qué los hombres piensan como piensan, dicen las cosas que dicen y hacen las cosas que hacen?». Al llegar aquí, estamos en mejores condiciones para responder a esta importante pregunta.

Pero en pocos minutos más, usted habrá dejado este libro a un lado y entrará a un nuevo capítulo de su vida, esa vida que vivimos en el crisol cotidiano de este mundo. Mañana, cuando el teléfono empiece a sonar y los clientes se empiecen a quejar, la vida será lo que en realidad es. Vivimos en un mundo exigente, desafiante, pero no es un mundo ante el que debamos acobardarnos, ni podemos tampoco escapar de él.

Los estadounidenses parecen haberse acostumbrado a esperar que las soluciones aparezcan como en una cinta mecanizada, perfectamente ordenadas para responder a problemas muy bien planteados: «Tres pasos fáciles para ser feliz» o «Las cuatro infalibles maneras de alcanzar el éxito». Pero la vida es más compleja que «haga esto y aquello». No llegamos a ser hombres de la noche a la mañana; tampoco cambiamos fácilmente. El camino de la transformación es un esforzado y paciente curso de ensayo y error, en una lucha persistente y cotidiana.

En este último capítulo, vamos a delinear algunos pasos prácticos que podemos dar a diario para que nuestras vidas trasciendan al siguiente nivel de madurez. Respondamos ahora a la pregunta: «¿Cómo puede cambiar un hombre?».

Últimas palabras famosas

Las palabras finales, o las que pronuncia el hombre hacia el ocaso de su vida, son siempre fascinantes. Sus últimas palabras, a menudo, dejan ver que las posiciones que adoptaron o las prioridades por las que organizaron su vida no han llegado a satisfacer sus anhelos de significado y propósito. Algunos ganan enorme reconocimiento en este mundo y sus logros resultan muy satisfactorios a los ojos de los demás. Pero, al final de sus vidas, ¿cuántos de ellos descansan realmente en paz? ¿Cuántos llegan a satisfacer esas ansias profundas que todos tenemos de alcanzar propósito, sentido y significado en la vida?

Usted se sorprenderá al saber el estado mental en que algunos grandes hombres han llegado a sus postrimerías:

Aun en el valle de sombra de muerte, dos y dos no pueden sumar seis.

León Tolstói, novelista ruso

Es un poco embarazoso haber estado toda la vida preocupado por los problemas humanos y, al final de la propia existencia, no tener mejor consejo que ofrecer que las sencillas palabras: «Trate de ser un poco más amable».

Aldous Huxley, humanista, autor de *Un mundo feliz*

¿Cómo fueron los ingresos hoy en el Madison Square Garden?

P. T. Barnum, empresario estadounidense
y fundador del circo Barnum & Bailey

El presidente McKinley fue asesinado en Buffalo. Junto a su lecho de muerte, su esposa suplicaba: «Yo también quiero partir, yo también quiero partir». Él le respondió: «Todos partiremos».

William B. McKinley, vigésimo quinto presidente de los EE. UU.

Toda mi vida me he esforzado inútilmente por salir del abismo de los pecados que me asedian; y no podré hacerlo a menos que una mano descienda y me rescate.

Séneca, filósofo y estadista romano

Toda la sabiduría de este mundo no es más que una pequeña balsa en la que tenemos que navegar cuando abandonamos esta tierra. Si tan solo hubiera un fundamento más firme sobre el cual navegar, tal vez alguna palabra divina.

Sócrates, filósofo griego

Estoy a punto de emprender mi último viaje, un gran salto en la oscuridad.

Thomas Hobbes, filósofo inglés

Estoy buscando una abertura.

W. C. Fields, comediante estadounidense

y agnóstico de toda la vida, explicando por qué estaba leyendo la Biblia en su lecho de muerte

La escasa satisfacción que el hombre puede extraer de la realidad lo deja hambriento.

Sigmund Freud, fundador austriaco del psicoanálisis

Muero antes de mi hora y mi cuerpo será devuelto a la tierra y devorado por los gusanos. Qué distancia abismal entre mis profundas miserias y el eterno reino de Cristo. Me maravilla el hecho de que, en tanto mis ambiciosos sueños, como los de Alejandro o de César, se han desvanecido en el aire, un campesino judío —Jesús— haya sido capaz de extender sus brazos a lo largo de los siglos y controlar el destino de hombres y naciones.

Napoleón, líder militar y político francés

El esfuerzo diario

Uno puede ahorrar una fortuna si usa baterías recargables. Pero si no las recarga a tiempo, no funcionan. De la misma forma que las baterías necesitan ser recargadas, el cristiano tiene que recargar sus baterías espirituales a diario. Si no lo hacemos, empezamos con 100 % de energía el primer día, pero al siguiente operaremos con un 85 %, luego 70 %, después 50 %, a continuación 25 %, y en poco tiempo, no tendremos ni siquiera la energía suficiente para enchufarnos a la fuente.

El peregrinaje cristiano se realiza momento a momento, día a día. Requiere de un esfuerzo cotidiano, sin el cual corremos el riesgo de descarriarnos. «Cesa, hijo mío, de oír las enseñanzas que te hacen divagar de las razones de sabiduría» (Proverbios 19:27).

El reino de Dios empieza aquí: este es el mundo de Dios. Pero es un hecho que el bien y el mal coexisten lado a lado, son enemigos entre sí. La lucha entre el bien y el mal afecta a toda nuestra literatura, los informativos, las películas y los espectáculos de televisión. Domina todos esos terrenos porque es uno de los hechos

más reales de la vida. Si no montamos guardia a diario, el enemigo planeará cómo vencer las murallas de nuestra resistencia.

Jesús lo expresó de la siguiente manera:

> El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? Él les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero. (Mateo 13:24-30)

Este mundo es el campo de Dios y él lo ha modelado de tal manera que el bien y el mal, el trigo y las malezas, vivan uno junto al otro. Pero las malezas pueden ahogar al trigo si no prestamos atención a diario, regando, fertilizando y trabajando el suelo.

Son pocos los que viven existencias estáticas y sin cambios. Lo más frecuente es que nuestra vida espiritual marche hacia adelante o se deslice hacia atrás. Como un aparato de ejercicios sobre el que corremos: si dejamos de marchar, perdemos equilibrio. ¿Cómo hacemos para mantenernos andando? Recargando a diario las baterías. El trigo se recoge y se guarda «en el granero». La cizaña se quema.

¿Cuáles son algunas de las cosas que podemos hacer a diario para ayudarnos a tomar las decisiones correctas?

Pasos prácticos para nuestra transformación

Todos los años vienen a Orlando el Houston Astros y el Atlanta Braves para entrenarse durante la primavera. ¿Qué cree usted que hace durante varias semanas este conjunto de eximios atletas cotizados en millones de dólares? ¿Vienen a Florida para aprender intrincadas estrategias de béisbol que rara vez llegarán a usar? No. Practican en el campo, corren, batean y se acondicionan: eso es lo básico. Todos los días batean, corren y trabajan en el campo. Así es como debiera hacer el cristiano, practicar diariamente las disciplinas básicas.

Preparación cotidiana

La primera disciplina espiritual del hombre es la de prepararse para vivir a diario en medio de la «cizaña». Sea que lo haga de mañana o por la noche, *la lectura y estudio diario de la Biblia*, junto con la *oración*, constituyen el primer peldaño para encaminar a un hombre a su transformación. Personalmente, nunca he conocido a un hombre cuya vida haya cambiado de manera significativa aparte del estudio regular de la Palabra de Dios. Las investigaciones actuales indican que cuatro o más días a la semana realmente marcan la diferencia.[49]

Subraye los pasajes que llaman su atención. *Memorice* los que contribuyen a su fortaleza, valor y fe. *Desarrolle una rutina diaria* de buscar a Dios tal como él es, como un acto de disciplina y expresión de fe.

Anote las cosas que le impactan, las ideas, las plegarias. *Mantenga un diario* de sus oraciones y registre las respuestas. Uso el acrónimo ACAP para auxiliarme en la oración.

- «A» corresponde a adoración: alabar a Dios por sus atributos.
- «C» equivale a confesión: pedir perdón por los pecados que he cometido. Aprenda a llevar cuentas claras con Dios
- La segunda «A» significa agradecer: expresar gratitud por las bendiciones de Dios y por su respuesta a mis oraciones.
- «P» corresponde a pedir: suplicar por todo lo que me venga a la mente tanto para mí mismo como para otros.

Sea perseverante en la oración (véase Lucas 11:5-13). También oro el padrenuestro y a menudo me detengo en una frase para orarla con más detalle. Por ejemplo, podría nombrar los pecados por los que pido perdón cuando digo: «Perdónanos nuestros pecados».

La tentación diaria

Todos somos tentados diariamente a pecar. Dios nos promete una salida —una válvula de escape— si queremos evitar el pecado. Cuando se sienta tentado, rechace ese pensamiento y agradezca al Señor por darle el poder para vencer la tentación.

> No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar. (1 Corintios 10:13)

Cualquiera sea el pensamiento que aparezca en nuestra mente, debemos llevarlo cautivo para hacerlo obediente a Cristo. Y recuerde, ¡los pensamientos por sí solos no son pecados! Lo que cuenta es lo que dejamos que Dios haga con esos pensamientos.

El pecado cotidiano

Todos pecamos. Séneca dijo: «Todos hemos pecado, unos más, otros menos». Es inevitable que seamos superados por la tentación y pequemos. Cuando tome conciencia de haber pecado, confiéselo al Señor y agradézcale por haber perdonado sus pecados de acuerdo con su promesa de 1 Juan 1:9, los del pasado, los actuales y los futuros. Invite a Cristo a tomar nuevamente el control de su vida y siga adelante. En esto consiste, en esencia, vivir en el poder del Espíritu Santo. Como Juan escribió:

> Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar

nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. (1 Juan 1:8-9)

Poder cotidiano

Cuando Jesús es quien controla nuestras vidas, el poder del Espíritu Santo opera en nosotros (véase Juan 14:26; 16:13; Romanos 8:9). El Espíritu Santo es dado a *todos* los creyentes (véase 1 Corintios 3:16).

No todos los creyentes disfrutan de este poder, porque se resisten a Dios o porque caen en pecado. Lo que es más, la mayoría de los cristianos no entienden cómo vivir una comunión constante y diaria con Dios. El fruto del Espíritu de Dios: gozo, amor, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza son para aquel que rinde el control de su vida a la mente de Cristo, momento a momento.

Cuando crucificamos nuestras ambiciones personales, confesamos nuestros pecados y damos a Jesucristo el primer lugar en nuestra vida, el poder del Espíritu Santo estará a nuestra disposición cada vez que lo necesitemos. Vivir en el poder del Espíritu Santo es tener esa intensa relación de amor constante con el Cristo viviente que nos eleva como en las alas del águila o, cuando hemos pecado, nos mueve a confesar en lágrimas y alcanzar la plena restauración.

Testimonio cotidiano

Si Cristo es realmente lo más importante de nuestra vida, hablaremos de él a otros. Todo cristiano ha recibido el *mandamiento* y el *poder* para testificar (Hechos 1:8). La Gran Comisión no dice: «Id, el 37 % de vosotros, y haced discípulos en todas las naciones». Dice sencillamente: «Id». ¿Tiene usted el *deseo* de ver que otros se entregan en fe a Cristo? Si no lo tiene, ¿por qué no? ¿Tiene usted la *habilidad* de ayudar a otro a entregarse a Cristo por primera vez? Si no la tiene, capacítese para poder hacerlo (1 Timoteo 2:3-4; 1 Pedro 3:15).

Después que todo ha sido dicho y expuesto, es el alma sola del hombre la que pasa de este mundo al más allá. ¿Puede haber algo más importante, entonces, que dirigirnos en primer término a la necesidad del alma?

Peregrinaje diario

La vida es una lucha. Cada día forma parte de un peregrinaje que nos prepara para nuestro destino eterno. Cada día, debemos entronizar a Cristo como Señor en nuestras vidas. Concéntrese en lo bueno que puede ver y oír. Testifique, igual que los testigos en un juicio, solo acerca de los *cambios* que ocurren en su propia vida.

Promueva entre quienes lo rodean el reunirse regularmente para confraternizar, rendirse cuentas, estudiar la Biblia y orar. Animar a alguien significa inspirarle valor. Asista a una iglesia donde se crea en la Biblia y se honre a Cristo. Reúnase cada semana en un grupo de estudio bíblico. Construya vínculos de dependencia ante quienes rendir cuentas. Considere su trabajo como una vocación sagrada. Recuerde a los pobres cuando ofrende. Sea un mayordomo fiel. Opóngase al fanatismo y a los prejuicios raciales. Incremente su amor por Dios y por los demás. Recuerde que no hay éxito laboral que pueda compensar los fracasos en el hogar.

El pecado de una rendición parcial

Cuando se le preguntó sobre su actitud hacia el *whisky*, Fuller Warren, trigésimo gobernador de Florida, respondió:

> Si se refiere a la bebida desenfrenada que envenena la mente y contamina el cuerpo, que destruye la vida familiar e induce al pecado, me opongo tenazmente. Pero si es al brindis navideño, al trago que protege del congelamiento, al consumo que incrementa el ingreso de impuestos a las arcas estatales y que sirve para reconfortar a los niños inválidos, entonces estoy a favor. Esa es mi posición, y no voy a ceder.[50]

Muchos de nosotros avanzamos y volvemos atrás entre la vida con Cristo y la vida del mundo: cedemos; nos sometemos solo parcialmente a Jesucristo. El desafío es llegar a ser una clase de hombre, la clase que hemos descrito en estas páginas: un hombre consagrado a la perspectiva cristiana de la vida, comprometido a ser un cristiano bíblico.

Conclusión

¿Ha llegado el momento de dejar de repetir los ritos, y pensar seriamente en su destino eterno y el propósito de su existencia terrenal? ¡Autoexaminarse *vale* la pena! Decídase a dejar que Cristo explore cada rincón de su mente. Él quiere darnos poder para romper el molde de este mundo y llevar adelante una vida cristiana *auténtica*. Pero requiere de nosotros un esfuerzo cotidiano.

Mi padre tuvo una vez un empleado que le dijo: «Señor Morley, necesito ganar más dinero. Si me paga más, le prometo que trabajaré con más dedicación».

Con un gesto de picardía en sus sabios ojos, mi padre contestó: «Veo que en realidad necesitas el dinero. De veras quiero ayudarte. ¿Por qué no te pones en marcha y trabajas más duro? Entonces te pagaré más».

A menudo, queremos que Dios nos aumente la «paga» sin poner ningún esfuerzo de nuestra parte. Sin embargo, para recibir salarios más altos, debemos dar a diario algunos pasos que nos lleven a conocerlo tal como él es.

Ahora el lapicero queda en sus manos, de modo que: ¡Adelante! ¡Escriba el próximo capítulo! Que Dios conceda todos los deseos de su corazón.

——————— Asuntos a considerar ———————

1. ¿Por qué la gente se resiste a los cambios? ¿Qué es lo que lo induce a resistirse a cambiar para llegar a ser más semejante al hombre que las Escrituras indican?

2. ¿Tiene quejas contra Dios? ¿Tiene interrogantes que le gustaría que Dios respondiera? ¿Qué piensa acerca de la siguiente afirmación: «La vida es un enorme signo de interrogación. Dios es una inmensa respuesta. Cualquiera sea la pregunta, él es la respuesta»? ¿Necesita realmente contar con todas las respuestas, o es Dios suficiente para usted?
3. Escriba a continuación cuales querría que fuesen sus últimas palabras:

   [Anotaciones]

4. ¿Está preparado para hacer el esfuerzo cotidiano que se requiere para cambiar? ¿De qué manera puede identificarse con la siguiente afirmación: «Los estadounidenses parecen haberse acostumbrado a esperar que las soluciones aparezcan como en una cinta mecanizada, perfectamente ordenadas para responder a problemas perfectamente planteados»?
   - ¿A qué acción concreta está preparado a comprometerse con vistas a su preparación diaria?
   - ¿En qué medida está realmente preparado para enfrentar la tentación cotidiana?
   - ¿Cómo se prepara para controlar el pecado diario?
   - ¿Entiende cómo andar en el poder del Espíritu Santo? Explíquelo.
5. ¿Tiene el deseo y la capacitación requerida para llevar a otros a la fe en Jesucristo? Si no es así, ¿qué hará para rectificar esa situación?
6. ¿Es usted culpable del pecado de una consagración parcial: tratar de comer la torta y al mismo tiempo conservarla? ¿Está dispuesto a hacer un corte definitivo con las costumbres del «viejo hombre»?

Un nuevo epílogo del autor: ¿ahora qué?

¿Qué hacer a partir a ahora? Nuestra nación y el mundo se enfrentan a un devastador «problema de hombres». Legiones de hombres han crecido sin una clara comprensión de cómo ejecutar su hombría. El daño colateral en matrimonios y familias ha sido asombroso. Por supuesto, ningún hombre fracasa a propósito. Sin embargo, si los próximos veinticinco años son como los últimos veinticinco, la vida como la hemos conocido ya no existirá.

No importa cómo llegamos a la situación actual, la única solución es discipular para salir de ella. Hacer discípulos es la forma designada por Dios para liberar el poder de su evangelio en cada problema que enfrentamos.

Note que Jesús *no* dijo: «Vayan y *háganse* discípulos». Él dijo: «Vayan y *hagan* discípulos». Por supuesto, no puede dar lo que no tiene, así que convertirse en discípulo es importante. Pero durante al menos una generación, hemos enfatizado el «llegar a ser» a expensas del «hacer». ¿El resultado? La mayoría de los cristianos de hoy no son contagiosos. Estornudamos, y nadie se contagia de lo que tenemos. Hemos creado una generación de espirituales que no «contagian».

Entonces, ¿qué hacer a partir de ahora? He dado un paso para discipular su vida en este libro. Ahora le toca a usted discipular a otros. Asegúrese de discipular primero a su familia. Esa es su prioridad más importante. Después de su familia, el lugar en el

campo de batalla donde más se le necesita hoy es para discipular a los hombres. Asegúrese de enseñarles a «pasar la antorcha», ya que no está formando discípulos hasta que sus discípulos estén haciendo discípulos.

Según Jesús, hacer discípulos es la única cosa que garantiza que hará la diferencia dentro de veinticinco años.

Orientaciones para el líder de grupo

Cualquier hombre interesado en iniciar un grupo de estudio basado en *El hombre frente al espejo* puede hacerlo con éxito y llevar adelante una dinámica discusión aplicando las siguientes pautas:

1. Decida durante cuántas semanas se reunirá el grupo y escoja los capítulos que van a leer y analizar cada semana. Puede tratarse de un grupo de estudio bíblico ya existente, grupos de comunión, de oración o clases para adultos (incluyendo a las mujeres). También puede iniciar uno nuevo.
2. *Cómo empezar un nuevo grupo*: Saque fotocopias del índice y de las preguntas finales de un par de capítulos y entréguelas a aquellos con quienes desea reunirse. Pregúnteles si estarían interesados en participar de un grupo de estudio en el que leerían el libro y discutirían las preguntas que se encuentran al final de cada capítulo. Se puede constituir uno en el lugar de trabajo, en la iglesia, en el vecindario o un grupo mixto. El tamaño óptimo es de ocho a doce hombres (damos por sentado que algunos tendrán que faltar ocasionalmente). Dígales de antemano durante cuántas semanas se van a reunir. Considere la posibilidad de empezar con reuniones de seis semanas para discutir los seis primeros capítulos. Esto se debe a que más hombres se comprometerán con un grupo de seis semanas que con uno más largo. Luego, en las semanas cinco y seis, ofrezca

a cada hombre la opción de seguir con el resto de los capítulos. Pero no haga que los hombres se sientan culpables si necesitan o quieren parar después de seis semanas. Si el grupo se consolida, quizás pueda sugerirles que sigan reuniéndose después de haber terminado el estudio de *El hombre frente al espejo.*

3. *Primera semana*: Distribuya una copia del libro a cada miembro junto con un cronograma de las reuniones. Indique que para el próximo encuentro deberán leer previamente el primer capítulo y estar preparados para responder a las preguntas finales del mismo. Luego, pida a cada uno de los presentes que diga en qué punto de su peregrinaje espiritual se encuentra. Esta actividad contribuye enormemente a romper el hielo y los hombres se sentirán estimulados al escuchar acerca del estado espiritual de los demás. Aclare bien que no hay respuestas equivocadas a esta pregunta. Algunos pueden estar iniciando su peregrinaje, otros quizás ya estén bien avanzados en el camino. Cierre el encuentro con una oración. Siempre finalice a la hora exacta que dijo que lo harían.
4. *Una semana típica*: Comience con una pregunta que rompa el hielo. Como alternativa, puede pedirle en cada ocasión a un hombre diferente que presente un testimonio personal de unos cinco minutos acerca de cómo llegó a conocer a Cristo. En una reunión de una hora, una buena distribución del tiempo podría ser la siguiente:
    - Una pregunta para romper el hielo (5 minutos).
    - Preguntas de debate (45 minutos).
    - Oración de grupo (10 minutos).
5. *Una semana diferente como alternativa*. Prepare una presentación de veinte minutos basada en el capítulo a considerar. Luego, destine treinta minutos al diálogo y diez a la oración. Use su creatividad para imaginar otras maneras para ayudar a los miembros del grupo a tratar con el hombre frente al espejo.
6. *Disponga de café u otra bebida*. Si se encuentran durante el almuerzo o el desayuno, prevea unos quince minutos para la

comida, en caso de ser posible.

7. *Modere la discusión*: La clave para un diálogo exitoso radica en su habilidad para asegurar que cada miembro del grupo tenga «su turno». Su rol es el de estimular a cada uno de los hombres a expresar sus pensamientos e ideas respecto al tema del día. Si se plantean preguntas ajenas al tópico, sencillamente sugiera que las analizarán en otro momento. Si alguno de los presentes divaga demasiado, pídale en privado que lo ayude a lograr que los más tímidos se expresen. Tome las preguntas una a una y asegúrese de que todos tengan oportunidad para opinar. Si hay personas tímidas, tome la iniciativa y pregúntele: «Fulano, ¿cómo respondería usted a la tercera pregunta?». Responda a cada pregunta sucesivamente y asegúrese de que todos tengan la oportunidad de hacer comentarios, pero no todos los hombres tienen que responder a todas las preguntas. Si se queda sin tiempo y no responde a todas las preguntas, no se preocupe. El objetivo es dar a los hombres la oportunidad de abrirse, no necesariamente responder a todas las preguntas.
8. No necesita ser un experimentado maestro de la Biblia para guiar un grupo de estudio basado en el libro *El hombre frente al espejo*. Si alguien le plantea una pregunta que va más allá de sus conocimientos, simplemente dígalo y siga adelante.
9. El placer y la profundización de sus propios conocimientos a partir de la experiencia en el grupo bien valen su esfuerzo.

Agradecimientos

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento y afecto a los hombres que más han influido en mi crecimiento espiritual. En orden cronológico, desde su impacto inicial: Bob Morley, mi padre; Ed Cole, el padre de mi esposa; Jim Gillean, mi primer líder de estudio bíblico; Tom Skinner; John Morley, mi hijo; Chuck Green, mi pastor hasta que se jubiló; R. C. Sproul; Bill Bright; Jay Simmons, mi yerno; Joel Hunter, mi pastor en la actualidad; y Davis Cole Morley, mi nieto.

El hombre frente a mi espejo también ha sido profundamente influenciado por cuatro mujeres: mi madre, Alleen; mi esposa, Patsy; la madre de Patsy, June; y mi hija, Jen. Gracias.

Unas palabras especiales de agradecimiento a mi pastor durante veinticinco años, Chuck Green, y a mi esposa, Patsy, por revisar el manuscrito para comprobar su integridad y compasión hacia los lectores. Gracias, Jamie Turco, por corregir el nuevo manuscrito y por tus muchas y útiles sugerencias.

Siempre estaré agradecido a Robert Wolgemuth y Mike Hyatt por aceptar publicar a un autor desconocido. Y gracias, Robert, por seguir siendo mi defensor como agente literario, junto con Erik, durante estos veinticinco años y veinte libros.

A mis colegas y amigos de Zondervan, especialmente a John Sloan y a Dirk Buursma, quienes me han animado mucho con esta actualización. Gracias a todo su personal.

Debo tanto a tantos, pero nunca me perdonaría si dejara de agradecer al maravilloso *equipo* —una palabra no seleccionada a la

ligera— de *El hombre frente al espejo*, que impulsa hábilmente nuestra visión de hacer posible «que cada iglesia discipule a cada hombre». Sin su amor y apoyo, nada de esto sería posible.

Notas

1. Vance Packard, *Las formas ocultas de la propaganda* (Buenos Aires: Sudamericana, 1992), pp. 17-18.
2. Citado en James Heiser, «Ted Koppel's Absurd Lament Over Media Bias», *The New American*, www.thenewamerican.com/usnews/politics/item/3532-ted-koppels-absurd-lament-over-media-bias.
3. Wilson Bryan Key, *Subliminal Seduction* (Nueva York: Signet, 1974), p. 61 [*Seducción subliminal* (Editorial Diana S. A., 2006)].
4. Citado en Jean M. Twenge, W. Keith Campbell y Elise C. Freeman, «Generational Differences in Young Adults' Life Goals, Concern for Others, and Civic Orientation, 1966-2009», *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 102, nro. 5 (2012), pp. 1045-62.
5. Francis A. Schaeffer, *A Christian Manifesto* (Westchester, IL: Crossway, 1981), pp. 17-18.
6. Allan Bloom, *The Closing of the American Mind* (Nueva York: Simon and Schuster, 1987), p. 41 [*El cierre de la mente moderna* (Barcelona: Plaza & Janés Editores S. A., 1989)].
7. Reimpresión de Lane Cooper, *Louis Agassiz as a Teacher*, copyright © 1945 por Cornell University. Usado con permiso de los editores.
8. Francis A. Schaeffer, *How Should We Then Live?* (Westchester, IL: Crossway, 1976), p. 205 [*¿Cómo debemos vivir entonces?* (Barcelona: CLIE, 2002)].
9. Frank Grenville Beardsley, *A History of American Revivals* (Nueva York: American Tract Society, 1912), p. 211; datos del censo de EE. UU.
10. Las investigaciones muestran que la deuda de los hogares estadounidenses en 2012 ascendía aproximadamente a $11.4 billones, y la U.S. Census Bureau enumera alrededor de 115 millones de hogares. Ver Lam Thuy Vo y Jacob Goldstein, «Household Debt In America, In 3 Graphs», en el sitio web de National Public Radio, www.npr.org/blogs/money/2012/11/21/165657931/household-debt-in-america-in-3-graphs; «State & County Quick Facts», en el sitio web de la U.S. Census Bureau, http://quickfacts.census.gov/qfd/states/00000.html.

11. C. S. Lewis, *Mero cristianismo* (Nueva York: HarperOne, 2006), p. 14.
12. «State of the American Workplace: Employee Engagement Insights for U.S. Business Leaders», Gallup, Inc., 2013, www.gallup.com/strategicconsulting/163007/state-american-workplace.aspx.
13. «Cat's in the Cradle», letra y música por Sandy y Harry Chapin, copyright © 1974, Story Songs, Ltd.
14. «The World Fact Book», Central Intelligence Agency, www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/fields/2127.html.
15. Michael Foust, «70 percent of High School Students Are Virgins, Study Reports», *Baptist Press*, www.bpnews.net/BPnews.asp?ID=33877.
16. Citado en James C. Dobson, *Straight Talk to Men and Their Wives* (Waco, TX: Word, 1984), pp. 35-36.
17. Matea Gold, «Kids Watch More Than a Day of TV Each Week», *Los Angeles Times*, http://articles.latimes.com/2009/oct/27/entertainment/et-kids-tv27.
18. Myron Magnet, «The Money Society», *Fortune*, 6 julio 1987, http://money.cnn.com/magazines/fortune/fortune_archive/1987/07/06/69235/index.htm. Reimpreso con permiso.
19. Anne Marie Miller, «3 Things You Don't Know About Your Children and Sex», *Church Leaders*, www.churchleaders.com/youth/youth-leaders-articles/169715-anne-marie-miller-things-you-knowabout-your-children-and-sex.html?p=1.
20. Gordon MacDonald, *The Effective Father* (Wheaton, IL: Tyndale House, 1977), p. 79 [*El padre eficaz* (Barcelona: CLIE, 1990)].
21. Citado en Ann Landers, «Too Soon, Children Are Grown, the Years Gone», 2 junio 1988, Chicago Tribune, http://articles.chicagotribune.com/1988-06-2/features/8801040158_1_dear-ann-landers-brain-kids. Reimpreso con permiso.
22. Citado en Carol Kent, *Speak Up with Confidence* (Nashville: Nelson, 1987), p. 89.
23. «I Am a Rock», letra y música por Paul Simon, copyright © 1965.
24. Charles Lamb, «The Two Races of Men», en *The Prose Works of Charles Lamb*, vol. 2 (Londres: Edward Moxon, 1836), p. 50.
25. Terence P. Jeffrey, «U.S. Government's Foreign Debt Hits Record $5.29 Trillion», 16 agosto 2012, *CNS News*, http://cnsnews.com/news/article/us-governments-foreign-debt-hits-record-529-trillion.
26. Bernard M. Bass, *Bass & Stogdill's Handbook of Leadership: Theory, Research, & Managerial Applications*, 3ra ed. (Nueva York: Free Press, 1990).
27. «A Talk with Brzezinski», *New York Times* Opinion, 22 abril 1981, www.nytimes.com/1981/04/22/opinion/a-talk-with-brzezinski.html.
28. Citado en Louis B. Barnes y Mark P. Kriger, «The Hidden Side of Organizational Leadership», *MIT Sloan Management Review*, 15 octubre 1986, https://sloanreview.mit.edu/article/the-hidden-side-of-organizational-leadership/.

29. Peter F. Drucker, «Getting Things Done: How to Make People Decisions», *Harvard Business Review* (julio-agosto 1985), p. 1.
30. Leo Tolstoy, «Three Methods of Reform», en *Pamphlets: Translated from the Russian* (Christchurch, Hants, UK: Free Age Press, 1900), p. 29.
31. Theodore Roosevelt, «The Man in the Arena», extracto del discurso «Citizenship in the Republic», 23 abril 1910, www.theodoreroosevelt.com/trsorbonnespeech.html.
32. Dale Carnegie, *How to Win Friends and Influence People* (Nueva York: Simon & Schuster, 1936), p. 93 [*Cómo ganas amigos e influir sobre las personas* (Barcelona: Edhasa, 2023)].
33. C. S. Lewis, *Mero cristianismo* (Nueva York: HarperOne, 2006), p. 124.
34. Discovery Channel, «How Often Does the Average Person Tell a Lie?». *Cognitive Neuroscience*, http://curiosity.discovery.com/question/average-person-tell-lie.
35. John Witherspoon, *The Works of the Reverend John Witherspoon*, vol. 2 (Filadelfia: William Woodward, 1802), p. 562.
36. S. I. McMillen, MD, *None of These Diseases* (Westwood, NJ: Spire, 1973), p. 72.
37. «The Effects of Stress on Your Body», *Mental Health Center*, *WebMD*, www.webmd.com/mental-health/effects-of-stress-on-yourbody.
38. John White, *Putting the Soul Back in Psychology* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1987), p. 79.
39. Howard Dayton, fundador de Compass—*finances God's way*, correspondencia personal.
40. Anne Morrow Lindbergh, *Hour of Gold, Hour of Lead: Diaries and Letters of Anne Morrow Lindbergh*, *1929-1932* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1973), p. 3.
41. Citado en Albert M. Wells Jr., ed., *Inspiring Quotations: Contemporary and Classical* (Nashville: Nelson, 1988), p. 90.
42. John Ruskin, *The Works of John Ruskin*, vol. 5 (Nueva York: Wiley, 1885), p. 268.
43. R. C. Sproul, *Pleasing God* (Wheaton, IL: Tyndale House, 1988), p. 79 [*Agradar a Dios* (Graham: Publicaciones Faro de Gracia, 2019)].
44. Dwight L. Moody, *Life Words: Selections from Gospel Addresses of D. L. Moody* (Londres: John Snow, 1875), p. 53.
45. Citado en Packard, *Las formas ocultas de la propaganda*, p. 13.
46. Citado en «Standing for the Faith», International Diocese, Anglican Church in North America, www.idio.net/content/standing-faith.
47. Bill Nelson, *Mission* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1988), p. 120.
48. «Taylor Says He Made a "Bad Decision"», 1 septiembre 1988, *New York Times*, https://www.nytimes.com/1988/09/01/sports/taylor-says-he-made-a-bad-decision.html.

49. Véase Arnie Cole, EdD y Pamela Caudill Ovwigho, PhD, «Understanding the Bible Engagement Challenge: Scientific Evidence for the Power of 4», diciembre 2009, Center for Bible Engagement, www.centerforbibleengagement.org/images/stories/pdf/Scientific_Evidence_for_the_Power_of_4.pdf.
50. Jacksonville Jaycees, «The History of the Jaycees», www.jacksonvillejaycees.org/jaycees_history.html.

Sobre Patrick Morley

Durante décadas, Patrick Morley ha sido considerado como una de las autoridades más respetadas de los Estados Unidos sobre los retos y oportunidades únicos a los que se enfrentan los hombres. A través de sus conferencias y escritos, es un incansable defensor de los hombres, animándoles e inspirándoles a cambiar sus vidas en Cristo.

En 1973, Patrick fundó Morley Properties, que durante varios años fue una de las cien empresas privadas más grandes de Florida. Durante este tiempo, fue presidente o socio gerente de cincuenta y nueve empresas y sociedades.

En 1989, escribió *El hombre frente al espejo*, un libro de referencia en su búsqueda de un propósito y una relación más profunda con Dios. Con más de tres millones de ejemplares impresos, *El hombre frente al espejo* capturó la imaginación de hombres de todo el mundo y fue seleccionado como uno de los cien libros cristianos más influyentes del siglo XX. En total, Patrick ha escrito veinte libros y más de setecientos cincuenta artículos. Ha aparecido en cientos de programas de radio y televisión.

En 1991, Patrick fundó Man in the Mirror, un ministerio que ha ayudado a treinta y cinco mil iglesias a influir en la vida de doce millones de hombres en todo el mundo. Su visión es que «cada iglesia discipule a cada hombre» a través de directores de área locales que ayudan a las iglesias a discipular a los hombres con mayor eficacia. Habla a los hombres diariamente a través del

programa de radio *The Man in the Mirror Radio Minute*, que se emite en setecientas emisoras de todo el país.

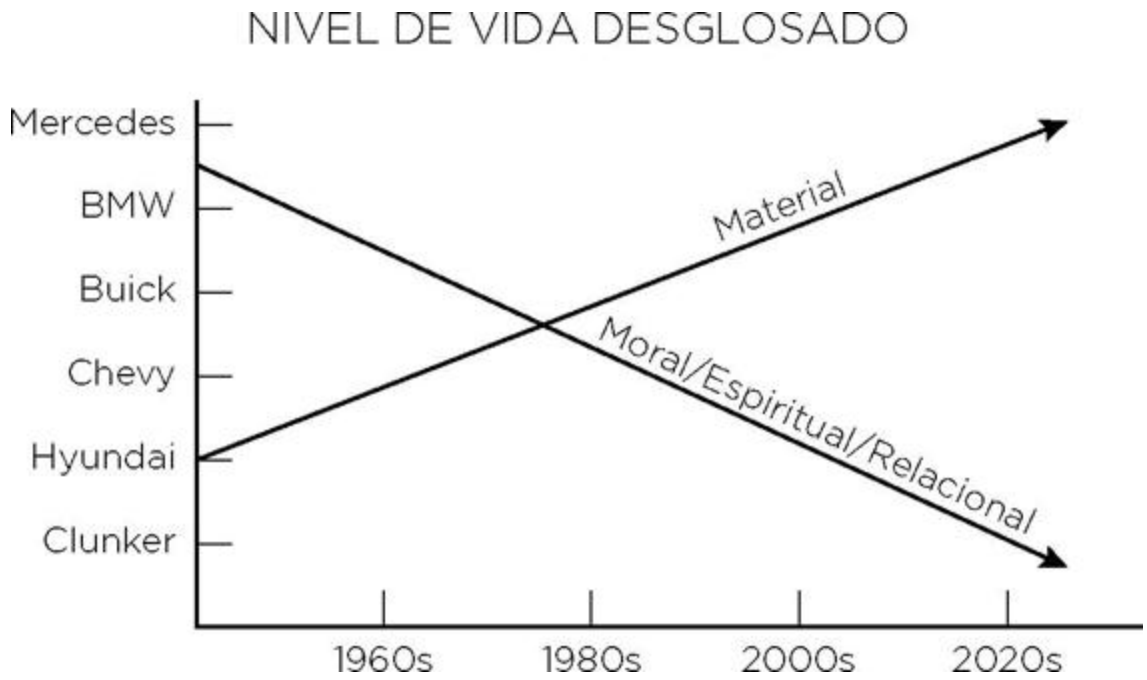
Además, Patrick imparte un estudio bíblico, cada viernes por la mañana, a aproximadamente diez mil hombres: ciento cincuenta hombres se reúnen en Orlando, Florida, y los demás se difunden por Internet en los cincuenta estados y en todo el mundo.

«El ministerio de The Man in the Mirror existe», dice Patrick, «en respuesta a las oraciones de todas aquellas esposas, madres y abuelas que llevan décadas rezando por los hombres de sus vidas».

Patrick Morley se graduó con honores en la Universidad de Florida Central. Obtuvo un doctorado en gestión, completó estudios de posgrado en la Harvard Business School y en la Universidad de Oxford y se graduó en el Reformed Theological Seminary. Vive en Winter Park, Florida, con su esposa, Patsy. Tienen dos hijos casados y cuatro nietos.

Su estudio bíblico semanal en video, artículos, devocionales diarios, programa de radio, libros y libros electrónicos se pueden encontrar en PatrickMorley.com. Sígalo en Facebook en facebook.com/PatrickMorleyAuthor y en X @patrickmorley. Visite los sitios web de su ministerio en maninthemirror.org y areadirectors.org.

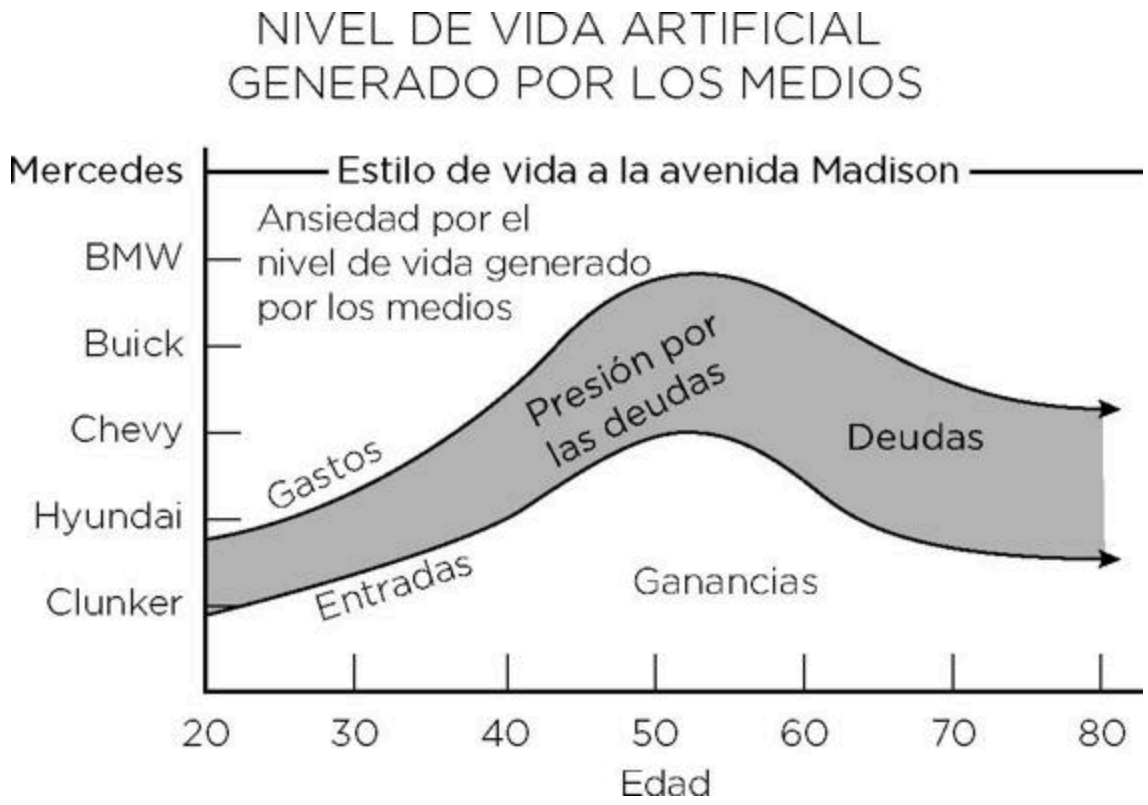
Extended image description for Page 33



El gráfico muestra un eje vertical que enumera Clunker, Hyundai, Chevy, Buick, B M W y Mercedes de abajo hacia arriba, y un eje horizontal etiquetado 1960s, 1980s, 2000s y 2020s, con la línea Material que asciende en diagonal desde cerca de Hyundai hacia la parte superior derecha, mientras que la línea Moral Espiritual Relacional desciende desde cerca de Mercedes hacia la parte inferior derecha, cruzándose alrededor del centro.

Navigate back to the page.

Extended image description for Page 40



El gráfico muestra un eje vertical que enumera Clunker, Hyundai, Chevy, Buick, B M W y Mercedes de abajo hacia arriba, y un eje horizontal etiquetado Edad de 20 a 80, con una banda sombreada que asciende desde cerca de Clunker alrededor de los 20 años, alcanza un pico entre aproximadamente 40 y 60, y luego desciende desde alrededor de 60 a 80, etiquetada con Entradas en la parte inferior izquierda, Gastos a lo largo del borde ascendente, Presión por las deudas a lo largo del pico, Deudas hacia la derecha y Ganancias a lo largo de la parte inferior, junto con las notas Ansiedad por el nivel de vida generado por los medios y Estilo de vida a la avenida Madison cerca de la parte superior.

Navigate back to the page.

Extended image description for Page 147

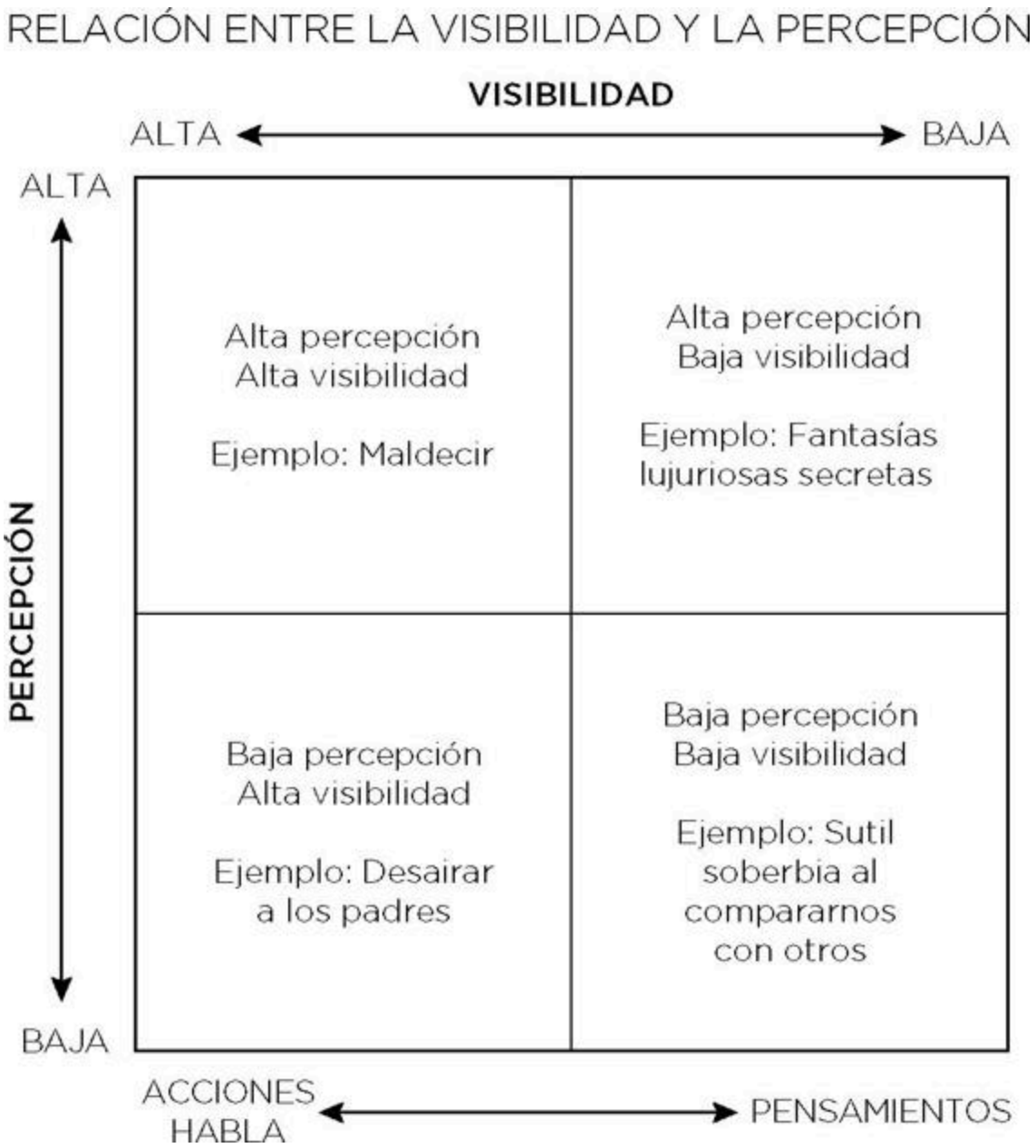


El gráfico muestra un cuadrado grande dividido en cuatro cuadrantes con una línea horizontal en la parte superior etiquetada Amor a la izquierda y Odio a la derecha, y una línea vertical en el lado izquierdo etiquetada Sumisión en la parte superior y Resistencia en la parte inferior, con los cuadrantes etiquetados Amor y Sumisión en la parte superior izquierda, Odio y Sumisión en la parte superior

derecha, Amor y Resistencia en la parte inferior izquierda y Odio y Resistencia en la parte inferior derecha.

Navigate back to the page.

Extended image description for Page 342

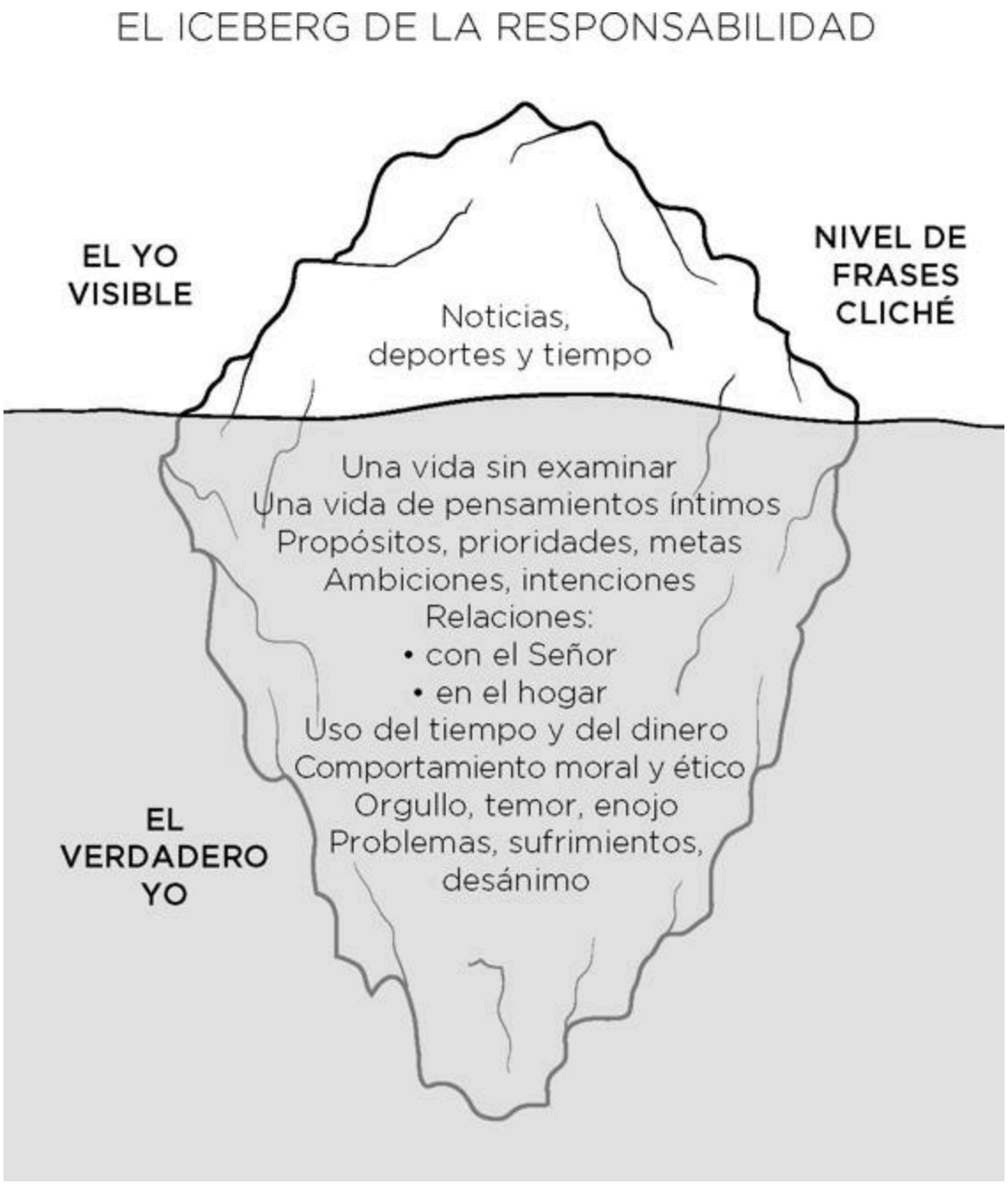


El gráfico muestra un cuadrado grande dividido en cuatro cuadrantes con una línea horizontal superior etiquetada Visibilidad que va de Alta a la izquierda a Baja a la derecha, y una línea vertical izquierda

etiquetada Percepción que va de Alta arriba a Baja abajo, con otra línea horizontal debajo del cuadrado etiquetada Acciones Habla a la izquierda y Pensamientos a la derecha, y cuadrantes etiquetados Alta percepción Alta visibilidad con el ejemplo Maldecir en la parte superior izquierda, Alta percepción Baja visibilidad con el ejemplo Fantasías lujuriosas secretas en la parte superior derecha, Baja percepción Alta visibilidad con el ejemplo Desairar a los padres en la parte inferior izquierda y Baja percepción Baja visibilidad con el ejemplo Sutil soberbia al compararnos con otros en la parte inferior derecha.

Navigate back to the page.

Extended image description for Page 356



La ilustración muestra un iceberg parcialmente sobre el agua etiquetado El yo visible a la izquierda y Nivel de frases cliché a la

derecha, con la sección superior que contiene Noticias, deportes y tiempo, mientras que la parte sumergida más grande etiquetada El verdadero yo incluye Una vida sin examinar, Una vida de pensamientos íntimos, Propósitos, prioridades, metas, Ambiciones, intenciones, Relaciones con el Señor y en el hogar, Uso del tiempo y del dinero, Comportamiento moral y ético y Orgullo, temor, enojo, problemas, sufrimientos, desánimo.

Navigate back to the page.

Extended image description for Page 358



Guía de control semanal de una hora

Utilice estas preguntas como guía. No es necesario hacer todas las preguntas, pero asegúrese de cubrir cada área semanalmente.

Preguntas para iniciar la reunión

- ¿De qué manera lo ha bendecido Dios esta semana?
- ¿Qué problemas han llamado más su atención durante esta semana?

La vida espiritual

- ¿Lee usted la Palabra de Dios a diario? (¿Cuán a menudo? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Por qué no?
- ¿Cómo son sus oraciones? (Centradas en sí mismo, en intercesión por otros, alabanza, confesión, gratitud). ¿Cómo está evolucionando su relación con Cristo?
- ¿Se ha sentido tentado en esta semana? ¿Cómo respondió a la tentación?
- ¿Tiene usted algún pecado sin confesar en su vida?
- ¿Se congregó en la iglesia para adorar esta semana? ¿Fue fortalecida su fe en Jesucristo?

Vida de hogar

- En caso de estar casado, ¿cómo está su relación con su esposa? (Actitudes, tiempo, enojos, frustraciones, progreso, intimidad, relación de su cónyuge con Cristo).
- En caso de tenerlos, ¿cómo van las cosas con los hijos? (Cantidad y calidad de tiempo, valores y creencias, educación, lucha espiritual).
- ¿Cómo van sus finanzas? (Deudas, ofrendas, ahorros, mayordomía).
- ¿Has dedicado su tiempo a quien se lo merece?

Vida laboral

- ¿Cómo van las cosas en el trabajo? (carrera, relaciones, tentaciones, estrés, problemas, trabajar demasiado).

Vida ministerial

- ¿Qué ha hecho esta semana para (1) llamar a alguien a vivir «en» Cristo: salvación o permanecer, (2) equiparlo para vivir «como» Cristo: crecer o capacitar, o (3) enviarlo a vivir «para» Cristo: hacer discípulos, amar, servir a los demás.
- ¿Ha dado a conocer su fe a alguien?
- ¿Qué ha hecho esta semana por otra persona que no pueda serle devuelto? (ayudar a los pobres, brindar ánimo, mostrar misericordia, servir a otros)

Preocupaciones radicales

- ¿Se siente usted en el centro de la voluntad de Dios? ¿Siente la paz de Dios?
- ¿Con qué está luchando en su vida interior? ¿Mantiene sus prioridades en su debido orden?
- ¿Es su comportamiento moral y ético el correcto? ¿Cómo se está desempeñando en su área crítica particular?
- ¿Hay coherencia entre lo que muestra y lo que realmente es? (En caso negativo, ¿en qué sentido?).
- ¿Has sido fiel en las áreas clave anteriores? Si no es así, ¿cuál es su plan?

Oración

- Concluya con diez a quince minutos de oración. Céntrese en las preocupaciones de la semana.

MIM

Teléfono: 407-472-2100
Fax: 407-331-7839
www.maninthemirror.org

El folleto dice: Guía de control semanal de una hora. Utilice estas preguntas como guía. No es necesario hacer todas las preguntas, pero asegúrese de cubrir cada área semanalmente. Preguntas para

iniciar la reunion ¿De qué manera lo ha bendecido Dios esta semana? ¿Qué problemas han llamado más su atención durante esta semana? La vida spiritual ¿Lee usted la Palabra de Dios a diario? (¿Cuán a menudo? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Por qué no? ¿Cómo son sus oraciones? (Centradas en sí mismo, en intercesión por otros, alabanza, confesión, gratitud). ¿Cómo está evolucionando su relación con Cristo? ¿Se ha sentido tentado en esta semana? ¿Cómo respondió a la tentación? ¿Tiene usted algún pecado sin confesar en su vida? ¿Se congregó en la iglesia para adorar esta semana? ¿Fue fortalecida su fe en Jesucristo? Vida de hogar. En caso de estar casado, ¿cómo está su relación con su esposa? (Actitudes, tiempo, enojos, frustraciones, progreso, intimidad, relación de su cónyuge con Cristo). En caso de tenerlos, ¿cómo van las cosas con los hijos? (Cantidad y calidad de tiempo, valores y creencias, educación, lucha espiritual). ¿Cómo van sus finanzas? (Deudas, ofrendas, ahorros, mayordomía). ¿Has dedicado su tiempo a quien se lo merece? Vida laboral ¿Cómo van las cosas en el trabajo? (carrera, relaciones, tentaciones, estrés, problemas, trabajar demasiado). Vida ministerial ¿Qué ha hecho esta semana para (1) llamar a alguien vivir «en» Cristo: salvación o permanecer, (2) equiparlo para vivir «como» Cristo: crecer o capacitar, o (3) enviarlo a vivir «para» Cristo: hacer discípulos, amar, servir a los demás. ¿Ha dado a conocer su fe a alguien? ¿Qué ha hecho esta semana por otra persona que no pueda serle devuelto? (ayudar a los pobres, brindar ánimo, mostrar misericordia, servir a otros)Preocupaciones radicales ¿Se siente usted en el centro de la voluntad de Dios? ¿Siente la paz de Dios? ¿Con qué está luchando en su vida interior? ¿Mantiene sus prioridades en su debido orden? ¿Es su comportamiento moral y ético el correcto? ¿Cómo se está desempeñando en su área crítica particular? ¿Hay coherencia entre lo que muestra y lo que realmente es? (En caso negativo, ¿en qué sentido?). ¿Has sido fiel en las áreas clave anteriores? Si no es así, ¿cuál es su plan? Oración Concluya con diez a quince minutos de oración. Céntrese en las preocupaciones de la semana. M I M. Teléfono: 407-472-2100. Fax: 407-331-7839 www.maninthemirror.org

Navigate back to the page.